Laboratorio

REVISTA DE ESTUDIOS SOBRE CAMBIO ESTRUCTURAL Y DESIGUALDAD SOCIAL

Nº 29 | Esferas de la Desigualdad / Año 2019 / ISSN: 1852-4435

Almir El-Kareh
Andrea Inés Gutiérrez
Gonzalo Assusa
Héctor Mansilla
Ingrid Bleynat
Laura Golovanevsky
Leda Paula Mariel Pereyra
María Agustina Romero
Mariana Soledad Bernasconi
Mónica López
Paul Segal
Pedro López Roldán
Sandra Fachelli
Santiago García Martín
Santiago Rodríguez
Tatiana Beatriz Jack

Instituto de Investigaciones
Gino Germani
Facultad de Ciencias Sociales
Universidad de Buenos Aires

SUMARIO

5 Lavboratorio Nº 29: introducción
Jésica Lorena Pla
Santiago Poy
Manuel Riveiro

DOSSIER

13 Desigualdad y desarrollo
Multidimensionalidad y heterogeneidad estructural
Mariana Soledad Bernasconi
Laura Andrea Golovanevsky
María Agustina Romero

34 Revisitando la noción de inclusión social
Discursos, definiciones y perspectivas sobre un concepto en cuestión durante las últimas décadas en Argentina
Tatiana Beatriz Jack

58 Desigualdad de oportunidades educativas en México: evidencias en la educación media superior y superior
Mónica López Ramirez
Santiago Andrés Rodríguez

85 La clase social como posición y representación
Un análisis sociológico de la autoafiliación en la estructura social. Argentina, 2014-2015.
Gonzalo Assusa
Héctor Mansilla

111 ¿Igualitaristas, distinguidos o miméticos?
Moralidades y prácticas de adscripción de clase (media) de trabajadores artísticos en un teatro de gestión estatal
Santiago García Martín

ARTÍCULOS

142 La movilidad cotidiana en ciudades argentinas
Un análisis comparado con enfoque de género
Andrea Inés Gutiérrez

Leda Paula Mariel Pereyra

166 **O papel da mulher na economia doméstica escravista**
Almir El-Kareh

COMUNICACIONES

196 **Las caras de la desigualdad**
Apuntes preliminares sobre un abordaje multidimensional y multimedial de la desigualdad social
Ingrid Bleynat
Paul Segal

208 **La red INCASI para la investigación comparada de las desigualdades sociales entre Europa y América Latina**
Pedro López Roldán
Sandra Fachelli

216 **Convocatoria *Dossier* Lavboratorio N°30**

Lavboratorio

29

Lavboratorio Nº 29: introducción

Jésica Lorena Pla
Universidad de Buenos Aires, Facultad de Ciencias Sociales, Instituto de Investigaciones Gino Germani, Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas, Ciudad Autónoma de Buenos Aires, Argentina.
jesicapla@gmail.com

Santiago Poy
Universidad Católica Argentina, Observatorio de la Deuda Social Argentina, Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas, Ciudad Autónoma de Buenos Aires, Argentina.
santiagopoy@hotmail.com

Manuel Riveiro
Universidad Nacional Arturo Jauretche, Buenos Aires, Argentina.
manox3@gmail.com

Con este número, Lavboratorio cumple veinte años de existencia. Desde su primer número, en 1999, la revista fue testigo de las transformaciones sociales y económicas estructurales y de los niveles de desigualdad, que son objeto de esta Revista, así como de quienes conformamos el Programa Cambio Estructural y Desigualdad Social y de los editores de esta publicación.

En su nacimiento, Lavboratorio fue un informe de coyuntura laboral que analizaba el contexto económico, el mercado laboral y la estructura social desde diferentes perspectivas teórico-metodológicas que alentaran el debate académico y profesional. Por entonces, empezaba a ser cuestionado con fuerza en el mundo el modelo neoliberal, instaurado en el país por la última dictadura militar, que cumplía una década y que había dejado como saldo niveles inusitados de desocupación y de desigualdad económica y social, propiciando propiciando un gran aumento en la fragmentación social en la sociedad argentina.

Ese primer informe analizaba el contexto económico de la Convertibilidad. Analizaba también la evolución regresiva de la distribución del ingreso durante la década neoliberal y sus consecuencias en el empleo urbano. Marcaba el incremento de la precariedad y de la desocupación como los fenómenos más destacables de la época. Los artículos de ese primer número no tenían autores, lo que subrayaba una forma de producción colectiva de conocimiento

que ponía el eje en los temas a debatir y no en las miradas individuales sobre ellos. Desde el comienzo el proyecto Lavboratorio estuvo dirigido por Agustín Salvia, acompañado en esa primera etapa por Ernesto Philipp, Eduardo Donza y Silvana Tissera.

Hasta el número 21, la Revista siguió manteniendo su nombre de "Informe de coyuntura laboral", aunque fue incorporando referencias institucionales, autores de los artículos, y diferentes espacios dentro del mismo. Leer las presentaciones de cada número es ir recorriendo la historia de nuestro país: el fin de la convertibilidad, la crisis del 2001, las hipótesis sobre el gobierno que se conformó luego de ella, el análisis de los primeros años de kirchnerismo y los debates en torno a ese proceso, son algunos de los episodios que pueden rastrearse en las páginas de nuestra Revista.

El número 22 de Lavboratorio inaugura, de algún modo, su formato actual: los artículos que lo integran se organizan en torno a un tema. En ese momento, "el problema del campo". En la introducción de ese número se señala: "es posible entender la irrupción del conflicto desatado en torno a las retenciones móviles, ya no son los mismos actores que en el 2001 los que llevaron adelante una protesta por la redistribución del ingreso, no fueron los sectores excluidos los que bloquearon rutas para reclamar un cambio en la política económica. Ahora, también pensamos que este conflicto, que tuvo su momento culminante cuando el Vicepresidente de la Nación con su voto «no positivo» desempató la votación del senado sobre las retenciones móviles, está lejos de haber terminado". También es el número en el cual se cambia el nombre de Informe de Coyuntura a "Revista de Estudios sobre Cambio Estructural y Desigualdad Social". El número 23, en el año 2010, en concordancia con ese pronóstico anterior, analiza la protesta social e inaugura la dirección de Astor Masetti de la revista y la portada que al día de hoy nos identifica. Asimismo, se comienza a editar en papel como revista científica de distribución gratuita.

Desde entonces, la Revista siguió siendo reconocida en el espacio académico y los colegas de diversas disciplinas siguen mostrándose dispuestos y gustosos a participar en ella y a difundirla. Eduardo Chávez Molina y Pablo Molina Derteano funcionaron como directores de los números 25 y 26 y 27 y 28, respectivamente. En esta etapa, la Revista abandona su formato impreso y busca consolidarse, a futuro, como una publicación académica online de alto impacto en la discusión académica y política en el país y en la región. Los temas de cada número han sido temas coyunturales, sin desconocer los procesos estructurales en los que se encuadran.

En ese sentido, llegamos al nuevo número, el 29, que consagra dos décadas de este proyecto colectivo: tener un espacio de reflexión sobre los temas que a las y los investigadores del Programa nos atañen, que invite al resto de la comunidad científica a participar en los debates.

El número actual tiene como temática central "Las esferas de la desigual-

dad", atento a una temática que, presente en los orígenes de nuestra Revista, ha tenido un renovado protagonismo mundial a partir de las crisis económica del 2008. El llamado para artículos señalaba:

Central a la tradición sociológica, el concepto de desigualdad ha ido mutando desde visiones más economicistas a visiones relacionales y multidimensionales. De esta forma ya no sólo se piensa la desigualdad en el plano laboral o entre clases, ahora también el concepto incorpora desigualdades entre géneros, entre generaciones, razas/etnias, territorios.

Así, para este número, proponemos pensar las desigualdades desde sus diferentes esferas. Nos interesan contribuciones que puedan articular respuestas a los interrogantes sobre las desigualdades desde la teoría, la metodología o resultados de investigaciones empíricas ¿Cómo definimos a las desigualdades? ¿Qué operaciones implican y qué consecuencias tienen esas definiciones? ¿Con qué estrategias metodológicas contamos para medir las desigualdades? ¿Cuál es el aporte teórico, metodológico y empírico de los enfoques multidimensionales? ¿Cómo se caracterizan empíricamente las diferentes esferas de la desigualdad? ¿Qué relaciones se establecen entre ellas? ¿Qué aspectos se destacan al analizarlas en clave comparativa? ¿Cuáles son las consecuencias de las desigualdades y cómo han evolucionado en las últimas décadas?

La multiplicidad de artículos recibidos fue evaluada por colegas locales y extranjeros/as, expertos/as en los temas abordados, bajo una revisión por doble ciego.

El primer artículo nos lleva de manera directa a una problemática central de América Latina: las tensiones entre desigualdad y desarrollo. Mariana Soledad Bernasconi, Laura Andrea Golovanevsky y María Agustina Romero recuperan aportes tradicionales de la CEPAL para repensar las múltiples dimensiones que pueden hallarse entre esa dicotomía. Luego de un repaso sobre las diferentes perspectivas que abordan la temática, proponen un ejercicio de desandar las recetas economicistas para pensar el continente, atender el desarrollo como necesario, pero advirtiendo su carácter polisémico y, por tanto, asumiendo las inevitables y diversas consecuencias y/o persistencias de la desigualdad. Complejizar los procesos en toda y cada una de sus dimensiones: sociales, económicas, jurídicas, históricas y culturales.

En un sentido similar, Tatiana Jack, en su artículo "Revisitando la noción de inclusión social" revisa el modo en que se ha abordado el concepto de inclusión social durante las últimas décadas en Argentina, concepto central de la agenda pública y de la formulación de políticas sociales. Este análisis, además, lo asocia a la cuestión de la seguridad y la preocupación por la potencial disfuncionalidad-peligrosidad de los sectores marginales o excluidos, particularmente cuando éstos son jóvenes. El análisis de la autora se remonta a estudiar el modo en el cual la noción es "exportada" desde Europa a América Latina, a partir de una trama de procesos sociales producidos en la región, los nexos

con la estrategia de acumulación neoliberal capitalista y con la construcción de nuevos modos de intervención social (y penal) orientados a poblaciones específicas, como los jóvenes de sectores populares.

El tercer artículo además de ofrecernos una reflexión teórica sobre los diferentes ámbitos donde se reproduce la desigualdad, nos adentra en el análisis de un tipo de ella: la desigualdad educativa. El artículo de Mónica López Ramírez y Santiago Rodríguez aborda la desigualdad de oportunidades educativas, desde la perspectiva sociológica de la desigualdad social, para el caso de México. Aborda particularmente el caso del acceso a la educación media y superior incorporando ejes transversales como el género, la pertenencia a grupos étnicos y la condición de discapacidad. Los autores ponen en diálogo diversas investigaciones empíricas actuales sobre el acceso, la permanencia y el egreso en el nivel de bachillerato y licenciatura con el objeto de evidenciar cómo la desigualdad social se ha desplazado hacia estos niveles educativos, a pesar incluso de su reciente declaración de obligatoriedad. Sostienen que el desafío es garantizar el acceso a grupos que han sido excluidos históricamente, a partir de financiamientos por parte del Estado.

El siguiente artículo, de Gonzalo Assusa y Héctor Mansilla, analiza las características asociadas a la autopercepción de clase para abordar el modo en el que llegan a corresponderse los principios de visión y división del mundo social, a partir de la Encuesta Nacional de la Estructura Social del Programa de Investigación sobre la Sociedad Argentina Contemporánea (ENES-PISAC). Nos introduce así en el análisis empírico de un tipo de desigualdad y su correspondencia con la forma en que se autoperciben los sujetos. A partir del dato conocido y nuevamente encontrado de la tendencia de los y las encuestados/as de autoinscribirse como de clase media, los autores reflexionan sobre cómo esto implica, además de una percepción de la estructura social y el propio lugar en dicha estructura, una estrategia simbólica de denegación: los extremos (pobreza y riqueza) son percibidos como problemáticos y criticables en tanto afectan la integración comunitaria de la sociedad, señalando esta percepción como un importante desafío para las investigaciones sobre el estatus social subjetivo. Se deben entonces ejercer una importante reflexividad metodológica en torno a las respuestas de autoubicación en escala social: su tratamiento debe ser no sólo en términos de representación y sentido subjetivo, sino también en tanto estrategia simbólica.

Siguiendo esta línea, el siguiente artículo de Santiago García Martín titulado "¿Igualitaristas, distinguidos o miméticos? Moralidades y prácticas de adscripción de clase (media) de trabajadores artísticos en un teatro de gestión estatal", aborda el tema que el artículo anterior deja pendiente, al examinar los diversos modos en que trabajadoras/es de escenografía de una institución cultural estatal definen y practican su pertenencia a la clase media, entendida como una práctica activa de definición del mundo social alrededor de la cual se

edifican fronteras simbólicas que invocan un "nosotros" comprendido en torno a la imagen de un colectivo de clase media, distinto de un "ellos", que alude siempre a personas y agrupamientos -habitualmente reconocidos en términos de clases sociales cuyas posiciones se ubican hacia abajo o hacia arriba de la estructura social imaginada. Lo hace a partir de un abordaje etnográfico de trabajadores y trabajadoras de escenografía de un prestigioso teatro de gestión estatal en la ciudad argentina de La Plata. Indaga cómo definen y practican su pertenencia a la clase media, describiendo imágenes y teorizaciones que estos actores construyen sobre el mundo social, la clase y la desigualdad y cómo, al hacerlo, ponen en tensión un ideal de pertenencia fuertemente arraigado en las capas medias argentinas. Señala el autor, como conclusión, que al reponer las acusaciones cotidianas que esos trabajadores establecen entre sí sobre las formas legítimas de practicar el oficio, hacen foco en sus méritos personales para poner en valor sus propias biografías y sus narrativas de ascenso y permanencia social. Sin embargo, ese discurso basado en el mérito que funciona dentro del espacio laboral del taller, no se traslada automáticamente a otras esferas de interacción por las que circulé junto a ellos. Más aún, ese discurso convive con otros discursos y moralidades que complejizan el modo en que estos actores interpretan su propia condición social y el mundo que los rodea. A través de búsquedas vocacionales y prácticas de pertenencia que se orientan en buena parte por un ideal de clase media fuertemente arraigado en las capas medias, estos pintores escenógrafos ponen simultáneamente en tensión ese mismo ideal y cuestionan algunos de sus presupuestos morales comúnmente asociados, en particular aquellos ligados a la autonomía individual y el sacrificio como vías indiscutidas de prosperidad.

El artículo de Andrea Inés Gutiérrez y Leda Paula Mariel Pereyra "La movilidad cotidiana en ciudades argentinas. Un análisis comparado con enfoque de género", nos adentra en otra dimensión de la desigualdad: la movilidad territorial por las ciudades. Analiza un relevamiento realizado entre 2008 y 2013 en 10 áreas metropolitanas de Argentina. Describe, en forma particular, la movilidad de las mujeres, evidenciando una arista de la desigualdad de género. Entre los resultados encontrados señalan que en todos los aglomerados las mujeres representan más del 60% de quienes usan taxis o remises (automóviles de alquiler conducidos por un chofer) y de quienes viajan como acompañantes en autos particulares. Complementariamente, las mujeres utilizan en menor proporción que los varones tanto el automóvil particular como conductoras, como la motocicleta y la bicicleta. Así, el uso predominante de la caminata y del autotransporte público y en menor medida de los medios de transporte del hogar (así como el viajar como acompañantes en automóviles), convergen en perfilar un patrón de género, con una movilidad más lenta, con menor flexibilidad y/o autonomía para las mujeres, sea por razones de cobertura física, horaria o de dependencias. Asimismo, la distribución de los motivos de

viajes corrobora la cuestionada pero vigente identificación de roles "productivos" (realizados por varones) y "reproductivos" (realizados por mujeres). Estos roles socialmente construidos muestran estar profundamente arraigados en la movilidad cotidiana. Aun dejando por fuera otros factores explicativos de relevancia (como los sociodemográficos, culturales, espacio - temporales o los urbanísticos), el análisis de la (no) realización de viajes, los modos de transporte utilizados, y en especial, de los motivos de viaje, deja ver con claridad un patrón de género en la movilidad cotidiana de los aglomerados argentinos.

El último de los artículos del dossier, de Almir El-Kareh, parte de un análisis historiográfico y propone la construcción de un concepto, el modo de producción doméstico mercantil esclavista, con el objeto de dar un significado histórico al papel de la mujer como agente transformador. Según El-Kareh, en el modo de producción doméstico mercantil esclavista la mujer ocupa un rol central como organizadora de la producción. Este concepto favorece la comprensión de otras formas de relaciones sociales de producción y distribución en la sociedad esclavista urbana e incluso las relaciones familiares y afectivas de la época. En este sentido, el concepto permite hacer inteligible el pasaje de las relaciones sociales esclavistas a las relaciones sociales asalariadas contemporáneas.

Finalmente, en la sección Comunicaciones, presentamos en esta oportunidad los resúmenes ejecutivos de dos proyectos de investigación e intercambio cuya temática central es la desigualdad. Una primera comunicación es el proyecto "Las caras de la desigualdad" (*Faces of inequality*), dirigido por Ingrid Bleynat y Paul Segal, siendo un proyecto colaborativo entre el King's College University, de Londres, Oxfam México, Periodismo CIDE y la revista mexicana Chilango. La autora y el autor repasan la metodología implementada con el objeto de aportar una nueva metodología multidimensional y multimedial para el análisis de la desigualdad social enfocada en cómo esta afecta los cursos de vida de las personas, enfocados particularmente en un estudio realizado en la Ciudad de México.

La segunda comunicación es el resumen ejecutivo de un proyecto de intercambio financiado por la Unión Europea (Marie Skłodowska-Curie, GA No 69100) "La red INCASI para la investigación comparada de las desigualdades sociales entre Europa y América Latina". Su director, el Dr. Pedro López Roldán, y la Task Manager, Sandra Fachelli, repasan las características generales del proyecto, que tuvo como principal objetivo del proyecto es crear y consolidar una red de investigación y de formación de postgrado entre Europa y América Latina en relación al análisis de las desigualdades sociales en una perspectiva comparada y derivar elementos de reflexión, de innovación social y recomendaciones para las políticas sociales. Repasan las universidades participantes, las metodologías utilizadas, y las etapas del proyecto.

Llegamos así a este número, que en su temática retoma uno de los ejes

principales del espíritu de la creación de este Boletín luego devenido en Revista Académica. Es nuestro interés, como Programa Cambio Estructural y Desigualdad Social, que la revista no pierda su espíritu crítico, abierto al debate, y condensador de diferentes perspectivas teóricas en disputa. Muchas colegas y muchos colegas han apoyado a lo largo del tiempo a la revista, desde el Instituto de Investigaciones Gino Germani, y desde otros espacios en el cual las y los integrantes del equipo transitamos. También ha sido la revista un espacio de crecimiento para quienes conformamos el Programa, asumiendo el desafío de la renovación generacional de las diversas funciones que requiere una revista. Hasta hoy, hemos contado con la dirección general de la Revista de Agustín Salvia. Sin su laboriosidad, transmisión de conocimiento, ímpetu y desafíos constantes está revista hace rato hubiera dejado de existir.

Mirando hacia adelante, se abren nuevas etapas, nuevos desafíos y sobre todo el desafío de permanecer fiel a la tradición de grupo y análisis científico riguroso que nació con esta revista. Esperamos estar a la altura, en un contexto de profundas transformaciones estructurales y giros políticos convulsionados en toda América Latina. Esperemos poder seguir dando cuenta de los mismos y estar a la altura de las circunstancias.

Buenos Aires, diciembre 2019.

DOSSIER

Desigualdad y desarrollo

Multidimensionalidad y heterogeneidad estructural

Mariana Soledad Bernasconi
Centro Interdisciplinario de Investigaciones en Tecnologías y Desarrollo Social, Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas, Universidad Nacional de Jujuy, San Salvador de Jujuy, Jujuy, Argentina.
maribernasconi@gmail.com

Laura Andrea Golovanevsky
Centro Interdisciplinario de Investigaciones en Tecnologías y Desarrollo Social, Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas, Universidad Nacional de Jujuy, San Salvador de Jujuy, Jujuy, Argentina.
laugolo@gmail.com

María Agustina Romero
Centro Interdisciplinario de Investigaciones en Tecnologías y Desarrollo Social, Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas, Universidad Nacional de Jujuy, San Salvador de Jujuy, Jujuy, Argentina.
agusricci61@gmail.com

Resumen

Este trabajo se propone discutir la relación entre desigualdad y desarrollo, con énfasis en la situación de América Latina, recuperando para ello los aportes teóricos iniciales y actuales de la CEPAL y poniéndolos en discusión con otras iniciativas orientadas al desarrollo. El objetivo es explorar las múltiples dimensiones que la desigualdad abarca y que el desarrollo debería contemplar. Finalmente aspiramos a completar y complejizar las revisiones teórico-conceptuales desde los aportes *epistemológicos del sur* con los estudios decoloniales que permiten un ejercicio de reconstrucción desde una perspectiva situada. La metodología utilizada es, por lo tanto, de relevamiento bibliográfico y discusión teórica.

Palabras claves: desigualdad– desarrollo – decolonialidad – América Latina– multimensionalidad

Summary

This paper aims to discuss the relationship between inequality and development, with emphasis on the situation in Latin America. In order to this, it will recover the initial and current theoretical contributions of CEPAL, which will be put into discussion with other development-oriented initiatives. The goal is to explore the multiple dimensions that inequality encompasses and date development should to take into account. Finally, we intend to complete contribute to the theoretical and conceptual review from the perspective of the *epistemology of the South* and the decolonial studies, which allow a reconstruction exercise from a situated perspective. The methodology used is, therefore, literature review and theoretical discussion.

Keywords: inequality – development – decoloniality – Latin America – multidimensionality

Recibido: 20 de mayo de 2019
Aprobado: 19 de septiembre de 2019

Introducción

América Latina, si bien no es la región más pobre del planeta, sí es la más desigual (Bárcena y Prado, 2016; Gasparini et al., 2012). Sus estrategias de desarrollo no han sido capaces de generar crecimiento en sus economías acompañado de mayor equidad en diferentes dimensiones, que van desde los ingresos y el empleo hasta otros aspectos de la desigualdad, como la brecha de género o la digital. Recuperar las ideas cepalinas y su actualización aparece como una alternativa relevante para reflexionar y aportar en la búsqueda de un desarrollo con equidad, desde nuestra propia realidad latinoamericana a partir de una mirada decolonial que permita deconstruir miradas ajenas.

La cuestión de la desigualdad, en sus múltiples dimensiones intrínsecas así como con sus raíces estructurales, fue uno de los grandes temas prioritarios en el trabajo de la Comisión Económica Para América Latina (CEPAL) desde sus inicios en 1948. En sus versiones históricas, que apelaban principalmente al enfoque estructural en el análisis, la Comisión equiparaba la desigualdad

con la dimensión económica del problema. Esta desigualdad económica se generaba y reproducía como consecuencia de la propia dinámica de acumulación de los países de desarrollo tardío.

La posición más reciente de la CEPAL, en cambio, combina el interés restringido a los procesos de crecimiento y desarrollo de los países de la región en las últimas décadas con la preocupación por la erradicación de la desigualdad y la ampliación de derechos asociada. Esta agenda ganó terreno en el debate público especialmente luego de la crisis financiera internacional de 2008.

La esencia de la nueva concepción entiende que las brechas sociales no pueden explicarse sin prestar debida atención a la heterogeneidad de la estructura productiva, por lo que recupera las raíces del pensamiento estructuralista cepalino, pero al mismo tiempo reconoce que en la configuración de la desigualdad pesan de manera determinante también otras dimensiones. Esta nueva vertiente en el trabajo de la CEPAL se ocupa entonces de contribuir con la construcción de una sociedad de derechos, así como con la sostenibilidad ambiental y la emergencia de nuevas institucionalidades que promuevan la igualdad y los espacios donde ésta se disputa (Bárcena y Prado, 2016).

A partir de dichas tradiciones de estudio, se distinguen las cuestiones de la brecha interna y la externa de la desigualdad, que de ningún modo pueden considerarse como asuntos excluyentes. Estos dos tópicos troncales son seguidos por los estudios de otras dimensiones asociadas, ellas son la heterogeneidad regional, la brecha de género y la brecha territorial.

El abordaje del recorrido histórico de los estudios cepalinos de los temas que aquí interesa analizar nos permitirá reflexionar sobre dimensiones de la desigualdad que incluyen –pero, a la vez, trascienden– la propia desigualdad económica o de ingresos entre trabajadores, personas u hogares, y mostrar que la desigualdad que se produce y reproduce en función de la dinámica socioeconómica desborda lo productivo y se derrama hacia lo laboral y social, se entrelaza con lo cultural y los vínculos de género y llega incluso a definir el patrón de desarrollo territorial.

En este sentido también será necesario pensar en alternativas de desarrollo (o al desarrollo) que permeabilicen la multidimensionalidad de la desigualdad y permitan así crear vías para superarla que no se estanquen en el plano meramente económico. Ello, en la visión actual de la CEPAL, es encarnado por la noción de cambio estructural progresivo. Este supone crecimiento económico, pero es imprescindible que el mismo se logre con una transformación estructural con características tecnológicas, ambientales, sociales y políticas específicas, y que tal transformación se desarrolle de modo progresivo. Este mismo itinerario es el que emprendemos a continuación en este trabajo.

El enfoque económico de la desigualdad: el desarrollo y sus múltiples dimensiones

Fue durante el segundo período de posguerra cuando los estudios sobre el desarrollo de los países tomaron un rumbo propio, quedando enmarcados en el ámbito de una disciplina autónoma, la Economía del Desarrollo. Inicialmente la reflexión se orientó hacia los problemas de la reconstrucción económica en Europa para paliar los estragos que la Segunda Gran Guerra había causado, expandiéndose posteriormente hacia los países más pobres de la periferia sur de dicho continente. Luego, este dispositivo se convirtió en una herramienta para combatir el subdesarrollo, la desigualdad y la pobreza a nivel global.

El influjo alcanzado por la Economía del Desarrollo estuvo intrínsecamente relacionado con la conjunción de dos acontecimientos claves al interior de la disciplina económica: el descrédito sin precedente en que había caído la escuela neoclásica como resultado de la depresión de los años treinta y el éxito, también sin precedentes, de un ataque a la ortodoxia, la revolución keynesiana de los años treinta (Hirschman, 1984).

La oposición a la teoría económica de raíz neoclásica se basó en la pretensión de universalidad de sus proposiciones, lo que se traducía en que todos los países debían seguir el mismo sendero de progreso, por un lado, y en la creciente desconfianza del supuesto beneficio mutuo derivado del intercambio comercial entre naciones desarrolladas y subdesarrolladas, por el otro.

La primera refutación se basa en la evidencia de que los países subdesarrollados conforman un grupo separado al de los países desarrollados debido a ciertas características específicas de la estructura económica comunes a todos ellos, por lo cual grandes porciones del cuerpo convencional del pensamiento económico y las tradicionales recetas de política económica no son aplicables a los primeros. Pero incluso la idea de sólo dos conjuntos de países también fue rebatida más adelante, ya que se entiende que no es correcto distinguir entre sociedades tradicionales y modernas (en el sentido de subdesarrolladas y desarrolladas) porque tales conceptos no son lo bastante amplios como para abarcar en forma precisa todas las situaciones sociales existentes y porque tampoco ayudan a diferenciar los componentes estructurales que definen el modo de ser de tales espacios (Cardoso y Faletto, 1973).

Abonó en este sentido la contribución de Keynes, al establecer la idea de la existencia de dos clases de ciencia económica, la tradición *clásica* que se aplica al caso especial en que la economía se encuentra bajo pleno empleo y otro sistema de proposiciones muy diferentes que se aplica para el caso general en el que existe un gran desempleo de recursos, tanto humanos como materiales (Alburquerque, 2013).

Por su parte, el cauce emprendido por el ala del desarrollo de la doctrina

económica se completó con los argumentos brindados a partir de lo que se ha denominado *el rechazo de la pretensión del beneficio mutuo,* aquella proposición clásica que insiste con que las relaciones comerciales existentes entre los países desarrollados y subdesarrollados pueden adoptar formas tales que generen beneficios para ambos grupos, lo cual no se verifica en la mayoría de los casos.

En resumen, la Economía del desarrollo representó un quiebre en la teoría económica ortodoxa al señalar que los países menos desarrollados resultan perjudicados con las reglas del comercio internacional y que estos, por lo general, no deberían aplicar las teorías y políticas concebidas para el desarrollo de los países avanzados. Como resultado de dichos corolarios empezaron a surgir posiciones paralelas en la búsqueda del desarrollo y una manera alternativa de hacer análisis, partiendo de la convicción de que el desarrollo es a la vez posible y necesario, pero que debe concebirse y ser puesto en práctica en términos muy diferentes a los que suelen emplearse desde la corriente dominante.

Así como en los países desarrollados la Gran Depresión y la Segunda Guerra Mundial generaron una crisis de las ideas dominantes, los mismos acontecimientos hicieron mella también en el campo intelectual y político de los países de la periferia, los cuales, a partir de entonces, empezaron a advertir una enorme contradicción entre la realidad y las teorías elaboradas en los grandes centros. En palabras del mismo Raúl Prebisch (1963), la observación de que las interpretaciones teóricas tradicionales resultaban no sólo inoperantes cuando se las ponía en práctica, sino que también se tornaban contraproducentes, cuánto más en los países menos desarrollados, fue lo que dio origen a la obra de la CEPAL, de las Naciones Unidas. Ello puso en evidencia la necesidad de emprender el análisis de la realidad continental desde la propia Latinoamérica, haciendo campo raso de los preconceptos de la teoría instaurada, incluso de los convincentes aportes del keynesianismo.

Producto de la amalgama de todos estos acontecimientos surgió el paradigma desarrollista latinoamericano, denominado más tarde como estructuralismo latinoamericano, el cual guiaría el proceso de crecimiento de la región entre las décadas de 1950 y 1960, primordialmente[1]. América Latina había empezado a dar vida ya por entonces a algunas experiencias tendientes al paso de un tipo de desarrollo orientado hacia afuera, basado en el modelo primario

1 El término estructuralismo fue utilizado para distinguir esta corriente de la del monetarismo, hundiendo sus raíces en la corriente estructuralista derivada de la escuela historicista alemana que, a partir de la necesidad de cerrar la brecha tecnológica abierta con respecto a las mejores prácticas británicas, propició la intervención estatal como medio de coordinación de las decisiones individuales de forma tal de superar ese atraso relativo, contraponiéndose de esta forma a las ideas del librecambio y la mano invisible de Smith que caracterizó a la política económica aplicada por Inglaterra desde el nacimiento de la Economía política (Sztulwark, 2005). Bernal Meza (2005) resume que el estructuralismo latinoamericano nació en los años cincuenta, se desarrolló de manera transdisciplinaria en los años sesenta y setenta, tendió a desaparecer como comunidad en los ochenta bajo la persecución ideológica y política del autoritarismo neoliberal y regresó aggiornado en los noventa para enfrentar precisamente al neoliberalismo.

exportador, a otro industrial, orientado hacia adentro, reforzado luego en respuesta al nuevo escenario económico de posguerra (Sztulwark, 2005).

La perspectiva desarrollista latinoamericana asume la idea de un desarrollo originario desigual resultante de las pautas tradicionales de la división internacional del trabajo: mientras los centros producen y exportan bienes industriales, la periferia produce y exporta materias primas y alimentos. Tal organización se deriva del proceso histórico de propagación del progreso técnico que configuró el sistema económico mundial, pues desde este paradigma se señala que, en el centro, tal transmisión técnica requiere un lapso de tiempo menor, en tanto que, en la periferia, que parte de un atraso inicial, esta se difunde preponderantemente en el sector primario exportador y otros sectores vinculados a él.

Esta dinámica permite explicar para la instancia de desarrollo hacia afuera de los países de la región que la estructura productiva adquiera un carácter especializado y heterogéneo, es decir, la coexistencia de sectores de alta productividad con otros más rezagados, cuando en el centro este carácter es diversificado y homogéneo (Sztulwark, *op. cit.*). Ello deriva en una composición dual de la estructura productiva de los países periféricos, en donde el sector que dinamiza la economía logra apropiarse de los beneficios del progreso técnico, sin embargo, no propaga tal dinamismo al resto del sistema económico. Pero, además, la brecha interna o heterogeneidad estructural también arrastra estructuras ocupacionales y de ingresos segmentadas y una distribución concentrada del ingreso con patrones de consumo estratificados, lo cual redunda en bajos niveles de ahorro y de inversión y altos niveles de importación (Bárcena y Prado, 2016).

Se agrega a este cuadro una débil inserción internacional, con los denominados estrangulamientos de la balanza de pagos o cuellos de botella recurrentes en el sector externo, que, en ausencia de fuentes alternativas de financiamiento externo, subordinan la posibilidad de crecimiento al desempeño exportador de cada país (*ibíd.*).

Dadas las características del sistema, los frutos del progreso técnico tienden a concentrarse en los centros industriales, deteriorando permanentemente los términos del intercambio, lo que no hace más que ensanchar la brecha externa entre ambas partes y fundamentar el carácter deudor y deficitario de las cuentas externas de América Latina.

La tesis del deterioro de los términos del intercambio forma parte de una teoría del valor económico que considera que las posiciones de poder dentro de la estructura productiva y social, así como las variaciones que tales posiciones experimentan, determinan las variaciones de los precios relativos de las mercancías, en el marco de condiciones dinámicas y estructurales (tecnológicas e institucionales). Esta explicación no se basa en los precios de equilibrio en un momento dado de tiempo, sino que se ocupa de ciertos mercados in-

ternacionales concretos, los de productos básicos vs. los de manufacturas, cuya determinación es fruto de un examen detenido de la relación de intercambio derivada de la división internacional del trabajo entre el centro y la periferia. El carácter cíclico del desarrollo capitalista del centro determina la inestabilidad de los precios, tanto de las manufacturas como de los productos básicos (*commodities*), quedando de manifiesto, mediante comprobaciones empíricas, que los precios de los productos primarios son mucho más variables que los de las manufacturas y que, a largo plazo, la demanda mundial de estas últimas (insumos y productos finales) crece a un ritmo más acelerado que la de productos básicos (Di Filippo, 2009).

La gran conclusión a la que se arriba luego de todos estos señalamientos es que, como consecuencia de tales características estructurales, las brechas interna y externa, el subdesarrollo no es una anomalía del sistema sino más bien una creación del desarrollo. Por ello, los países periféricos no pueden limitarse a la elaboración de productos primarios para la exportación y deben tratar de establecer estrategias para el fortalecimiento de la propia base industrial de sus economías. Es decir, el enfoque desarrollista alienta a una propuesta de desarrollo basada en la industrialización sustitutiva de importaciones y la protección frente a la competencia externa (Alburquerque, 2013).

Atacar los problemas estructurales significa ocuparse del primer eslabón de la cadena de la desigualdad. En este sentido, se sentencia que para conseguir acelerar el ritmo de desarrollo económico y redistribuir el ingreso a favor de las masas populares, América Latina debe obrar racional y deliberadamente sobre las fuerzas del desarrollo, ya que este no podrá ser el resultado del juego espontáneo de esas fuerzas, como ha sucedido en la evolución capitalista de los países avanzados (Prebisch, 1963). En rigor, en la evolución capitalista, la tecnología se fue introduciendo de modo gradual en el proceso productivo, a medida que se acumulaba el capital necesario, mientras que los países en desarrollo tienen que asimilar una tecnología ya elaborada.

Conjuntamente con las discusiones alrededor del subdesarrollo y la dependencia empezaron a tratarse cuestiones que hasta entonces se encontraban en la penumbra de la dimensión meramente económica del desarrollo. Surgieron por entonces alertas ambientales que dejaron en evidencia que las tendencias de aumento de la población, el incremento de la industrialización (con la consiguiente contaminación) y el consumo de recursos que las teorías del desarrollo en base al crecimiento económico promovían, conducirían a un choque contra los límites planetarios; enfoque que posteriormente permitió incorporar a los estudios del área nociones relativas al desarrollo sustentable ambientalmente[2].

---

2 En 1972 se presentó el reporte <Los límites del crecimiento>, bajo pedido de los empresarios del Club de Roma al Massachusetts Institute of Technology (MIT). El objetivo del estudio era analizar las tendencias globales de crecimiento en lo que respecta a la población mundial, la

A su vez, a los debates sobre los márgenes ecológicos del crecimiento económico empezaron a sumarse paulatinamente otros cuestionamientos que atacaban las bases de las teorías en cuestión, dando como resultado significativas propuestas de reformulación del desarrollo, sobre todo en lo que atañe a sus aspectos económicos y sociales. Gudynas (2011) cita como ejemplo a la "Declaración de Cocoyoc" donde se insiste en que hay una diversidad de vías para el desarrollo, pero estas mantienen en común el propósito de mejorar la distribución de la riqueza y la satisfacción de las necesidades básicas[3]. En igual sentido puede mencionarse la propuesta de "Otro desarrollo" del año 1975, surgida en Suecia, la cual insistió en separar el desarrollo del crecimiento, apuntando a la satisfacción de las necesidades y la erradicación de la pobreza, y sumando al desarrollo atributos de endogeneidad y autonomía.

Estas posturas críticas sobre el desarrollo no sólo ejercieron una fuerte influencia en América Latina, sino que, además, aquí fueron potenciadas. Un aporte destacado en este sentido fue el del *desarrollo a escala humana* de Max-Neef, Elizalde y Hopenhayn del año 1986, el cual afirma que el desarrollo debe enfocarse en el protagonismo real de las personas, es decir, en lograr la transformación de la persona-objeto en persona-sujeto del desarrollo, ya que el mismo no es concebible en sistemas organizados jerárquicamente desde arriba hacia abajo sino sólo a través de prácticas democráticas más directas y participativas. Asimismo, este enfoque permite la reinterpretación del concepto economicista de pobreza, esto es, invita a entenderla como un concepto plural que depende de las múltiples necesidades insatisfechas que las personas podemos experimentar y no se restringe únicamente a la contemplación de situaciones en las que las personas pueden clasificarse por debajo de un determinado umbral de ingreso (Max-Neef, Elizalde, y Hopenhayn, 2010). En términos de los propios autores, el desarrollo a escala humana:

> Se concentra y sustenta en la satisfacción de las necesidades humanas fundamentales, en la generación de niveles crecientes de autodependencia y en la articulación orgánica de los seres humanos con la naturaleza y la tecnología, de los procesos globales con los comportamientos locales, de lo personal con lo social, de la planificación con la autonomía y de la sociedad civil con el Estado. (*ibíd.*, p. 12)

---

industrialización, la producción de alimentos y la explotación de recursos naturales. La relevancia de dicho informe radica fundamentalmente en que cuestionó la idea central del desarrollo, aquella que concibe al crecimiento como perpetuo, y encontró que se alcanzarían los límites del crecimiento en el curso de los próximos cien años.

3 El Programa de las Naciones Unidas para el Medio Ambiente (PNUMA) y la Conferencia de las Naciones Unidas para el Comercio y el Desarrollo (UNCTAD), invitaron a un grupo de distinguidas personalidades, destacados especialistas en el campo del desarrollo y expertos en problemas ambientales, a participar en un simposio sobre "Modelos de Utilización de Recursos, Medio Ambiente y Estrategias de Desarrollo". La Reunión también fue auspiciada por el Gobierno de México y tuvo lugar en Cocoyoc, estado de Morelos, los días 8 a 12 de octubre de 1974.

Estas discusiones alimentaron el lanzamiento en 1990, por parte del Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo, del Índice de Desarrollo Humano (IDH). Inspirado en su primera versión en los aportes de Amartya Sen, esta metodología de medición del bienestar intenta capturar las dimensiones más relevantes de la vida de las personas, más allá del nivel de ingresos[4].

Tras numerosas reflexiones, hoy podemos afirmar que el desarrollo es un fenómeno multidimensional, pues incorpora las diferentes dimensiones en las que las sociedades pueden desplegar su potencial y ello no se reduce al mero plano económico. Es decir, el desarrollo no se conforma con la corroboración del incremento del producto *per cápita* en un territorio, pues el mismo es una expresión mucho más amplia que el crecimiento. Aun así, el desarrollo económico debe contribuir a la mejora de la calidad de vida de las personas, pero, si lo que se pretende es generar un proceso de desarrollo completo, el foco de las políticas públicas debiera estar puesto en la satisfacción de las necesidades humanas y no sólo en la generación de riqueza.

El desarrollo, al ser heterogéneo, habilita a que cada sociedad construye sus propias vías para implementarlo, de modo que se ajuste a cada cultura, a la historia, a un tiempo y a un espacio específico. No existen, en consecuencia, recetas universales que todos los países puedan y deban aplicar para alcanzar exitosamente el desarrollo, en tanto que las relaciones de dependencia generan y refuerzan procesos de dominación que frustran el desarrollo. Ello significa que la satisfacción de las necesidades humanas no puede verse inhibida por las exigencias que, de manera explícita o implícita, los países centrales suelen imponer en cuanto a modelos políticos, pautas de crecimiento económico, patrones culturales, incorporación de tecnologías, opciones de consumo, relaciones de intercambio, formas de resolver los conflictos sociales, entre tantas otras maneras de dependencia.

Seguidamente, el desarrollo como construcción histórica, cultural y social conlleva intrínseco el requisito de que el proceso sea consensuado, diseñado, ejecutado, controlado y ajustado, es decir, su esencia misma indica que este no puede quedar atado a la suerte de las libres fuerzas de la economía, sino que necesita de acciones deliberadas de planificación para ser puesto en marcha.

---

4 El IDH mide el progreso promedio de un país en el largo plazo en relación a tres capacidades humanas básicas con igual ponderación: tener una vida larga y saludable; poseer conocimientos necesarios para comprender y relacionarse con el entorno social, y gozar de ingresos suficientes para acceder a un nivel de vida decente. La primera dimensión es estimada por la esperanza de vida al nacer; la segunda por la tasa de alfabetización de adultos y la tasa bruta combinada de matriculación en enseñanza primaria, secundaria, y terciaria, y la tercera por el PIB per cápita, expresado en paridad del poder adquisitivo en dólares estadounidenses. Su valor varía entre 0 y 1; cuanto más cercano a 1, mayor es el nivel de desarrollo humano de un país. Asimismo, existe una versión del IDH ampliado, que incluye más indicadores, como la mortalidad infantil por causas reducibles, el índice de sobreedad escolar (el porcentaje de alumnos con edad mayor a la correspondiente al grado en el cual están matriculados) y el de calidad educativa, la tasa de empleo y la tasa de desocupación; así como un IDH sensible a la desigualdad (PNUD, 2009).

Pese a la hegemonía del discurso sobre la ineficiencia de los Estados en la planificación de la economía y en un momento de dominación de las concepciones neoliberales en el campo de las ideas y en el plano político de la mayoría de los países, no caben dudas de que el éxito o el fracaso de los modelos de desarrollo no depende del grado de intervención estatal sino más bien de la calidad de dicha intervención. Por otra parte, el contenido del desarrollo fundamenta que el proceso se enfoque en el protagonismo real de las personas, ya que el mismo no es concebible en sistemas organizados jerárquicamente desde arriba hacia abajo sino sólo a través de prácticas democráticas más directas y participativas.

Tercero, ya que el subdesarrollo es el resultado de las pautas tradicionales de la división internacional del trabajo y del proceso de propagación del progreso técnico, los países que se especializan en la producción de bienes primarios se ven perjudicados ante el deterioro que sufren los precios de estos productos frente a los de los bienes manufacturados, que no sólo son menos variables, sino que su demanda crece a un ritmo más acelerado que la de los productos básicos. Esta tendencia agrava las patologías económicas de países latinoamericanos, a saber, el endeudamiento externo, el desempleo y el subempleo, la informalidad, la dependencia, la desigualdad. Sumado a ello, el subdesarrollo no se refiere sólo a las características estructurales del sistema económico de estos países, sino que su comprensión abarca también las consecuencias sociales de tal caracterización, es decir, el modo en que las economías subdesarrolladas se relacionan con el mercado mundial y las formas que adoptan los grupos sociales al interior de las mismas que definen tales relaciones.

Todo ello conduce a remarcar que los países periféricos no pueden limitarse a la producción de bienes primarios exportables sino fortalecer su propia estructura industrial. La industria es el sector generador de valor agregado y empleo por excelencia, diversifica la producción, eleva la productividad y sustenta el avance del conocimiento, a la vez que presenta la capacidad de expandir sus efectos al resto del circuito económico a través de los encadenamientos productivos, hacia atrás y hacia adelante, que es capaz de forjar. De esta manera, el desarrollo industrial comporta el potencial de garantizar la autonomía de los territorios, por efecto de la reducción de la dependencia tecnológica, y su autosuficiencia, con el consecuente beneficio sobre el sector externo de la economía en términos de ahorro de divisas.

A favor de estos argumentos, Ortiz y Schorr (2009) se encargan de precisar que el desarrollo fabril sienta las bases para avanzar hacia una creciente integración y diversificación de la estructura económica e incorporar al proceso de producción tecnologías, bienes de capital y conocimientos, ganando en términos de autonomía nacional. Por su parte, Rougier (2016) sintetiza que, si bien es cierto que las relaciones entre industrialización y desarrollo son complejas, es posible resumir que la industria es indispensable por ser la

portadora por excelencia de las transformaciones que el avance de la ciencia y la tecnología incorporan a la actividad económica y social.

La multidimensionalidad de la desigualdad

La desigualdad es visible en niveles elevados desde hace décadas en distintas regiones del continente americano y también al interior de él. Para el caso argentino, las diferencias hacia su interior igualmente presentan variaciones, más allá de pequeñas fluctuaciones y mejoras circunstanciales. Cabe reflexionar entonces acerca de la efectividad de las políticas que han procurado reducir la pobreza, pero en muchos casos no han logrado revertir los niveles de desigualdad, y su vinculación con los modelos de desarrollo que la Argentina ha venido transitando en los últimos decenios.

De acuerdo a Prebisch, las ideas dominantes han argumentado que América Latina debía de aumentar el "desarrollo económico y redistribuir el ingreso en favor de las masas populares". Tal sugerencia resulta por lo menos dudosa, en la medida que no existe una linealidad entre desarrollo económico y desarrollo social (1971[1963]: 12).

Para la CEPAL el rol desempeñado por la desigualdad se constituye como el escollo del desarrollo en nuestros países, y en sus distintas facetas, en particular la relativa a la mala distribución de los ingresos y de la riqueza. Sus raíces estructurales así como la multidimensionalidad de aspectos que la desigualdad entraña fueron tema prioritario en el trabajo de la Comisión desde sus inicios en 1948.

En este sentido, Bárcena y Prado (2016) apuestan a una perspectiva renovada para conceptualizar y comprender el desarrollo. Esta nueva inclinación integra las raíces del pensamiento estructuralista cepalino con una agenda ligada a la construcción de una sociedad de derechos, así como la sostenibilidad ambiental y la emergencia de nuevas institucionalidades que promuevan la igualdad y los espacios donde ésta se disputa. Se pueden rastrear diversos estudios que giran en torno de la vinculación del desarrollo con la desigualdad, entre los que podemos mencionar: Aníbal Pinto (1970, 1976), Raúl Prebisch (1949, 1981), Celso Furtado (1961, 1971, 1984) y Fernando Fajnzylber (1983, 1990).[5] Cada uno resulta coincidente en que, sea cual fuere la etapa del desa-

5 Aníbal Pinto (1970, 1976) identificó a la contradicción existente entre la estructura productiva y el perfil de la demanda como una característica común de las distintas formas que tomó el modelo de heterogeneidad estructural en las distintas etapas y en los diferentes países. Con el modelo agroexportador, los productos eran básicamente de origen primario mientras que la demanda era mucho más diversificada, generando la necesidad de importar no solo bienes de capital para la producción sino también bienes sofisticados para el consumo de los grupos de altos ingresos, profundizando el cuello de botella del sector externo.
En estas ideas coincidía Prebisch, quien además reconoce las fuertes asimetrías entre países,

rrollo, las desigualdades resultan persistentes (idea revisada y problematizada por Tilly, 1998).

Las lecturas cepalinas advertían sobre la imposibilidad de comprender las distancias sociales por fuera de las estructuras productivas. La heterogeneidad estructural está conformada por la "brecha interna" - que ocupa un lugar destacado en nuestra realidad social por sus tensiones internas-, por la "brecha externa" –vinculado a las influencias del contexto internacional-, pero también debe sumarse el contexto regional. Aun asumiendo las distancias en término de anillos que considera la heterogeneidad estructural en procesos espaciales, habría que añadir la brecha de género y la territorialidad -estilo de crecimiento y urbanización de los países de la región-, es decir, la heterogeneidad territorial. A ella se asocia frecuentemente la problemática de la segregación espacial por tratarse de una característica que imprime desigualdad y exclusión a determinados grupos poblacionales, en particular en las ciudades, aunque también en las zonas rurales (Bárcena y Prado, 2016: 45).

Desde la Argentina estos aspectos han sido considerados por, entre otros, Salvia (2008, 2019), Salvia *et al*. (2017), Címoli (2005). Salvia refiere al modelo de desarrollo desigual que ha caracterizado históricamente al país y la región, donde parece haberse reproducido de manera ampliada la heterogeneidad estructural de larga data. Según este autor se encontrarían vigentes dos procesos socioproductivos (uno de reproducción hacia dentro del sistema político y económico de desigualdades estructurales propias del régimen de

---

regiones y territorios en el contexto del sistema internacional, particularmente en relación a las capacidades tecnológicas y la utilización del conocimiento en la estructura productiva (Prebisch, 1949). Para este autor la brecha en la propagación de la técnica entre los países de desarrollo capitalista avanzado y los más rezagados (como los de América Latina) debía ser contrarrestada mediante una política pro industria activa, puesto que la modernización tecnológica permitiría mejorar las condiciones de vida de la población en su conjunto. Como Prébisch tenía en cuenta la limitación de los mercados internos de la región debido a sus tamaños relativamente pequeños, proponía la formación de un mercado común (Prebisch, 1981). Otro de los aportes centrales de este autor es la idea de la tendencia al deterioro de los términos del intercambio.
Celso Furtado (1961) desarrolla la problemática de los patrones de consumo en sociedades muy desiguales (y el consiguiente impacto sobre la producción y el ahorro), con su concepción de "consumo imitativo", sosteniendo que las pautas de consumo en la periferia obedecen más a una imitación de las que se observan en los grandes centros que a un ejercicio de soberanía por parte de los consumidores. Su preocupación apunta a que tal consumo imitativo afecta las posibilidades de acumulación, puesto que los niveles de producción e ingresos de las sociedades cuyos consumos imitamos son muy superiores a los de los países periféricos (Furtado, 1984).
Siguiendo las preocupaciones de Pinto entre desajustes de estructura productiva y demanda y de Furtado sobre consumo imitativo, Fernando Fajnzylber (1983, 1990) propone el concepto de "modernidad de escaparate", señalando la brecha entre las estructuras de la demanda y de la oferta en la región. Alude con esta idea al estilo superficial de la modernización de los países de la región, ya que se toman los objetos producidos por los países avanzados pero no se tienen en cuenta los patrones institucionales, tecnológicos y de aprendizaje que dieron lugar a tales producciones. Es decir, la modernización se limitaría a la mera imitación e importación, sin intentar siquiera la búsqueda de las capacidades que permitirían reproducir localmente las tecnologías necesarias para alcanzar la producción de estos bienes.

acumulación y otro de relativo rezago internacional en términos de la difusión de nuevas tecnologías y mejores productividades) que constituirían factores explicativos del fracaso de diferentes programas político-económicos implementados en las últimas décadas. Al desarrollo desigual y la heterogeneidad estructural se agregaría la introducción del cambio tecnológico, que agravaría la heterogeneidad debido a la capacidad diferencial de generar y difundir tal cambio (Címoli, 2005). En suma, durante las últimas décadas se han reproducido situaciones estructurales de subempleo, informalidad laboral, brechas de ingresos y desigualdades, las cuales requieren de una mirada multidimensional para su mejor comprensión y análisis.

Problematizar las dimensiones del desarrollo en consonancia con la desigualdad –y con la persistencia de esta-, conlleva poner en el centro de la escena otros espacios antes poco atendidos por la concepción de supremacía económica. Las cuestiones asociadas a las desigualdades de género en los últimos años fueron tomando otros matices y tenidas en cuenta asumiendo sus trascendentales consecuencias. Los avances en materia de multidimensionalidad de la desigualdad conllevan a posiciones que consideran que un verdadero desarrollo con pretensiones de igualdad debiera responder también por asimetrías en materia de género, donde las mujeres padecen las consecuencias materiales y simbólicas.

Ante las revisiones precedentes, debemos indicar la importancia que asumen estas dimensiones no sólo resultantes de la desigualdad sino también como generadoras de ellas (tanto causantes como resultantes y habilitadoras de su perpetuación a nivel estructural).[6]

Se vuelve necesario problematizar las *desigualdades* en términos teóricos para así dar cuenta del modo en que se van materializando en aspectos concretos de la vida cotidiana de buena parte de las sociedades de América Latina. Decimos desigualdades en plural en la medida que se solapan en distintos planos que incluyen lo económico, social, cultural e histórico.

En los términos que lo plantea Luis Reygadas (2004), las desigualdades pueden tener causantes en la diversidad de recursos y capacidades de los sujetos, en las relaciones que se generan entre ellos, pero también puede deber-

6 Cabe resaltar que en el debate contemporáneo se enfrentan dos maneras de concebir la justicia social, que podríamos asimilar a la igualdad o equidad en este caso. Ellas son la igualdad de posiciones y la igualdad de oportunidades. Mientras que la primera busca "reducir las desigualdades de ingresos, de condiciones de vida, de acceso a servicios, de seguridad, etc., que están asociadas a las posiciones sociales ocupadas por individuos muy distintos en varios aspectos: nivel de calificación, sexo, edad, talento" (Dubet, 2012, p. 43), la segunda se centra en asegurar la posibilidad "para todos de ocupar cualquier posición en función de un principio meritocrático" (ibid.., p. 46). En este último caso la justicia "requiere que los hijos de los obreros tengan las mismas oportunidades de llegar a ser ejecutivos que los hijos de los ejecutivos, sin que la distancia de posición entre los obreros y los ejecutivos esté en juego" (ibid.). En esta concepción, la justicia social obliga a considerar que las diversas circunstancias étnicas, culturales, de género, estén representadas en los diferentes niveles de la vida social.

se a aspectos estructurales de las relaciones sociales. Estas dimensiones son identificables a partir de la recurrente pregunta por las verdaderas causas de la desigualdad, o por la problematización de la desigualdad en sí misma, tal como lo menciona Gabriel Kessler (2014). Este último propone una revisión de la desigualdad con cada uno de los interrogantes que ella va posibilitando (aspecto que retomaremos en párrafos posteriores).

Reygadas afirma que uno de los errores recurrentes al momento de intentar una sistematización teórico-conceptual de la categoría *desigualdad* es caer en una perspectiva que priorice ya sea el individualismo, el interaccionismo o el holismo. Por el contrario, continúa, habría que desafiar posiciones estancas y promover "marcos multidimensionales" (p. 7).

El plano multidimensional de la desigualdad habilita enriquecer cualquier tipo de abordaje en la medida que atiende sus aspectos sociales, económicos, políticos, culturales, pero también se interesa por el cruce con otro tipo de desigualdades que ponen en evidencia la compleja trama de poder constitutiva de todas las relaciones sociales. En idéntica proporción se consideran las desigualdades de género, etnia y clase, entre otras.

Tanto Reygadas como Kessler revisan los planos en que se da la desigualdad, aquello que indicábamos como un fenómeno *multidimensional*. A lo anterior añadimos el estudio de Charles Tilly (1998) que repara sobre las múltiples maneras en que pueden manifestar las desigualdades. Si bien describe con precisión cómo los cuerpos, la genética, el aspecto de los sujetos pueden volverse indicadores de desigualdades *persistentes*:

> (…) la elevación de la talla en toda población proporciona uno de los signos más claros de que su bienestar está aumentando, y los diferenciados pronunciados de la estatura adulta por categoría social dentro de la población masculina o femenina representan un fuerte indicador de la desigualdad persistente. (Tilly, 1998: 17)

Para Tilly la pregunta está direccionada no tanto en dilucidar las causas de la desigualdad, sino más bien en sus consecuencias sostenidas a lo largo del tiempo, volviéndose duraderas, *persistentes o categoriales* dirá el propio autor.[7] Incluso, aún ante estas manifestaciones biológicas, las categorías que permiten identificar las desigualdades están estrechamente asociadas a la "organización, la creencia y la imposición sociales extensivas" (*ibíd.*). En este sentido, se profundiza aún más la búsqueda de una explicación posible, y la desigualdad depende principalmente de la "naturaleza de los recursos involucrados, de las

7 Este tipo de desigualdades persistentes surgen porque quienes tienen el acceso a los recursos capaces de generar valor resuelven problemas organizativos basándose en distinciones categoriales (blanco/negro, varón/mujer, ciudadano/extranjero, musulmán/judío). Establecen así sistemas de cierre, exclusión y control, que se basarán en buena medida en las instituciones existentes (Tilly, 1998).

categorías sociales previas" pero también jugarán un rol importante cuestiones vinculadas a la organización de las partes constitutivas de un determinado proceso.[8]

Las desigualdades, además de manifestarse en una multiplicidad de dimensiones, planos y categorías, se visibilizan –literalmente- en aspectos corpóreos, pero también cobran materialidad en sus múltiples formas de ser dicha. Los sistemas clasificatorios y nominales se construyen social, histórica y culturalmente, y como construcción no sólo cuentan con una intencionalidad sino también con la posibilidad de ser de-construidos. Dice Tilly que las "categorías pareadas" –aquellas que se asocian por pares opuestos- contribuyen a una organización diferencial exacerbando el desigual acceso a los recursos. En este sentido se produce una "institucionalización" de las desigualdades. Los procesos organizacionales cumplen una función definitoria en la construcción y sostenimiento de las desigualdades persistentes, dado que se caracterizan por ser "acumulativos, relacionales e inadvertidos" (*Ibíd.*, p. 48). El sentido de este último se refiere a su carácter imprevisible e inesperado, presente en forma cuasi natural que dificulta su proceso de objetivación y deconstrucción.

Resulta de interés enfatizar en el encadenamiento de desigualdades que, desde la heterogeneidad estructural asociada a la esfera productiva, se articula y retroalimenta en múltiples dimensiones. Las brechas en la estructura productiva de las economías de la región generan separaciones sociales y conforman sociedades segmentadas y desiguales, que se materializan en asimetrías territoriales y producen y reproducen dinámicas de segregación social y cultural que incluyen la dimensión de género (no es lo mismo ser mujer en los barrios de alto poder adquisitivo que en un área rural rezagada). La segmentación en la esfera de la productividad está determinada por –y determina– brechas en varios ámbitos: en el nivel educativo y el desarrollo de las capacidades de la población económicamente activa, en el acceso de la población a empleos formales, en la percepción de ingresos favorecidos por la mediación de instituciones laborales, en el acceso a los mercados de comercialización (locales y externos) y a créditos para la inversión productiva, en la incorporación de progreso técnico en los procesos productivos, en la distribución igualitaria del trabajo no remunerado entre mujeres y varones del hogar y en la segmentación y segregación de mujeres en la estructura de ocupaciones (Bárcena y Prado, 2016, p. 48).[9]

---

8 Uno de los aportes centrales de Tilly a los estudios sobre la desigualdad es su reconocimiento de los mecanismos por los cuales las personas establecen sistemas de desigualdad categorial: la explotación y el acaparamiento de oportunidades. A esto le agrega otros dos mecanismos que refuerzan la eficacia de las desigualdades categoriales: la emulación y la adaptación.

9 No debemos soslayar el rol de la estructura de clases sociales en relación a la desigualdad. Siguiendo, por ejemplo, a Reygadas (2004) la desigualdad puede ser vista como "la distribución asimétrica de las ventajas y desventajas en una sociedad, que es resultado de relaciones de poder mediadas culturalmente" (pp. 38-39). En este sentido, Reygadas plantea que muchas

Así, la centralidad que adquiere la igualdad en el desarrollo se torna insoslayable. Defender el valor de la igualdad significaba recrearlo a la luz del aprendizaje histórico y de las condiciones vigentes de ser en el mundo. Siguiendo a Bárcena y Prado (op. cit.) es que entendemos que la igualdad es, junto con el imperativo de la libertad, la forma más humanizada de asumir las tareas de la modernidad. Es así que el principio rector de nuestro concepto es la igualdad de derechos como condición de ciudadanía. La institucionalidad y la juridicidad que subyace a este tipo de reconocimiento recíproco trascienden el ideal de igualdad de oportunidades y va mucho más allá de la noción de seguridad jurídica.

Como parte de las ideas transformadoras de la CEPAL, adherimos a una visión que pueda sostener en el tiempo el objetivo de engranar el crecimiento económico, el resguardo ambiental, la generación de condiciones de igualdad y diversificación, todas ellas retroalimentándose en sentido evolutivo.

A modo de cierre: articulación del desarrollo y las desigualdades con la decolonialidad

> *"La política de desarrollo tiene que sustentarse sobre una interpretación auténtica de la realidad latinoamericana. En las teorías que hemos recibido y seguimos recibiendo de los grandes centros hay con frecuencia una falsa pretensión de universalidad. Nos toca esencialmente a nosotros, hombres de la periferia, contribuir a corregir esas teorías e introducir en ellas los elementos dinámicos necesarios para acercarse a nuestra realidad" (Prebisch, 1971[1963], p.19).*

Los grandes centros de estudio y problematización de las temáticas vinculadas al desarrollo residen en los más diversos puntos cardinales y del mundo. Sería un error irreparable caer en posicionamientos esencialistas que impidan aprovechar las maduraciones en materia teórico-conceptual en torno a esta cuestión. Pero como indica Prebisch, nada nos exime de la obligación intelectual de analizar nuestros propios fenómenos y encontrar nuestra propia imagen en el empeño de transformar el orden de cosas existente. Es posible

---

de las desigualdades sociales se explican debido a la existencia de mecanismos de apropiación que permiten que diferentes individuos o grupos tengan beneficios diferenciales, dando lugar así a una distribución asimétrica de la riqueza y el bienestar, que a su vez facilita la reproducción de la desigualdad, tornándola estructural en muchos casos. En las sociedades industriales toma relevancia la propiedad de los medios de producción y diversas formas de capital, originando las formas de desigualdad entre clases sociales y entre países que nos son más familiares.

recurrir a miradas exógenas, pero de un modo "perspicaz" en la medida que detectemos el límite de qué tomar y qué elaborar de manera local sobre nuestros propios problemas (1971[1963], p.20).

Para la tradición decolonial, las epistemologías y la construcción de categorías situadas resulta relevante. Una cosmovisión decolonial deconstructiva permitirá una reflexión sobre la articulación teórica del desarrollo con la desigualdad desde América Latina y pensarnos por y desde nuestra región. La afirmación precedente no resulta idéntico a una concepción de pureza intelectual, sino más bien del desafío auto-reflexivo.

Los estudios decoloniales son una puerta posible para proponer y complejizar la idea de desarrollo y desigualdad: a partir de la distancia de concepciones economicistas e incluso de las concepciones multidimensionales tengan un anclaje local.

La desigualdad concebida desde una perspectiva multidimensional en un escenario posmoderno no basta. A lo expuesto añadimos la necesidad de modos teóricos, conceptuales y metodológicos que transfieran a la recuperación de saberes históricamente relegados. Evitar teorizaciones exógenas acompañado del rescate de pensamientos críticos y alternativos al desarrollo y la desigualdad en sus múltiples dimensiones, pero desde la diferencia colonial. En suma, es una opción intelectual de repensar conceptualmente desde la de-construcción de la diferencia (Mignolo, 2000).

El ejercicio del "desandar" se vuelve camino obligado en la medida que las "recetas" económicas y sus formas de interpretarlas han resultado escasas cuando no obsoletas e, incluso, contraproducentes. Atender el desarrollo como necesario, pero advirtiendo su carácter polisémico y, por tanto, asumiendo las inevitables y diversas consecuencias y/o persistencias de la desigualdad. Complejizar los procesos en toda y cada una de sus dimensiones: sociales, económicas, jurídicas, históricas y culturales. La CEPAL, ya a fines de los cuarenta, planteaba como nodal las valoraciones de las ideas del desarrollo económico y social regional del Sur y desde el Sur (Bárcena y Prado, 2016).

En términos propositivos, aseveramos que el proyecto de desarrollo debe ser compatible con la tradición de la comunidad, con la vida y la naturaleza, bajo el entendimiento que está orientado hacia el bienestar humano bajo la premisa de equilibrio ecológico y social. En este sentido, el desarrollo estaría comprometido con la satisfacción de las necesidades humanas, no sólo de la generación presente sino también de las generaciones venideras.

Finalmente, las condiciones de un mundo globalizado inciden en las formulaciones del desarrollo, lo que no significa que el proceso de definición se realice de manera exógena. El desarrollo sigue reposando en el potencial local para tomar las decisiones relevantes frente a diferentes alternativas para alcanzarlo y al uso de los elementos disponibles (Ferrer, 2007). De la misma forma cabe enfatizar en que las relaciones de independencia logran efectos sinérgicos

cuando se eslabonan de abajo hacia arriba en un doble sentido, esto es, de lo individual a lo social y de la sociedad al Estado, pero también de lo local a lo nacional y de allí a lo global.

En resumen, para el cometido del desarrollo, siguiendo la propuesta del desarrollo a escala humana, es fundamental la auto-dependencia, la planificación con autonomía, la independencia tecnológica[10], la articulación orgánica de los seres humanos con la naturaleza, y entre lo local y lo global (Max-Neef, Elizalde, y Hopenhayn, 2010). Esto quiere decir que el desarrollo será autodependiente, autónomo, independiente, ecológico y local, o no será.

De acuerdo a Maritza Montero (1998), se puede hablar de un "modo de ver el mundo, de interpretarlo y de actuar sobre él", que da lugar a la conformación de una epistemología propia de América Latina que permite comprender los procesos desde una perspectiva *otra*. Esto último significa: una idea de comunidad y de participación que conlleven una idea vincular; la liberación a través de la praxis –implica desnaturalizar formas enquistadas-; el carácter histórico y la pluralidad en las formas de conocer y hacer; asumir la perspectiva de la dependencia y luego de la resistencia; y finalmente la revisión de métodos.

La caracterización previa permite formas de pensar, concebir y transformar el mundo circundante. Recuperarla como herramienta habilitante para un *desarrollo otro*, con una fuerte base horizontal y colectiva para proyectar sociedades situadas y con miras de achicar las desigualdades en todas y cada una de sus dimensiones.

Este nuevo plafón valorativo y epistemológico, en el que confluyen el estructuralismo cepalino originario, la perspectiva evolucionista moderna y el enfoque de derechos[11], sintetiza la visión actual de desarrollo de la CEPAL, que, como mencionamos en el primer capítulo, reconoce el imperativo de la igualdad como idea fuerza, la que se instituye como el valor fundamental a lograr por la agenda de desarrollo y que se transformó en el hilo conductor de los documentos publicados en los últimos tres períodos de sesiones: *La hora de la igualdad* (CEPAL, 2010a), *Cambio estructural para la igualdad* (2012b) y *Pactos para la igualdad* (2014b), conocidos como la "Trilogía de la igualdad" (Bárcena y Prado, 2016: 51-52). Siendo América Latina la región más desigual del planeta, resulta

10 En relación a esta cuestión, y teniendo en cuenta los aportes pioneros de Pinto, Prebisch y Furtado, entre otros, sería necesario revisar los estilos de consumo, particularmente de aquellos grupos cuyas demandas solo pueden ser atendidas con productos sofisticados provenientes del exterior. Por otro lado, cualquier posibilidad de desarrollo autónomo y equitativo, en el marco de un sistema capitalista como el actual, requiere de una burguesía capaz de generar y sostener una base productiva manufacturera nacional, capaz de generar valor agregado, contando para ello también con políticas públicas apropiadas a tal fin.

11 La CEPAL ha ido atravesando por diferentes momentos teóricos, conceptuales y de agenda condicionados no sólo por las coyunturas sino también como fruto del crecimiento y apertura intelectual. Advertimos entonces que la síntesis indicada busca reflejar posiciones recientes con bases epistémicas diferentes.

imperioso que se reconozcan desde el Estado las múltiples dimensiones de tal desigualdad y su rol central en la búsqueda del desarrollo, dando a las políticas públicas orientadas a combatir la desigualdad el lugar de políticas de Estado que permitan, a largo plazo, mitigar y revertir las inequidades.

Bibliografía

Alburquerque, F. (2013). *Economía del desarrollo y desarrollo territorial* (en línea). http://www.conectadel.org/wp-content/uploads/downloads/2015/03/E%-C2%AADesarrollo-y-Desarrollo-Territorial-3.01.pdf, acceso 1 de Junio de 2018.

Bárcena, A., Prado, A. (2016). *El imperativo de la igualdad: por un desarrollo sostenible en América Latina y El Caribe*. Buenos Aires: Siglo Veintiuno.

Bernal Meza, R. (2005). El estructuralismo latinoamericano como filosofía de la historia: una interpretación propia sobre el capitalismo histórico. *Realidad económica*, 213, 37-51.

Cardoso, F. H., Faletto, E. (1973). *Dependencia y desarrollo en América Latina*. Buenos Aires: Siglo XXI Editores.

Címoli, M. (2005). "Introducción". En M. Címoli (Ed.), *Heterogeneidad estructural, asimetrías tecnológicas y crecimiento en América Latina* (pp. 5-8). Santiago de Chile: Naciones Unidas.

Di Filippo, A. (2009). Estructuralismo latinoamericano y teoría económica. *Revista CEPAL*, 98, 181-202.

Dubet, F. (2012). Los límites de la igualdad de oportunidades. *Revista Nueva Sociedad*, 239, 42-50.

Fajnzylber, F. (1983). *La industrialización trunca de América Latina.* México: Nueva Imagen.

Fajnzylber, F. (1990). Industrialización en América Latina: de la 'caja negra' al 'casillero vacío'. Comparación de patrones contemporáneos de industrialización, *Cuadernos de la CEPAL*, 60, 1-191.

Ferrer, A. (2007). Globalización, desarrollo y densidad nacional. En G. Vidal, A. Guillén (Eds.), *Repensar la teoría del desarrollo en un contexto de globaliza-*

ción. Homenaje a Celso Furtado (pp. 431-437). Buenos Aires: CLACSO.

Furtado, C. (1961). *Desarrollo y subdesarrollo*. Buenos Aires: Eudeba.

Furtado, C. (1971). *El poder económico. Estados Unidos y América*. Buenos Aires: CEPAL.

Furtado, C. (1984). *Cultura e desenvolvimento em época de crise*. Río de Janeiro: Paz e Terra.

Gasparini, L., Cicowiez, M., Sosa Escudero, W. (2012). *Pobreza y desigualdad en América Latina: Conceptos, herramientas y aplicacione*s. Buenos Aires: Temas.

Gudynas, E. (2011). Debates sobre el desarrollo y sus alternativas en América Latina: una breve guía heterodoxa. En M. Lang y D. Mokrani (Eds.), *Más allá del desarrollo* (pp. 21- 53). Quito: Fundación Rosa Luxemburg/Abya Yala.

Hirschman, A. (1984). *De la Economía a la política y más allá*. México: Fondo de la cultura económica.

Kessler, G. (2014). *Controversias sobre la desigualdad. Argentina 2003-2013*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.

Max-Neef, M., Elizalde, A., Hopenhayn, M. (2010). *Desarrollo a escala humana: una opción para el futuro*. Madrid: Ciudades para un futuro más sostenible.

Mignolo, W. (2000). Diferencia colonial y razón postoccidental,.En S. Castro Gómez (Ed.) Reestructuración de las ciencias sociales en América Latina. Bogotá: Centro editorial Javeriano.

Montero, M. (1998). Paradigmas, conceptos y relaciones para una nueva era. Cómo pensar las ciencias para América Latina, *Seminario las Ciencias Económicas y sociales: reflexiones de fin de siglo*, Dirección de Estudios de Postgrado, Facultad de Ciencias Económicas y Sociales, Universidad Central de Venezuela, Caracas, Mimeo.

Ortiz, R., Schorr, M. (2009). Ventajas comparativas, industrialización y desarrollo: apuntes para una necesaria discusión política en la Argentina. *Realidad Económica*, 245 (julio-agosto), 22-40.

Pinto, A. (1970). Heterogeneidad estructural y modelo de desarrollo reciente de la America Latina. *Lecturas del Fondo de Cultura Económica*, 3, 104-140.

Pinto, A. (1976). Notas sobre estilos de desarrollo en América Latina. *Revista de la CEPAL*, 1, 97-128.

Prebisch, R. (1949). *El desarrollo económico de América Latina y algunos de sus principales problemas.* Nueva York: CEPAL.

Prebisch, R. (1963). *Hacia una dinámica del desarrollo latinoamericano*. México D. F.: Fondo de cultura económica.

Prebisch, R. (1981). *Capitalismo periférico: crisis y transformación*. México D. F.: Fondo de cultura económica

Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo (2009). *Aportes para el desarrollo humano en Argentina/ 2009*. Buenos Aires: PNUD

Reygadas, L. (2004). *La apropiación destejiendo las redes de la desigualdad*. México: Anthropos y Universidad Autónoma de Metropolitana.

Rougier, M. (coord.) (2016). *Estudios sobre la industria en América Latina. Interpretaciones y debates*. Buenos Aires: Lenguaje claro editora.

Salvia, A. (2008). Crecimiento, pobreza y desigualdad en América en el contexto de políticas de estabilización y reformas estructurales. *Revista de la Coppal. Cohesión Social y Desigualdad en América Latina y el Caribe*, 1-11.

Salvia, A. (2019). Introducción. Aportes a una teoría sobre la desigualdad y la marginalidad social en América Latina en contexto de la globalización. En A. Salvia, M.B. Rubio (Comps.), *Tendencias sobre la desigualdad: aportes para pensar la Argentina actual*. (pp. 11-45) Buenos Aires: Instituto de Investigaciones Gino Germani (Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires).

Salvia A., Poy S., Vera J. (2017). Política social y desigualdad en la región del Gran Buenos Aires, Argentina, 1992-2012. *Papeles de Población*, 94, 223-259.

Sztulwark, S. (2005). *El estructuralismo latinoamericano. Fundamentos y transformaciones del pensamiento económico de la periferia*. Buenos Aires: Prometeo libros.

Tilly, C. (2000). *La desigualdad persistente*. Buenos Aires: Manantial.

Revisitando la noción de inclusión social

Discursos, definiciones y perspectivas sobre un concepto en cuestión durante las últimas décadas en Argentina

Tatiana Beatriz Jack
Universidad de Buenos Aires, Facultad de Ciencias Sociales, Instituto de Investigaciones Gino Germani, Ciudad Autónoma de Buenos Aires, Argentina.
jacktatiana1@gmail.com

29
Lavboratorio

Resumen

En los últimos años la noción de inclusión social ha sido uno de los ejes principales del debate público sobre los problemas sociales en la Argentina, como también de diferentes políticas sociales que se implementaron durante el ciclo político de los años 2003-2015. El objetivo de este artículo es realizar una reconstrucción de las distintas conceptualizaciones, discursos y perspectivas sobre la noción de inclusión social. Con este propósito, se retoman diferentes debates sobre los conceptos y las categorías que intentaron aprehender las nuevas dinámicas y procesos sociales que se abrieron a partir de la crisis de las sociedades salariales y de las transformaciones de los mecanismos de integración social, como lo son las nociones de vulnerabilidad, desafiliación, marginalidad y exclusión social.

Palabras claves: inclusión social – política social – jóvenes – seguridad

Summary

In recent years the notion of social inclusion has been one of the main axes of the public debate on social problems in Argentina, as well as different social policies that were implemented during the political cycle of the years 2003-

2015. The objective of this article is to make a reconstruction of the different conceptualizations, discourses and perspectives on the notion of social inclusion. For this purpose, different debates are resumed on the concepts and categories that tried to apprehend the new dynamics and social processes that were opened after the crisis of salary societies and the transformations of social integration mechanisms, such as the notions of vulnerability, disaffiliation, marginality and social exclusion.

Keywords: social inclusion – social policy – youth – security

Recibido: 18 de mayo de 2019
Aprobado: 19 de septiembre de 2019

Introducción

En los últimos años la noción de inclusión social ha sido uno de los ejes principales del debate público sobre los problemas sociales en la Argentina, con particular énfasis en relación a los jóvenes de sectores populares, como también de diferentes políticas sociales que se crearon durante el ciclo político de los años 2003-2015. En este artículo se realiza una reconstrucción de las distintas conceptualizaciones, discursos y perspectivas sobre la noción de inclusión social. Con este propósito se retoman diferentes debates sobre los conceptos y las categorías que intentaron aprehender las nuevas dinámicas y procesos sociales que se abrieron a partir de la crisis de las sociedades salariales[1] y de los históricos mecanismos de integración social desde la década del setenta, como lo son las nociones de vulnerabilidad, desafiliación, marginalidad y exclusión social. Asimismo, a partir de estos conceptos se delimitaron nuevas categorías de sujetos a ser integrados y de poblaciones objetivo de las intervenciones estatales. Emergieron como problemas sociales que demandaron la creación de nuevos modos de gestión de lo social.

Este trabajo constituye una primera instancia de indagación socio-histórica y conceptual de una investigación más amplia que tiene como objetivo analizar los modos de problematizar la inclusión social de jóvenes de sectores populares en los debates e intervenciones que atraviesan los campos de la política social y la política criminal de Argentina entre los años 2009 y 2019. En función a ello, se presentan también algunas observaciones, y un análisis preli-

1 En estas sociedades "el empleo de tiempo completo y duración indeterminada, con protecciones legales y buenas remuneraciones, se convertía en el dispositivo clave de distribución del ingreso" y de acceso a la ciudadanía social (Nun, 2001:267).

minar, del avance del trabajo de campo llevado adelante durante los años 2016 y 2017 en el marco de esta investigación más amplia. El propósito es intentar dar cuenta de los vínculos de los debates conceptuales que aquí se presentan con algunas problematizaciones, intervenciones y tensiones que organizaron a ambos campos durante el ciclo histórico y político que finalizó en el año 2015, como así también a partir del año 2016 con la gestión de gobierno de la alianza "Cambiemos". El trabajo de campo consistió en la recopilación de distintos documentos de diferentes intervenciones sociales del Estado orientadas a jóvenes de sectores populares, como resoluciones de creación de las intervenciones y sus modificaciones, los instrumentos de recolección de información, informes de gestión periódicos, distintos informes de evaluación de las políticas y materiales de difusión y en la realización de entrevistas en profundidad a funcionarios y operadores de diferentes ámbitos de dichas políticas sociales[2].

La noción de inclusión social implica la posibilidad de ejercer efectivamente derechos sociales, civiles, económicos y culturales, en contraposición a los procesos de vulneración de derechos y bienestar social (Capriati, 2015). Este concepto emerge en los debates políticos y en el campo de la política social en Europa en la década del setenta con la crisis capitalista y el cuestionamiento de los históricos mecanismos institucionales orientados a regular la integración y cohesión social en las sociedades salariales capitalistas (Pradhan, 2006; Levitas, 1998; 2005; Rawal, 2008; Castel 2015). Es decir, surge en un contexto de transformaciones políticas, económicas y sociales ante el advenimiento de las racionalidades neoliberales y neoconservadoras, pero también en sintonía con la emergencia del "problema de la inseguridad" en los llamados "países centrales", cuestión que marcó el surgimiento de nuevas formas de control y regulación del delito.

En Argentina esta noción se ha tornado crucial en las discusiones académicas, políticas y culturales en los últimos años particularmente en relación a los jóvenes de sectores populares, no sólo por la preocupación acerca de la situación de vulnerabilidad social que presentan sino por su identificación constante como sujetos peligrosos vinculados al "problema de la inseguridad". Esta cuestión se instala en la escena política y mediática en Argentina a partir de la segunda mitad de la década del noventa en concatenación con la intensificación de las respuestas punitivas frente al delito (Ayos, 2014). La problematización de esta cuestión tuvo niveles de politización inéditos en la campaña electoral de 1999, siendo Carlos Ruckauf uno de los propulsores principales del discurso de la "mano dura" para enfrentar la inseguridad (Sozzo, 2007). En este marco, uno de los grupos sociales regularmente asociado a esta cuestión

2 Como el Programa de Responsabilidad Social Compartida "Envión" de la Subsecretaría de Políticas Sociales de la Provincia de Buenos Aires y el Programa Progresar que pertenece actualmente al Ministerio de Educación de la Nación.

fueron los jóvenes varones de barrios populares vinculados a la figura del *pibe chorro* (Rodríguez Alzueta, 2014; Tonkonoff, 2007). Éstos fueron intensamente estigmatizados como productores de delincuencia y violencia, y desde entonces se les asigna la mayoría de los miedos y temores sociales.

En ese contexto de exacerbación punitiva, la noción de peligrosidad se reactualizó e impactó en la delimitación de políticas destinadas específicamente a poblaciones definidas como portadoras de riesgos y peligros para resguardar y proteger a los "ciudadanos de bien" (Pitch, 2009). Esta noción se encuentra entrelazada con la reedición de lo que varios autores entienden como el "retorno de las clases peligrosas", es decir la particularización de grupos sociales específicos que se encuentran excluidos, marginalizados e individualizados como amenazantes en las sociedades post-fordistas (Castel, 2015; Ayos, 2010). A principios de la primera década del 2000 Comienzan a implementarse entonces en Argentina diferentes intervenciones vinculadas al paradigma de la "Nueva Prevención"[3] del delito. Este paradigma configura un conjunto de extensas (y ambiguas) acciones y estrategias preventivas directas, pro-activas, extra-penales y ex-ante, orientadas a la regulación y el control del delito. De esta manera, el campo de la política criminal se complejizó con la incorporación de nuevas intervenciones, actores y agencias, desbordando los límites tradicionales del campo del control del delito (como el sistema penal, el judicial y las fuerzas de seguridad) y estableciendo vínculos con otros campos de intervención como el de la política social. Entre estas nuevas intervenciones se encuentra la "prevención situacional-ambiental" orientada hacia las víctimas potenciales, la prevención comunitaria que implica la participación de la comunidad, y la prevención social orientada a poblaciones individualizadas como potenciales delincuentes, con el objetivo de intervenir en las causas sociales que generan esa supuesta criminalidad (Baratta, 1997; Selmini, 2009; Sozzo, 2008; Ayos, 2012). En esta última modalidad subyace una interpretación etiológica sobre los orígenes del delito, es decir que la criminalidad es comprendida como resultado de la pauperización de las condiciones de vida, el desempleo, y la exclusión social. La estrategia de prevención social del delito surge en Argentina en la primera década de los 2000, con el *"Programa Comunidades Vulnerables"* (PCV) en el año 2001 y el Programa *"Intervención multiagencial para el abordaje del delito en el ámbito local"* (PIM) en el año 2008[4]

---

3 El paradigma de la "Nueva Prevención" surge en la década del setenta principalmente en el contexto anglosajón ante el diagnostico *"nothing works"* que sostiene que las intervenciones penales tradicionales habían fracasado en el control del delito.

4 El PCV fue creado en el marco del Plan Nacional de Prevención del Delito (Ministerio de Justicia, Seguridad y Derechos Humanos de la Nación) orientado a jóvenes de 16 a 30 años "en conflicto con la ley" y estuvo vigente en diferentes provincias del país entre los años 2001 y 2008, en articulación con el Programa de Empleo Comunitario (PEC) del Ministerio de Trabajo y Seguridad Social de la Nación. El PEC fue creado en el año 2003 y otorgaba un estipendio en dinero como contraprestación a la participación de los jóvenes en las actividades del programa.

(Ayos, 2012; 2013; 2014; Medan, 2013; 2017). Estas estrategias de prevención social tuvieron como población objetivo principal a los jóvenes de sectores populares en situación de vulnerabilidad social y/o en "conflicto con la ley penal".

En Argentina la noción de inclusión social adquirió centralidad en los últimos años en un contexto de creciente relevancia de la seguridad social en el campo de la política social. Desde el año 2003, con la gestión de gobierno de Néstor Kirchner, comenzó un proceso de contrarreformas en materia de políticas sociales con hincapié en la seguridad social[5], que sentó precisamente su legitimidad por su oposición directa al ciclo de reformas políticas neoliberales precedente en el cual primó la ejecución de políticas sociales asistenciales y focalizadas (Danani y Hintze, 2010). En relación a las y los jóvenes, en el año 2009 fue creada la Asignación Universal por Hijo (AUH) para niños, niñas y jóvenes de familias en situación de desempleo o informalidad laboral desde el primer mes de vida hasta los 18 años. Esto marcó el inicio de distintas políticas de protección social destinadas hacia este sector de la población, organizadas desde la lógica de la seguridad social como un componente no contributivo. Posteriormente, en el año 2014 se creó el Programa Respaldo de Estudiantes de Argentina (PROG.R.ES.AR). Esta política fue implementada por la Agencia Nacional de Seguridad Social (ANSES) establece una prestación para jóvenes de 18 a 24 años de edad desocupados u ocupados con salarios que no superen el monto de tres salarios mínimos y que acrediten estar inscriptos o cursando en alguna institución educativa. La particularidad de este programa era que se inscribía en el sector de políticas sociales vinculado a los derechos sociales y la protección social (aunque no era un componente de la seguridad social). Sin embargo, con la nueva gestión de la alianza "Cambiemos" se establecen una serie de reorientaciones en las modalidades de intervención estatal que, como veremos con posterioridad, es posible entrever con las transformaciones que se han implementado en el año 2018 en el Programa Progresar, pero también con la creación del Programa "Servicio Cívico Voluntario en Valores"[6] en el año 2019. Esta política depende del Ministerio de Seguridad de la Nación y tiene como propósito promover la inserción social de jóvenes, entre 16 y 20 años de edad que no trabajen ni estudien, a través de la formación en valores democráticos y republicanos.

Por lo expuesto, en este trabajo se abordan diferentes perspectivas teóri-

---

Posteriormente, en el año 2008 se crea el Programa *"Intervención multiagencial para el abordaje del delito en el ámbito local"* (PIM). El PIM de la Secretaria de Seguridad Interior (PNUD) tuvo vigencia hasta el año 2010 y funcionó también en articulación con el PEC (Ayos, 2013).

5 La seguridad social se ha instituido históricamente como sector específico de políticas sociales vinculadas a la lógica de los derechos sociales, centrada en la protección social de los trabajadores asalariados formales a través de distintas prestaciones y servicios (orientado a contener los riesgos de salud, desempleo, discapacidad, vejez o los vinculados a la vida familiar de las/os trabajadoras/es) (Danani y Hintze, 2010).

6 Resolución 598/19

co-conceptuales sobre la noción de inclusión social, retomando las discusiones y conceptualizaciones sobre aquellas categorías anexas que surgieron y/o se reactualizaron a partir de la crisis de las sociedades salariales capitalistas. En concatenación, las nociones y las problematizaciones que se presentan en este trabajo ofician como claves de lectura y de análisis de la experiencia argentina en relación a la cuestión de la inclusión social de jóvenes de sectores populares durante los últimos años.

Algunas aproximaciones conceptuales sobre la noción de inclusión social: problematizaciones y perspectivas de un concepto en debate

LA CUESTIÓN DE LA INCLUSIÓN SOCIAL: DISCURSOS, POLÍTICAS Y VÍNCULOS CON LAS NOCIONES DE EXCLUSIÓN, VULNERABILIDAD Y MARGINALIDAD SOCIAL.

En los últimos años la noción de *inclusión social* ha sido preponderante en los debates públicos y políticos sobre los problemas sociales como en las intervenciones sociales que se han implementado en la Argentina. Sin embargo, esta noción tiene diferentes conceptualizaciones que se han ido transformando constantemente a lo largo del tiempo, en distintos contextos políticos, sociales y económicos, y desde distintas perspectivas teórico-conceptuales (Pradhan, 2006). La noción de inclusión social se origina en la década del setenta en Europa, en el marco del proceso de transformación neoliberal de las relaciones de producción post-fordistas y de la crisis de los estados de bienestar, y comienza a utilizarse asociado a su par opuesto la exclusión social (Pradhan, 2006; Young, 2015; Rawal, 2008; Aquin, 2011; Superville y Quiñones, 2005).

Desde la década del setenta, con la crisis capitalista, del trabajo asalariado formal (vinculado al aumento exponencial del desempleo y la informalidad laboral) y el debilitamiento de los históricos soportes socio-institucionales orientados a la protección social en las sociedades salariales, se produjo una ruptura progresiva y masiva de los vínculos y lazos sociales. La lógica de la seguridad social y los derechos sociales fue puesta en cuestión en pos de la re-mercantilización de la fuerza de trabajo (Rosanvallon, 2007; Pitch, 2009). Es precisamente en este contexto, de emergencia de la nueva cuestión social y de declive de los mecanismos tradicionales de integración social vinculados al trabajo asalariado formal, en el cual surge el concepto de inclusión y de exclusión social, desde un enfoque relacional y dicotómico (Leyton Navarra y Muñoz Arce, 2016).

En referencia a esta relación "dicotómica", Cameron indica que:

> "Where a conceptualization of inclusion does appear in the social exclusion literature, it is often only indirect. Frequently, for example, it appears in invocations of 'normal' social expectation/participation or, more commonly,' mainstream' applied to various things that people are understood to be excluded from: labor market, economy, society, culture, citizenship, etc. (…). As this implies, social inclusion is most commonly defined only negatively – as whatever is not socially excluded. For this reason, much of the discussion of social inclusion is conceptually dominated by exclusion – social exclusion is the datum point against which social inclusion is both empirically measured and conceptually defined" (Cameron, 2006 en Rawal, 2008:172).

> "Donde aparece una conceptualización de inclusión en la literatura de exclusión social, a menudo es solo indirecta. Con frecuencia, por ejemplo, aparece en invocaciones de expectativa/participación social 'normal' o, más comúnmente, 'mainstream' aplicado a varias cosas de las cuales se entiende que las personas están excluidas de: mercado laboral, economía, sociedad, cultura, ciudadanía, etc. (…). Esto implica que la inclusión social se suele definir comúnmente solo de manera negativa, como todo lo que no está excluido socialmente. Por esta razón, gran parte de la discusión sobre la inclusión social está dominada conceptualmente por la exclusión: la exclusión social es el punto de referencia contra el cual la inclusión social se mide empíricamente y se define conceptualmente" (Traducción propia).

En este sentido, Ruth Levitas (1998; 2005) analizó el discurso y las políticas sociales[7] orientadas a la inclusión-exclusión social del gobierno del "Nuevo Laborismo" (de orientación política de centro-derecha neoliberal) encabezado por Tony Blair en la década del noventa en el Reino Unido, con el objetivo de construir un dispositivo analítico. Esta autora elaboró una tipología basada en tres discursos sobre la exclusión social que contienen al mismo tiempo un posicionamiento o una perspectiva sobre la inclusión (en términos relacionales). Es decir que en cada uno de estos discursos se identifica una definición sobre quiénes son los incluidos y los excluidos y sobre las estrategias que desde cada enfoque se entretejen para enfrentar esta cuestión. Las tres modalidades discursivas que Levitas delimitó son las siguientes: un *discurso redistribucionista (RED)*, un *discurso de clase baja moral* (MUD) y un *discurso de la integración social* (SID)[8]. El discurso redistribucionista (RED) postula a la exclusión como resultado de un proceso continuo de privaciones y desigualdades y como la cara opuesta, el anverso, de la ciudadanía. Es decir que posiciona a la in-

7 Una de las políticas sociales para la inclusión social del "Nuevo Laborismo" en el Reino Unido fue la "Unidad de Exclusión social" orientada a grupos "en riesgo" para "prevenir" la exclusión social (Young, 2015).

8 Estas siglas refieren en inglés a: *redistributionist discourse* (RED), *moral underclass discourse* (MUD) y *social integrationist discourse*.

clusión en términos de ciudadanización a través de la sustancial distribución de recursos, de la riqueza y del poder. Por otra parte, el "moral underclass discourse" (MUD) focaliza en las conductas de los sectores populares, demonizando y criminalizando a poblaciones específicas como a los/as jóvenes y a madres "solas". Desde este enfoque se comprende al trabajo como mecanismo central para promover el cambio y el disciplinamiento moral y cultural de la *"underclass"*, en pos de erradicar la *"cultura de la dependencia"* que propiciaron las políticas sociales de los Estados de Bienestar. Es decir, la inclusión estaría mediada por la transformación de sus comportamientos culturales, asociados a la delincuencia e identificados como las causas de la exclusión, a través del trabajo asalariado, del retorno de la *"cultura del trabajo"*. Finalmente, el discurso de la integración social (SID) comprende al trabajo asalariado y protegido como mecanismo fundamental para sostener la cohesión social en las sociedades modernas. Este discurso más clásico, que ha estructurado históricamente a las sociedades capitalistas, asocia intrínsecamente a la ciudadanía con los derechos del trabajo. Limita y amalgama a la inclusión social a la participación de los sujetos en el mercado de trabajo formal y remunerado, con las consecuencias y efectos que este enfoque ha tenido en relación al reconocimiento de derechos a las mujeres que realizan trabajos de cuidado y doméstico sin remuneración ni protección social. Esta perspectiva, que postula la ampliación de derechos y de la población protegida a través de la inclusión en el mercado de trabajo, encuentra su límite en el aumento exponencial (actualmente en términos estructurales) del desempleo y de la informalidad laboral durante las últimas décadas (Levitas, 1998; 2005).

Desde otra perspectiva, Elsen Oyen (1997) entiende que el concepto de inclusión social como también el de exclusión social, más que conceptos analíticos son conceptos políticos utilizados por motivos políticos en un contexto de transformaciones económicas y sociales estructurales. Además, comprende que la visión dicotómica entre inclusión/exclusión no permite dar cuenta de los procesos y de las distintas situaciones que atraviesan las personas en su trayectoria de vida. Por este motivo, es crítico de la utilización de indicadores como forma de dar cuenta y de medir las situaciones de exclusión.

Como señalamos, el concepto de *exclusión social* se originó en Francia, y luego se expandió su implementación en la Unión Europea, con la publicación de "Les Exclus" de Lenoir[9] en 1974, en un contexto de mutación de las relaciones productivas con la emergencia de la estrategia económica neoliberal, La publicación de Lenoir focalizaba en aquellas poblaciones que habían sido excluidas de la protección social y de los empleos estables (de la "participación social activa"), del "progreso" social y económico del período de la posguerra. Para Lenoir los excluidos eran aquellos que no habían logrado

9 Algunos autores indican que una primera aparición de este concepto fue en el libro de Pierre Massé (1965) y luego en el de René Lenoir, ambos en Francia (Nun, 2001)

integrarse en trabajos formales y contar con las protecciones sociales de los Estados de Bienestar que se consolidaron luego de la segunda guerra mundial. Eran aquellos que no habían logrado "adaptarse" (Pradhan, 2006; Levitas, 1998; 2005; Rawal, 2008; Castel 2015; Nun, 2001; Supervielle y Quiñones, 2005). La cuestión de la exclusión social surgió con el comienzo del declive del empleo estable y el deterioro de los mecanismos y las instituciones que sostuvieron la integración y la inclusión social durante treinta años en Europa. Sin embargo, esta noción tomó preponderancia principalmente en la década del noventa con la profundización de las transformaciones políticas, económicas y sociales neoliberales y con el aumento exponencial del desempleo y la precarización laboral. Progresivamente fue adquiriendo relevancia (Nun, 2001). Algunos autores indican que fue utilizada principalmente por los organismos internacionales desde un enfoque neoliberal como forma de identificar a aquellos grupos poblacionales expulsados de las instituciones de protección tradicionales, de los soportes sociales e institucionales vinculados al trabajo asalariado (Ramos Calderón, 2012; Ziccardi, 2010). En este sentido, Luengo comprende que la exclusión social:

> "Tiene que ver con las transformaciones que se están produciendo en la sociedad (globalización, sociedad del conocimiento y de la información, etc.), así como con los procesos mediante los que las personas, o grupos de ellas, no tienen acceso, o sólo un acceso restringido, a determinados derechos considerados como vitales para vivir con un mínimo de bienestar y seguridad, tales como el trabajo estable, la vivienda digna, la atención sanitaria, la educación, etc., que definen lo que se conoce como ciudadanía social (Luengo, 2005: 7 en Ramos Calderón, 2012:77).

Para Serrano (2009) con esta noción emergió un nuevo paradigma de intervención "orientado hacia grupos en riesgo de exclusión social y que ha sido definido como empleabilidad" en cuanto focaliza en el mejoramiento de las competencias laborales individuales de los sujetos antes que en las condiciones del mercado de trabajo (Serrano, 2009:266). Estas políticas estuvieron dirigidas a grupos sociales con dificultades para insertarse en espacios laborales y/o en instituciones escolares, principalmente los migrantes y los jóvenes. La exclusión social se configuró progresivamente como problema que movilizó la construcción de nuevos modos de regulación de la cuestión social (Ídem, 2009).

Robert Castel (1991; 2015) y Pierre Rosanvallon (2007) entienden que esta noción, con sus diversas conceptualizaciones, es imprecisa en cuanto no permite dar cuenta de la complejidad de la situación en relación a la nueva cuestión social. Castel indica, desde una perspectiva procesual, que la exclusión social es presentada comúnmente como un estado, como una situación, invisibilizando los diferentes procesos de desafiliación social y las trayectorias

que llevan a la "situación de exclusión"[10]. Procesos y trayectorias que con el avance de las reformas económicas y políticas neoliberales estuvieron signadas por la ruptura y la desintegración de los lazos sociales y por el progresivo desanclaje socio-institucional de los sujetos ante el declive del trabajo asalariado formal y de la lógica de la seguridad social. Por este motivo, propone el concepto de *desafiliación social* como forma de vislumbrar estos procesos que comenzaron a caracterizar las trayectorias de cada vez más amplias poblaciones en las sociedades post-fordistas (Castel, 2015). El concepto de desafiliación permite dar cuenta de un recorrido, detectando los procesos que lo fueron conformando, antes que de un estado de privación como la exclusión social, porque "el excluido es, de hecho, un desafiliado cuya trayectoria está hecha de una serie de desconexiones respecto a estados de equilibrio anteriores más o menos estables, o inestables" (Ídem, 2015:24).

Por otra parte, las nociones de vulnerabilidad y marginalidad social también permiten dar cuenta de estas nuevas dinámicas sociales, de las transformaciones en el mundo social, que se produjeron a partir de las mutaciones en las relaciones y en el modo de producción capitalista. Castel analiza estas dinámicas y formas de integración social observando la participación y relación de los sujetos en el mercado de trabajo y los soportes socio-institucionales con los que cuentan. Desde este enfoque, identifica a la noción de vulnerabilidad social como una situación previa a la exclusión o la marginalidad, signada por el trabajo informal y/o precarizado y por la debilidad e inestabilidad de los lazos/vínculos sociales. En este sentido, si la exclusión social implica la desconexión absoluta del trabajo formal, el concepto de vulnerabilidad refiere a un estado intermedio entre la integración y la exclusión, a una situación de inestabilidad en relación a los vínculos socio-institucionales de los sujetos, que marca una situación de "riesgo" de estar excluido que, de persistir, puede conducir a la marginalidad o desafiliación social. En concatenación, la *marginalidad social* refiere a la absoluta desconexión de los sujetos del trabajo asalariado y la ruptura de los lazos societales. Por lo cual, reposiciona a la noción de desafiliación antes que al concepto de marginalidad por este proceso de doble desenganche (laboral y relacional-institucional) que caracteriza las trayectorias de las personas (Castel, 1991).

Por esta razón, y en clave histórica, hasta la década del setenta las nociones de exclusión y marginalidad social hacían referencia a aquellas personas que de modo excepcional no participaban del mercado de trabajo normal ni de alguna de las instituciones tradicionales de la seguridad y protección social. En contraposición, en las últimas décadas, principalmente desde los noventa, ha

10 Considerando las estrategias que se han construido en sintonía con el nuevo modelo de acumulación neoliberal, Castel (2015) también critica que esta noción ha sido utilizada en gran medida para construir intervenciones orientadas a controlar a las poblaciones identificadas como "disfuncionales/excedentes" en el nuevo sistema de producción capitalista.

crecido masiva y constantemente la población en situación de vulnerabilidad y marginalidad (o desafiliación) social por la hegemonía de la inestabilidad y precarización laboral y el aumento del desempleo, factores que apuntalaron los debates sobre la desintegración de los vínculos sociales (Ídem, 1991).

Finalmente, otra de las categorías que emerge en este contexto de transformaciones, y que permite entrever los nexos entre los debates sobre la exclusión social y la emergencia de la cuestión de la inseguridad, es la noción de *"underclass"*. Este concepto emerge en el contexto anglosajón, particularmente en Estados Unidos (Fassin, 1996), y es utilizado para "caracterizar a aquel segmento de la sociedad que está permanentemente excluido de la movilidad social y la integración económica" (Feeley y Simon, 1998:53). Refiere a un sector social estigmatizado, denostado y negativizado (Wacquant, 2001). Como aquella población excedente[11] que no se ha adaptado a las nuevas condiciones de producción capitalista y que, desde los discursos neoconservadores, es "portadora de peligrosidad" (O´Malley, 2015). En este sentido, uno de los grupos regularmente individualizados como potenciales delincuentes, y que han sido población objetivo de distintas políticas de prevención social del delito, son los jóvenes varones de sectores populares provenientes de territorios asociados al "problema de la inseguridad". De territorios habitados y transitados por un *underclass* al cual se le atribuye la falta de la "cultura del trabajo" y el aumento de la criminalidad. Es decir, se pone el acento en la relación entre jóvenes, condiciones de vida, territorios e inseguridad. De este modo, esta noción versa sobre los supuestos vínculos entre esta "población excedente" y la criminalidad.

RECAPITULACIONES SOBRE LA NOCIÓN DE MARGINALIDAD. CLAVES SOCIO-HISTÓRICAS Y CONCEPTUALES PARA EL ANÁLISIS DE LAS POLÍTICAS DE INCLUSIÓN SOCIAL EN LA REGIÓN.

Si el concepto de inclusión-exclusión social se originó en Europa, las discusiones sobre la noción de marginalidad emergieron principalmente en Latinoamérica en la década del sesenta pero con escasa especificidad conceptual y desde diferentes enfoques. Los primeros registros sobre esta noción se encuentran en los textos de Robert Park y Everett Stonequist, pertenecientes a la Escuela de Chicago, que fueron publicados en la década del veinte y del treinta en Estados Unidos en un contexto de profundización de la problemática urbana y la conflictividad social. La sociología norteamericana, desde un enfoque psico-social y conductual, comprendía a la marginalidad como un

11 Di Giorgi (2006) refiere con la noción de "poblaciones excedentes" a la "…fuerza de trabajo excedente respecto a la capacidad de absorción del mercado del trabajo. Esta fuerza de trabajo se configura cada vez más como una reedición tardo capitalista del «ejército industrial de reserva» de corte marxista" (Di Giorgi, 2006:71).

problema de comportamientos y de conductas individuales desviadas, puntualmente como un fenómeno social, psicológico, conductual y cultural intrínsecamente relacionado con el crecimiento exponencial de las ciudades, la pobreza y con los procesos migratorios que caracterizaron al siglo XX. Desde esta perspectiva, la marginalidad obstaculizaba la transición hacia la modernidad y el desarrollo. No obstante, es en Latinoamérica donde se intensifican los debates sobre la marginalidad (Grondona, 2012; 2014)[12].

En Argentina en la década del cincuenta se intensificaron las transformaciones urbanas y sociales por el rápido crecimiento del empleo urbano asalariado industrial, la masiva migración interna (campo-ciudad) y la movilidad social ascendente, precisamente por las características de la estrategia de desarrollo basada en la industrialización (Torrado, 2007). En este marco, inicialmente los sectores marginales eran aquellos que no habían logrado acceder a las protecciones sociales de los Estados sociales (Nun, 2001), símil a las discusiones sobre los orígenes de la noción de exclusión social en Europa. En este sentido, Gino Germani fue uno de los primeros investigadores que en la década del cincuenta introdujo la noción de marginalidad para estudiar la estructura social argentina y dar cuenta de aquellas poblaciones que no lograban participar activamente en el mercado de trabajo con empleos protegidos y estables (Ziccardi, 2010). Focalizaba en los factores sociales, económicos, psicológicos y culturales que la producían, es decir considerando las condiciones socio-económicas y productivas pero con una impronta culturalista y psico-social en conexión con la racionalidad desarrollista en boga en esos años (Grondona, 2012). Las poblaciones marginales eran aquellas que residían específicamente en los asentamientos urbanos, en viviendas precarias y con condiciones de vida y de trabajo pauperizadas, carentes de las pautas y valores culturales vinculados a la "vida moderna" que los excluía del proceso de movilidad social ascendente, a través del trabajo, que caracterizaba a la sociedad argentina en esos años. Es decir, la transición hacia la modernización y el desarrollo estaba mediada por la transformación e integración cultural, en cuanto a sus conductas y comportamientos, de los sectores marginales resistentes a estos cambios (Ziccardi, 2010; Grondona, 2012; Salvia, 2011). De este modo, los marginales eran los que no habían podido ser incorporados al mercado de trabajo formal o alcanzados por las políticas públicas de los Estados de Bienestar, eran los "sectores no incluidos a los procesos de modernización" (Salvia,

12 Ana Grondona (2014) refiere que distintos organismos internacionales de la región, como la Comisión Económica para América Latina (CEPAL), el Banco Interamericano de Desarrollo (BID), DESAL (Desarrollo Social para América Latina) y Ford Foundation, entre otros, tuvieron un papel relevante en la problematización de esta cuestión, tanto en términos descriptivos como explicativos (Grondona, 2012; 2014). Es decir, varios de los trabajos de estos organismos contribuyeron no solo a describir y caracterizar a las poblaciones marginadas y excluidas sino también en explicar el problema y la relación con el capitalismo dependiente y la heterogeneidad estructural de los países latinoamericanos.

2009:s/n), pero que abarcaba a un amplio y heterogéneo sector poblacional (Enriquez, 2017).

Con este mismo enfoque, que podemos considerar en cierto sentido a-crítico de los nuevos procesos de marginalización que comenzaban en la región, el proyecto desarrollista postulaba que el desarrollo de los países subdesarrollados-periféricos estaba entrelazado, en parte, a la superación de las resistencias culturales y la integración social de las poblaciones marginales urbanas. Bajo esta retórica, la marginalidad social era comprendida como excepcional y particularizada en grupos sociales específicos que carecían de estos valores culturales y retrasaban la transición hacia la modernización (Grondona, 2012). En este sentido, Grassi, Hintze y Neufeld (1994) indican que el paradigma desarrollista apostaba a la construcción y ejecución de políticas públicas (culturales, educativas, entre otras) como mecanismos y estrategias fundamentales para el cambio cultural y el progreso social que obstaculizaba la modernización y el progreso económico. En contraposición, los teóricos de la dependencia comprendían que la marginalidad era una característica estructural de las economías capitalistas periféricas dependientes. Es decir, que las formaciones capitalistas periféricas-dependientes por naturaleza producen marginalidad (Ídem, 1994). Sin embargo, y a modo de relacionar estas discusiones, autores como Supervielle y Quiñones (2005) postulan que esta noción se diferencia del concepto de exclusión porque ésta última refiere a aquella población que hasta tiempos recientes formaba parte de los sectores "incluidos".

Es a partir de la década del sesenta cuando se intensifican los debates sobre la marginalidad social con el inicio del estancamiento del proceso de industrialización, la expansión del capitalismo financiero, del trabajo precario-marginal, y la agudización de los procesos de marginalización y fragmentación social. Desde una perspectiva teórica marxista-materialista histórica en tensión con el paradigma desarrollista[13], y observando los mecanismos y los problemas de integración social, José Nun[14] (2001) desarrolló la teoría de la masa marginal para dar cuenta de las transformaciones sociales intrínsecas al capitalismo monopólico financiero-transnacional que emergía y se consolidaba en Latinoamérica. Realizó una lectura estructuralista sobre la cuestión de la marginalidad, entrelazando las mutaciones en el modelo capitalista de acumulación, sus nuevas reglas de funcionamiento particularmente en las formaciones periféricas-dependientes, con el aumento de la precarización de las

13 El desarrollismo fue un modelo de desarrollo que fue central y preponderante en los países periféricos-dependientes que postulaba que "el subdesarrollo era resultado de la estructura económica primaria" que los caracterizaba (Grondona, 2012:171).

14 "El giro que Nun le da a la problemática de la marginalidad, creando el concepto de masa marginal, se orienta a poner en evidencia la relación estructural que existía entre los procesos latinoamericanos de acumulación capitalista y los fenómenos de pobreza y de desigualdad social. El mismo planteaba una alternativa conceptual a la concepción que hacía recaer las responsabilidades sobre las propias víctimas de la marginación" (Supervielle y Quiñones, 2005:105).

condiciones de vida y de trabajo de amplios sectores sociales y las formas de integración social.

A partir del concepto marxista de "ejército industrial de reserva", Nun refiere que en el capitalismo competitivo los desempleados-desocupados (como fuerza de trabajo excedente) cumplían una función en el sistema productivo, en términos de regulación de la oferta y la demanda de fuerza de trabajo disponible y de su precio, y que la marginalidad podía ser considerada transitoria y circunstancial. Sin embargo, en el capitalismo monopólico ésta se torna estructural en cuanto existe una parte de la población excedente que no será incorporada al mercado laboral precisamente porque para un sector económico hegemónico (sector monopólico capitalista extranjero) esta fuerza de trabajo excedente no es necesaria para garantizar su funcionamiento y su reproducción. Es decir, que una parte de la superpoblación relativa no se constituye en ejército industrial de reserva. En este sentido, para Nun las masas marginales son las poblaciones excedentes a-funcionales o dis-funcionales que el propio sistema productivo produce pero que no cumplen una función como el ejército industrial de reserva: "La categoría implica así una doble referencia al sistema que, por un lado, genera excedente y, por otro, no precisa de él para seguir funcionando" (Nun, 2001: 87). Como refiere Grondona (2012), esta masa marginal resulta a-funcional en términos de mercado y puede tornarse dis-funcional en términos políticos, como sectores que pueden ser potencialmente disruptivos para el sistema económico, social y político. A modo de referencia, en la década del setenta en Argentina la marginalidad fue delimitada como "problema de seguridad nacional" por el Consejo Nacional de Seguridad (CONASE) en un contexto signado por la elevada conflictividad social y política. En función a ello se definieron distintas intervenciones para gestionar y controlar esta cuestión. Estas acciones se orientaron principalmente a la moralización, al desarrollo personal y a la "adaptación cultural" de las personas como modo de intentar su "inclusión o integración social". Es decir, en la delimitación de estas acciones subyace una interpretación que responsabiliza a las personas y a los grupos por su situación (Grondona, 2014).

A modo de síntesis preliminar, estas discusiones permiten identificar inicialmente algunas interpretaciones centrales sobre la marginalidad (social): por un lado, un enfoque psicosocial y culturalista (reposicionado por el paradigma desarrollista), que focaliza en las conductas, la personalidad y los comportamientos "desviados-atrasados" de los sectores populares; y, por otra parte, una perspectiva estructuralista que entiende a este fenómeno como estructural resultado de las condiciones del mercado de trabajo y de las transformaciones económicas del sistemas productivo capitalista dependiente-periférico. Es decir, desde este último enfoque la marginalidad social es producto de una forma de organización capitalista de la producción que es estructuralmente excluyente, que define poblaciones "sobrantes-no necesarias" (Grondona,

2012). Asimismo, la perspectiva desarrollista, relacionada con el primer enfoque porque recupera los aspectos culturalistas, comprende que la marginalidad es resultado de la transición inestable hacia la modernización, y le otorga al Estado y a las políticas públicas un papel fundamental en la transformación cultural de "los marginales" en pos del progreso económico y social (Salvia, 2011).

Por otra parte, desde una perspectiva neo-marxista estructuralista latinoamericana la marginalidad constituye un componente estructural de una matriz socio-económico y político-institucional del capitalismo periférico que funciona y se reproduce como parte del sistema social de manera subordinada (Salvia, 2005; 2009; 2011). Por lo cual, y considerando los estudios sobre la estructura social argentina principalmente a partir de las transformaciones sociales y económicas que se han producido desde finales del siglo XX, la noción de marginalidad refiere a aquella parte de la población que no logra la movilidad social ascendente, por segunda o tercera generación consecutiva en Argentina, porque no puede desligarse "de los encadenamientos socio-económicos y político institucionales que generan las condiciones iniciales de marginalidad" (Salvia, 2005:4). De este modo, la marginalidad económica se inscribe en el orden de las relaciones sociales de producción y de reproducción que se entablan en un sistema signado por la dominación y concentración económica del sector financiero y multinacional. Es decir que la marginalidad económica es resultado de la heterogeneidad estructural[15] que caracteriza a los países subdesarrollados-dependientes (Ídem, 2011).

Considerando estos debates, desde la década del setenta en Argentina la estructura social se ha caracterizado por la pauperización de las condiciones de vida y de trabajo de amplios sectores sociales (Torrado, 2007). Principalmente en la década del noventa se intensificaron los procesos de movilidad social descendente junto con la generación de una "nueva marginalidad estructural". Los "marginados" en el siglo XXI se constituyeron "en un conjunto complejo y fragmentado de sectores y fracciones sociales de diferente extracción y posición relativa dentro de la estructura social" (Salvia, 2011:115), de los cuales uno de estos son las y los jóvenes con trayectorias y condiciones de vida atravesadas por el desempleo, la precarización y la informalidad laboral.

---

15 La noción de Heterogeneidad Estructural fue introducida por la CEPAL en la década del cincuenta, desde un enfoque estructuralista latinoamericano, para el análisis de las economías y las sociedades (periféricas) en vías de desarrollo. Los principales referentes de esta categoría analítica fueron Raúl Presbich (en esos años director de ese organismo) y Aníbal Pinto quien en la década del setenta profundizó los estudios sobre esta tesis. Este concepto refiere a que la forma en la cual se entablan las relaciones entre la estructura productiva, el funcionamiento del mercado laboral, las políticas socio-económicas y la distribución del ingreso pueden producir procesos sociales de marginación o inclusión social (Nohlen y Sturm, 1982; Salvia, 2011, 2015).

Jóvenes y políticas sociales: problematizaciones e intervenciones en clave de inclusión social y seguridad en Argentina

Como pudimos observar, en las discusiones sobre las nociones de exclusión, vulnerabilidad y marginalidad social que se reconstruyen en este artículo es posible dar cuenta de los vínculos de estas problematizaciones con la cuestión del trabajo, las políticas sociales y la seguridad. Estos debates sobre los conceptos que emergieron de un modo particular con la crisis de las sociedades salariales contienen una dimensión vinculada a la preocupación por la potencial disfuncionalidad-peligrosidad de los sectores marginales o excluidos, particularmente cuando éstos son jóvenes, y tienen correlación con la construcción de intervenciones estatales en distintos contextos. En concatenación, y con el objetivo de dar cuenta de las relaciones de estas discusiones y perspectivas con los modos en que se ha problematizado la inclusión social de jóvenes de sectores populares en Argentina, se presentan también algunas observaciones, y un análisis preliminar, del avance del trabajo de campo realizado.

Hasta el año 2015 se delimitaron en Argentina un conjunto de políticas sociales para la inclusión social de grupos en situación de vulnerabilidad que redefinieron el perfil del Estado. Estas intervenciones estuvieron orientadas a ampliar la protección social a sectores sociales históricamente sin cobertura, como los trabajadores informales, las empleadas domésticas, los desocupados y los jóvenes, en un contexto signado por las dificultades para reducir el desempleo y la elevada informalidad laboral[16] (Grassi, 2016). Es decir, fueron estrategias de inclusión social ante las condiciones estructurales del mercado de trabajo que se agudizaron hacia el año 2009 con la desaceleración económica (Perez y Barrera Insua, 2017). La política social fue reposicionada como estrategia central para la reactivación del empleo y para la ampliación horizontal de la capacidad de protección social hacia aquellos sectores en situación de vulnerabilidad y/o exclusión social.

En este sentido, durante este ciclo político 2003-2015 se crearon distintas políticas sociales que tuvieron como objetivo la inclusión social de jóvenes en situación de vulnerabilidad social y con dificultades para integrarse al mercado de trabajo. En el año 2009 se crea el Programa de Responsabilidad Social Compartida "ENVIÓN"[17] dependiente de la Subsecretaría de Políticas Sociales de la Provincia de Buenos Aires. Este programa de corte asistencial está

16 En este sentido podemos mencionar la Asignación Universal por Hijo, la Moratoria Previsional, entre otras.

17 Está destinado a chicos entre 12 y 21 años en situación de "vulnerabilidad social". Este Programa tiene como objetivo central la inclusión, la contención, el acompañamiento y el diseño de estrategias que fortalezcan la estima de los jóvenes y brinden igualdad de oportunidades. Creado a través de la resolución Nº 9 del Ministerio de Desarrollo Social.

orientado a jóvenes en situación de vulnerabilidad social y en "conflicto con la ley" entre los 12 y los 21 años. Tiene como objetivo promover la inclusión social de estos jóvenes y que los mismos puedan insertarse en el mercado de trabajo. Esta política tiene una impronta territorial central, en cuanto funciona en distintas sedes barriales, y tiene como propuesta principal que los mismos participen en distintos talleres y actividades a fin de generar un vínculo de contención con estos. Dicha participación es requisito fundamental para acceder al cobro de la beca. Esta política se lleva adelante a través del acompañamiento que realizan cotidianamente los operadores del programa para la generación de capacidades laborales. Asimismo, para acceder a este programa media una evaluación para detectar si el joven si se encuentra en una situación de vulnerabilidad y/o en conflicto con la ley penal.

En este programa la construcción de vínculos de proximidad con los jóvenes es la forma de intervención que caracteriza a esta política enmarcada en la promoción de derechos. De este modo se busca contenerlos y acompañarlos para prevenir conductas antisociales y violentas. Además, a través del análisis del material de campo se observa que la idea de promover el "esfuerzo" y el "trabajo" en los jóvenes se inscriben como objetivos y valores que guían la intervención en pos de prevenir trayectorias de vida vinculadas a la criminalidad. Si bien se trata de un programa de transferencia condicionada de ingresos, el estipendio se traslada a un segundo plano, se prioriza la construcción de lazos de proximidad con los jóvenes, como medio para promover la formación personal y laboral, para brindarles acompañamiento, y que puedan acceder al mercado laboral. La construcción de vínculos con los jóvenes se configura como el modo de gestionar y canalizar las violencias que viven cotidianamente, como el hostigamiento policial y la pauperización de sus condiciones de vida.

En cuanto al Programa Progresar creado en el año 2014, el Comité Ejecutivo designado para trabajar en pos del logro de los objetivos del Programa estaba integrado por el Ministerio de Seguridad y el Ministerio de Defensa de la Nación (entre otros ministerios)18, denotando cierta persistencia de los nexos entre la cuestión de la gestión de la in/seguridad y la inclusión social de los jóvenes de sectores populares. Este programa tenía como único requisito para el cobro del estipendio que la/el titular curse estudios en alguna institución educativa, lo cual también se instituía en este caso como un modo de promover el ejercicio del derecho a la educación y el reconocimiento de los jóvenes como sujetos de derecho. Estos cambios en las condicionalidades de este programa marcaron rupturas con las contraprestaciones tradicionales de los programas asistenciales tipo workfare. Además, esta política se propuso poner en cuestión, problematizar, la categoría de "jóvenes NI-NI" (jóvenes que no trabajan ni estudian), con el argumento de que esta noción invisibiliza

18 Decreto 84/2014 Poder Ejecutivo Nacional, 2014.

el trabajo doméstico y de cuidado, que gran parte de mujeres jóvenes realizan diariamente de manera informal y no remunerativa, como así también los factores que inciden en que un reducido porcentaje de jóvenes no estudien ni trabajen durante períodos prolongados, y que esta situación es generalmente transitoria y cambiante en la trayectoria de los jóvenes (De Giovambattista, Gallo y Panigo, 2014). Este concepto, que surgió en la década del ochenta en un contexto de creciente desocupación y pauperización de las condiciones de vida y de trabajo de los jóvenes (Miranda, 2015), expresa la preocupación social por la situación de vulnerabilidad social de estos jóvenes pero también muestra el entrecruzamiento entre las discusiones sobre lo "social" y aquellas vinculadas con la cuestión de la "inseguridad" o el campo del control del delito. Es decir, pone el acento también en el potencial disruptivo de estos jóvenes, como posibles "poblaciones disfuncionales". En el año 2018, a través del decreto N° 90/2018, se establecieron una serie de transformaciones que permiten dar cuenta de una reorientación de la lógica del programa hacia una impronta meritocrática e individualista y, en concatenación, en los modos en que es problematizada la inclusión social. El *Programa* PROG.R.ES.AR pasó a denominarse *Beca* PROG.R.ES.AR y a formar parte de la órbita del Ministerio de Educación como nueva política educativa orientada a promover la finalidad y los resultados educativos, bajo el supuesto de que se maximiza su eficiencia a través del mérito, del endurecimiento de los requisitos y de las exigencias de rendimiento educativo.

En efecto, y tal como se ha intentando dar cuenta en este artículo, las distintas conceptualizaciones y perspectivas teórico-conceptuales que se han reconstruido tematizan las discusiones sobre la inclusión social y ofician como claves de lectura y análisis sobre las políticas sociales orientadas a jóvenes que se han construido en las últimas décadas en Argentina.

Conclusiones preliminares

La noción de inclusión social emerge en los debates políticos y académicos, como también en el campo de la política social, en el contexto Europeo en la década del setenta, con la crisis del capitalismo y con el advenimiento de las racionalidades neoliberales-neoconservadoras, como categoría opuesta a la noción de exclusión social. Es decir que la cuestión de la inclusión social comienza a ser problematizada con la emergencia del problema de la exclusión y la desintegración social vinculado a las mutaciones en la estrategia económica capitalista y al cuestionamiento de los Estados de Bienestar y del trabajo asalariado formal y protegido en las últimas décadas del siglo XX.

Como pudimos observar, los conceptos de vulnerabilidad, marginalidad, desafiliación y exclusión social se han tornado relevantes durante las últimas

décadas en las discusiones sociales, académicas y políticas tanto en Europa como en América Latina en contextos de profundas transformaciones sociales y económicas estructurales. Estas categorías emergieron como problemas sociales que de distintos modos versan sobre la masividad del proceso de ruptura, inestabilidad y debilitamiento de los lazos/vínculos sociales, sobre la progresividad de la desintegración social ante las nuevas condiciones económicas y socio-laborales.

En un contexto en el cual el aumento del desempleo y de la precariedad e informalidad laboral comenzó a caracterizar al mercado de trabajo se configuraron nuevas modalidades de intervención para la gestión de lo social (como también del delito) orientadas a poblaciones particularizadas por su situación de *exclusión, vulnerabilidad y/o marginalidad social.* En este sentido, y como pudimos observar, en América Latina, y en Argentina en particular, estos debates emergieron en la década del sesenta con la noción de marginalidad y de masas marginales. Con la expansión del capitalismo financiero y el estancamiento del proceso de industrialización se agudizaron los procesos de marginalización social y con ello la intensificación de los debates sobre esta cuestión característica de la región. Procesos que se profundizaron (particularmente en la última década del siglo XX) como resultado de la heterogeneidad estructural de los países subdesarrollados-dependientes.

Las discusiones y las conceptualizaciones sobre estos conceptos muestran la trama de los procesos sociales producidos en la región, los nexos con la estrategia de acumulación neoliberal capitalista y con la construcción de nuevos modos de intervención social (y penal) orientados a poblaciones específicas, como los jóvenes de sectores populares. Tematizan las discusiones sobre la cuestión de la inclusión social y sobre las políticas sociales que se han construido en las últimas décadas en Argentina.

Bibliografía

Aquin, N. (2011). Los avatares de los conceptos de exclusión e inclusión. En *Revista de Extensión Universitaria*. Especial Inclusión y cohesión social. Aportes al debate en el marco del XI Congreso Iberoamericano de Extensión Universitaria. Año 1, N° 1., Santa Fe, Universidad Nacional del Litoral, 14-20.

Ayos, E. J. (2010). *Delito y pobreza: espacios de intersección entre la política criminal y la política social argentina en la primera década del nuevo siglo*. São Paulo: IBCCRIM.

Ayos, E. J. (2012a). Comunidad, cultura y prevención social del delito: formas de territorialización en la intersección de la política social y la política crimi-

nal. *Revista Papeles de Trabajo*, 24, 1-20.

Ayos, E. J. (2012b). La prevención como contraprestación: la instrumentalidad de la asistencia en la intersección de la política social y la política criminal. *Revista Trabajo y Sociedad*, Universidad Nacional de Santiago del Estero, 21, 225-246.

Ayos, E. (2014). ¿Una política democrática de seguridad? Prevención del delito, políticas sociales y disputas en el campo conformado en torno a la inseguridad en la Argentina de la última década. *Revista del CLAD Reforma y Democracia*, Centro Latinoamericano de Administración para el Desarrollo, 58, 167-200.

Baratta, A. (1997). Política Criminal: entre la política de seguridad y la política social. En Carranza, E. (coord.): *Delito y seguridad de los habitantes*. México DF: Siglo XXI editores.

Capriati, A. (2015). Desigualdades y vulnerabilidades en la condición juvenil: el desafío de la inclusión social". C*onvergencia. Revista de Ciencias Sociales*. Universidad Autónoma del Estado de México, 69, 131-150.

Castel, R. (1991). La dinámica de los procesos de marginalización: de la vulnerabilidad a la exclusión. En Acevedo, J. y Volnovich, J. (Comp.): *El espacio institucional*. Buenos Aires: Editorial Lugar.

Castel, R. (2015). La inseguridad social. ¿Qué es estar protegido?. Buenos Aires: Editorial Manantial.

Danani, C. y Hintze, S. (2010). Reformas y contra-reformas de la protección social: la seguridad social en la Argentina en la primera década del siglo. *Revista Reflexión Política*, Colombia, Universidad Autónoma de Bucaramanga, Año 12, 24, 18-29.

Di Giorgi, A. (2009). Hacia una economía post-fordista del castigo: la nueva penología como estrategia de control post-disciplinario. *Delito y Sociedad. Revista de Ciencias Sociales*, 27, 45-71.

Enriquez, P. (2007). De la marginalidad a la Exclusión Social: Un mapa para recorrer sus conceptos y núcleos Problemáticos. *Fundamentos en Humanidades*, Universidad Nacional de San Luis, 8 , (15) , 57-88.

Fassin, D. (1996). Exclusion, underclass, marginalidad. Figures contemporai-

nes de la pauverté urbaine en France, aux Etats-Unis et en Amérique Latine. *Revue francaise de sociologie*, 36, 37-45.

De Giovambattista, A.; Gallo, P. y Panigo, D. (2014). Empleo, desempleo y políticas desempleo. El impacto distributivo del "PROG.R.ES.AR" en *Argentina. Una primera aproximación en base a microsimulaciones*. CEIL-CONICET, 17, Buenos Aires.

Feeley, M. y Simon, J. (1998). La nueva penología: Notas acerca de las estrategias emergentes en el sistema penal y sus implicaciones. *Revista Delito y Sociedad*, Ediciones UNL, Santa Fe. 6-7, 33-58.

Grassi, E.; Hintze, S.; Neufeld, M.R. (1994). *Políticas sociales, crisis y ajuste estructural*. Buenos Aires: Espacio Editorial.

Grondona, A. (2012). *"Tradición" y "traducción": un estudio de las formas contemporáneas del gobierno de las poblaciones desempleadas en la Argentina*. Tesis de Doctorado de Ciencias Sociales de la Universidad de Buenos Aires. Buenos Aires, Centro Cultural de la Cooperación – Biblioteca Virtual.

Grondona, A. (2014). *Saber de la pobreza: discursos y subclases en la Argentina entre 1956-2006.* - 1a ed. Ciudad Autónoma de Buenos Aires, Ediciones del CCC Centro Cultural de la Cooperación Floreal Gorini.

Levitas, R. (2005). *The inclusive society? Social exclusion and new labour*. 2° Edición. Reino Unido: Editorial Palgrave Macmillan.

Leyton Navarra, C. y Muñoz Arce, G. (2016). Revisitando el concepto de exclusión social: su relevancia para las políticas contra la pobreza en América Latina. *Revista del CLAD Reforma y Democracia*, Centro Latinoamericano de Administración para el Desarrollo, 65, 39-68.

Medan, M. (2013). Prevención del delito y construcción de feminidades juveniles. En *Revista de Ciencias Sociales*, Facultad de Ciencias Sociales (UBA), 140, 73-83.

Medan, M. (2017). ¿Prevención social del delito como criminalización de la pobreza? Una apuesta a considerar las interacciones cotidianas entre operadores institucionales y beneficiarios/as. En *Papeles de Trabajo Revista* Electrónica del IDAES,11(19) , 77-98.

Miranda, A. (2015). Sobre la escasa pertinencia de la categoría NI NI: una

contribución al debate plural sobre la situación de la juventud en Argentina contemporánea. En *Revista Latinoamericana de Políticas y Administración de la Educación*. Págs., Año 2, 3, 60-73.

Nohlen, D. y Sturm, R. (1982). La heterogeneidad estructural como concepto básico en la teoría de desarrollo. En *Revista de Estudios Políticos (Nueva Época)*, 28, 45-74.

Nun, J. (2001). Marginalidad y exclusión social. 1° Edición. Buenos Aires, Editorial Fondo de Cultura Económica.

O´Malley, P. (2015). Repensando la penalidad neoliberal. En *Revista Delito y Sociedad*, 40, 11-30.

Oyen, E. (1997). *Los conceptos contradictorios de exclusión social e inclusión social. Series de investigación*. Programa de Desarrollo de las Naciones Unidas para el Instituto Internacional de Estudios Laborales.

Pitch, T. (2009). *La sociedad de la prevención*. Buenos Aires: Editorial Ad Hoc.

Pradhan, R. (2006). Understandign social exclusion and social inclusion in the Nepalese context: some preliminary remarks. En *Workshop "Understanding Social Inclusion and Exclusion: Theories, Methodologies and Data"*. Kathmandu, Social Science Baha and the Social Inclusion Research Fund Secretariat/SNV.

Ramos Calderón, J. (2012). Inclusión/exclusión: Una unidad de la diferencia constitutiva de los sistemas sociales. Iberóforum. *Revista de Ciencias Sociales de la Universidad Iberoamericana*, 7 (14), 72-99.

Rawal, N. (2008). Inclusión social y exclusión: una revisión. En *Dhaulagiri Journal of Sociology and Anthropology*. 2, 161-180.

Rodríguez Alzueta, E. (2014). *Temor y Control. La gestión de la inseguridad como forma de gobierno. 1° Edición*. Buenos Aires: Ediciones Futuro Anterior.

Rosanvallón, P. (2007). *La nueva cuestión social*. Buenos Aires: Ed. Manantial.

Salvia, A. (2005). Crisis del empleo y nueva marginalidad: El papel de las economías de la pobreza en tiempos de cambio social. En *Los Nuevos Rostros de la Marginalidad*. Buenos Aires: Editorial Biblos.

Salvia, A. (2009). El modelo Argentino: efectos de una matriz social fragmen-

tada. *Revista Encrucijadas*, 48, 8-15.

Salvia, A. (2011). De marginalidades sociales en transición a marginalidades económicas asistidas. En *Perspectivas críticas sobre la cohesión social: desigualdad y tentativas fallidas de integración social en América Latina*. Buenos Aires: CLACSO.

Salvia, A. (2015). Heterogeneidad estructural, desigualdad económica y globalización en América Latina. En *Bienestar y pobreza en América Latina: Una visión desde la frontera norte de México*. Universidad Autónoma de Baja California: Ediciones Once Ríos, México.

Selmini, R. (2009). La prevención: estrategias, modelos y definiciones en el contexto europeo. En Urvio. *Revista Latinoamericana de Seguridad Ciudadana*, Ecuador Flacso, 6, 41-57.

Serrano Pascual, A. (2009). Regulación supranacional y despolitización del trabajo: el caso del paradigma de la activación. En Crespo, E; Prieto, C. y Serrano, A. (Coords.): *Trabajo, subjetividad y ciudadanía. Paradojas del empleo en una sociedad en transformación*. Madrid:Editorial Complutense.

Sozzo, M. (2007). Populismo punitivo, proyecto normalizador y prisión depósito en Argentina. *Revista Nueva Doctrina Penal*. Buenos Aires: Del Puerto.

Sozzo, M. (2008). Seguridad Urbana y Técnicas de Prevención del Delito. En *Inseguridad, prevención y policía*. Quito: Flacso.

Supervielle, M y Quiñones, M (2005). De la marginalidad a la exclusión social: cuando el empleo desaparece. En Alvarez Leguizamón, S. (Comp.), *Trabajo y producción de la pobreza en Latinoamérica y el Caribe: estructuras, discursos y actores*. Buenos Aires: CLACSO.

Tonkonoff, S. (2007). Tres movimientos para explicar por qué los Pibes Chorros visten ropas deportivas. En *AAVV, La Sociología AHORA*. Buenos Aires:- Siglo XXI Editores.

Torrado, S. (2007). Estrategias de desarrollo, estructura social y movilidad. En: Torrado, S. (Comp.): *Población y bienestar en la Argentina del primero al segundo Centenario* (Tomo I). Buenos Aires: Edhasa.

Wacquant, L. (2001). *Parias Urbanos. Marginalidad en la ciudad a comienzos del milenio*. Buenos Aires: Editorial Manantial.

Young, J. (2015). *El vértigo de la modernidad tardía*. Buenos Aires, Editorial Didot.

Ziccardi, A. (2010). Pobreza urbana, marginalidad y exclusión social. En *Ciencia Revista de la Academia Mexicana de Ciencias*. 61 (4), 26-35.

Desigualdad de oportunidades educativas en México: evidencias en la educación media superior y superior[1]

Mónica López Ramirez
Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones sobre la Universidad y la Educación, Ciudad de México, México.
mlramirez.soc@gmail.com

Santiago Andrés Rodríguez
Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones sobre la Universidad y la Educación, Ciudad de México, México.
sarodriguez513@gmail.com

Resumen

La desigualdad social se manifiesta en diversos ámbitos. El artículo se enfoca en la desigualdad educativa en el nivel medio superior y superior en México. Esta se describe a través de la revisión de investigaciones recientes que permiten caracterizar sus rasgos en cinco factores: origen social de los estudiantes, la trayectoria escolar previa, las expectativas y aspiraciones educativas, los entornos institucionales y ejes como el género, el origen étnico y la condición de discapacidad. El artículo finaliza con una reflexión sobre un enfoque interseccional para analizar la desigualdad en transiciones y trayectorias educativas.

Palabras claves: desigualdad – educación superior – educación media superior – origen social

1 El presente artículo forma parte de dos proyectos PAPIIT-UNAM: i) IA301119 y ii) IA300919

Summary

Social inequality manifests in different areas. The paper focuses on educational inequality in the upper secondary and higher education in Mexico. This is described through the review of the contemporary's researches that allows characterize its attribute in five factors: social origin of students, previous school trajectory, educational expectations and aspirations, institutional environments and axes such as gender, ethnic origin and disability status. The paper concludes with a reflection on an intersectional approach to analyze inequality in transitions and educational trajectories.

Keywords: inequality – higher education – upper secondary – social origin

Recibido: 17 de mayo de 2019.
Aprobado: 19 de septiembre de 2019 .

Introducción

América Latina es una de las regiones más desiguales del mundo, el caso de México no está ajeno de esta cuestión. Existe una multiplicidad de desigualdades sociales que prevalecen a lo largo del tiempo: en el ámbito de la salud las desigualdades se concentran en el acceso limitado a servicios sanitarios del Estado y los gastos asociados a enfermedad; respecto al primero un 17.3% de la población no se encuentra afiliado a ningún servicio de salud (INEGI, 2015); en el segundo caso, el "gasto de bolsillo" corresponde al 41% de los ingresos personales en salud (OCDE, 2017).

En el mercado laboral persisten barreras para acceder a un empleo de calidad: 45% de quienes cuentan con un trabajo carecen de seguridad social, cerca del 10% tienen contratos temporales y hasta un 45% no tiene contrato según datos de la Encuesta Nacional de Ocupación y Empleo (ENOE) para el 2017. Respecto a los ingresos, México se encuentra dentro del 25% de los países con mayores niveles de desigualdad en el mundo, el coeficiente de Gini[2] para el 2016 alcanzó el 0.4625 (Oxfam, 2016).

El artículo se focalizará en la desigualdad de oportunidades educativas, ya que la educación atraviesa y se entrelaza con diversos dominios del curso de vida de los individuos: la entrada al mercado de trabajo, la emancipación familiar, la entrada a la primera unión, etc. Desde la perspectiva sociológica de la desigualdad social, la

2 Medida de desigualdad en la que el 0 equivale a igualdad perfecta y 1 a desigualdad perfecta.

educación en el proceso de estratificación social tiene un doble papel: por un lado, se pensaba que con la expansión educativa los individuos de estratos desfavorecidos podrían ascender en la estructura social y lograr mayores niveles de bienestar; por otro lado, la escuela podría contribuir a reproducir las desigualdades sociales e impactar en las oportunidades a lo largo de la vida de los individuos. De ahí la importancia de describir el papel que está jugando la educación en ampliar o reducir la desigualdad en un contexto específico como el caso de México.

Un panorama general sobre desigualdades educativas en México evidencia que existen niveles bajos de desigualdad socioeconómica en la educación básica (primaria y secundaria), pero que, respecto al acceso, la permanencia y el egreso en el nivel medio superior y superior, las desigualdades educativas siguen siendo severas (COLMEX, 2018).

Cabe destacar que el nivel medio superior es obligatorio a partir de la reforma constitucional del 2012 y se plantea alcanzar su universalización para el ciclo escolar 2021-2022; y en el superior se aprobó recientemente la obligatoriedad del nivel. En ambos casos, el carácter obligatorio refiere a que el Estado debe brindar el servicio a aquellas personas que cuenten con los antecedentes necesarios para acceder a estos niveles. Ello implica, además, la consideración de los costos de estos servicios, ofrecer educación de calidad, así como garantizar los lugares necesarios para la demanda.

El objetivo del artículo es mostrar la discusión sobre las desigualdades de oportunidades en educación y cómo operan en un contexto específico como el mexicano, con énfasis en el nivel medio superior y superior. Con base en el objetivo planteado, este artículo se organiza en cuatro secciones. En la primera se describe la estructura del sistema educativo en México, prestando atención al nivel medio superior y superior. En la segunda se repasan los principales aportes teóricos para el análisis de la desigualdad de oportunidades educativas. En la tercera sección se plantean de manera sucinta los principales factores ligados a la desigualdad de oportunidades en estos niveles de escolaridad a través de la revisión de diversos estudios empíricos actuales. Por último, en la cuarta sección, se delinea una agenda de investigación actual sobre la temática.

El contexto educativo mexicano

México es uno de los países con mayor desigualdad: ocupa el lugar 52, de 177 de acuerdo con su desarrollo humano (PNUD, 2007), las familias en el decil más alto concentran 62% de los ingresos y aquellas en el más bajo un 0.4%. Para 2016 un 7.6% de la población vivía en extrema pobreza. A esta desigualdad se suma las disparidades entre las entidades federativas[3], y también la diversidad

3 Según el índice de Marginación del Consejo Nacional de Población (CONAPO), algunas entidades como la Ciudad de México, Nuevo León presentan un nivel bajo de este índice (-1.45 y

cultural, 10% de la población es indígena y 6.5% hablante de lenguas originarias (INEE, 2018), entre quienes se profundizan las desigualdades (Blanco, 2017a).

Al igual que otros países de América Latina en el ámbito educativo México enfrenta desigualdades de acceso a la educación superior que pueden restringir la movilidad social ascendente. Si se analiza el ingreso a este nivel por estrato socioeconómico de pertenencia, en México la probabilidad de ingreso de las personas provenientes de estratos sociales altos no alcanza el 50%; mientras que, para las personas de estratos bajos apenas supera el 10%. En términos comparativos con países de la región, México es el país con menor probabilidad de ingreso a la ES para personas de estratos altos (en ese caso destaca Chile con una fuerte reproducción para la cúspide la estructura). Al analizar la probabilidad de ingreso a la ES para personas provenientes del quintil socioeconómico más bajo entre los diferentes países, se observa que México está por encima de Perú, Colombia, Brasil y Uruguay (CEDLAS-Banco Mundial, 2015). Estudios recientes de estratificación y movilidad de clase en América Latina, indican que, aunado a este contexto, en las últimas décadas se han restringido las oportunidades para la movilidad intergeneracional hacia posiciones de mayor estatus que implican credenciales educativas de nivel superior (Solís, 2016).

En este contexto social, la educación cobra un papel importante. En México la educación está regulada por la Secretaría de Educación Pública (SEP) y se organiza en tres niveles educativos: a) el nivel básico que comprende la educación prescolar, la cual se cursa entre los 3 y 5 años y tiene una duración de 3 años; la primaria, cursada entre los 6 a 11 años, con una duración de 6 años; y la secundaria, cursada entre los 12 a14 años con una duración de 3 años; todas ellas obligatorias; b) el nivel medio superior, también obligatorio desde 2012, se imparte después de la secundaria con una duración de 2 a 5 años; y finalmente, c) la educación superior, que comprende la educación técnico superior universitario, licenciatura, y el posgrado (Cuadro 1).

El nivel educativo más consolidado es la primaria por el tiempo que tiene como obligatoria, los otros niveles aún no alcanzan ese grado de progreso. Para los niveles en los que se enfoca el artículo, medio superior y superior, en las últimas décadas se incrementó la cobertura, al pasar de 34.3% en el ciclo escolar 2000-2001 al 62% en el 2016-2017 en el nivel medio superior, y de 19.2% en el ciclo escolar 2000-2001 al 38.4% en el ciclo 2016-2017 para el nivel superior[4] (SNIEG, 2018).

-1.39, respectivamente), en contraparte Chiapas (2.41) y Guerrero (2.56) presentan un nivel muy alto de carencias básicas (CONAPO, 2016).

4 Tasa neta de cobertura en el nivel medio y tasa bruta de cobertura en el superior.

Cuadro 1. Estructura del Sistema Educativo Mexicano (SEM)

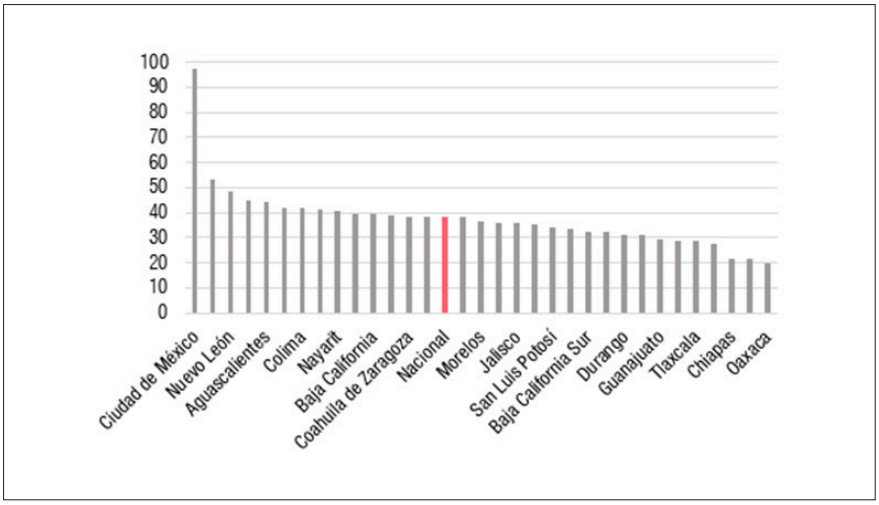
Tipo educativo	Nivel educativo	Tipo de servicio o modelo educativo	Edad ideal o típica	Duración en años	Carácter	Cobertura Ciclo 2016-2017
Educación básica	Preescolar	Cendi General Indígena Comunitario	3 a 5	3	Obligatoria a partir de 2002	73%
	Primaria	General Indígena Comunitario	6 a 11	6	Obligatoria a partir de 1934	98.4%
	Secundaria	General Técnica Telesecundaria Comunitaria Para trabajadores	12 a 14	3	Obligatoria a partir de 1993	86.2%
Educación media superior	Bachillerato o equivalente y educación profesional sin antecedente de bachillerato o equivalente	Bachillerato general Bachillerato tecnológico Profesional tecnológico	15 a 17	2-5	Obligatoria a partir de 2012	62%
Superior	Licenciatura	Educación normal Universitaria y tecnológica	-	-	Aprobación del Senado de la obligatoriedad Mayo 2019	38.4%
	Posgrado	Especialidad Maestría Doctorado	-	-		

Fuente: elaboración propia a partir de datos del INEE (2018) y SEP (2017).

La expansión de la cobertura redujo las brechas de género en ambos niveles: en el nivel medio superior la proporción de mujeres representa el 64.1% para el ciclo escolar 2016-2017 (INEE, 2017); mientras que, en el superior, alcanza un 50.3% en el ciclo 2017-2018 (ANUIES, 2018). A pesar de este incremento, resulta difícil alcanzar la universalización en el nivel medio superior para el ciclo 2021. Entre los factores que obstaculizan el ingreso destacan determinantes territoriales, de origen social y sociodemográficos (Solís, 2018). Estas restricciones en un contexto de obligatoriedad implican una vulnerabilidad de los derechos de quienes desean acceder a este nivel educativo que tendrían que estar garantizados por el Estado (INEE, IIPE-UNESCO, 2018).

De quienes egresan de la educación media superior, un bajo porcentaje ingresan a la superior; además de que existen diferencias en la cobertura por regiones en el país: en algunos estados como la Ciudad de México, la tasa de cobertura llega al 97.5%, mientras que, en otros, como Oaxaca (19.7%), Guerrero (21.5%) y Chiapas (21.8%) apenas supera el 20% (INEGI, 2018) (Gráfica 1).

Gráfica 1. Tasa de cobertura bruta de educación superior por estados, 2017.



Fuente: elaboración propia con datos del Sistema Nacional de Información Estadística y Geográfica. Catálogo Nacional de indicadores.

Una de las características del SEM es la heterogeneidad de las instituciones que lo conforman. En el nivel medio superior la oferta institucional está estratificada, en primer lugar, por modalidad. Actualmente este nivel se ofrece en las modalidades de: a) bachilleratos generales, que preparan a los estudiantes para continuar con estudios superior y que ofrece una formación de contenidos cien-

tíficos, técnicos y humanísticos; b) bachilleratos tecnológicos, que ofrecen formación técnica bivalente que permite a sus titulados incorporarse al mercado laboral o estudiar una carrera técnica; y c) el bachillerato profesional técnico, que ofrece una formación técnica en diversas especialidades para ocupar diversos cargos en el mundo profesional. Una segunda segmentación la establece el tipo de sostenimiento, que puede ser público (con 83.7% de la matrícula) y privado (16.3%) (SEP, 2017). Además, en el sector público la oferta distingue entre bachilleratos de universidades (UNAM, IPN, UAEM) y planteles incorporados a Instituciones de Educación Superior (IES) que brindan opciones de bachillerato general o técnico y permiten el acceso al nivel superior. En el sector privado la oferta también es diversa, ya que existen escuelas de élite y otras de bajo prestigio y menor costo. Finalmente, un criterio más de segmentación es la modalidad presencial, abierta o a distancia.

Por su parte, la educación superior está conformada por más tres mil instituciones públicas y particulares que tienen distintos perfiles tipológicos y misiones (ESPI-México, 2019). El subsector público presenta: universidades federales (ofrecen docencia, proyectos de investigación y extensión y difusión de la cultura), universidades públicas autónomas (asentadas en los diferentes estados), universidades politécnicas (ofrecen un modelo educativo basado en competencias profesionales), universidades interculturales (próximas en ubicación y en cultura a las comunidades indígenas), institutos tecnológicos federales y regionales (enfocadas en la educación profesional dirigida a las necesidades industriales), universidades tecnológicas (ofrecen educación superior de "ciclos cortos" que consiste en carreras de dos años de duración), instituciones de investigación y posgrado, escuelas normales (encargadas de la formación de profesores de preescolar, primaria y secundaria) y otras instituciones. Por su parte, el subsector privado incluye universidades, escuelas normales y otras IES.

Para ingresar a la educación media superior es indispensable contar con el certificado de secundaria; además, la mayoría de las escuelas -privadas y públicas- exige la presentación del Examen Nacional de Ingreso a la Educación Media Superior (EXANI I) que está a cargo del Centro Nacional de Evaluación (CENEVAL) (SEP, 2000). En la Zona Metropolitana de la Ciudad de México, el acceso a instituciones públicas se regula por el examen COMIPEMS (Concurso de Ingreso a la Educación Media Superior) que tiene un doble objetivo: seleccionar a los candidatos y distribuirlos entre las instituciones[5].

Para ingresar a la educación superior se requiere el certificado de bachillerato. Existen diferentes métodos en los procesos de admisión que varían por instituciones. En algunas instituciones públicas se solicita el Examen Nacional de Ingreso a la Educación Superior (EXANI II) a cargo del CENEVAL. En otras, son las propias instituciones que establecen sus pruebas (UNAM, UAM o IPN). Una

5 Para mayor detalle sobre el examen COMIPEMS (COMIPEMS, 2018).

tercera alternativa consiste en acceder sin necesidad de realizar un examen; estas opciones son conocidas como pase reglamentado o directo, que se da entre las IES que ofrecen el nivel medio superior en su oferta académica. En las IES privadas el ingreso consiste en acreditar exámenes y/o el pago de inscripciones.

A continuación, se presentan brevemente los principales enfoques teóricos sobre la desigualdad de oportunidades educativas.

Discusión general sobre desigualdad de oportunidades educativas

Los estudios sociológicos sobre desigualdad social distinguen entre la desigualdad de condiciones y la desigualdad de oportunidades. La primera refiere a las diferencias en la distribución de bienes valiosos como educación, ingreso o riqueza en un momento determinado en el tiempo. La segunda alude a la incidencia de las características de origen social sobre el proceso de logro educativo y ocupacional (Breen y Jonsson, 2005; Torche, 2010).

Este apartado se concentra en los estudios sobre la desigualdad de oportunidades educativas, es decir "la diferencia, en función de los orígenes sociales, en las probabilidades de acceso a los diferentes niveles de enseñanza y particularmente a los niveles más altos" (Boudon, 1973:17). A continuación, se describen brevemente los principales enfoques teóricos que frecuentemente se utilizan en el análisis de la desigualdad de oportunidades en educación y algunas hipótesis que se desprenden de estos enfoques.

Desde las ciencias sociales se han utilizado principalmente tres grandes enfoques teóricos para estudiar los efectos de los orígenes sociales de las personas sobre el proceso de logro educativo, a saber: la teoría funcionalista de la industrialización, la teoría de los recursos económicos y culturales y las explicaciones "racionalistas".

Al finalizar la Segunda Guerra Mundial, la teoría de la industrialización de corte funcionalista señalaba que la desigualdad educativa se reduciría en los países industrializados producto de la modernización económica, institucional y cultural. En este caso, el sistema educativo responde directamente a los requerimientos que impone el mercado de trabajo. Este tiene que reclutar a trabajadores altamente especializados y calificados y ofrece paquetes de recompensas diferenciales. La expansión educativa permitiría a las personas de diferentes clases sociales acceder a la educación y, en este contexto, se suponía que el logro educativo no se encontraría supeditado al origen social familiar y, a su vez, determinaría la inserción ocupacional. En suma, el destino social de las personas en las sociedades industriales resultaría del logro educativo y ocupacional donde el mérito individual jugaría un papel primordial (Hallinan, 1988; Simonová y Katrňák, 2011). De esta manera, la función de la educación

es legitimar las desigualdades, a través del proceso de socialización, naturalizando que la desigualdad es producto del esfuerzo individual.

Los resultados de investigaciones empíricas en países desarrollados mostraron que la desigualdad en relación a logros educativos entre diferentes orígenes de clase no ha disminuido. En la compilación de estudios de Blossfeld y Shavit (1993), los autores analizan el proceso de logro educativo en trece países desarrollados considerando los orígenes sociales y la cohorte de nacimiento de las personas como variables explicativas. La estrategia metodológica consistió en aplicar regresiones lineales donde la variable dependiente refiere a los años de escolaridad aprobados y regresiones logísticas donde la variable dependiente da cuenta de diferentes transiciones entre los niveles educativos. Entre las conclusiones generales del estudio se destacan los siguientes hallazgos: i) la expansión educativa no reduce la asociación entre los orígenes sociales de los estudiantes y el logro educacional, ii) los efectos del origen social en la progresión educativa es fuerte en las primeras transiciones y posteriormente comenzaría a declinar en las transiciones más tardías, iii) existe poco cambio de los efectos de los orígenes sociales a través de las cohortes y, iv) los datos revelan una reducción en las diferencias de género en relación al logro educativo (Blossfeld y Shavit, 1993:20-23). Con base en estos hallazgos de investigación, la conclusión principal del estudio indica que predomina una *"Desigualdad Persistente"* en logros educativos (Blossfeld y Shavit, 1993).

Las teorías sobre la disponibilidad de recursos económicos y culturales es una caja de herramientas muy valiosa para explicar la persistencia de la desigualdad social en logros educativos (Blossfeld y Shavit, 1993; Shavit, Yaish, y Bar-Haim; 2007). Con respecto a la disponibilidad de recursos económicos, las familias con ingresos altos pueden pagar los costos directos de la educación de sus hijos (ej. colegiaturas, materiales didácticos, gastos de manutención y transporte, entre otros) y, su vez, sus hijos permanecen por más tiempo en la escuela ampliando las brechas sociales en el logro educativo. Además, las expectativas que tienen las familias sobre la educación de sus hijos también se originan de manera diferenciada entre los distintos estratos socioeconómicos. Mientras que, para las teorías culturalistas, la organización del sistema educativo reproduce la estratificación y desigualdad social mediante la valoración y transmisión de patrones socioculturales que provienen de las clases altas. Para las teorías culturalistas la reproducción de la desigualdad social en educación descansa en las formas de socialización en la escuela y en los roles jerárquicos que corresponden al sistema de producción capitalista (Bowles y Gintis, 2007), en los códigos sociolingüísticos que reflejan las diferencias de clase (Bernstein, 2001) y en las actitudes y aptitudes de los estudiantes de clase alta que son valorados por la escuela: "Pues la cultura de la elite está tan próxima a la cultura educativa que el niño proveniente de un medio pequeñoburgués (y *a fortiori* campesino u obrero) no puede adquirir sino laboriosamente lo que le

está dado al hijo de la clase cultivada, el estilo, el gusto, el espíritu, en resumen, ese *savoir faire* que son naturales de una clase, porque son la cultura de esa clase" (Bourdieu y Passeron, 2003:41)[6].

Según Blossfeld y Shavit (1993) la tesis de la "desigualdad mantenida al máximo" (MMI, siglas en inglés) planteada por Raftery y Hout (1993) constituye una versión radical de la teoría de la reproducción (Blossfeld y Shavit, 1993:8). Esta tesis señala que, si la demanda de un determinado nivel educativo es saturada por las clases altas, es decir, si sus tasas de transición se aproximan o alcanzan el 100%, entonces las razones de momios disminuyen (la asociación entre orígenes sociales y educación se debilita) (Raftery y Hout, 1993:57). Una crítica importante a la tesis de la "desigualdad mantenida al máximo" (MMI) es que ignoró el hecho de que los sistemas educativos se encuentran segmentados y los estudiantes deben elegir entre varios circuitos/caminos al interior del sistema. En el marco de esta crítica, Lucas (2001) plantea la tesis de la "inequidad efectivamente mantenida" (EMI, siglas en inglés). Esta tesis tiene dos supuestos analíticos, a saber: i) cuando un nivel educativo no es universal los estratos socioeconómicos altos utilizan sus ventajas y recursos para asegurarse el acceso al nivel (ventaja cuantitativa) y ii) cuando la cobertura en un nivel educativo se ha vuelto universal la inequidad de origen se manifiesta a través de ventajas cualitativas (Lucas, 2001:1652). Es decir, las personas de estratos socioeconómicos altos buscarán ingresar a instituciones educativas de prestigio al interior de un sistema educativo estratificado ("Desigualdad horizontal")[7].

Desde la óptica analítica de la teoría de la acción racional, Goldthorpe y Breen (2010) analizan la persistencia de los diferenciales de clase en el logro educativo. Siguiendo los postulados de Boudon (1973), sugieren que los diferenciales de clase en el logro educativo se cristalizan debido a dos tipos de efectos: primarios y secundarios. Los efectos primarios se refieren a la asociación que existe entre la clase social de origen y el nivel de rendimiento escolar de los estudiantes. En cambio, los efectos secundarios se refieren a la incidencia de la clase social de origen sobre la toma de decisiones educativas que determinan las trayectorias de los estudiantes. Es decir, los efectos secundarios expresan las elecciones reales que hacen los estudiantes, probablemente con sus padres, en sus trayectorias al interior del sistema educativo que, ade-

6 Si bien las teorías culturalistas ofrecen una explicación sobre la persistencia de la desigualdad social en logros educativos, han recibido duras críticas: "Los defensores de las teorías de la reproducción cultural parecen haber sido traicionados por una compresión bastante errónea del grado en que han aumentado y se han explotado en las sociedades modernas las oportunidades de movilidad educativa -y de clase- ascendente entre las generaciones" (Goldthorpe, 2010:291).

7 Existe una hipótesis alternativa a estas explicaciones, la cual menciona que a mayor edad los efectos del origen social se reducen, porque los individuos tienen otros referentes sociales (pares) y se ha logrado una mayor independencia del hogar familiar.

más, incluye la elección de abandonar los estudios. Las elecciones educativas reflejan una acción de los padres y sus hijos que se entiende como racional: "es decir, reflejan las evaluaciones que hacen de los costes y beneficios de las posibles alternativas -por ejemplo, los costes y beneficios de abandonar o seguir los estudios o los de elegir entre un curso de formación profesional o uno más académico- y de las probabilidades de los distintos resultados, como el éxito o fracaso educativo" (Goldthorpe y Breen, 2010:307).

Las diferentes corrientes expuestas plantean la desigualdad de oportunidades educativas desde múltiples factores. El artículo se enfocará en cinco dimensiones específicas: el origen social, las trayectorias escolares previas, las expectativas educativas, los entornos institucionales y algunos ejes de diferenciación social, a través de las cuales se reconstruirán los resultados de investigaciones recientes sobre transición a la educación media superior y superior.

Factores sociales asociados a la transición a la educación media superior y superior en México

En el análisis de la desigualdad de oportunidades educativas confluyen una multiplicidad de factores, por una cuestión de exposición estos son presentados de forma individual, sin embargo, se debe contemplar que para un análisis holístico sobre el acceso, permanencia y egreso en los diferentes niveles educativos estos factores actúan de manera interrelacionada.

ORIGEN SOCIAL

El efecto del origen social refiere a la influencia de las condiciones socioeconómicas y culturales de las familias de los estudiantes sobre distintos resultados educativos (aprendizajes, años de escolaridad, transiciones, etc.) (Shavit, Yaish y Bar-Haim, 2007:39). Estudios recientes señalan que, como resultado de la universalización de la educación básica (véase cuadro 1), la desigualdad socioeconómica de origen se desplaza hacia la transición a la educación media superior y superior. En otras palabras, la desigualdad disminuye en los niveles educativos básicos que se acercan a la universalización (primaria y secundaria), pero se mantiene en la educación media superior y se incrementa en el nivel superior, hecho que lleva a respaldar la tesis de la "desigualdad mantenida al máximo" (Solís, 2013, 2014; Blanco, 2017; Rodríguez, 2018).

Al descomponer el origen social familiar, se destaca un incremento en los efectos de la educación del hogar de origen sobre el acceso a la educación media superior, situación que podría deberse al creciente peso de los exámenes de ingreso como mecanismo de selección, así como a la creciente dificultad de

este nivel para educar a, y mantener las expectativas de, un alumnado crecientemente heterogéneo (Blanco, 2019). Además, dada la naturaleza de la oferta institucional en la educación media superior se potencia la diferenciación y segmentación social ("desigualdad horizontal"). Así, por ejemplo, "los jóvenes del estrato alto no solo tienen riesgos mucho menores de desafiliación, sino también cuatro veces mayores probabilidades de ingresar a la UNAM con respecto a los jóvenes de estrato muy bajo (0.22 frente a 0.05)" (Solís, 2014:98). Cabe destacar que, el ingreso al Bachillerato de la UNAM ofrece un "pase automático" a los estudios superiores en esa institución educativa[8].

En el ingreso a la educación superior se ha constatado que el origen social tiene una influencia (Covo, 1987), la cual, con la dinámica actual, se ha vuelto más compleja. Se sabe que quienes provienen de un origen social más alto tienen mayores probabilidades de ingresar, pues han contado con mejores condiciones materiales para estudiar, padres con mayor educación y un entorno cultural favorable que promueve y pone a disposición recursos para continuar con los estudios (Guzmán y Serrano, 2011; Rodríguez y Márquez, 2011).

Estos factores tienen incidencia no solo en la continuación, sino también en la elección de universidades, aquellos con un origen social alto eligen instituciones con independencia del costo económico, apegándose a una decisión de prestigio de la institución y de la voluntad; mientras que, aquellos con un nivel socioeconómico medio-bajo eligen una institución pública por motivos económicos (González, et al., 2017). Estos resultados abonan a la hipótesis propuesta por Lucas (2001) sobre la "inequidad efectivamente mantenida", ya que el ingreso se encuentra diferenciado por la posición de clase social de la familia de los estudiantes.

Las condiciones socioeconómicas y materiales inciden también a lo largo de los estudios universitarios, al considerar aquellos estudiantes que deben laborar para cubrir gastos ligados a los estudios por carencias en su núcleo familiar (Guzmán, 2004), así como trabajadores que regresan al sistema escolar después de un periodo de ausencia (De Ibarrola, 2002). En ambos casos se ha analizado el papel del trabajo a la par de los estudios como un obstáculo para los estudios o como un puente asociado a la incorporación temprana al mercado de trabajo (Acosta y Planas, 2014).

Es importante señalar que, para el caso mexicano, algunas investigaciones han encontrado poca asociación en el caso de la escolaridad de los padres con el desempeño de los estudiantes en los estudios universitarios (De Garay, 2004; Miller, 2009; Acosta y Planas, 2014). Una hipótesis al respecto es que, dada la alta segmentación del sistema de educación superior en México, tal vez existe una mayor homogeneidad entre instituciones

8 Mecanismo mediante el cual los estudiantes del bachillerato de la UNAM (CCH y ENP) acceden a la educación superior sin necesidad de presentar examen de admisión conforme a su desempeño (tiempo de egreso y promedio obtenido).

y mayor variabilidad entre ellas respecto al origen sociocultural de los estudiantes.

TRAYECTORIA ESCOLAR PREVIA

La trayectoria escolar a través del rendimiento académico previo puede mediar los efectos de los orígenes sociales sobre las transiciones educativas. Al respecto, García Castro y Bartolucci (2007) señalan que "el desempeño escolar previo actúa poderosamente en afianzar o inhibir la aspiración educativa del alumno, al fundamentar la autopercepción de competencia" (García Castro y Bartolucci, 2007:1283). Algunas investigaciones recientes analizaron las elecciones educativas de los estudiantes en la transición a la educación media superior en la Ciudad de México, considerando el peso de los orígenes sociales y de los antecedentes educativos. Estas investigaciones coinciden en señalar que, cuando se controlan los efectos del nivel socioeconómico familiar, los estudiantes de estratos sociales bajos que cuentan con buenos antecedentes escolares tienen mayores aspiraciones educativas y en el concurso de asignación a la educación media -COMIPEMS- eligen instituciones de alta demanda en el bachillerato (García Castro y Bartolucci, 2007; Rodriguez Rocha, 2014; García Pinzón, 2016).

En el caso de la educación superior, la trayectoria escolar previa, observada a través del rendimiento académico, ha constatado ser uno de los principales factores en el ingreso, rendimiento (principalmente durante el primer año) y egreso de los estudios universitarios (Mingo, 2006; Chain y Jácome, 2007; De Garay, 2005; Miller, 2009). Un estudio realizado con datos de egresados del nivel medio superior de la UNAM que continuaron sus estudios en la misma universidad muestra que alrededor del 25% son regulares en el primer año de licenciatura (Sánchez Mendiola, et al., 2017).

Al rendimiento se ha sumado el tiempo en finalizar los estudios previos y algunos otros indicadores sobre reprobación durante el bachillerato (Bartolucci, 1994, 2019), así como el tiempo entre el egreso de dicho nivel y la incorporación a la universidad como proxi de continuidad o no en las trayectorias previas (De Garay, Miller y Montaya, 2016). La dinámica en la trayectoria formativa puede estar ligada a dominios del curso de vida: como la entrada a la primera unión y la maternidad/paternidad de los estudiantes (Miller y Arvizu, 2016).

ASPIRACIONES Y EXPECTATIVAS

Las aspiraciones y las expectativas educativas de los estudiantes y sus padres pueden afectar significativamente los resultados académicos alcanzados, las decisiones y la progresión escolar (abandonar o seguir los estudios). En México las investigaciones sobre esta temática señalan que las aspiraciones y las expectativas educativas se asocian a los recursos socioeconómicos y culturales familiares. Por ejemplo, en la educación media superior, los resultados de pruebas estandarizadas -PLANEA[9] - indican que el nivel de escolaridad de los padres se asocia a la permanencia en la escuela y al desempeño educativo de sus hijos. Además, impacta en el acompañamiento académico que les proporcionan, lo cual puede reflejarse en mejores resultados académicos (INEE, 2017). Sin embargo, investigaciones recientes también constataron que las aspiraciones educativas que tienen los estudiantes constituyen un motor del logro educativo: los jóvenes de orígenes sociales bajos con aspiraciones y expectativas educativas incrementan su probabilidad de continuar sus estudios en el nivel medio superior (Solís, Rodríguez Rocha y Brunet, 2013; Rodríguez Rocha, 2016).

En el nivel superior, el rendimiento académico interactúa con el nivel socioeconómico y la percepción del apoyo familiar, estos influyen en las aspiraciones educativas de los estudiantes y en la evaluación sobre sus habilidades y preferencias (Bartolucci, 1994; Figueroa, Padilla y Guzmán, 2015). Así, estudiantes con desempeños académicos altos anhelan alcanzar niveles educativos mayores (Gómez Asura, 2013).

ENTORNOS INSTITUCIONALES

Los entornos institucionales se presentan como experiencias educativas diferenciadas ya que los estudiantes transitan por distintos caminos en el sistema educativo. En este sentido, el entorno institucional es un filtro de ingreso y asignación de los estudiantes a diferentes instituciones y modalidades educativas. Los resultados de investigaciones actuales indican que el tipo de secundaria, la modalidad y el turno delimitan la progresión y el desempeño en los exámenes de ingreso a la educación media superior (Muñoz Izquierdo y Solórzano, 2007; Cárdenas, 2011, Solís, 2013; Rodríguez Rocha, 2014). En conjunto con niveles socioeconómicos y culturales altos, son mayores las probabilidades de que el estudiante elija instituciones de alta demanda en el examen y la de obtener un lugar en estas opciones (UNAM, IPN) (Uralde,

9 Plan Nacional para la Evaluación de los Aprendizajes.

Márquez y Lever, 2006; Solís, Rodríguez Rocha y Brunet, 2013). Así, por ejemplo, el estudio de Solís, Rodríguez Rocha y Brunet (2013) muestra que "la probabilidad estimada de elegir sólo a la UNAM o el IPN en las primeras dos opciones es 0.68 para los jóvenes del primer cuartil del ios, frente a 0.78 y 0.93 para el tercer y cuarto cuartil, respectivamente" (Solís, Rodríguez Rocha y Brunet, 2013:1119). Además, se debe considerar que los procesos de admisión a la educación media superior son heterogéneos porque los mecanismos de selección y los procedimientos varían entre las entidades federativas. Al respecto, Hernández Fernández (2016) identifica los actores principales que participan en la admisión a la educación media superior: i) a nivel macro (Secretaría de Educación Pública, Subsecretaría de Educación Media Superior, Secretaría de Educación en las entidades e instituciones externas de evaluación -ej. Ceneval-), ii) a nivel meso (sindicato de maestros y medios de comunicación) y, por último, iii) a nivel micro (instituciones privadas que preparan a los aspirantes para los exámenes de admisión, escuelas de educación media superior por modalidad y la decisión de los estudiantes y sus familias en relación a la continuidad escolar) (Hernández Fernández, 2016:8-11).

En el nivel superior las características del bachillerato de egreso (rural-urbano, turno y tipo), impactan en las expectativas de los estudiantes y en las probabilidades de continuidad escolar en el nivel terciario (Gómez Asura, 2013; Navarro, 2017; Rodríguez, 2014). Asimismo, el sector del bachillerato (público/privado) influye en la transición hacia IES del mismo sector (Silas, 2011).

Los procesos de ingreso a la educación superior y a las IES (exámenes o pase reglamentado) pesan en las decisiones de los estudiantes (Silas, 2011; Acosta, 2013). Se han establecido tipos de transiciones que distinguen entre aquellos que ingresan a la ES en su primera opción de carrera e institución, de aquellos que ingresan, pero no en la carrera o institución pretendida, hasta quienes no ingresan (Gómez Asura, 2013). Sobre este último tipo, existen trabajos enfocados en analizar sus experiencias y vivencias (Guzmán, 2012), así como la conformación del Movimiento de Aspirantes Excluidos de la Educación Superior (MAES) (González, 2017). Al respecto también se ha analizado la concentración de la demanda en las instituciones localizadas en la Zona Metropolitana de la Ciudad de México (ZMCM) y en algunas carreras (Taborga, 2002).

Otro de los factores institucionales refiere a la estratificación espacial de la oferta educativa, por tipo de instituciones (más de 3,000 IES); por su concentración en ciertas regiones del país (Taborga, 2002), lo que a su vez se conjuga con condiciones y criterios con los que operan, lo cual puede conformar "circuitos de educación precaria" (Casillas et al., 2015) y destaca la diferenciación de los espacios universitarios asimétricos (Villa Lever, Canales y Hamui, 2017).

Esta heterogeneidad del sistema de educación superior se ha analizado respecto a los retos que afrontan los estudiantes que realizan esta transición, por el cambio de prácticas y niveles de responsabilidad respecto al nivel anterior (De Garay, 2004; Silva, 2011), la discontinuidad con experiencias anteriores (Ramírez, 2013), diferencias respecto a género (Buquet et al., 2013), el grado de integración que los estudiantes logran a los sistemas sociales y académicos de las IES (De Garay, 2004), aunado a apoyos y recursos que desplieguen las instituciones para hacer este proceso más llevadero (Miller, 2009).

EJES TRANSVERSALES DE DIFERENCIACIÓN SOCIAL

En la desigualdad educativa no solo se debe considerar el origen social familiar, otros ejes transversales son: el género, la pertenencia a grupos étnicos y la condición de discapacidad. Respecto al género en la educación media superior se ha constatado que se reducen las desigualdades en el ingreso, permanencia y egreso en el nivel (Blanco, 2018), incluso las mujeres obtienen mejor rendimiento y mayor egreso que a los hombres (Bartolucci, 2019). En el nivel superior, existen evidencias sobre la diferenciación por género sobre los destinos educativos. Si bien las mujeres se han incorporado masivamente a la ES, siguen concentradas en determinadas áreas de conocimiento: aquellas que tienen que ver con la salud, cuidado, administración, educación y humanidades (De Garay y Del Valle, 2012). Sin embargo, algunos estudios reportan que estas obtienen calificaciones más altas que los hombres y finalizan en menor tiempo su carrera universitaria (Mingo, 2006).

Sobre la pertenencia a grupos indígenas, se debe considerar que estos grupos han acumulado desventajas sociales a lo largo del tiempo, en cuestiones de acceso a niveles educativos, aprendizajes, interrupción y abandono escolar. A nivel nacional los hablantes de lengua indígena de 15 años y más tienen 5.7 grados promedio de escolaridad, lo que equivale a una primaria incompleta, mientras que, para el resto de la población, el promedio corresponde a 9.2 grados (INEE, 2017b). La población hablante de lengua indígena y español que no completa la transición a la educación media superior representa un 47.3% y quienes solo hablan lengua indígena no tienen acceso a este nivel y, por consiguiente, a la educación superior (Solís, 2017). Al respecto se han analizado tanto las experiencias de los estudiantes indígenas en diversas IES y principalmente en las interculturales (Bermúdez-Urbina, 2017), así como el análisis de políticas y experiencias institucionales sobre la atención de este grupo poblacional (Casillas, Badillo y Ortiz, 2012).

En cuanto a las personas con discapacidad, la mayoría cuenta con estudios primarios, solo uno de cada 10 accede a la educación media superior y el porcentaje en la educación superior alcanza el 6.7%. Al distinguirlo por sexo se

observan brechas entre los hombres y las mujeres; por ejemplo, en la educación superior un 8% de los hombres con discapacidad cuentan con estudios universitarios frente a un 5.7% de las mujeres (INEGI, 2014). Al respecto sobre este tipo de población se han realizado estudios sobre las políticas y estrategias de inclusión de corte institucional (Pérez-Castro, 2019).

Discusión

El objetivo de este artículo consistió en mostrar la discusión sobre las desigualdades de oportunidades en educación y cómo operan en México, principalmente en el nivel medio superior y superior. A través de la revisión de diversas investigaciones empíricas actuales sobre el acceso, la permanencia y el egreso en el nivel de bachillerato y licenciatura se evidencia cómo la desigualdad social se ha desplazado hacia estos niveles educativos. El bachillerato y la licenciatura son claves en el curso de vida de las personas y en las dimensiones de la estratificación social ya que la desigualdad en estos niveles restringe las oportunidades de bienestar y movilidad social para las personas de estratos desfavorecidos.

La obligatoriedad en la educación media superior y más recientemente en la superior en México abre un gran desafío sobre las implicancias de la desigualdad social y las oportunidades educativas: garantizar el acceso a grupos que han sido excluidos históricamente, a la par que implica un gasto de financiamiento por parte del Estado, además de la responsabilidad de velar por la calidad institucional, de los procesos de enseñanza y de la permanencia y egreso de los estudiantes.

La revisión de investigaciones premitió identificar una serie de factores ligados a la desigualdad educativa: el origen social de los estudiantes, la trayectoria escolar previa, las expectativas y aspiraciones educativas, los entornos institucionales y ejes transversales de diferenciación social. Estos factores tienen un efecto individual que se combina entre sí y con la influencia de otros actores (padres, profesores, pares) y otros niveles analíticos (políticas educativas) en el proceso de la desigualdad educativa.

Este supuesto conlleva cuestiones teóricas y metodologicas para el análisis de las desigualdades educativas. A nivel teórico se tendría que adoptar una perspectiva que priorice la interdependencia de los factores sociales asociados a la desigualdad educativa. En ese sentido, la interseccionalidad puede ser útil para analizar la manera en que varios marcadores se construyen e inciden mutuamente en la desigualdad educativa (COLMEX, 2018).

Específicamente la interseccionalidad refiera a la idea de ejes, principalmente aquellos que implican desigualdad o poder, como el género, origen étnico y los antecedentes familiares, que presentan efectos conjuntos en la desigual-

dad de oportunidades (Crenshaw, 1991; Roth, 2013). Si bien este enfoque es utilizado frecuentemente en estudios de género (West y Fenstermaker, 1995) se ha incorporado a otros ámbitos de investigación como el educativo (Gross et al., 2016). Este enfoque es multidimensional y contextual pues considera una multiplicidad de factores implicados en la desigualdad; a diferencia de enfoques aditivos que agregan o suman efectos aislados de los factores, la interseccionalidad contempla una mirada relacional sobre desigualdades complejas (McCall, 2001; Hankivsky y Cornier, 2011).

A nivel metodológico, la desiguadad en transiciones educativas debería analizarse de manera longitudinal considerando los retos que conlleva la incorporación de la perspectiva de interseccionalidad (Cordiroli Macmaster y Cook, 2019). Es necesario impulsar el desarrollo de estudios que permitan reconstruir la trayectoria formativa de los estudiantes (acceso a niveles, sostenimiento, turnos, modalidades, cambios, interupciones, etc.) a la par de otros eventos de su curso de vida y su interrelación, de manera que se tenga una visión holística del proceso formativo y su vínculo con otras fuentes de desigualdad. Por ejemplo, un esfuerzo de investigación en educación que incorpora el enfoque de interseccionalidad es el proyecto "Medidas para la inclusión social y equidad en América Latina" (MISEAL), cuyo objetivo es mejorar las estrategias y mecanismos de acceso a la educación superior, así como las condiciones de permanencia y movilidad de personas provenientes de sectores sociales desfavorecidos en un conjunto de países de América Latina (De Ávila, García-Peter y Zapata Galindo, 2013).

Una constante de diversos estudios ha sido aplicar modelos logísticos para entender la desigualdad en transiciones educativas; sin embargo, se tendría que adoptar una perspectiva metodológica más amplia (modelos de historia de eventos, análisis de secuencias y métodos de variable latente) y profundizar con estudios de corte cualitativo sobre las aspiraciones, expectativas, experiencias, motivos, razones de elecciones educativas y de desigualdades complejas en estos procesos.

Este tipo de acercamientos teórico metodológico permitirían continuar y extender una tradicción en investigación sobre desigualdades en transiciones y trayectorias educativas, a la vez que identificar posibles líneas de acción para contrarrestar los múltiples efectos de la desigualdad. A la par se requiere de acciones y políticas que favorezcan la equidad social respecto a cuestiones de salud, trabajo, seguridad social, inclusión e ingresos.

Bibliografía

Acosta Silva, A., Planas Coll J. (coords.) (2014). *La arquitectura del poliedro. Itinerarios universitarios, equidad y movilidad ocupacional en México*. México:

CUCEA- Universidad de Guadalajara.

Acosta, A. (2013). Política, actores y decisiones en las universidades públicas en México: un enfoque institucional. *Revista de la Educación Superior*, 42(165), 83-100. Recuperado de: http://www.scielo.org.mx/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S0185-27602013000100005&lng=es&tlng=es

Asociación Nacional de Universidades e Instituciones de Educación Superior (ANUIES) (2018). *Anuarios Estadísticos de la Educación Superior*. México: ANUIES. Recuperado de: http://www.anuies.mx/informacion-y-servicios/informacion-estadistica-de-educacion-superior/anuario-estadistico-de-educacion-superior

Bartolucci, J. (1994). *Desigualdad social, educación superior y sociología en México*. México: CESU-UNAM/Editorial Porrúa.

Bartolucci, J. (2019). El perfil del alumno de primer ingreso a las licenciaturas de la UNAM: generación 2016-1. S*eminario trayectorias y transiciones educativas en México*, abril 2019, IISUE-UNAM.

Bernstein, B. (2001). *Clases, Códigos y Control*, Vol. II. Madrid: Morata.

Bermudez-Urbina, F. M. (2017). La investigación sobre trayectorias académicas y experiencias de estudiantes en la educación superior intercultural en México. *Revista Educación y Desarrollo Social*, 11(1), 116-145. DOI: org/10/18359/reds.1938

Blanco, E. (2019). La desigualdad de oportunidades educativas en México: desafíos para la inclusión y el logro educativo. Ponencia presentada en el XXXVII *International Congress of the Latin American Studies Association* (LASA) *"Nuestra América: Justice and Inclusion"*.

Blanco, E. (2018). La desigualdad de oportunidades educativas: un estudio de transiciones en México. *Seminario trayectorias y transiciones educativas en México*, octubre 2017, IISUE-UNAM.

Blanco, E. (2017a). Los Alumnos Indígenas en México: Siete Hipótesis sobre el Rezago en los Aprendizajes de Nivel Primario. *Revista Iberoamericana sobre Calidad, Eficacia y Cambio en Educación*, 15(3), 81-112.

Blossfeld, H. P., Shavit, Y. (1993) (eds.). *Persisting Inequality: Changing Educational Attainment in Thirteen Countries*. Boulder Westview Press.

Boudon, R. (1973). *La desigualdad de oportunidades: la movilidad social en las sociedades industriales.* Barcelona: Laia.

Bourdieu, P., Passeron J. C. (2003). *Los herederos: los estudiantes y la cultura*. Buenos Aires: Siglo XXI.

Bowles, S., Gintis H. (2007). Broken Promises: School reform in retrospect. En Alan Sadovnik (Ed.), *Sociology of education. A critical reader*. New York: Routledge.

Breen, R., Jonsson, J. O. (2005). Inequality of Opportunity in Comparative Perspective: Recent Research on Educational Attainment and Social Mobility. *Annual Review of Sociology*, 31, 223-244.

Buquet, A., Cooper, J. A., Mingo A., Moreno H. (2013). *Intrusas en la Universidad*. México: UNAM-Programa Universitario de Estudios de Género/ IISUE.

Cárdenas, S. (2011). Escuelas de doble turno en México. Una estimación de diferencias asociadas con su implementación. *Revista Mexicana de Investigación Educativa*, 16(50), 801-827.

Casillas, M. A., Ortega J. C., Ortiz V. (2015). El Circuito de Educación Precaria en México: una imagen del 2010. *Revista de Educación Superior*, 44(173), 47-83.

Casillas, M. A., Badillo J., Ortiz V. (coord.) (2012). *Educación superior para indígenas y afrodescendientes en América Latina*. México: Universidad Veracruzana. Recuperado en: https://www.uv.mx/bdh/files/2012/10/educacion-superior-indigenas-america-latina.pdf

Casillas, M. A., Chain, R., Jácome, N. (2007). Origen social de los estudiantes y trayectorias estudiantiles en la Universidad Veracruzana. *Revista de la Educación Superior*, 36(142), 7-29.

CEDLAS/Banco Mundial (2015). "Education", Socio-Economic Database for Latin America and the Caribbean, Centro de Estudios Distributivos, Laborales y Sociales. Universidad Nacional de La Plata y Banco Mundial (en línea) http://www.cedlas.econo.unlp.edu.ar/wp/estadisticas/sedlac/estadisticas/#1496166282724-dd67031b-d343, acceso 30 de septiembre de 2019.

Crenshaw, K. (1991). Mapping the margins: Intersectionality, identity politics,

and violence against women of color. *Stanford Law Review*, 43(6), 1241–1299. https://doi.org/10.2307/1229039

Concurso de Ingreso a la Educación Media Superior (COMIPEMS) (2018). ¿Qué es? (en línea) https://www.comipems.org.mx/template.php?OQRTx0O6D0Gj_reJB4ZF3EGW-hbiQLVhK-_xaaWbhdsM2iFPjRMwJj810WPO5bh0JPO-LoNdx7zd_OgNiwJOBA, acceso 30 de septiembre de 2019.

Consejo Nacional de Población (CONAPO) (2016). *Datos abiertos del índice de marginación.* (en línea) http://www.conapo.gob.mx/es/CONAPO/Datos_Abiertos_del_Indice_de_Marginacion, acceso 30 de septiembre de 2019.

Cordiroli Mcmaster, N., Cook, R. (2019). The contribution of intersectionality to quantitative research into educational inequalities. *Review of Education*. 7(2), 271-292. DOI: 10.1002/rev3.3116.

Covo M. (1987). *Apuntes para el análisis de la trayectoria de una generación universitaria. Educación y realidad socioeconómica*. México: C.E.E.

De Ávila Chan, J., García Peter, S., Zapata Galindo, M. (2013). Inclusión social y equidad en las Instituciones de Educación Superior de América Latina. *Revista ISEES*, 13, 129-146.

De Garay, A., Miller, D., Montoya, I. (2016). Una misma institución, estudiantes diferentes. Los universitarios de nuevo ingreso de las unidades Azcapotzalco y Cuajimalpa de la UAM. *Sociológica*, 31(88), 95-140.

De Garay, A., Del Valle Díaz Muñoz G. (2012). Una mirada a la presencia de las mujeres en la educación superior en México. *Revista Iberoamericana de Educación Superior*, III(6), 3-30. https://doi.org/10.22201/iisue.20072872e.2012.6.54

De Garay, A. (2004). *Integración de los jóvenes en el sistema universitario. Prácticas sociales, académicas y de consumo cultural*. México-Barcelona: Pomares.

De Ibarrola, M. (2002). Nuevas tendencias de la formación escolar para el trabajo. En De Ibarrola, María (Coord.), *Desarrollo local y formación. Hacia una mirada integral de la formación de los jóvenes para el trabajo*. Montevideo: DIE-CINVESTAV/ Cinterfor-OIT/ Universidad Iberoamericana-León/ Red Latinoamericana de Educación y Trabajo.

El Colegio de México (COLMEX) (2018). *Desigualdades en México* 2018, México: El Colegio de México. Red de Estudios sobre Desigualdades. (en línea) https://desigualdades.colmex.mx/informe-desigualdades-2018.pdf, acceso 30 de septiembre de 2019.

Enseignement Supérieur Privé et Inégalités (ESPI) (2019). *Reporte intermedio* México. (en línea) https://www.ceped.org/fr/Projets/Projets-Axe-3/article/espi-enseignement-superieur-prive, acceso 30 de septiembre de 2019.

Figueroa Rubalcava, A. E., Padilla González, L. E., Guzmán Ramírez, C. (2015). La aspiración educativa y la experiencia de ingreso a la educación superior de los estudiantes que egresan de bachillerato en Aguascalientes, México. Pensamiento Educativo. *Revista de Investigación Educacional Latinoamericana*, 52(1), 18-32.

García-Castro, G., Bartolucci J. (2007). Aspiraciones educativas y logro académico. Un estudio de caso sobre características y condiciones sociales de los estudiantes de la UAM. *Revista Mexicana de Investigación Educativa*, 12(35), 1267-1288.

García Pinzón, I. (2016). Patrones de elección de los participantes del concurso para el ingreso a la educación media superior de la COMIPEMS. *Revista Mexicana de Investigación Educativa*, 21(68), 95-118.

Goldthorpe, J., Breen R. (2010). Explicación de los diferenciales educativos. Hacia una teoría formal de la acción racional. En John Goldthorpe, *De la sociología. Números, narrativas e integración de la investigación y la teoría*. Madrid: Centro de Investigaciones Sociológicas.

Gómez Azura, M. J. (2013). *La transición hacia la educación superior de las estudiantes del último grado de bachillerato. Un acercamiento al bachillerato público en el estado de Aguascalientes*. Tesis de maestría. Universidad Autónoma de Aguascalientes, México.

González, H. (2017). *De las calles a las aulas: el caso del Movimiento de Aspirantes Excluidos de la Educación Superior*. Tesis de Maestría. Departamento de Investigaciones Educativas-CINVESTAV. México.

Gross, C., Gottburgsen, A., Phoenix, A. (2016). Education systems and intersectionality. En A. Hadjar, C. Gross (Eds.), *Education systems and inequalities*. Bristol: Policy Press.

Guzmán, C. (2012). Quedar afuera: experiencias y vivencias de los jóvenes que no logran ingresar a la universidad. *Educación y exclusión social,* 6(12), 131-164.

Guzmán Gómez, C., Serrano Sánchez, O. (2011). Las puertas del ingreso a la educación superior: el caso del concurso de selección a la licenciatura de la UNAM. *Revista de la Educación Superior*, 157, 31-53.

Guzmán, C. (2004). *Entre el estudio y el trabajo. La situación y las búsquedas de los estudiantes de la UNAM que trabajan*. México: UNAM.

Hallinan, Maureen T. (1988). Equality of Educational Opportunity. A*nnual Review of Sociology* 14, 249–68.

Hankivsky, O., Cormier, R. (2011). Intersectionality and Public Policy: Some Lessons from Existing Models. *Political Research Quarterly*, 64(1), 217 – 229.

Hernández Fernández, J. (2016). La heterogeneidad de los procesos de admisión y selección de educación media superior. *Sintética Revista Electrónica de Educación*, 47, 1-15.

Instituto Nacional para la Evaluación de la Educación (INEE)- Instituto Internacional de Planeamiento de la Educación (IIPE) UNESCO (2018). *La política educativa de México desde una perspectiva regional*. México: INEE-IIPE-UNESCO.

Instituto Nacional para la Evaluación de la Educación (INEE) (2017). *Planea Resultados nacionales 2017. Educación Media Superior. Lenguaje y Comunicación Matemáticas*. México: INEE.

Instituto Nacional para la Evaluación de la Educación (INEE) (2017b). *Breve panorama educativo de la población indígena. Día internacional de los Pueblos Indígenas*. México: INEE.

Instituto Nacional para la Evaluación de la Educación (INEE) (2018). *La educación obligatoria en México*. Informe 2018. México: INEE.

Instituto Nacional de Geografía y Estadística (INEGI) (2015). *Salud y seguridad social. Derechohabiencia*. México. (en línea) https://www.inegi.org.mx/temas/derechohabiencia/#, acceso 30 de septiembre de 2019.

Lucas, S. R. (2001). Effectively maintained inequality: education transitions, track mobility, and social background effects. *American Journal of Sociology*,

106(6), 1642-1690.

McCall, L. (2001). *Complex inequality: Gender, class, and race in the new economy.* New York: Routledge.

Miller, D. (2009). *La equidad en la Universidad. El Programa Nacional de Becas* (PRONABES) *y la condición de juventud de los estudiantes. Una mirada desde la UAM*. México: ANUIES.

Miller, D., Arvizu, V. (2016). Ser madre y estudiante. Una exploración de las características de las universitarias con hijos y breves notas para su estudio. *Revista de la Educación Superior*, XLV (1), 17-42.

Mingo, A. (2006). *¿Quién mordió la manzana? Sexo, origen social y desempeño en la universidad*. México: FCE-UNAM-PUEG-CESU.

Muñoz Izquierdo, C., Solórzano, C. (2007). Explorando la relevancia de la enseñanza secundaria en condiciones de pobreza. Un estudio de caso. *Perfiles Educativos*, 29(116), 7-40.

Navarro, J. (2017). ¿Importa la modalidad de bachillerato en la transición de la educación media superior? *Congreso Mexicano de Investigación Educativa*. San Luis Potosí, México.

OCDE (2017). *Health at a Glance 2017: OECD Indicators*, París.

Oxfam (2016). *Análisis de la desigualdad con los nuevos datos de la ENIGH 2016*. (en línea) https://issuu.com/pajaropolitico/docs/an__lisis_de_la_desigualdad_con_los, acceso 30 de septiembre de 2019.

Pérez-Castro, J. (2019). La inclusión de los estudiantes con discapacidad en dos universidades públicas mexicanas. *Innovación Educativa*, 79, 145-170.

PNUD (2009). *Informe sobre Desarrollo Humano 2009 Superando barreras: Movilidad y desarrollo humanos*. New York, EE.UU. (en línea) http://hdr.undp.org/sites/default/files/hdr_2009_es_complete.pdf, acceso 30 de septiembre de 2019.

Raftery, A., Hout M. (1993). Maximally Maintained Inequality: Expansion, Reform, and Opportunity in Irish Education, 1921-75. *Sociology of Education*, 66(1), 41-62.

Ramírez, R. (2013). ¿Qué representa para los estudiantes de hoy adentrarse en la ES? En Guzmán, C. (Coord.), *Los Estudiantes y la Universidad: Integración, experiencias e identidades*. México: ANUIES.

Rodríguez Gómez, R. (2014). Bachillerato tecnológico y el examen de admisión de la UNAM. *Campus Milenio*, 68. (en línea) http://www.ses.unam.mx/publicacio-nes/articulos.php?proceso=visualiza&idart=1993, acceso 30 de septiembre de 2019.

Rodríguez Gómez, R., Márquez Jiménez, A. (2011). Las políticas de acceso a la educación en la primera década del siglo XXI: entre el universalismo y la focalización. *Memorias del XI Congreso Nacional de Investigación Educativa*, México.

Rodríguez Rocha, E. (2016). El rol de la escuela en las decisiones educativas de sus alumnos bajo el contexto de la transición a las instituciones públicas de educación media superior de la Ciudad de México. *Estudios Sociológicos*, XXXIV(102), 639-664.

Rodríguez, S. (2018). La persistencia de la desigualdad social en el nivel medio superior de educación en México. Un estudio a nivel nacional. *Perfiles Educativos*, XL(161), 8-31.

Roth, R. (2013). Entangled Inequalities as Intersectionalities: Towards an Epistemic Sensibilization. *Working Paper No. 43*. Berlín: Research Network on Interdependent Inequalities in Latin America.

Sánchez-Mendiola, M.; Buzo E., Herrera C., García M., Maya M., Martínez A. (2017). El desempeño escolar de los estudiantes de la educación media superior y su transición al nivel superior dentro de la Universidad Nacional Autónoma de México. VII CLABES, *Séptima Conferencia Latinoamericana sobre el abandono en la Educación Superior,* Universidad Nacional de Córdoba.

Secretaría de Educación Públlica (SEP) (2017). *Estadísticas del Sistema Educativo México, ciclo escolar* 2016-2017. (en línea) http://snie.sep.gob.mx/descargas/estadistica_e_indicadores/estadistica_e_indicadores_educativos_15MEX.pdf, acceso 30 de septiembre de 2019.

Secretaría de Educación Públlica (SEP) (2000). *Perfil de la educación en México*, México: Secretaria de Educación Pública.

Silas, J. C. (2011). Percepción de los estudiantes de nivel medio superior sobre

la educación superior. Dos ciudades y cinco instituciones. *Sinéctica Revista Electrónica de Educación,* 38, 1-18.

Silva, M., Rodríguez, A. (2012). *El primer año universitario entre jóvenes provenientes de sectores de pobreza: un asunto de equidad*. México: ANUIES.

Sistema Nacional de Información Estadística y Geográfica (SNIEG) (2018). *Catálogo Nacional de Indicadores*. México.

Shavit Y., Yaish M., Bar-Haim E. (2007). The Persistence of Persistent Inequality. En Scherer S., Pollak R., Otte G., Gangl M. (Eds.), *From Origin to Destination. Trends and Mechanisms in Social Stratification Research*. Frankfurt/ New York: Campus Verlag.

Simonová, N., Tomáš K. (2011). Conceptual and methodological innovations in research into educational inequalities. *Sociological Theory and Methods*, 26(1), 197-213.

Solís, P. (2018). La transición de la secundaria a la educación media superior en México: el difícil camino a la cobertura universal. *Perfiles educativos,* XI(159), 66-89.

Solís, P. (2017). *Discriminación estructural y desigualdad social. Con casos ilustrativos para jóvenes indígenas, mujeres y personas con discapacidad*. México: CONAPRED/CEPAL.

Solís, P. (2016). Algunos rasgos distintivos de la estratificación y movilidad de clase en América Latina: síntesis y tareas pendientes. En P. Solís, M. Boado (Coord.), *Y sin embargo se Mueve…Estratificación social y movilidad intergeneracional de clase en América Latina*. México: El colegio de México-CEEY.

Solís, P. (2014). Desigualdad social y efectos institucionales en las transiciones educativas. En E. Blanco, P. Solís, H. Robles (coord.), *Caminos desiguales. Trayectorias educativas y laborales de los jóvenes en la Ciudad de México*. México: El Colegio de México-INEE.

Solís, P., Rodríguez Rocha, E., Brunet, E. (2013). Orígenes sociales, instituciones y decisiones educativas en la transición a la educación media superior. *Revista Mexicana de Investigación Educativa*, 18(59), 1103-1136.

Taborga Torrico, H. (2002). *Oferta y demanda de estudios de licenciatura en la Zona Metropolitana de la Ciudad de México*: *Contextos y problemas*. México:

ANUIES.

Torche, F. (2010). Cambio y persistencia de la movilidad intergeneracional en México. En Serrano Espinosa J., Torche F. (Eds.), *Movilidad social en México. Población, desarrollo y crecimiento*. México: Centro de Estudios Espinosa e Yglesias.

Uralde, J., Márquez, A., Lever, J. (2006). Factores asociados con el desempeño académico en el EXANI-I: Zona metropolitana de la Ciudad de México 1996-2000. *Revista Mexicana de Investigación Educativa*, XI(29), 547-581.

Villa Lever, L.; Canales Sánchez, A.; Hamui Sutton, M., Roquiñí Ibargüengoytia, M. C. (2017). *Expresiones de las desigualdades sociales en espacios universitarios asimétricos.* México: IIS-UNAM.

West, C., Fenstermaker, S. (1995). Doing difference. *Gender and Society*, 9(1), 8-37.

La clase social como posición y representación

Un análisis sociológico de la autoafiliación en la estructura social. Argentina, 2014-2015.

Gonzalo Assusa
Instituto de Humanidades, Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas, Universidad Nacional de Córdoba, Ciudad de Córdoba, Córdoba, Argentina.
gon_assusa@hotmail.com/ gonzaloassusa@gmail.com

Héctor Mansilla
Universidad Nacional de Córdoba, Facultad de Ciencias Sociales, Ciudad de Córdoba, Córdoba, Argentina.
hectorosvaldomansilla@gmail.com

29

Lavboratorio

Resumen

En este trabajo nos proponemos analizar las características asociadas a la autopercepción de clase para abordar el modo en el que llegan a corresponderse los principios de visión y división del mundo social. Además de la ocupación, los ingresos y el nivel educativo, nos preguntamos por el lugar del consumo, las prácticas de ocio, las políticas sociales y la percepción subjetiva del ingreso en el modo en el que los agentes se ubican a sí mismos en la estructura social. El análisis toma los datos de la Encuesta Nacional de la Estructura Social del Programa de Investigación sobre la Sociedad Argentina Contemporánea (ENES-PISAC).

Palabras claves: clase social – autopercepción de clase – consumo

Summary

In this paper we propose to analyze the characteristics associated with class self-perception to address the way in which the principles of vision and division of the social world come to correspond. In addition to occupation, income and educational level, we wonder about the place of consumption, leisure practices, social policies and the subjective perception of income in the way in which agents place themselves in the structure Social. The analysis takes the data from the National Survey of the Social Structure of the Research Program on Contemporary Argentine Society (ENES-PISAC).

Keywords: social class – class self-perception – consumption

Recibido: 30 de abril de 2019
Aprobado: 9 de septiembre de 2019

Introducción

En este trabajo nos proponemos analizar las características asociadas a las propias identificaciones de clase de agentes ubicados en distintas posiciones del espacio social argentino. Esto es, los condicionamientos sociales asociados a la autopercepción de clase en tanto modo en el que los agentes de distintas clases sociales se ubican a sí mismos en la estructura social conforme a escalas o sistemas de categorías de clase. Además de la condición ocupacional, los ingresos y el nivel educativo, nos preguntamos por el lugar del consumo, las prácticas de ocio, las políticas sociales y la percepción subjetiva del ingreso en ese proceso de autopercepción para abordar allí cómo llegan a corresponderse los principios de visión y división del mundo social. En las investigaciones sobre las autopercepciones de clase de los últimos 15 años existe un cierto consenso en torno al reconocimiento de una tendencia de la mayor parte de la población (entre el 70 y el 80%) hacia autoadscripciones en los sectores medios de la estructura o la escala social (Jorrat, 2008; Cruces y Tetaz, 2009; Castillo, Miranda y Madero Cabita, 2013; Grimson, 2015; Maceira, 2018; Kessler, inédito). ¿Esto significa que estamos ante sociedades íntegramente compuestas por clases medias? ¿Somos todos de clase media? Si por un lado es claro que la percepción nativa de la sociedad no tiene por qué corresponderse con la realidad de la estructura social (efectivamente, no somos todos de clase media), por otra parte, esto no puede llevarnos a descartar el dato en sí mismo que implica esta representación como tal. No es el objetivo de este

artículo refutar esta afirmación, pero volver sobre ella es uno de los núcleos que fundamenta la relevancia de esta temática en el debate público.

En la lucha cultural por imponer los modos legítimos de clasificar y, por lo tanto, percibir el mundo social (Bourdieu, 1988 y 2019), la sociología es apenas uno de los discursos que disputa por definir cómo es la sociedad en realidad y en qué posición se ubica cada persona y cada familia. Por todo ello, entendemos que el objetivo de conocimiento de nuestra investigación debe trascender la mera intención de mostrar cuán equivocadas están las mesuras y las ponderaciones de los ciudadanos de a pie en sus representaciones de la sociedad. Cada una de estas identificaciones activan y movilizan estructuras sociales incorporadas, adscripciones y tomas de posición diferentes. Entonces, ¿Por qué los discursos que interpelan globalmente a la sociedad a partir del llamamiento a la clase media tienen semejante efectividad política? ¿Quiénes quedan fuera de esta interpelación? ¿Quiénes se sienten nombrados en las interpelaciones a cada clase social? Este interrogante constituye una primera aproximación para trascender analíticamente las perspectivas de "distorsión cognitiva" (Castillo, Miranda y Madero Cabita, 2013) –tan difundidas en las investigaciones que encuentran estas tendencias hacia la identificación modal con las posiciones o sectores medios, como mostraremos en el próximo apartado- y abordar las prácticas, narrativas e identidades diferenciales y en conflicto, movilizadas por el uso de las diferentes categorías de clase social.

El análisis del caso nacional argentino presenta la potencialidad de desentrañar esta particular tendencia de identificación mayoritaria con la clase media, como señalan los estudios desde Jorrat (2008) hasta Grimson (2015). Aunque esta tendencia es fuerte, dependiendo de la fuente de datos, el tipo de muestreo y el tipo de variable utilizada, la interpretación puede ser puesta entre paréntesis por distintas razones metodológicas, como mostraremos en próximos apartados. Además, las distintas representaciones de la estructura social han ocupado el centro del debate político en los últimos años: la narrativa de la universalización de la clase media se acompaña de los debates sobre la existencia y las dimensiones de la pobreza, junto a las disquisiciones sobre los niveles y tipos de consumo "legítimos" para cada posición de la estructura social. Estas dimensiones, además de aportarle cierta novedad al presente estudio, lo anclan en el centro de discusiones políticas contemporáneas a las que puede y pretende aportar datos y reflexividad sociológica.

El análisis de este artículo está basado en datos de la Encuesta Nacional de la Estructura Social del Programa de Investigación sobre la Sociedad Argentina Contemporánea (ENES-PISAC)1. A diferencia de las encuestas del

1 El Programa de Investigación sobre la Sociedad Argentina Contemporánea (PISAC) fue creado para analizar la heterogeneidad de la sociedad argentina contemporánea en sus múltiples manifestaciones. Actualmente se encuentran disponible las bases de microdatos (personas y

Sistema Estadístico Nacional, este relevamiento cuenta con variables de autoadscripción de clase, ubicación en escalas de posiciones sociales, además de otras dimensiones relativas a la percepción de la estructura social y sus recursos asociados. También cuenta con datos sobre movilidad social o trayectoria de clase de la Persona Sostén del Hogar y su cónyuge.

¿Qué soy? ¿Dónde estoy? La percepción subjetiva de la posición en la estructura social

El procesamiento subjetivo de las posiciones de clase ha sido conceptualizado desde distintas perspectivas, tanto desde las tradiciones marxiana y lukacsiana (y sus respectivas categorías de conciencia de clase y falsa conciencia) (Castillo, Miranda y Madero Cabita, 2013), como así también desde la weberiana (y su noción de estatus social) o la funcionalista (y su noción de autoafiliación) (Germani, 2010). Sin ningún tipo de pretensión de exhaustividad, referiremos a las nociones de estatus subjetivo (Davies, 1956), autoafiliación (Germani, 2010) e identidad de clase (Kluegel, Singleton y Starnel, 1977) en un sentido genérico como formas de procesamiento subjetivo de la clase social, para adoptar luego las categorías de enclasamiento y representaciones sobre la estructura social con el objetivo de iluminar el material empírico con conceptos afines a la teoría de la práctica[2].

En esta dirección, los estudios sobre la autopercepción de estatus o el estatus social subjetivo, entendido como la creencia de una persona sobre su ubicación en el orden de estatus que puede o no coincidir con su estatus objetivo (Davies, 1956), han puesto el acento sobre la cuestión del "grado de correlación". Incluso desde marcos teóricos divergentes (Kluegel, Singleton y Starnel, 1977; Germani, 2010) la preocupación en torno a la "ubicación" o la "autoafiliación adecuada" ha sido central. Por ello, la mayoría de estas investigaciones han adoptado dos modalidades para identificar dicha ubicación subjetiva, que coinciden con las dos variables de la ENES-PISAC que analizamos aquí, esto es: la autoubicación del encuestado en una escala de acuerdo con su posición

hogares) de una encuesta (ENES) sobre tres diseñadas. La ENES relevó información sobre 8.265 hogares y 27.609 personas en localidades de más de 2.000 habitantes de todas las provincias argentinas, así como en la ciudad de Buenos Aires (CABA). El trabajo de campo se realizó mayoritariamente durante el segundo semestre de 2014 y el primer semestre de 2015 en 1.156 radios censales de 339 localidades de todo el país, incluyendo los 24 partidos del Gran Buenos Aires y las 15 comunas de la CABA. Se utilizó una muestra polietápica compuesta por hogares seleccionados mediante métodos probabilísticos a partir de la información censal 2010.

2 En esta reconstrucción tomamos investigaciones con orientaciones metodológicas más o menos afines, que trabajan con encuestas o entrevistas en profundidad, dejando fuera un importante aporte a la temática realizada por la historia social (Hoggart, 2013), particularmente de orientación marxista (Thompson, 1989).

social, por un lado, y la selección del encuestado de una categoría de clase a la que considera pertenecer, por otro. Mientras que la primera medida (*self-anchoring scale*) es privilegiada porque facilita las comparaciones internacionales, evitando la interpretación idiosincrática de los "nombres" de las clases (Jorrat, 2008; Castillo, Miranda y Madero Cabita, 2013), entendemos que en el mismo sentido la clase social de pertenencia moviliza narrativas sociales y repertorios morales, disponibles en un contexto local y nacional, dignos de ser abordados y explicados. Hecha esta aclaración nos enfocaremos en este trabajo en el análisis detallado de la primera de las variables.

Más allá de las disputas categoriales o metodológicas en este campo de investigaciones, llama la atención la fuerte confluencia de los resultados en distintos países y desde distintas perspectivas, en torno a la tendencia de las personas para ubicarse en posiciones intermedias de la escala y, de igual manera, para autoadscribir a las distintas categorías (baja, media y alta) de clase media. Sin ir más lejos, en la ENES-PISAC, la clase media y la categoría 5 de la escala resultan los valores modales, hecho que ya ha sido señalado para esta fuente de datos (Maceira, 2018) y en base a otras investigaciones (Cruces y Tetaz, 2009; Grimson, 2015). Este mapa perceptivo de la sociedad que delinea sus sectores medios con un 70% u 80% de la población ha significado, al mismo tiempo, un dato relevante y un objeto de interrogación en sí mismo para esta área de investigaciones.

Palabras más, palabras menos, buena parte de los estudios han abordado este fenómeno bajo la idea de distorsión cognitiva, "corrimiento" (Cruces y Tetaz, 2009), "imagen distorsionada" (Saraví, 2015), "disonancia" (Kessler, 2007), "inconsistencia posicional" (Araujo y Martuccelli, 2011), "conciencia dividida" (Kluegel, Singleton y Starnel, 1977) o "grado de correlación" (Davies, 1956). Si bien las hipótesis y propuestas interpretativas han aportado mucho a la comprensión compleja del fenómeno, existe cierta insuficiencia metodológica en el abordaje conceptual que quisiéramos poner de relieve junto con la sistematización de estas investigaciones para poner en valor el aporte específico de este trabajo.

La hipótesis de la fragmentación social (Saraví, 2015; Bayón y Saraví, 2019) y del abismo de empatía (Sachweh. 2012) encuentran, en una dinámica de sociabilidad cerrada, el motivo para la tolerancia e incluso el apoyo de vastos sectores a ciertas formas de asimetría y desigualdad en las sociedades contemporáneas. En la misma línea, la investigación de Castillo, Miranda y Madero Cabita (2013) ponen en evidencia la relación que existe entre el beneficio político que les implica a las elites la dinámica impuesta por la fragmentación social (con la que se vuelven minorías fuera del alcance perceptual) y el "heurístico de disponibilidad", es decir, la descripción del mundo social a partir de un círculo de semejantes que cada individuo considera representativos del universo de posibilidades en la sociedad. En otras palabras, la socia-

bilidad clausurada a semejantes (por su ubicación en posiciones cercanas en la estructura social) genera que cada individuo tienda a ubicarse en la franja intermedia de la estructura social, considerándose a sí mismo una suerte de promedio sociológico.

La explicación del "muestreo subjetivo" y de la "disponibilidad heurística" ha sido aplicada por Jorrat (2008) para dar sentido a la singularidad del caso argentino (la tendencia de la población a ubicarse en el "medio" de la escala, en comparación con países como Gran Bretaña o EEUU). Orientado por la hipótesis de la "correspondencia" ("visión realista") entre las percepciones de las personas sobre la clase y su situación objetiva, el autor muestra que la identificación con la clase media aumenta a medida que aumentan el nivel educativo, el ingreso y el carácter no manual del trabajo. Con datos homólogos, sin embargo, otros autores han mostrado antes (Germani, 2010) y después de él (Kessler, inédito) que estas correlaciones son muchas veces moderadas y situadas en contextos singulares (Jorrat mismo afirma esto último).

Grimson (2015), basado en una encuesta poblacional propia, en cambio, encuentra una correspondencia mucho más débil entre el nivel de ingresos y la estratificación subjetiva, y su explicación también se ancla en la dinámica de sociabilidad clausurada en todas las regiones de la estructura social y, como correlato, en una percepción mediada por la disponibilidad heurística en dicha sociabilidad. Ya señalamos los aportes de Castillo, Miranda y Madero Cabita (2013) para el caso chileno, basados en los datos de la encuesta internacional ISSP.

Otra exploración interesante es la planteada por Gino Germani (2010), en torno a la influencia de la visibilidad y nitidez del sistema de estratificación en el grado de adecuación de la autoafiliación de los encuestados (es decir, la proporción que escoge una categoría coincidente con su nivel socioeconómico o con la posición a él asignada por la disciplina sociológica en su análisis). Si bien el mismo autor señala las dificultades para medir variaciones sobre la institucionalización o visibilidad de cada sistema de estratificación social, o bien el carácter igualitario o desigualitario (que podemos llamar, liberal) de cada sistema nacional, retomaremos esta idea hacia el final para reflexionar sobre el lugar del *trabajo de representación* (Bourdieu, 1990) como un factor vital para comprender la efectiva distribución de las autoafiliaciones en estatus, estratos o clases sociales.

Aun cuando estos señalamientos sirvan para comprender los problemas políticos disparados por la sobreestimación del propio estatus (por ejemplo, en la falta de apoyo de sectores bajos a políticas redistributivas), el potencial explicativo de la hipótesis arrastra los problemas metodológicos de la idea-fuerza de la distorsión perceptiva. Como señalamos anteriormente, el objetivo de nuestras investigaciones no puede ser simplemente (aun cuando sirva en ese sentido para intervenciones políticas concretas) el señalamiento de la impre-

cisión sociológica de la población en sus representaciones sobre la estructura social[3]. Antes bien, será necesario, en futuras indagaciones y con distintas fuentes de datos, analizar y comprender los repertorios simbólicos y las narrativas sociales puestas en juego en la definición del propio lugar en la estructura social: una definición que es práctica y funciona –de hecho- en la vida social.

Esta breve revisión de antecedentes muestra, más allá de algunos acuerdos y puntos de divergencia, una serie de vacancias relativas. La primera, la necesidad de una articulación teórico-metodológica que permita no sólo suponer esta correspondencia en una dinámica de "reflejo", sino que habilite a explicar sociológicamente la producción social de dicha correspondencia y su génesis: herramientas conceptuales para abordar el modo en el que llegan a corresponderse los principios de visión y división del mundo social, tal y como intentaremos resolver parcialmente en el apartado siguiente y en la conclusión. La segunda, dejando de lado la hipótesis más "dura" sobre correspondencia entre situación objetiva y percepción subjetiva de la estructura social, ¿Qué otras correspondencias pueden explorarse además de la condición ocupacional, los ingresos y el nivel educativo? ¿Qué sucede con el consumo, las prácticas de ocio y el equipamiento de los hogares? ¿Qué sucede con la salud, las políticas sociales y la percepción subjetiva de los ingresos? En este trabajo intentaremos dar cuenta también de algunos de los aspectos que Jorrat comienza a delinear en su estudio en torno a las actitudes sociales, políticas y culturales que se supone la clase (en un sentido objetivo y subjetivo) "predice".

Los aportes de la teoría de la práctica para pensar la percepción subjetiva de la posición en la estructura social

Probablemente la conclusión del libro *La distinción* sea el anclaje fundamental para desandar los problemas metodológicos en este campo de investigaciones. Allí Bourdieu explicita el estatuto epistemológico del *conocimiento práctico* (percepciones, apreciaciones, imágenes, etc.) del mundo social en el proyecto de una sociología crítica de las clases sociales.

Bourdieu propone la reconstrucción analítica de la estructura social como una topografía social, rompiendo al mismo tiempo con lo que él consideraba

3 Como sostiene Pierre Bourdieu: "Los agentes sociales no tienen la ciencia infusa de lo que son y lo que hacen; más precisamente, no tienen necesariamente acceso al origen de su descontento o su malestar, y las declaraciones más espontáneas pueden, sin intención alguna de disimulo, expresar algo muy distinto de lo que en apariencia dicen. La sociología (y es lo que la distingue de la ciencia sin sabios de los sondeos de opinión) sabe que debe darse los medios de poner en cuestión, y en primer lugar en su cuestionamiento mismo, todas las preconstrucciones, todos los presupuestos que habitan tanto al encuestador como a los encuestados y que hacen que a menudo la relación de encuesta sólo se establezca sobre la base de un acuerdo de los inconscientes" (Bourdieu, 2010: 538).

los principales problemas en las teorías sociológicas de las clases sociales: el economicismo, el sustancialismo y el nominalismo. El espacio social se construye a partir de tres dimensiones de análisis: el volumen de capital de las familias, su estructura de capital y sus trayectorias (Bourdieu, 2011; Gutiérrez, 2005; 2012; Savage et al., 2013; Gutiérrez y Mansilla, 2015). El sistema de relaciones así construido –un espacio sociológicamente producido de clases en un sentido teórico, o clases "en el papel"– representa la distribución de múltiples recursos de poder o capitales, cuyo *valor* está definido por el *efecto estructural* de todos los factores de desigualdad y diferenciación, o de todas las distribuciones de distintos tipos de capitales. En este punto estriba la noción de desigualdad multidimensional aplicada al abordaje de la estructura social como espacio de las clases sociales.

A partir de este esquema, se entiende que los principios de visión del mundo social (estructuras cognitivas) encuentran su razón de ser en las divisiones sociales (o estructuras sociales), dado que los primeros son resultado (mediado y coyuntural) de la incorporación de las segundas en forma de habitus o esquemas de percepción y apreciación (Bourdieu, 2007). Esto significa que en la estructura social (es decir, en las posiciones y las relaciones entre posiciones) deben buscarse los fundamentos sociológicos (desde dónde y con qué) de las percepciones y las narrativas del mundo social.

En este sentido –y en cierta forma remitiendo al pasaje marxiano de *Contribución a la crítica de la economía política* sobre el *ser* social y la conciencia[4]–, Bourdieu sostiene que "Una clase se define por su ser percibido tanto como por su ser; por su consumo –que no tiene necesidad de ser ostentoso para ser simbólico– tanto como por su posición en las relaciones de producción (incluso si fuera cierto que ésta rige a aquél)" (Bourdieu, 1988: 494). La ya clásica distinción weberiana entre estatus y clase (con consecuencias concretas para los estudios de estatus subjetivo o identificación de clase) queda desdibujada, para dar paso a una construcción analítica multidimensional de las clases sociales[5].

Por todo esto Bourdieu sostiene que "Los sistemas de enclasamiento no serían una apuesta de lucha tan decisiva si no contribuyeran a la existencia de las clases, al añadir a la eficacia de los mecanismos objetivos el refuerzo que le aportan las representaciones estructuradas conforme al enclasamiento" (Bourdieu, 1988: 490). El *enclasamiento* resulta un proceso relacional, dialéctico entre auto y heteroclasificaciones, en condiciones de posibilidad dadas por las condiciones sociales de vida de los agentes. Esta dialéctica de clasificacio-

4 "No es la conciencia del hombre la que determina su ser, sino, por el contrario, es su ser social el que determina su conciencia" (Marx, 1975)

5 "Los "grupos de estatus" fundados en un "estilo de vida" y en una "estilización de la vida" no son, como creía Max Weber, una especie diferente de grupo de clase, sino clase dominante negada o, si se quiere, sublimada y, por eso mismo, legitimada" (Bourdieu, 2007: 224).

nes produce las prácticas como *signos de distinción*, es decir, retraducción simbólica de la posición objetiva en el espacio social.

Es en este interjuego entre posiciones, disposiciones y tomas de posición o, en otras palabras, entre clases y enclasamientos, que Bourdieu propone un esquema analítico para el problema de la "ubicación" o *sense of one´s place* (Bourdieu, 1990).

> Por otra parte, *la representación que los agentes se hacen de su propia posición y de la posición de los otros en el espacio social* (así como por lo demás la representación que dan de ella, consciente o inconscientemente, por sus prácticas o sus propiedades) es el producto de un sistema de esquemas de percepción y de apreciación que es él mismo el producto incorporado de una condición (es decir de una posición determinada en las distribuciones de las propiedades materiales y del capital simbólico) y que se apoya no sólo en los índices del juicio colectivo sino también en los indicadores objetivos de la posición realmente ocupada en las distribuciones que ese juicio colectivo toma en cuenta (Bourdieu, 2007: 225).

Es entonces a partir de la categoría del *habitus de clase* que puede comprenderse la producción de representaciones relacionales sobre la estructura social por parte de los agentes. En esta línea, la noción de habitus de clase permite iluminar la cuestión de la "ubicación" desde una nueva perspectiva. En primer lugar, porque las indagaciones sobre los factores objetivos que predicen la adscripción de clase y ubicación en la escala según la posición social encuentran en el habitus una instancia de mediación, con cierta cuota de indeterminación pero que no elimina el influjo de la posición social en un sentido multidimensional (Kluegel, Singleton y Starnel, 1977; Germani, 2010; Castillo, Miranda y Madero Cabita, 2013). En segundo lugar, porque las dinámicas de sociabilidad clausurada, centrales para los argumentos de las investigaciones reseñadas, pueden influir de manera determinante en la formación de esquemas para la práctica y la percepción y, por lo tanto, habilitan comprender de manera más compleja las representaciones producidas sobre la estructura social. Finalmente, la perspectiva de la lucha por las clasificaciones da lugar a una nueva mirada sobre la "distorsión" de dichas representaciones, ya no en términos de falsa conciencia sino de estrategia simbólica (práctica y percepción, o percepción práctica).

Metodología de análisis

El análisis en este texto se enfoca principalmente en proponer explicaciones e interpretar el comportamiento de las variables relativas a las representaciones sobre la estructura social. En el caso de la Base de microdatos

hogares de la ENES-PISAC, existen dos: [v258] PSH: Autoubicación en la escala de posición social y [v206a] PSH: Clase social de pertenencia.[6]

Mientras que en la primera variable los encuestados se ubican en una escala que va de 1 a 10, en la segunda se ubican escogiendo una de las seis categorías ofrecidas: clase baja, clase obrera, clase media-baja, clase media, clase media-alta, clase alta. Es necesario comentar que, si bien este sistema categorial no constituye, en sentido estricto, una variable ordinal, cinco de sus seis modalidades poseen una lógica de orden escalar (de baja a alta), salvo "clase obrera", una incorporación que rompe con esta estructura y, en algún sentido, complejiza la posibilidad de pensar el sistema de categorías de la variable [v206a] con cierta unidad. La categoría de "clase obrera", adquiere significaciones diferenciales en cada contexto nacional, por ejemplo, en relación a la *working class* británica. En el caso argentino, señala Jorrat (2008), la noción de "clase trabajadora" interpela como identidad aún más que la de "clase media", fundamentalmente por el lugar central del "trabajo" en las disputas morales, simbólicas y políticas en el país. Esto no sucede de igual manera con la categoría "clase obrera" (equivalentes en el mundo sociológico angloparlante). Existen también otras discusiones, por ejemplo, acerca del reagrupamiento que opera Grimson (2015) para afirmar que un 80% de la población encuestada se percibe a sí misma de clase media: la significación del estatus de "baja" en la modalidad "clase media-baja" implica una connotación simbólica diferente a la de la "clase media-media" y siembra dudas sobre su recategorización conjunta.

Como señalamos, la tendencia general de los respondentes es a las posiciones centrales de cada una de las escalas o sistemas de clasificación. En el caso de la ENES-PISAC esto implica que las categorías centrales –del 4 al 7 en la Autoubicación en la escala de posición social y las clases media-baja, media y media-alta en la Clase social de pertenencia– concentran el 79 y el 69% de los casos[7]. Con la necesidad de trascender la mera identificación de esta tendencia modal, exploramos un procesamiento de los datos que diera la posibilidad de un análisis inverso: el de tomar las

---

6 Ambas surgen de preguntas formuladas al PSH del hogar y poseen el siguiente formato:

– Volviendo al presente y a su persona, ahora quisiera hacerle algunas preguntas sobre su posición social: ¿Dónde se ubicaría usted en la siguiente escala de posiciones sociales, que va de 1 (lo más bajo) a 10 (lo más alto)?
– ¿Se considera usted a sí mismo como perteneciendo a una clase social? [y en caso de responder afirmativamente] ¿Qué clase sería...?.

7 Es claro que esta recategorización es arbitraria y discutible. Jorrat (2008), por ejemplo, agrupa como "medias" las categorías 5 y 6. Kessler (inédito), por su parte, realiza su análisis sobre pobreza subjetiva analizando, sucesivamente, las categorías 1, 2 y 3, y luego 1 y 2, en forma agrupada. Experimentando con distintas combinaciones de agrupamientos, tomamos la decisión de trabajar con tramos extremos más cortos (1 a 3 en lugar de 1 a 4), pues esto habilitó explorar correlaciones más claras y definidas por constituir grupos más homogéneos, además de coincidir simbólicamente con el 30% de "pobres" o los 3 deciles más bajos de ingresos.

autoadscripciones como grupos definidos, para luego analizar asociaciones significativas con el resto de las variables.

Para ello, se reagrupó la variable [v258] de 10 modalidades en tres tramos: de 1 a 3, de 4 a 7 y de 8 a 10 y se procedió a caracterizar estos grupos a partir de una minería de datos. Así fue posible identificar una serie de dimensiones provisorias que permiten distinguir capitales, condiciones, prácticas y percepciones asociadas a cada una de las autoafiliaciones y, por lo tanto, movilizadas en la estrategia simbólica de ubicación en un punto del espacio social.

Autoafiliaciones y condicionamientos asociados a la percepción

Una primera dimensión correlacionada con las distintas autoafiliaciones es la de los *capitales* de las familias. No hablamos aquí de la estructuración del espacio social en torno a la desigual distribución de los capitales entre los diversos puntos del sistema de posiciones (Gutiérrez, 2005), sino de un conjunto *selecto* de recursos y condiciones materiales de vida que resultan significativas al momento de *definir* la propia posición (enclasarse).

La Tabla 1 presenta de manera resumida los principales condicionamientos de clase asociados a cada grupo de autopercepción. Su lectura permite ver una clara distribución desigual. En primer lugar, los ingresos monetarios de las familias aparecen en su doble dimensión, objetiva y subjetiva. Los ingresos monetarios más bajos se asocian al grupo autoafiliado en las categorías 1 a 3. Las categorías intermedias se asocian a ingresos medios y a la recepción de ingresos por vía de alquiler de inmuebles. Las autoafiliaciones entre 8 y 10, finalmente, se asocian a los deciles de ingresos más altos. Sin embargo, resulta muy relevante la autopercepción de ingresos. Mientras que la categoría más baja de autoafiliaciones se asocia a la definición de que el presupuesto familiar "no alcanza", las categorías intermedias se asocian a la modalidad "alcanza pero no podemos ahorrar", y las categorías altas aparecen asociadas a la posibilidad de ahorrar. El excedente presupuestario se constituye como un factor fundamental para comprender el procesamiento subjetivo de la propia posición social.

Tabla 1: Principales condicionamientos asociados a los grupos de autoafiliaciones

Grupo 1 a 3 de autoubicación en escala - 10.34%		
Variable	**Categoría asociada**	**Valor test(*)**
Apreciación sobre ingresos del hogar	No les alcanza	20,59
Manejo de computadora	No	15,49
Ingresos per cápita en SMVM	Menos de 1 SMVM	15,27
Máximo nivel educativo	Hasta Primaria completa	13,86
Calificación ocupacional	No calificado	9,96
Rama de actividad	Servicio doméstico	9,30
Conocimiento de idioma extranjero	No	8,87
Ingresos del hogar: Asignación Universal por Hijo	Sí	8,36
Ingresos del hogar: Algún otro tipo de pensión específica	Sí	7,27
Recibió el último año comida en comedores escolares	Sí, regularmente	6,95
Recibió el último año tarjeta de compra en supermercados	Sí, regularmente	5,38
Recibió el último año medicamentos / alimentos	Sí, regularmente	4,52
Rama de actividad	Construcción	4,34
Condición de inactividad	Ama de casa	4,22
Recibió el último año vestimenta, calzado	Sí, ocasionalmente	4,00
Grupo 4 a 7 de autoubicación en escala - 75.67%		
Manejo de computadora	Sí, nivel medio	8,82
Apreciación sobre ingresos del hogar	Alcanza pero no ahorran	8,55
Máximo nivel educativo	Secundario completo	6,53
Ingresos per cápita en SMVM	Entre 1 y 2 SMVM	6,39
Tecnología ocupacional	Operación de sistema	5,67
Supervisa el trabajo de otros	Sí	4,92

Ingresos del hogar: Asignación Universal por Hijo	No	4,57
Posesión de cuenta sueldo	Sí	4,56
Ingresos del hogar: Alquiler de una propiedad	Sí	3,71
Rama de actividad	Servicios privados,	3,24
Máximo nivel educativo alcanzado	Universitario completo	3,23
Rama de actividad	Comercio	3,20
Calificación ocupacional	Técnico	2,93
Jerarquía ocupacional	Directivo	2,87

Grupo 8 a 10 de autoubicación en escala - 9.03%		
Apreciación sobre ingresos del hogar	Alcanza y pueden ahorrar	9,72
Manejo de computadora	Sí, nivel avanzado	5,11
Ingresos per cápita en SMVM	Más de 2 SMVM	4,99
PSH: Condición Socio-Ocupacional	Profesionales	4,51
PSH: Condición Socio-Ocupacional	Pequeños Productores	4,50
Sector de actividad	Público	4,14
Calificación ocupacional	Profesional	4,14
Máximo nivel educativo alcanzado	Universitario completo	3,48
Supervisa el trabajo de otros	Sí	3,23
Jerarquía ocupacional	Directivo	2,47
Rama de actividad	Servicios sociales	2,41
Rama de actividad	Enseñanza	2,40
Conocimiento de idioma extranjero	Sí, nivel avanzado	2,35
Tipos de derechos laborales que tiene en el trabajo	Obra social	2,35

Fuente: Elaboración propia en base a la ENES-PISAC

(*) Una categoría puede considerase asociada a un grupo de autopercepción cuando la proporción presente en ese grupo difiere significativamente de la proporción presente en la población total. En este sentido, el Valor Test utilizado

para establecer dicha asociación, es un estadístico que mide el desvío entre la proporción con que una característica se presenta en un grupo y la proporción que presenta en la población general en números de desvíos estándar de una ley normal. Así, se distribuye con una curva normal estandarizada, por lo que puede ser utilizado como criterio estadístico para la comparación entre grupo y población. Como en otros test clásicos, se dirá que la diferencia observada es significativa al nivel usual del 5% cuando el valor test sea superior a 1,96. A su vez, se presentan ordenados de manera decreciente conforme su significación a fin de facilitar la caracterización de cada grupo. Para mayor detalle del uso del valor test ver: Moscoloni (2005).

Esta característica, por su parte, se complementa con el origen de los recursos económicos. Mientras que sólo las categorías más bajas (1 a 3) de autoafiliación se asocian a la recepción de "ayudas sociales" de todo tipo, desde tarjetas de compras en supermercados, pasando por vestimenta, alimentos, acceso a comedores, cobro de pensiones específicas y, fundamentalmente, la Asignación Universal por Hijo, las categorías intermedias aparecen asociadas a ingresos por vía de su inserción laboral. En este sentido, parece relevante la marcación moral que implica la recepción de "planes" y "ayudas sociales" en tanto transferencias de ingresos que no tienen origen en una inserción laboral institucionalizada (por ello la diferente asociación de la AUH y el salario familiar) (Assusa , 2018).

El cuadro se completa con la distribución de las condiciones laborales: mientras que la informalidad se asocia a las categorías bajas de autoafiliación, las intermedias y altas se asocian a empleo registrado, a la percepción de distintos tipos de derechos laborales (como la posesión de obra social), más otras condiciones que habilitan la acumulación en la trayectoria laboral (como el empleo permanente, la calificación laboral o el uso de tecnología).

Si bien las categorías laborales (como patrón, empleado y cuentapropia) no parecen demasiado claramente distribuidas entre las autoafiliaciones intermedias y las altas, hay cierta distribución escalada y ascendente en relación a los tipos de autonomía laboral (mayores a medida que se asciende en la escala de autoafiliación) y fundamentalmente en el tipo de tareas laborales de los encuestados. Mientras que las categorías bajas se asocian a las ramas en la construcción y el empleo doméstico; las intermedias se asocian a tareas de gestión, administrativas, comercio, educación y transporte (la mayoría de ellas de tipo no manual con calificación media), las categorías altas se asocian a puestos de dirección y funcionariado, a tareas hipercalificadas (calificación profesional, en ramas como comunicación, investigación, etc.), a la condición de empleadores y a la supervisión del trabajo de otros. Esto marca una posición con poder en las relaciones de producción y en el campo de conocimiento técnico.

Con relación al capital cultural, fundamental en la configuración objetiva del espacio social desde la perspectiva bourdieusiana (Bourdieu, 1988; Gu-

tiérrez, 2005), éste parece ser movilizado también en las representaciones de la estructura social. Mientras que las categorías de autoafiliación más bajas aparecen asociadas con niveles muy bajos de capital cultural institucionalizado (por ejemplo, hasta nivel de primaria completa como máximo nivel educativo alcanzado por el PSH), el nivel intermedio presenta una gran dispersión, pero una fuerte asociación con el nivel secundario completo y una relación con el acceso al nivel universitario (se complete o no en forma de titulación). Las categorías de autoafiliación más altas, por su parte, aparecen asociadas al nivel universitario completo, pero también a otros recursos complementarios como el conocimiento de idioma extranjero. Este elemento también aparece en las categorías intermedias, asociadas al manejo de computadora.

Parece interesante el modo en el que emergen brechas claras que pueden ser movilizadas como barreras simbólicas en las representaciones sobre la estructura social: las brechas de acceso y uso tecnológico (laboral o educativo) y de conocimiento de idioma extranjero definen fronteras significativas para los esquemas de percepción en el espacio social.

Accesos y consumos

Un segundo elemento en la cuestión constituye lo que, bajo la lógica de la teoría de la práctica, se define como espacio de las tomas de posición o espacio de las prácticas sociales. La Tabla 2 permite ver las diferencias en torno a los consumos de los diferentes grupos. En este sentido, la serie de accesos (en tanto derechos adquiridos y reconocidos) y las prácticas de consumo de bienes y servicios puestos en juego en el proceso de reproducción social, se distribuyen de tal manera que adquieren una estructura homóloga a la de las posiciones de clase y, en un sentido más amplio, a las retraducciones simbólicas de la estructura social.

Por ello, la percepción del presupuesto familiar en términos de "insuficiente" asociada a la caracterización de la modalidad con categorías de autoafiliación más baja, cobra sentido en el contexto de una asociación negativa (es decir, en términos de privación) con el acceso a todos los bienes y servicios detallados (desde servicio de internet hasta la posesión de un lavaplatos). La percepción precaria e inestable de ingresos monetarios de origen no-legitimado (ayuda social pública) se combina, entonces, con la privación de una gran proporción de bienes y servicios que condicionan, entre otros, las posibilidades de consumos culturales y, por lo tanto, las posibilidades de apropiación y uso de la información. Desde heladeras con freezer hasta computadoras son bienes negativamente asociados a las categorías bajas. De este modo, estas autoafiliaciones parecen movilizar la idea-fuerza de "no tener".

En las categorías intermedias aparecen, en cambio, casi todas las posibili-

dades de consumo disponibles. Servicio de internet, televisión por cable, telefonía fija y servicio doméstico contratado, auto familiar y electrodomésticos en general, computadora de escritorio y también portátil y salir de vacaciones. A esto las categorías de afiliación más altas le suman bienes específicos como el lavaplatos, servicio de seguridad privada y "casa de campo".

Tabla 2: Principales diferencias en torno a los consumos asociados a los grupos de autoafiliaciones

Grupo 1 a 3 de autoubicación en escala - 10.34%		
Variable	**Categoría asociada**	**Valor test**
Servicio de Internet	No	17,62
Salir de vacaciones al menos una semana	No lo hicieron	15,18
Bienes del hogar: Plasma/LCD/ Computadora	No	14,99
Bienes del hogar: Calefactores por instalación fija	No	13,94
Bienes del hogar: Auto	No	12,75
Material predominante de los pisos interiores	Cemento o ladrillo	12,58
Principal cobertura de salud	No tiene cobertura	12,38
Posesión de tarjetas de débito, crédito o compra	No tiene tarjetas	12,20
Bienes del hogar: Aire acond. / Heladera con freezer	No	11,95
Tipo de desagüe del inodoro	solo a pozo ciego	8,68
Bienes del hogar: Termotanque/ Cocina con horno	No	7,83
Autopercepción del estado de salud	Malo	7,50
Presencia de problemas en el barrio con basurales	Sí	7,44
Bienes del hogar: Colchón para cada miembro	No	7,20
Posesión de escritura de la vivienda	No	5,01
Tipo de barrio	Villa de emergencia	4,95

Grupo 4 a 7 de autoubicación en escala - 75.67%		
Servicio de Internet	Sí	10,88
Material predominante de los pisos interiores	Cerámica, baldosa	9,60
Bienes del hogar: Calefactores por instalación fija	Sí	8,83
Bienes del hogar: Computadora de escritorio	Sí	8,00
Bienes del hogar: Auto	Sí	7,26
Presencia de veredas en la cuadra	Sí	6,96
Servicio de Cable o Direct TV/ Línea de teléfono fijo	Sí	6,84
Salir de vacaciones al menos una semana	1 vez	6,76
Posesión de tarjetas de débito, crédito o compra	Sí, de crédito y débito	6,73
Bienes del hogar: Colchón para cada miembro	Sí	5,89
Bienes del hogar: Plasma/LCD/ Heladera con freezer	Sí	5,80
Tiempo que pasó desde la última consulta al odontólogo	Menos de 1 año	5,77
Bienes del hogar: Teléfono celular / Aire acondicionado	Sí	5,58
Presencia de problemas en el barrio con basurales	No	5,38
Tipo de desagüe del inodoro	a red pública (cloacas)	4,59
Principal cobertura de salud	Prepaga	4,08
Posesión de escritura de la vivienda	Sí	3,64

Grupo 8 a 10 de autoubicación en escala - 9.03%		
Posesión de cuenta corriente	Sí	7,33
Servicio de empleada doméstica	Sí	7,09
Posesión de otra caja de ahorro	Sí	6,44
Bienes del hogar: Aire acondicionado/Lavaplatos	Sí	6,31
Salir de vacaciones en fines de semana: miembros	Sí, toda la familia	6,05
Bienes del hogar: Casa/departamento de fin de semana	Sí	5,88

Bienes del hogar: Plasma/LCD/Internet/cable	Sí	5,80
Material predominante de los pisos interiores	Cerámica, baldosa	5,34
Salir de vacaciones al menos una semana	3 veces o más	4,93
Principal cobertura de salud	Obra social	4,60
Servicio de seguridad privado	Sí	3,84

Fuente: Elaboración propia en base a la ENES-PISAC

Lo que antes aparecía como la posibilidad de recibir renta inmobiliaria, aquí aparece como posibilidad de contar con más de una propiedad y sostenerla como patrimonio económicamente improductivo, reservado para el uso de la familia los fines de semana.

Las condiciones materiales de la vivienda se distribuyen desde elementos precarios, junto a la residencia en villas de emergencia y barrios con problemas de contaminación ambiental (fundamentalmente basura); hacia la residencia en barrios, con viviendas totalmente pagas y escrituradas (propiedad legitimada), materiales sólidos de construcción (como los pisos de cerámica) y plena presencia de los servicios públicos en el barrio.

Los servicios financieros también aparecen como un acceso diferencial que se asocia multidimensionalmente con las autoafiliaciones: la frontera entre las autoafiliaciones más bajas (1 a 3) y el resto está dada por la posesión de cuentas bancarias (caja de ahorro o cuenta corriente), tarjetas de débito y crédito y acceso al crédito hipotecario (fundamentalmente en las categorías altas). De este modo se completa un cuadro de ingresos bajos, inestables, precariedad laboral y precariedad financiera como elementos significativos en las autorrepresentaciones de posiciones bajas en la escala de la estructura social.

Por último, aparece como relevante la dimensión de la salud, tanto en relación a los accesos a cobertura (las autoafiliaciones más bajas carecen de cualquier tipo de cobertura y declaran asistir a consultas gratuitas), como a eventos de enfermedad y acceso a consultas preventivas (las autoafiliaciones más bajas declaran un evento de enfermedad en el último año y declaran no recordar la última vez que hicieron una consulta preventiva en el médico o el odontólogo). Todos estos accesos mejoran a medida que se asciende en las categorías de la escala, junto con la autopercepción del estado de salud. Como señalamos en este sentido, la multidimensionalidad del espacio de las tomas de posición se define no solo por la asociación entre posiciones estructuralmente determinadas, sino también por asociación entre unas y otras percepciones (de la estructura, del propio presupuesto y del propio estado de salud).

Sexo, configuración familiar y migración

Existen una serie de características o condiciones de los PSH que se asocian significativamente a sus autoafiliaciones. En primer lugar, la asociación de las categorías más bajas a PSH con condición de mujer, y a la migración de los PSH y de sus respectivos padres desde países limítrofes hacia la Argentina (ver Tabla 3).

Lo mismo sucede en relación a las configuraciones familiares: mientras que las categorías más bajas se asocian significativamente a lo que la estadística califica de núcleos "incompletos" y familias "extendidas", las categorías intermedias y altas se asocian a núcleos "completos" y hogares unipersonales. De este modo, hogares con presencia de niños menores y una sola referente mujer, de origen migrante y con todas las condiciones y recursos económicos presentadas anteriormente, se constituyen como figura socialmente difundida de las categorías más bajas en la escala de la estructura social.

Tabla 3: Principales características demográficas de los grupos de autoafiliación

Grupo 1 a 3 de autoubicación en escala - 10.34%		
Variable	**Categoría asociada**	**Valor test**
PSH: Clase social de pertenencia	Clase baja	19,19
Sexo	Mujer	7,13
Composición del hogar	Nuclear Incompleto	6,14
Lugar de nacimiento de PSH	Países limítrofes	5,51
Composición del hogar	Extendido con núcleo	4,58
Estado civil	Viudo	4,48
Presencia de niños de 0 a 14 años	Sí	4,32
Edad	50 a 64 años	2,36

Grupo 4 a 7 de autoubicación en escala - 75.67%		
PSH: Clase social de pertenencia	Clase media	13,88
PSH: Clase social de pertenencia	Clase media baja	11,20
Lugar de nacimiento de PSH de hogar	En esta localidad	5,24
Estado civil	Casado	5,14
Sexo	Varón	3,82

Grupo 8 a 10 de autoubicación en escala - 9.03%		
PSH: Clase social de pertenencia	Clase media alta	12,55
Estado civil	Viudo	3,53
Edad	65 años o más	3,12
Presencia de niños de 0 a 14 años	No	2,95
Composición del hogar	Unipersonal	2,67

Fuente: Elaboración propia en base a la ENES-PISAC

Por último, mientras que las categorías más bajas de la escala se asocian a la identificación con la clase baja, las categorías intermedias presentan asociación con la clase media y media baja. Las categorías más altas de la escala, finalmente, presentan una asociación con la clase media alta y media, mientras que no se asocian (cabe aclarar) con la clase alta.

Reflexiones finales y elementos para seguir pensando

Finalizamos con la sistematización de algunos problemas metodológicos, algunas líneas a explorar y algunos hallazgos surgidos del análisis. Un primer punto de reflexión está relacionado al estatuto epistemológico de las respuestas en la encuesta que sirve de fuente para este análisis. Como sostiene Martín Criado (2014), las respuestas a distintos dispositivos de producción de datos deben ser pensadas, no simplemente como información transparente, sino también como prácticas sociales parte de nuestras problemáticas de investigación. En este sentido, la evitación de los extremos de la escala tanto como del sistema de categorías (1 y 10, clase baja y clase alta) implican, además de una percepción de la estructura social y el propio lugar en dicha estructura, una *estrategia simbólica de denegación*. En otras palabras, una evitación o finta a las clasificaciones morales negativas que implican las etiquetas "extremas" de las escalas de autoafiliación. Grimson (2015) señala que si bien existe cierta adscripción de la población a determinados principios de justicia distributiva desigualadora, los extremos (pobreza y riqueza) son percibidos como problemáticos y criticables en tanto afectan la integración comunitaria de la sociedad. Este primer punto marca un importante desafío para las investigaciones sobre el estatus social subjetivo, en tanto que deben ejercer una importante reflexividad metodológica en torno al estatus epistemológico de las respuestas de autoubicación en escala de la estructura social: su tratamiento debe ser no sólo en términos de *representación y sentido* subjetivo, sino también en

tanto *estrategia simbólica*.

Un segundo punto de reflexión está relacionado con la hipótesis de la *visibilidad*, desarrollada en la investigación de Germani. ¿Desde cuándo existe la tendencia hacia las categorías centrales como modalidades modales para todos los grupos de ingreso y todas las posiciones objetivas de clase? ¿Desde cuándo la frase "somos todos clase media" se volvió *decible*? La investigación de Germani (2010) en la década de 1960, a diferencia de lo que marcan las investigaciones contemporáneas (Cruces y Tetaz, 2009; Grimson, 2015; Maceira, 2018) e investigaciones en otros países (Castillo, Miranda y Madero Cabita, 2013), encuentra distribuciones modales que se corresponden con la estratificación social de los encuestados en Niveles Económico Sociales. Algo similar sucede con el trabajo de Jorrat (2008). Es decir, Germani encuentra una fuerte correspondencia entre el estatus objetivo y el subjetivo o, en sus propias palabras, autoafiliación "adecuada". Resulta interesante, en este sentido, que si bien pueden encontrarse, más allá de los valores modales ubicados en las categorías centrales para todos los deciles de ingresos, todos los niveles educativos y todas las condiciones socioocupacionales, algunas tendencias de "adecuación", la minería de datos muestra asociaciones bastante claras entre las autoafiliaciones o tomas de posición –es decir, las percepciones sobre la propia posición en la estructura social– y una serie de condiciones, bienes, servicios, prácticas y percepciones que, desde nuestra perspectiva, pueden tener una interpretación conceptual clara. A esto también contribuyó en nuestro artículo la exploración de otras correspondencias estadísticas que las clásicas ingreso, ocupación y nivel educativo (accesos, consumos, origen de los ingresos, percepciones subjetivas varias, etc.).

Sin embargo, también es interesante pensar la posibilidad de que la tendencia modal hacia las categorías medias se haya ido consolidando progresivamente en una sociedad cuya estructura de estratificación ha ido disolviéndose perceptualmente, o, en otras palabras, una sociedad que tiene de sí misma una imagen hegemónica en términos de sumatoria individuos como único sustrato de lo social. La necesidad de incorporar nuevas preguntas en los instrumentos, que apunten a captar percepciones de la sociedad en términos de totalidad, se hace patente en este punto.

Estos dos puntos están conectados entre sí en dos dimensiones. La primera, de orden metodológico, es el reconocimiento de lo problemático que resulta suponer la posibilidad de correspondencia entre una escala teórica (sociológica) como los deciles de ingreso y una escala indeterminada en sus criterios (la posición 10 para los encuestados puede significar mayor educación, mayor prestigio, mayor poder, recursos económicos o plenamente riqueza) o, en palabras de Bourdieu, confundir las cosas de la lógica con la lógica de las cosas.

La segunda, de orden conceptual, refuerza el primer punto planteado en estas reflexiones finales, en torno a la idea de la autoafiliación como una estra-

tegia simbólica de presentación de sí. Ya distintos autores han señalado, como uno de los principales obstáculos para el estudio de la desigualdad social, la imposibilidad de las encuestas de hogar para captar los sectores concentrados o élites (Piketty, 2015; Pérez Sáinz, 2016). Es posible, entonces, pensar que a esta invisibilidad estadística se le sume una invisibilidad perceptual, una elite que redobla su dominación negándola: una clase dominante sublimada como clase media, afín a otras sublimaciones epocales, como la de las relaciones laborales y la asalarización en la figura de los "emprendedores" y los "colaboradores".

No es del todo claro –aunque vale la pena explorar esta cuestión en próximas investigaciones– si se trata de percepciones habilitadas por un lenguaje que progresivamente tiende a la disolución de las clases (como lo viene haciendo el lenguaje del postrabajo), o de un mapa perceptual de la sociedad que, sin renunciar a dividir y distribuir a las personas en "clases" (más o menos educadas, morales, poderosas, dependientes, meritorias, etc.) diluye la dominación en una universalización de las clases medias. La síntesis de los datos y el análisis realizado, además de algunas investigaciones antecedentes (Jorrat, 2008) nos llevarían a inclinarnos por la segunda de las hipótesis.

Al mismo tiempo, la continuidad y la convergencia de distintos tipos de investigaciones basadas en diferentes fuentes en la identificación de la tendencia a autoafiliarse en las categorías "medias" para todos los grupos de ingresos, nivel educativo o condición socioocupacional, sugiere la exploración de la hipótesis de la *convergencia subterránea*. Esto habla de la potencia de un *trabajo de representación* (Bourdieu, 1990) eficaz en su inversión de capital simbólico para imponer un modo legítimo de ver y percibir la estructura social: un modo que omite o diluye las jerarquías y asimetrías, y que ha logrado que los procesamientos subjetivos de la propia posición en la estructura social coincidan (entre desiguales clases sociales) mucho más de lo que difieren. Algunas de estas tendencias contrapuestas en el campo simbólico, para utilizar la expresión de Kessler (2014), forman parte del clima de época evocado al comienzo: ¿utopía de igualdad-liberal o restauración de las desigualdades en el ámbito de los derechos y las aspiraciones?

Si bien implica siempre un riesgo de caricaturización y esquematización extrema, el procesamiento estadístico realizado en torno a la ENES-PISAC puede sintetizarse –al menos provisoriamente– en representaciones de la estructura social que condensan en imágenes sobre sus extremos, bajo la salvedad de que este imaginario se constituye (por los datos disponibles) sólo en torno a la autoafiliación y no a las heteroafiliaciones.

La imagen de la "pobreza" movilizada en el enclasamiento en categorías más bajas se configura feminizada, con marcaciones nacionales (origen migrante) y con configuraciones familiares que no responden al canon. Materialmente está signada por condiciones laborales informales, precarias, inestables

y descalificadas, cristalizadas en dos figuras prototípicas: la empleada doméstica y el albañil.

El cuadro se completa con ingresos bajos y su significación en términos de insuficientes. La autoafiliación en categorías bajas moviliza elementos imaginarios de pobreza "clásica" y sustancial: habitar en villas de emergencia, con problemas de contaminación, en viviendas con materiales precarios. Resulta central en este sentido la fuerte asociación entre las categorías de autofiliación más bajas y el origen de ingresos no laborales ni comerciales (como los "planes sociales"). El enclasamiento moral de los planes sociales en el país parece tener un gran peso (a juzgar no solo por estos datos sino también por el conjunto de datos de corte cualitativo con que hemos acompañado este tipo de indagaciones) en relación a los procesos de estigmatización y despojamiento simbólico de las clases populares en el país (Assusa, 2018). Hay allí un rasgo fundamental para explorar las fronteras o diferencias entre las categorías más bajas y las intermedias.

El paisaje de privación se completa con la asociación a diversas formas de desposesión: de bienes y servicios, titulación escolar baja, falta de acceso a tecnología, conocimientos, cobertura de salud, servicios financieros, etc. Se trata de autopercepciones sintetizadas en la negación y el padecimiento: carencia, desprotección, "no tener" y enfermedad.

La imagen polarmente opuesta –síntesis del enclasamiento en las categorías más altas de la escala– se construye relacionalmente: recursos materiales suficientes (objetivos y percibidos), incluyendo su dedicación específica al ocio (vacaciones, casa de campo, etc.). Acceso pleno a servicios de todo tipo (públicos, de internet, televisión, teléfono, financieros, etc.), con viviendas de material, en barrios residenciales. Buena salud (cobertura y percepción), educación (incluyendo títulos y conocimientos especializados) y tareas laborales en condiciones de legalidad y ciudadanía plena, con cuotas crecientes de autonomía y protección.

Cabe señalar que el conjunto de estas percepciones asociadas a una u otra autoafiliación dan muestra de representaciones de la estructura social que combinan diversas dimensiones: características individuales (sexo, origen migrante), tipos de familias, condiciones materiales, recursos y percepción de los recursos, títulos y conocimientos, derechos, reconocimiento social y técnico de las tareas laborales, y legitimación de los recursos poseídos (origen de los ingresos, tipo de tenencia de las viviendas, etc.). La contraposición/articulación de estas dimensiones serán líneas a explorar en próximas producciones.

Bibliografía

Araujo, K. y Martuccelli, D. (2011). La inconsistencia posicional: un nuevo

concepto sobre la estratificación social. *Revista CEPAL*, 103, 165-178.

Assusa, G. (2018), "Desigualdad, políticas sociales y simbolismo del trabajo en Argentina. Estructuración, apropiaciones y sentidos vividos en el Espacio Social en Córdoba, Argentina", Ciudadanías. *Revista de políticas sociales urbanas*, 3.

Bayón, C. y Saraví, G. (2019). Desigualdades: subjetividad, otredad y convivencia en Latinoamérica. *Desacatos*, 59, 8-15.

Bourdieu, P. (1988). *La distinción: criterios y bases sociales del gusto*. Madrid: Taurus.

Bourdieu, P. (1990). Espacio social y génesis de las clases. En *Sociología y cultura,* 281-309. México DF: Grijalbo.

Bourdieu, P. (2007). *El sentido práctico.* Buenos Aires: Siglo XXI.

Bourdieu, P. (2010). Efectos de lugar. En Bourdieu, P. (dir.), *La miseria del mundo* (pp. 119-124). Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.

Bourdieu, P. (2011). Estrategias de reproducción y modos de dominación. En *Las estrategias de reproducción social*, 31-50. Buenos Aires: Siglo XXI.

Bourdieu, P. (2019*). Curso de sociología general 1*. Buenos Aires: Siglo XXI.

Castillo, J. C., Miranda, D. y Madero Cabita, I. (2013). Todos somos clase media: sobre el estatus subjetivo en Chile. *Latin American Reaserch Review,* 48(1), 155-173.

Cruces, G. y Tetaz, M. (2009). Percepciones subjetivas de la distribución del ingreso y preferencias por las políticas redistributivas. *Avances de Investigación,* CEDLAS, 33.

Davies, J. A. (1956). Status Symbols and the Measurment of Status Perception. *Sociometry*. 19 (3), 154-165.

Germani, G. (2010). Clase social subjetiva e indicadores objetivos de estratificación. En Germani, G., *La sociedad en cuestión. Antología comentada* (pp. 168-201). Buenos Aires: CLACSO.

Grimson, A. (2015). Percepciones sociales de la desigualdad, la distribución y

la redistribución de ingresos. *Revista Lavboratorio,* 26 (15), 197-224.

Gutiérrez, A. (2005). *Pobre como siempre. Estrategias de reproducción social en la pobreza.* Córdoba: Ferreyra Editor.

Gutiérrez, A. (2012). *Las prácticas sociales. Una introducción a Pierre Bourdieu.* Villa María: EDUVIM.

Hoggart, R. (2013). *La cultura obrera en la sociedad de masas.* Buenos Aires: Siglo XXI.

Jorrat, R. (2008). Percepciones de clase en la Argentina. *Estudios del Trabajo*, 36, 49-83.

Kessler, G. (2007). Principios de justicia distributiva en Argentina y Brasil. Eficacia global, igualitarismo limitado y resignificación de la jerarquía. En Grimson, A. (comp.), *Pasiones nacionales. Política y cultura en Brasil y Argentina* (pp. 211-248). Buenos Aires: Edhasa.

Kessler, G. (2014). *Controversias sobre la desigualdad. Argentina, 2003-2013.* Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.

Kessler, G. (inédito). Pobreza subjetiva y percepción de movilidad social en américa latina.

Kluegel, J. R., Singleton, R. y Starnel, Ch. E. (1977). Subjective Class Identification. A multiple Indicator Aproach. *American Sociological Review,* 42(4), 599-611.

Maceira, V. (2018). Clases y diferenciación social. En Piovani, J. I. y Salvia, A. (coords.), *La Argentina en el siglo XXI. Cómo somos, vivimos y convivimos en una sociedad desigual* (pp. 49-86). Buenos Aires: Siglo XXI.

Martín Criado, E. (2014). Mentiras, inconsistencias y ambivalencias. Teoría de la acción y análisis de discurso. *Revista Internacional de Sociología,* 72(1), 115-138.

Marx, C. (1975). *Contribución a la crítica de la economía política*. Buenos Aires: Ediciones Estudio.

Moscoloni. N. (2005). *Las nubes de datos. Métodos para analizar la complejidad.* Rosario: UNR.

Pérez Sáinz, J. P. (2016). *Una historia de la desigualdad en América Latina. La barbarie de los mercados, desde el siglo XIX hasta hoy.* Buenos Aires: Siglo XXI.

Piketty, Th. (2015). *La economía de las desigualdades. Cómo implementar una redistribución justa y eficaz de la riqueza*. Buenos Aires: Siglo XXI.

Sachweh, P. (2012). The moral economy of inequality: popular views on income differentiation, poverty and wealth. *Socio-Economic Review*, 10, 419-445.

Saraví, G. (2015). *Juventudes fragmentadas. Socialización, clase y cultura en la construcción de la desigualdad*. México DF: FLACSO-CIESAS.

Savage, M., Devine, F., Cunningham, N., Taylor, M., LI, Y., Hjellbrekke, J., Le Roux, B., Friedman, S. y Miles, A. (2013). A new model of social class? Findings from the BBC's Great British Class Survey experiment. *Sociology*, 47 (2), 219-250.

¿Igualitaristas, distinguidos o miméticos?

Moralidades y prácticas de adscripción de clase (media) de trabajadores artísticos en un teatro de gestión estatal

Santiago García Martín
Centro de Investigaciones Socio-Históricas, Instituto de Investigaciones en Humanidades y Ciencias Sociales, Universidad Nacional de La Plata, Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas, La Plata, Buenos Aires, Argentina.
sgarciamartin@fahce.unlp.edu.ar

29
Lavboratorio

Resumen

En este artículo propongo analizar los diversos modos en que trabajadores de escenografía de un prestigioso teatro de gestión estatal definen y practican su pertenencia a la clase media. A partir de un abordaje etnográfico, describo las imágenes y teorizaciones que estos actores construyen sobre el mundo social, la clase y la desigualdad y cómo, al hacerlo, ponen en tensión un ideal de pertenencia fuertemente arraigado en las capas medias argentinas.

Palabras claves: clases medias – identidad – moralidades – igualitarismo

Summary

This paper is aimed to analyse the manifold ways of belonging to the middle class practised and defined by scenography workers of one of the most prestigious state theatres in Argentina. Based on an ethnographic approach, I describe the images and theorizations which these agents form about the social world, middle class and inequality, from which they call into question an ideal of belonging deeply rooted in the Argentine middle classes.

Keywords: middle classes – identity – moralities – egalitarianism

Recibido: 1 de mayo de 2019
Aprobado: 9 de septiembre de 2019

Introducción

En este trabajo me propongo describir los diversos modos en que trabajadoras/es de escenografía de una institución cultural estatal definen y practican su pertenencia a la clase media. Con ello me refiero a una práctica activa de definición del mundo social alrededor de la cual se edifican fronteras simbólicas que invocan un "nosotros" comprendido en torno a la imagen de un colectivo de clase media, distinto de un "ellos", que alude siempre a personas y agrupamientos -habitualmente reconocidos en términos de clases sociales- cuyas posiciones se ubican hacia abajo o hacia arriba de la estructura social imaginada.

Iniciado en el año 2016, mi trabajo de campo se concentra sobre la vida cotidiana de trabajadoras/es que realizan tareas vinculadas al oficio de la pintura en un taller técnico de escenografía ubicado en el subsuelo de un prestigioso teatro estatal de Argentina. A partir de un acercamiento etnográfico (Guber, 2014), he desarrollado observaciones de sus jornadas laborales, en locaciones fuera del teatro vinculadas a muestras, recitales y eventos en centros culturales, y entrevistas en profundidad guiadas y elaboradas en función del trabajo de campo previo.

En primer lugar, comienzo reconstruyendo el proceso de formación del taller de producción escenográfica como espacio de relaciones laborales, artísticas, y afectivas. Para ello, describo los diversos trayectos que sus trabajadores recorrieron en torno a la adquisición y la práctica del oficio hasta su llegada al taller, en conexión con los discursos morales de justificación que esgrimen para "estar ahí". Pretendo ilustrar cómo los actores despliegan discursos individualistas -que hacen foco en sus méritos personales- para poner en valor sus propias narrativas de ascenso social y permanencia, discursos que sin embargo no suponen la adhesión a una retórica meritocrática que se amplíe a otras esferas de interacción cotidiana fuera del taller. Continúo, en segundo lugar, reponiendo las imágenes y teorizaciones eruditas que estos actores construyen sobre el mundo social, la clase y la desigualdad y cómo, al hacerlo, ponen en tensión un ideal de pertenencia fuertemente arraigado en las capas medias argentinas. Me interesa especialmente dialogar con un conjunto de investigaciones sociológicas y antropológicas que problematizan las ideas de moralidad, estatus y distinción, a la luz de las transformaciones estructurales que exhiben los estratos intermedios en las últimas décadas. Para ello, describo las formas situadas que adoptan estas dimensiones de análisis en el terreno, o más bien, cómo los actores otorgan sentido a estas categorías y las "ponen a funcionar" en la vida cotidiana. A partir de la descripción etnográfica de este foco empírico, argumento cómo los modos alternativos de identificación con las clases medias

que estos trabajadores artísticos definen y practican informan sobre un proceso de transformación más amplio vinculado a la reestructuración regresiva del tejido social y de sus estratos medios en particular. Las maneras diferentes de producción simbólica de categorías de clase que emergen a la luz de este proceso evidencian la existencia de una pluralidad de valores e imaginarios que ya no pueden ser interpretados exclusivamente bajo las nociones del sacrificio y la autonomía individual.

Méritos para pintar y "estar ahí" en la formación de un taller de producción escenográfica

El Teatro[1] en el cual estoy desarrollando mi trabajo de campo es uno de los más importantes de Argentina y América Latina. Ubicado en la zona céntrica de la Ciudad, exactamente a unas dos cuadras del centro geográfico del casco urbano, se levanta el inmenso edificio del Teatro, con más de sesenta mil metros cuadrados, de estilo arquitectónico "brutalista", caracterizado por el uso de hormigón crudo entre unos de sus materiales fundamentales. El teatro contiene una sala lírica, la principal, para unos dos mil espectadores, donde se presentan las temporadas líricas, ballets, y conciertos sinfónicos y populares. Posee otras dos salas menores, una con capacidad para trescientas personas donde se realizan conciertos de cámara, obras de teatro, recitales y congresos; y otra donde se exponen grandes muestras vinculadas a las artes plásticas. Además, posee salas de ensayo para el cuerpo estable de la orquesta, el coro y el ballet y camarines. Otros dos espacios han ganado gravitación en la agenda del teatro durante los últimos años con propuestas artísticas contemporáneas: una sala de creación y experimentación teatral de artes combinadas y una escuela de formación en oficios y disciplinas artísticas.

Con el propósito de montar íntegramente las obras sin ayuda de recursos externos el teatro fue formando las distintas áreas técnicas de producción con las cuales trabajo, todas ellas en los subsuelos. En el primer subsuelo se encuentran los talleres de maquillaje, peinado, sastrería y vestuario, sombrerería y calzado, entre otros. En el cuarto subsuelo se hallan los talleres de carpintería, herrería, escenografía y utilería, donde trabajadores de oficios artísticos altamente calificados desarrollan sus tareas. Al ser uno de los pocos teatros de producción en el país, el Teatro es el lugar en el cual esos trabajadores han formado y desarrollado competencias específicas que no se aprehenden ni practican en otros lugares, ni siquiera en las casas de altos estudios de arte. Se trata de talleres de una gran dimensión -especialmente los de carpintería y escenografía-, lo suficientemente grandes para que puedan realizarse allí escenografías enteras, que luego son transportadas directamente a las diferentes salas por medio de dos montacargas. El

1 Usaré "Teatro" y "Ciudad" en mayúsculas para nombrar al teatro y su locación urbana.

taller de escenografía es el espacio que he elegido para concentrar el foco de mi trabajo etnográfico.

La forma en que el taller organiza su trabajo funciona en coordinación con el resto de los talleres del cuarto subsuelo. En primer lugar, están quienes desde la dirección del teatro y sus distintas áreas definen la agenda que ofrecerá el teatro, ya sea una ópera, un ballet, una obra de teatro, un concierto o espectáculos contemporáneos de distinto tipo. En la mayoría de los casos el teatro contrata a un escenógrafo externo, quien se encarga de conceptualizar y diseñar el trabajo para una obra en particular. Luego, ese diseño es mediado por la "Oficina Técnica" que operativiza un plan de trabajo para la realización de la escenografía entre los distintos talleres. Hacia el cuarto subsuelo "bajan" las láminas que ilustran telones, trastos, bastidores, tapetes, elementos de utilería u otras estructuras como carros, escaleras, rampas o columnas. Todas ellas con indicaciones sobre medidas, colores y materiales de producción. El taller de escenografía comienza centralizando todo aquello que deba ser pintado, principalmente telas y telones, recibiendo luego otros elementos derivados de los talleres de carpintería y herrería que deban completar su producción en pintura. Ahora bien, ¿eso es todo lo que sucede en el taller? ¿Basta con esa descripción formal de las actividades para dar cuenta del oficio? La pintura, desde mi perspectiva, es una *práctica social* (Becker, 2008) que se despliega articulando saberes, objetos, personas y públicos que hacen posible -o hacen funcionar- el oficio artístico en una red de asociaciones (Latour, 2008). Por lo cual me gustaría comenzar describiendo algunos elementos que nos permitan visualizar las situaciones que ocurren en el taller como acciones mediadas por relaciones sociales que los actores *fueron y van* modelando a partir de sus interacciones con otros: en primer lugar, reconstruir los distintos trayectos que recorrieron desde un acercamiento inicial a la pintura, su aprendizaje, hasta su llegada al teatro. De allí, caracterizar la particularidad de la práctica del oficio en el taller, la forma de organización del trabajo, las jerarquías y entramados que tejen internamente, así como de otras actividades que también forman parte de sus jornadas laborales. En simultáneo, intentaré reponer las formas de adscripción de clase que emergen y se conectan con esas prácticas y discursos de la vida diaria intentando ilustrar un modo particular, posible, de pertenencia a la clase media.

Cuando pienso en las clases medias me guio inicialmente por investigaciones historiográficas recientes que señalan la *existencia social* de la clase media argentina como *una idea, una identidad social* (Garguin, 2007; Adamovsky, 2009) antes que una clase social entendida como una formación histórica objetiva. También, por estudios antropológicos que reponen relatos de origen y narrativas de ascenso o descenso donde actores locales actualizan moralidades inscritas en esa idea de clase media (Visacovsky 2012, 2014; Vargas, 2013, 2014). Desde esas investigaciones empíricas de la antropología y la his-

toria me acerqué hacia algunas lecturas del campo de los estudios culturales para construir una operacionalización propia del concepto de identidad de clase que me permitiese dialogar con el campo. En primer lugar, parto de la definición que proponen las perspectivas constructivistas (Hall, 2003), que entiendan la identidad como un proceso, una articulación sujeta a cambios y transformaciones constantes. Siguiendo a Hall, la identidad representa "el punto de sutura" entre dos fenómenos: por un lado, los discursos y prácticas de agentes e instituciones que intentan definir quiénes somos, de ubicarnos en un lugar del espacio social como sujetos portadores de un discurso particular; y por otro, el modo por el cual esas maneras de "interpelarnos" son mediatizadas por el sujeto que produce subjetividad, que tiene la capacidad de "decirse" a sí mismo (Hall, 2003: 20).

A su vez, recupero las sugerencias críticas que Brubaker y Cooper (2001) realizan respecto del concepto de identidad. Además de criticar cómo las concepciones esencialistas hacen un uso del término que "tiende a significar demasiado", estos autores también señalan algunos recaudos frente a las posturas constructivistas, llamadas nociones "débiles". La defensa que hacen estas corrientes sobre la fluidez y fragmentariedad de las identidades sociales puede recaer en una pérdida de potencial analítico del término y dotarlo de cierta ambigüedad. En ese sentido, se retoma su propuesta de utilizar otras categorías alternativas, como la de "identificaciones", a la cual defino como: un conjunto variado de posicionamientos, prácticas y discursos a partir de las cuales el sujeto construye barreras simbólicas (Lamont y Volnár, 2002) que incluyen y definen a determinadas personas, situaciones, colectivos, objetos, excluyendo a otros (Visacovsky, 2009, p. 253).

Ahora bien, dentro de la categoría de identificaciones busco fundamentalmente aquellas que definan una pertenencia de clase, es decir, que apelen a una idea de clase media como un modo de demarcación. Esas delimitaciones suelen invocar un "nosotros" (Elías, 1994) comprendido en torno a la imagen de un colectivo de clase media, que comparte la pertenencia a una posición intermedia en la escala social; distinto de un "ellos", que alude siempre a personas y agrupamientos -habitualmente reconocidos en términos de clases sociales- cuyas posiciones se ubican hacia abajo o hacia arriba de una estructura social imaginada (Adamovsky, 2013). Por otro lado, las definiciones conceptuales que los actores realizan para recrear límites y fronteras simbólicas no siempre son acompañadas de la movilización de un término como el de "clase media"[2]. Otras tantas veces pueden referir a nociones específicas que adquieren sentido en situación, por ejemplo, la utilización de "pobres" o "ricos" para producir clasificaciones al interior de lo que las personas consideran una misma clase, desde diferencias sociales mínimas hasta la distinción de fracciones de clase,

2 Se intentará, en ese sentido, describir la particularidad y el contenido de esas definiciones y su eventual vinculación con una idea de clase media.

como una clase media alta o media baja. También, esas demarcaciones pueden ser acompañadas de "evaluaciones morales" (Furbank, 2005), de un efecto de distinción sobre aquello que se considera "apropiado" o "inapropiado".

La perspectiva teórico-metodológica que he utilizado se basa en la etnografía entendida como enfoque, método y texto (Guber, 2014). A partir de esta perspectiva, he desarrollado observaciones participantes de sus jornadas laborales en el espacio del taller, sus desplazamientos por la institución hacia otros talleres y espacios del teatro y, más allá de la institución, en la concurrencia a diferentes actividades vinculadas a su oficio. Esas observaciones se complementaron luego con la realización de entrevistas en profundidad para ahondar sobre algunos detalles de sus biografías, retomar y profundizar temáticas que emergieron en conversaciones informales y tratar otras que difícilmente se abordaron en encuentros anteriores. La combinación de ambas técnicas de recolección y producción de datos me permitió emplear un enfoque etnográfico multisituado (Benzecry, 2012), sumergido en la vida cotidiana de mis interlocutores y centrado en poner de relieve sus reflexividades en diálogo con mis interpretaciones y la bibliografía del campo. Para ello fue necesario "seguir a los actores" (Latour, 2008) por la ciudad, hacia eventos relacionados con el oficio como muestras de arte, proyectos artísticos individuales y colectivos, trabajos privados a terceros, e incluso hacia sus hogares al momento de realizar las entrevistas. Seguir a esos actores también implicó poner en primer plano sus definiciones, dudas, apuestas y competencias críticas (Boix y Welschinger, 2018), a partir de las cuales fui dando forma al argumento de este trabajo. El enfoque etnográfico y la premisa de seguir a los actores resultaron fundamentales para captar la práctica social de la pintura en una red más amplia de asociaciones y sus conexiones con identificaciones y conceptualizaciones sobre la clase media.

TRAYECTORIAS Y CONTROVERSIAS SOBRE EL OFICIO

A continuación, me propongo hacer un racconto del proceso de formación del taller de escenografía a partir de las trayectorias artísticas de sus integrantes actuales. Mi intención no es reconstruir históricamente la aparición y el desarrollo de esta sección técnica en sí, sino aquellos recuerdos y memorias que actualizan desde el presente para describir su propio recorrido por el oficio, su ingreso al teatro y los modos en que justifican moralmente su presencia en el taller, los méritos de "estar ahí". En las secciones de cultura de los sitios webs de la provincia o la Ciudad, o en materiales del archivo histórico del teatro, poco se dice acerca del momento en que el teatro fue formando sus áreas técnicas. Sí he encontrado que los cuerpos estables de la orquesta, el coro y el ballet se crearon entre fines de la década de 1930 y mediados de 1940. Allí

aparecen por detrás ciertos pasajes donde se menciona que esos cuerpos estables "contaron con el apoyo" de las áreas técnicas, por lo cual podría pensarse que surgieron a la par de ellos. Pero, siendo fiel a mis interlocutores, ellos no retroceden tanto en el tiempo cuando hacen memoria, aunque sí destacan un momento que podría ser lo más parecido a los "inicios" de la formación actual del taller: la etapa en que las secciones técnicas funcionaron en las antiguas instalaciones de un colegio secundario. Un incidente edilicio en la década del '70 llevó a la reconstrucción completa del Teatro y la sala principal de la nueva edificación abriría sus puertas recién a fines de los '90. Todo ese tramo en medio es recordado por los trabajadores más antiguos como la época de las "giras". Los cuerpos estables del teatro viajaban a distintas ciudades de la provincia y del país ofreciendo espectáculos en distintas salas. Con ellos viajaban también sonidistas, iluminadores y demás equipos técnicos de soporte. En la Ciudad, el Teatro funcionó durante varios años en uno de sus cines tradicionales, el de mayor tamaño. En la temporada de verano también funcionaba en un anfiteatro al aire libre ubicado en un pulmón verde de la urbe.

Los recuerdos que los actores del taller evocan sobre ese momento me fueron dados a conocer una mañana en el taller. Estaba conversando junto a dos de las trabajadoras de mayor antigüedad, Ana y Leticia, que hablaban sobre una película en cartelera. Leticia estaba sentada en la máquina de coser, Ana la acompañaba y yo miraba unas antiguas imágenes fotográficas sobre la pared, algunas del antiguo teatro. Leticia notó mi interés y me contó que algunas de ellas también eran de la época en que el taller había funcionado en las instalaciones del colegio secundario que mencioné antes. Allí estaban Enrique y Sergio -actual jefe y subjefe-, Leticia, Martín, Pablo y Lucio3. Todos ellos componen el grupo originario, de mayor trayectoria en la sección de escenografía. Pintando fondos de telones o cociendo telas, Leticia me iba señalando a algunos de ellos. Me contaba que allí comenzó a trabajar junto a Lucio. Martín y Pablo ya estaban. Dadas las dimensiones de las instalaciones del colegio, debían pintar las telas por pedazos en aulas pequeñas, doblándolas luego de que secaran o colgando parte de ellas en la pared para poder continuar pintando el resto. Antes de eso casi no había taller. Cuando Enrique y Sergio empezaron a fines de la década del '80, los trabajadores se juntaban a firmar la planilla en una calesita frente a la entrada de un zoológico de la Ciudad y la llevaban al anfiteatro que funcionaba en un bosque. Luego, ya en los talleres del colegio, comienza parte de la historia que estos actores hacen emerger en mis encuentros de campo y, un tiempo después, en las entrevistas que hicimos juntos.

Enrique y Sergio fueron los primeros en ingresar al taller. El primer acercamiento al dibujo y la pintura se produjo durante su niñez:

3 Alteré los nombres reales para conservar el anonimato de mis interlocutores.

> "Sí con la pintura, con el dibujo… desde la infancia, desde que yo tengo uso de razón recuerdo disfrutar con estar dibujando, y toda la vida… desde la infancia… Los momentos casi más felices eran eso, estar dibujando, y en la adolescencia lo mismo… Siempre, digamos que… es algo… generalmente yo creo que si le preguntás a todos los compañeros de acá siempre algún tipo de tendencia… así con lo artístico, con lo plástico, desde la infancia fue evidente…" (Enrique, jefe de escenografía, entrevista personal, 13 de septiembre de 2018).

Enrique, oriundo de Uruguay, fue llevado por su tía de niño a un taller de pintura que se dictaba en una biblioteca pública para niños en la ciudad de Montevideo. Sergio asistió a su primer taller a los 13 años apoyado por sus padres. Ese contacto inicial, como describen, se produce a partir del interés propio. Sus redes familiares más cercanas no estaban vinculadas directamente a la experiencia del oficio, pero sí acompañaron esa filia que desarrollaron a temprana edad. De familias italianas, españolas, hasta una lejana ascendencia de Paraguay, sus abuelos paternos y maternos reunían ocupaciones variadas, como oficiales de policía, marinos o empleados públicos, entre otros. A algunos no llegaron a conocerlos. Las abuelas y madres paternas y maternas, todas ellas, se ocupaban del trabajo doméstico. El padre de Sergio era gasista, profesión que él también compartió durante algunos años, y el de Enrique fabricante de muñecas y óptico, quien ingresó al Teatro como fotógrafo y trabajador administrativo. Sergio continuó el aprendizaje del oficio como "autodidacta" pasando por diferentes talleres. Enrique siguió sus estudios durante un tiempo en la Escuela de Teatro de la Ciudad y en la Facultad de Bellas Artes. En aquel momento ambos tenían en claro que querían formar parte de la sección escenográfica del Teatro. Accedieron primero a través de sus familias, Sergio por su tía y Enrique por su padre. Recorrieron tareas administrativas, de limpieza y se conocieron haciendo de figurantes en obras hasta llegar finalmente al taller. Fue en ese entonces cuando comenzaron un largo aprendizaje sobre el oficio en las instalaciones del colegio. A comienzos de 1990 el taller se trasladaría a la edificación actual del Teatro. A continuación, integro a la descripción de sus narrativas biográficas el modo en que comienza a cobrar forma un discurso basado en los méritos individuales para haber llegado y estar en el taller.

En el grupo originario se movilizan discursivamente algunos aspectos en común que establecen una diferencia con los trabajadores más jóvenes que ingresaron a partir de 2007. Se trata de una controversia asociada a las transformaciones en el campo de la pintura escenográfica, entre la defensa del modelo clásico italiano, de la "ilusión del telón pintado" (Calmet, 2001: p. 26-27), y la ruptura realista, que se visualiza en las nuevas propuestas que traen consigo escenógrafos-diseñadores contratados por el teatro. Son las propuestas novedosas de esos escenógrafos las que "empujan" esas innovaciones hacia repertorios clásicos y contemporáneos combinando diferentes manifestaciones de las artes plásticas. Asimismo, la creación de la sala de teatro experimental ha

tenido un lugar considerable en ese lento proceso de innovación. Desde allí llegan bocetos al cuarto subsuelo que ilustran telones y objetos no -tan- convencionales que reposicionan la práctica de la pintura como un elemento de soporte en la escenografía, disputando el lugar de centralidad en la representación que el estilo clásico le otorgaba. Por último, la introducción de objetos tecnológicos en la red, bocetos impresos mediados por softwares de diseño y cámaras digitales que filman las diferentes funciones, demandan terminaciones más detalladas y pinceladas más finas en los telones de las escenografías:

> "Cambiaron algunas cosas, si bien [antes] era la misma técnica, pintar de pie... pero era más gestual, era más teatral la pintura. Ahora, con los años, con el tema de las cámaras digitales lo fue modificando un poco y se apunta a una pintura con más detalle, con otro tipo de pincelada… No pretendemos ser una escenografía para cine, pero sí se miran otros detalles que antes no importaban, y eras consciente de eso, pero no era lo que se buscaba… También tiene que ver con la mirada de los nuevos escenógrafos-diseñadores que pretenden otro tipo de acabado de algunos materiales. Nosotros siempre reproducimos lo que viene en el boceto y antes, por ejemplo, venían bocetos pintados a mano y ahora, bueno, ya son todos digitales, cambian los colores, cambian las pinceladas, que ya no existen… Antes era el papel pintado, entonces vos veías la pincelada, la intención del escenógrafo también, acá te pongo más materia, acá te pongo… Ahora, al ser digital, es diferente, tiene mejor terminación, quizás, pero un poco más frio…" (Leticia, encargada del taller de escenografía, entrevista personal, 28 de septiembre de 2018).

Esas transformaciones son evaluadas de manera diferencial por los actores del taller. En el caso de Enrique y Sergio, he notado que se aferran al modo en que se ejercía la práctica en tiempos remotos, como si fuesen herederos del legado clásico del antiguo Teatro. Cuando me refiero a un legado quiero decir que, como he mencionado antes, el aprendizaje del dibujo y la pintura en escenografía se realiza únicamente en los teatros de producción *con otros*. Todos los trabajadores que han ingresado al taller debieron -y deben aún- aprender técnicas nuevas, dominar saberes complementarios, trabajar en equipo y traducir aquello que se había aprendido en otras instituciones o espacios de formación al lenguaje de la producción escénica teatral:

> "Este es un oficio que se aprende trabajando, mirando en el lugar, porque trabajar en estas dimensiones, no… Ni en la facultad, no te preparaban en ningún lado. Vos llegabas y empezabas a trabajar, y te parabas al lado de alguno de los de más experiencia y tratabas de aprender y de pedir consejo…" (Enrique, jefe de escenografía, entrevista personal, 13 de septiembre de 2018).

Cuando Sergio o Enrique describen su apreciación sobre la práctica del oficio vuelven sobre el pasado del taller, sobre la escuela en la cual se formaron

en las instalaciones del colegio. Al hacerlo, establecen diferencias críticas con la generación más joven del taller y las tendencias actuales en escenografía:

> "Digo, pero sí, hay más cuidado, antes se trabajaba más a la antigua, que era más gestual, más… Había cosas que vos las veías y decías 'esto está desprolijo' o 'esto está muy exagerado', pero que funcionaba dentro de esa lógica teatral que vos estás mirando de lejos las cosas… Se veían bien, porque conocíamos… Eso también era el oficio, vos pintabas y se pintaba mucho más, es más, se hacía todo pintado… Si queremos resolvemos un fondo en dos, tres días, de hecho, en algún trabajo que hemos hecho para afuera lo hacemos así… En cambio, por ahí se toman más su tiempo los chicos y están mucho más tiempo para hacer una cosa que nosotros lo resolvemos… Tienen la idea de que todo es para cine y no, esto es teatro… Ahora se construye todo, y también es una exageración porque se trabaja como si fuera para… En algunos casos está bien porque es usado dramáticamente, y el realismo y todo eso… Pero en otros casos se exagera y hay otras cosas que, para nosotros, Sergio te debe haber dicho lo mismo… Digo, nosotros pintamos, no sé, una pared con un ladrillo y la pintamos y se va a ver, quizás, mejor que una pared construida con telgopor y pintada… Y si nosotros la pintamos se va a ver como una pared de ladrillo porque sabemos dónde exagerar, dónde bajarla, dónde subir... Hay una cuestión de efecto… Pero, bue… Son tendencias de la escenografía…" (Enrique, jefe de escenografía, entrevista personal, 13 de septiembre de 2018).

Considerando estas definiciones concluyen que existe un desapego respecto de la práctica original, diagnóstico que se ve agravado por la parálisis de la producción del Teatro a partir del año 2015. Antes, como me contaron Sergio, Enrique y Leticia e incluso los más jóvenes, solían hacerse hasta seis producciones por año, ocupando incluso fines de semana enteros para entregar una escenografía a tiempo. Los efectos de esa parálisis eran muy palpables en mis visitas al taller. Muchas de las jornadas que compartí junto a ellos consistían en ver apenas algunas pinceladas o en la inactividad total. El resto del tiempo se ocupaba limpiando baldes, tomando mate o charlando sobre diversos temas. A ello se suma que, desde 2017, la sala principal está cerrada. Se iniciaron obras de refacción en el escenario principal, se levantaron las butacas, pero aún no se han concretado las licitaciones para finalizar las tareas. La falta de continuidad en el trabajo aparece también como una dificultad para la "transmisión del oficio". De todas maneras, ese impasse me permitió presenciar y compartir conversaciones informales de variados asuntos y conocer con mayor detalle a los trabajadores del taller.

A ese grupo originario se incorporaría una segunda camada de trabajadores que representa un punto intermedio entre Sergio y Enrique y los más jóvenes. Ellos son Leticia, Martín, Pablo y Lucio. Su acercamiento a la pintura estuvo mediado en gran parte por su entorno familiar, sus padres hicieron carrera al interior del Teatro llegando a ocupar cargos de jefes en distintas secciones técnicas. Habituados a visitar el teatro desde pequeños, su ingresó

al taller fue directo, sin mediaciones, una vez finalizados sus estudios secundarios. A la par de su trabajo en escenografía, Leticia estudió la carrera de artes plásticas y Martín y Pablo de arquitectura. Hoy son encargados del taller, dictan clases en el nivel universitario y en el caso de los arquitectos tienen un estudio de arquitectura con el que *"les va muy bien"*. Digo que representan un punto intermedio ya que formaron parte del grupo originario que adquirió "la vieja" práctica del oficio y a la vez comparten un elemento en común con la mayoría de los trabajadores que ingresarían luego: el tránsito por la formación universitaria. Excepto a Leticia, a quien llegué a conocer más de cerca, el resto no suele frecuentar el taller. Ella comparte la misma mirada respecto al oficio que sus jefes, a lo que agrega una dimensión afectiva del lugar que ocupaba el Teatro en la vida de sus trabajadores. Más de una vez hemos conversado sobre el apego que los trabajadores sentían por el antiguo teatro. Además de un espacio de trabajo, se constituía como el ámbito privilegiado de sociabilidad y ocio, de construcción de vínculos amorosos, de formación de familias. Todo "giraba" alrededor del teatro. Desde temprano los trabajadores comenzaban su jornada laboral, al finalizar se aseaban y cambiaban en la misma institución y, luego de las funciones, salían juntos:

> "Lo que cambio fue la pasión, el lugar que ocupaba en cada uno el teatro… Para mi papá y sus amigos era todo el teatro… Y se perdió esa pasión por el Teatro porque era toda gente de oficio, por ahí no había tanta gente recibida, y era gente que se crio acá adentro, amigos, familia, se armaron millones de familias, que sus hijos siguen viniendo acá al trabajo, y después vienen a trabajar acá, es así como una dinastía (ríe)…" (Leticia, encargada del taller de escenografía, entrevista personal, 28 de septiembre de 2018).

La palabra "dinastía" me parece bastante sugerente ya que ilustra el patrón de acceso dominante, que no sólo ha preponderado en las secciones técnicas, sino en la mayoría de los agrupamientos del teatro. De hecho, las incorporaciones como los de Ana, Horacio y Pedro siguen esa lógica. Ellos son adultos mayores que no suelen ocuparse de las tareas principales del taller. Pedro, escultor, es el cebador de mates oficial, Ana a veces pinta en grupo cuando se trata de trabajos sencillos y Horacio se ausenta frecuentemente, aunque siempre trae picadas para compartir con sus compañeros cuando hace viajes a una ciudad del interior de la provincia. A partir de allí ese patrón cambia y comienzan a sumarse personas que en su mayoría se graduaron en la carrera de artes plásticas de Bellas Artes y que dictan clases en la facultad. Aquí se evidencia la incorporación paulatina de una nueva mediación en esta red de asociaciones local, la Universidad, como parte de un proceso de profesionalización -sumado a la llegada de los diseñadores escenógrafos- que introduce una tensión creciente entre oficio y academia. Primero ingresarían Sabrina, Manuela y Renata. Más tarde, en 2007, comenzarían a incorporarse los más

jóvenes.

Un caso peculiar es Renata, escenógrafa que trabajaba como administrativa en otra dependencia provincial y que pidió el pase al Teatro. Una mañana la encontré pintando sola en el taller, estaba terminando una de las telas de una obra que se había cancelado. La saludé y le conté un poco de mis intereses de investigación. Me dijo *"elegiste un muy buen lugar… yo siempre digo que nosotros somos empleados públicos de pintura, acá se ponen como locos cuando lo digo…"* (Renata, conversación informal, miércoles 13 de septiembre de 2017). Cuando dice "empleados públicos" lo usa en un modo peyorativo, aludiendo a que muchos han ingresado por familia y que no hay posibilidad de ascenso frente a los que tienen más antigüedad. Esa fue la causal de que no pudiera concursar alguno de los cargos jerárquicos del taller más allá de su especialización. Lo mismo ocurre cuando se refieren a aquellos que "no van todos los días". Sabrina, mientras practicaba la técnica de "chorreado"[4] sobre una escalera de hierro me contaba que *"este es un lugar muy particular… Otros talleres son más disciplinados, menos dispersos… Con los anteriores jefes no era así, ahora, que varios se piden licencia para trabajar en la facultad, algunos abusan"* (Sabrina, conversación informal, viernes 19 de octubre de 2018). Sabrina, Manuela y Renata, junto a los más jóvenes, son las personas que más asisten al taller.

Las justificaciones morales acerca de la legitimidad de estar en el taller fueron adquiriendo el carácter de una controversia a medida que los actores mismos desplegaban esas acusaciones en complicidad. Cuando comencé a visitar muestras y eventos en centros culturales de distinto tipo, no sólo tuve la oportunidad de desplazarme por esa red de asociaciones que rebasan el taller y el Teatro, también se generó el espacio que motivó cierta confianza para volver sobre temas de los que en el taller no se solía hablar. En una de esas "salidas" noté que ese tema adquiría la forma de una controversia. Uno de los trabajadores más jóvenes, Ignacio, se especializa en la técnica de grafiti y compone un colectivo artístico vinculado a la cultura hip-hop. Administran un centro cultural y actualmente mantienen una abultada agenda de eventos en diferentes locaciones de la ciudad. Cuando asistí a una muestra de tatuajes de uno de sus compañeros, me encontré con algunos de los trabajadores más jóvenes, con Joaquín y Paula. Ella se había interesado particularmente en mi investigación y habíamos construido una relación donde comenzó a asumirse como informante clave. Teniendo presente mis temas de indagación y conversando sobre el taller, pronunció una frase que soltó la polémica: *"Nosotros entramos al taller porque sabíamos pintar… Bueno, Sabrina y Manuela también… El resto entró por familia… Los que llegaron después entraron porque tenían la mente fija"* (Paula, conversación informal, viernes 21 de septiembre de 2018).

Los que tienen la "mente fija" son los más jóvenes: Julia, Ariel, Paula, Je-

4 La técnica de "chorreado" consiste en trazar pinceladas sobre una estructura de hierro y luego rociarla con una bomba de agua para producir un efecto de óxido en el metal.

rónimo, Ignacio y Joaquín[5], de entre 30 y 35 años. En su mayoría hijos de familias profesionales de la Ciudad, construyeron una filia por la pintura en su adolescencia, cuando cursaban sus estudios secundarios en colegios preuniversitarios, varios de ellos en el Bachillerato de Bellas Artes. Julia ingresaría primero a través de otra sección técnica, luego le seguirían Ariel y Paula. Esa noche Paula me contó que su conexión con el taller se dio a partir de un trabajo privado, la contrataron para diseñar una escenografía. Así acudió un día a la sección escenográfica y se encontró con Ariel, un chico que venía de formarse en los talleres del principal teatro lírico de Argentina y había llegado para *"trabajar gratis"*. Cuando él le ofreció ayudarla con el diseño de la escenografía ella le confesó: *"Yo quiero entrar al Teatro"*, *"Yo también"*, reafirmó *él*. Después de atravesar con éxito esa primera prueba, los convocaron una mañana para anoticiarlos de que esperaban incorporarlos. A partir de ahí, me cuenta, tuvieron que ganarse el *"derecho de piso"*. Recuerda cómo le temblaban las manos cuando le pidieron que cociera a máquina unos telones, o su enojo cuando tenían que lavar con Ariel todos los pinceles del taller al finalizar la jornada. Ella describe a Ariel como un compañero que le recordaba constantemente *"cómo eran las cosas"*, que debían seguir con la *"mente fija"* en ese objetivo.

El cuadro se completa con Joaquín, amigo de Paula, que trabajaba en el buffet del Teatro y realizaba algunas tareas para la sala de teatro experimental. Joaquín ingresó porque *"sabía hacer serigrafía"*, y se agrega Ignacio, que domina el grafiti. El último sería Jerónimo, compañero del bachillerato de Paula y Julia, al que todos en el taller describen como un *"genio"* por sus habilidades con el lápiz y el pincel. Jerónimo abandonó su trabajo administrativo en el estado provincial, concursó durante un mes para ingresar a un área escenográfica contigua al taller y poco a poco logró su traspaso. Con ellos pasé el umbral de confianza simplemente por estar ahí, cebarles mates y sumarme a alguna de las tareas más odiosas que les encargan. En una pared cercana al cuartito de descanso fueron escribiendo debajo de una gran "B" de "básicos" cada una de esas tareas: *"lavar los tachos, pintar de negro, destaperolar, entintar el hilo, taperolar, mezclar colores y tirar lo que apesta"*.

Entrado el 2018 y con poco trabajo en el taller, decidí dejar mi zona de confort como cebador y colaborar con una de esas tareas: lavar tachos[6]. Recibieron amigablemente mi nuevo rol, yo les hacía preguntas para aprender a limpiar rápidamente como ellos. Al cabo de una hora, cuando finalicé, varios habían desaparecido. Quedaba Ariel, que terminó de lavarse las manos frente

5 La formación del taller se completa con Javier y Lisandro, mayores de 40 años, que ingresaron con esa última tanda.

6 Antes que lavar, primero hay que quitar con un trozo filoso de madera toda la pintura seca adherida al interior del balde. Debe quedar completamente blanco, sin resto alguno de pintura y luego, sí, pasarlo por agua. Esos baldes son reutilizados luego para una nueva mezcla de colores.

a los piletones y me dice *"Vení, Santi…"*. No sabía a dónde íbamos. Varias veces solían desaparecer en grupo, pero no tenía idea qué hacían, sentía que *"se me escapaban los actores"*. La percepción del espacio y el tiempo en un taller tan grande ubicado en un cuarto subsuelo te vuelve un amateur para seguir sus rastros. Salimos por uno de los portones, subimos una escalera hacia un entrepiso y caminamos entre montones de bastidores, trastos y objetos de utilería. El camino terminaba en una mesa con bancos de una vieja escenografía, junto a un gran ventanal que daba al pulmón del edificio. Estaban en un descanso, conversaban, escuchaban música y fumaban. Me admitieron sin problemas, venía con Ariel. Ese día aprendí una cosa más, de las tantas que fui asimilando para entender el modo en que *fueron y van* tejiendo sus relaciones cotidianas en la práctica social del oficio.

Guiados por las instrucciones de sus jefes, los trabajadores hacen uso libre del espacio y tiempo siempre y cuando los trabajos lleguen a término. Llegan al taller en diferentes horarios de la mañana, se dividen por distintas tareas -de acuerdo con la antigüedad o a las habilidades adquiridas y reconocidas por otros-, se organizan para trabajar mediados por largas distancias en el espacio, se toman su tiempo[7], conversan, descansan, vuelven al trabajo y se ausentan si tiene otras obligaciones laborales. Los varones se encargan de trasladar estructuras y telones pesados, las mujeres suelen pintar juntas, los más jóvenes hacen sus "escapadas", los encargados negocian licencias apetitosas. Algunos dominan particularmente algunas técnicas, no todos saben coser largos telones a máquina como Leticia, ni dominan el conocimiento en geometría necesario para pasar un boceto a escala natural sin cometer errores: *"esto es lo que estructura todo, sino sale bien después falla todo"* (Paula, conversación informal, jueves 13 de septiembre de 2018). Tampoco es fácil armar un color como lo hace Sergio, *"que la tiene re clara"* (Ignacio, conversación informal, miércoles 28 de marzo de 2018), *"es una técnica de la mirada que se va entrenando, empezás con el tiempo a ver colores que antes no veías"* (Renata, conversación informal, jueves 13 de septiembre). Al finalizar la jornada, se agrupan en el cuarto de descanso o en la mesita del medio, toman mate, conversan sobre variados temas[8], los más jóvenes comparten cigarrillos de tabaco y bromean, todo el tiempo. Bromear es la práctica de relación preferida.

Más allá de los méritos: moralidades e ideales de clase en ten-

7 Pudiendo intensificar gradualmente el ritmo laboral a medida que se acerca una fecha de entrega.

8 La situación del teatro, la agenda política de coyuntura, los trabajos privados, proyectos artísticos personales, herramientas de dibujo, la economía doméstica, la alimentación, los viajes hechos o por hacer, la crianza de hijos, series de plataformas de streaming, cine, muestras y demás consumos culturales, entre otros.

sión

Como ilustré en el apartado anterior, estos pintores escenógrafos participan en sus acusaciones cotidianas de una controversia más amplia en el taller sobre los modos legítimos de haber llegado y "estar ahí". Organizada bajo la forma de un discurso de méritos individuales, la polémica es respondida y ampliada incluyendo cuestionamientos no sólo hacia las escuelas en pintura escenográfica y las formas de compromiso, sino también hacia la relación afectiva que cada uno mantiene con la práctica y la institución, los patrones de acceso al empleo público y al taller, y las destrezas adquiridas sobre el oficio. Sin embargo, mi trabajo de campo ilustra que esas apelaciones al mérito personal no se amplían hacia otras esferas de interacción. Lo que observo, en todo caso, es que estos actores articulan prácticas y formas discursivas alternativas que complejizan el modo en que definen su identificación con una clase media imaginada. Como argumentaré más adelante, mis interlocutores manifiestan un alto grado de reflexividad sobre su propia condición social, atenta a los factores estructurales que inciden en el destino individual, pero al fin social, de una persona. Esa reflexividad también pincela, a su modo, los contornos de un mundo social heterogéneo y desigual que se contempla desde una posición igualitarista y crítica. Con esta tentativa de análisis propongo pensar la diversidad de respuestas que personas identificadas con las clases medias pueden ofrecer hacia la diferencia social, hacia otras clases o agrupamientos sociales.

La lente a través de la cual he venido ensayando ese argumento hasta aquí se basa en la descripción etnográfica de las conexiones que cobran sentido en la vida cotidiana entre identificaciones de clase y oficios artísticos Esta descripción apunta, en primer lugar, a repensar los vínculos posibles entre objetos estéticos, estatus y clase social. En ese sentido, el título de este artículo comienza con una interrogación que insinúa una crítica que desarrollaremos a continuación, sobre las limitaciones que devienen del uso de un enfoque centrado en las determinaciones que las posiciones estructurales de los actores sociales imprimen a su relación con un objeto estético (Benzecry, 2012). Una referencia central e inmediata a estos debates es el cuestionamiento hacia el enfoque legitimista bourdiano (Grignon y Passeron, 1989), el cual subraya la obsesión de las clases medias por la distinción y las conductas miméticas de las clases altas y su consecuente rechazo al mundo popular, postura que también encuentra expresiones similares en la literatura local (Jauretche, 1982; Svampa, 2001, 2005).

En segundo lugar, esta descripción etnográfica se inscribe en nuevas perspectivas de abordaje sobre las clases medias que establecen un contrapunto con trabajos sociológicos precedentes, en especial el boom de investigaciones de la década del '90. Por un lado, destaco los valiosos aportes empíricos que estas investigaciones realizaron sobre el comportamiento de sus fracciones internas

en un fuerte proceso de fragmentación social entre "perdedores" (González Bombal, 2002; Minujin y Anguita, 2004; Minujin y Kessler, 1995; Lvovich, 2000) y "ganadores" (Arizaga, 2000; Svampa, 2001, 2005) del modelo social. No obstante, señalo que en la reconstrucción de ese mundo polarizado persistió una tendencia a definir la clase como una operación previa delimitada por el investigador, más allá del reconocimiento de su heterogeneidad estructural creciente. En los últimos años, nuevos enfoques desde la historiografía y la antropología señalaron lúcidamente esta crítica (Visacovsky y Garguin, 2009) y abrieron un campo de indagaciones sobre el uso del concepto de "clase media": estudiaron su emergencia, variabilidad histórica y circulación pública como categoría de identificación social, y se abocaron a reconstruir las condiciones de producción, actualización y variados usos que los actores hacen de una idea de clase media en diferentes contextos.

Estableciendo un contrapunto con la perspectiva sociológica germaniana, investigaciones historiográficas recientes argumentan que la idea de clase media, como categoría de identificación social, comporta una *aparición tardía* en la sociedad argentina. Es hacia mediados del siglo XX que esta idea acaba por configurarse como una identidad distintiva en términos sociales y políticos. En el marco de los gobiernos peronistas del período 1946-1955, un conjunto de sectores intermedios de la estructura social articuló su identidad bajo la categoría de clase media, movilizando simultáneamente discursos racistas y racializantes (Garguin, 2007) que respondían a procesos de largo plazo (Adamovsky, 2009). Dichos discursos se sustentaban en un relato de origen sobre la clase media, en una visión de la historia progresiva y lineal (Visacovsky, 2014) que trazaba su genealogía en el aluvión inmigratorio de "europeos", "blancos" de fines del siglo XIX y principios del XX. Esa generación, a través de su laboriosidad, su honestidad y su esfuerzo individual, generó las condiciones para el éxito y el progreso. Fruto de su recompensa, sus descendientes dieron lugar a la formación de una extensa clase media, la cual recrea a partir del ejercicio de esas virtudes morales -la autonomía y el sacrificio- el curso del ascenso social. Asimismo, con el correr del siglo XX tendió a afirmarse un ideal de estilo de vida articulado a esos discursos y relatos sobre la clase media anteriores: la búsqueda de un trabajo estable calificado, una casa y un vehículo propio, educación y salud de calidad para los hijos y cierta capacidad de ahorro.

Retomando estas perspectivas de análisis, propongo analizar formas actuales de identificación emergentes a la luz de las transformaciones estructurales de las clases medias argentinas contemporáneas. Por ello es que, a partir de la interlocución entre las descripciones de mis informantes, la bibliografía disponible sobre clases medias y mis propios esfuerzos por "cruzar" una interpretación, presento a continuación un mosaico de prácticas y formas discursivas disímiles que conviven tensionando ese viejo ensueño nuestro, el de alcanzar un estilo de vida asociado a una clase media imaginada. Me concentraré en

describir las narrativas de permanencia y ascenso social que estos actores elaboran al reconstruir sucesos significativos de su pasado en diálogo con ciertas moralidades que inscriben en esas narraciones (sacrificio, autonomía, realización personal). Luego, describo las formas situadas que adoptan el estatus y la distinción en el terreno, o más bien, cómo los actores otorgan sentido a estas categorías y las "ponen a funcionar" en la vida cotidiana. Finalmente, concluyo mi argumentación señalando la presencia de un modo alternativo de pertenencia de clase para este mundo empírico. Se trata de una forma de habitar la clase que, estableciendo posicionamientos igualitaristas y críticos respecto a la desigualdad social, se define ante todo por la apelación a una "otra" clase media a partir de la cual se distingue en términos morales.

NARRATIVAS DE PERMANENCIA Y ASCENSO SOCIAL

Tomando en serio las descripciones de estos pintores-escenógrafos, no es menos cierto que poseen méritos propios para decir lo que dicen y estar donde están. Con el apoyo de sus familias para conocer a temprana edad un taller de pintura, cursar estudios en un bachillerato de artes, finalizar una carrera universitaria o tener una vivienda propia, todos ellos movilizan la idea del mérito individual para poner en valor sus biografías, todas las acciones individuales continuadas que los llevaron a un lugar de trabajo vinculado al oficio por el cual sienten especial apego. Todos ellos, por diferentes motivos, son en parte *hormiguitas burguesas* (Vargas, 2014). En las entrevistas que compartí con Sergio y Enrique, ellos mismos describen una narrativa de ascenso social que se inicia en un aprendizaje autodidacta de la pintura, y continúa con una carrera al interior de una institución estatal de arte hasta llegar a jefes de una sección escenográfica. Cuando les pedí que describieran una imagen del mundo social por estratos y la percepción de su propia posición[9], a diferencia de otros trabajadores que se definían a secas como *"de clase media"*, ellos se ubicaron en una fracción de clase inferior, una *"clase media baja"*.

En cada caso me hicieron una pequeña confesión vinculada a sus orígenes familiares. El mismo día de la entrevista, por la tarde, Sergio realizaba una muestra de sus pinturas. Esa coincidencia motivó que vinculara alguna de mis preguntas con ese evento. Me contó que él pinta a partir de imágenes fotográficas y que la muestra de esa tarde, *"Lo que entra en una caja"*, estaba basada en un trabajo de memoria sobre fotos de su niñez. Esas fotos, me dice, fueron sacadas con una cámara prestada de una familia amiga, la suya no podía permitirse un gasto así. A su parecer, hoy vive un pasar *"mesurado"* similar al de sus padres pero que, a pesar de ello, posee un *"capital cultural"* (Sergio,

9 Realizo esta pregunta hacia el final de las entrevistas en un carácter totalmente abierto, sin utilizar incluso el término de "clase social".

entrevista personal, 31 de agosto de 2018) que esa tarde volvió a actualizar: en el lenguaje que utilizaba para presentar el concepto de su obra, la serie de premios que enumeraba en un folleto, en su talento legitimado por un público asistente, y en las maneras de ser y estar que practicaba junto a otros en una muestra de pintura. Por su lado, Enrique me contó cómo a través de los años su percepción de las fronteras sociales fue cambiando. Trajo a colación a su actual pareja, hija de profesionales, que en su niñez tomaba clases de piano y viajaba a Europa. Y me explica: *"yo recién hace cuatro años viajé a Europa (se ríe)"* (Enrique, entrevista personal, 13 de septiembre de 2018). Me decía que para él esas familias eran *"ricas"*, pero que en su adultez las percibe como de una *"clase media alta"*. Al igual que Sergio, su pertenencia a la clase media se identifica centralmente con esa historia de ascenso, con las garantías que brinda una posición jerárquica en la práctica del oficio y su participación en el circuito artístico local.

Otras narrativas que he escuchado en el taller también son de ascenso, tal vez hacia posiciones "más consolidadas", como las de Leticia, Pablo y Martín, encargados del taller, o las de Sabrina, Manuela y Renata. Pero la generación que vino después, en su mayoría graduados de la Facultad de Bellas Artes y habitando la década de los 30 años, están por así decirlo, *"haciendo carrera"*. Considerando esa diferencia etaria y la descripción de las familias de las cuales provienen, se trata, en este caso, de narrativas de permanencia. Por supuesto que hay diferenciaciones internas entre ellos, como Ignacio, el más joven del taller, que recuerda frecuentemente en las conversaciones grupales que es el más *"pobre"*, por la categoría de su contrato. O Joaquín, que, a diferencia de Ariel, Jerónimo o Paula, no tiene auto. Un día, al finalizar la jornada de trabajo, subimos por ascensor con Ariel, Jerónimo y Joaquín hacia la planta baja. En un momento el ascensor se detiene en el segundo subsuelo y Ariel y Jerónimo se despiden rápidamente. Le pregunto a Joaquín por qué no seguían con nosotros, me explica que ahí estaba el estacionamiento del Teatro y me dice riendo: *"Estos ricos…"* (Joaquín, conversación informal, viernes 5 de julio).

Estas narrativas de permanencia también implican un trabajo de *hormiguita*. Como señalaba al inicio de este apartado, la sociología ha descripto minuciosamente en diversos trabajos empíricos el proceso de fragmentación social que experimentaron las capas medias de la sociedad argentina, especialmente durante la década de los '90. Asimismo, investigaciones sociológicas recientes continúan informando los efectos de ese proceso de transformación profundo de la estructura social que complejizó la composición interna de los estratos medios (Benza, 2014; Sautu, 2016, Maceira, 2018) y planteó nuevas condiciones objetivas muy diferentes de aquellas en las cuales emergió históricamente ese ideal de clase. Por un lado, la precarización creciente del mercado de trabajo ha alcanzado incluso a las tradicionales inserciones socio-ocupacionales de los sectores medios. Por otro lado, y sumado a ello, la mercantilización

progresiva de espacios de la vida social otrora protegidos y garantizados por la regulación del Estado, como la educación, la salud o el acceso a una vivienda, tornaron más difícil conquistar un ideal de estilo de vida asociado a la clase media. A pesar de ello, ese viejo ideal sigue comportando una gravitación importante en el ideario de las capas medias (Sautu, 2016; Semán, 2016), aún en las condiciones que plantea el nuevo escenario económico-social. Continuar en las posiciones intermedias de la escala social, como bien dice Semán (2016), cuesta cada vez más, es el verdadero trabajo de hormiguita. Y esto, por cierto, no es algo que escape a la erudición de los actores:

> "Si yo voy a lo económicamente hablando, a mi poder pudiente por así decirlo... yo no he alcanzado ni ahí las cosas que han alcanzado mis viejos… Si vos querés tener un pibe, o dos o tres, como nosotros hemos pensado varias veces, yo no sé cómo mierda hago... me va a costar un huevo y medio mandarlos a un colegio privado si no consigo que entre a una escuela pública eh... garpar [costear] una obra social, todas esas cosas... lo que eran mis abuelos, se rompieron el orto... laburantes al palo [comprometidos], después vino una camada científica que dentro de su mundillo hizo las cosas de una manera impresionante y todo autogestionado digamos... más allá del back de sus padres, pero con una impronta de autosuperación y de escalamiento impresionante… Es como un salto radical, viste, qué se yo, también son esas cosas del siglo XX, ¿no?... y yo, que me siento con muchísimas herramientas medio que he bajado un poco eso, yo estudié plástica, ¿viste? No estudié ni física ni matemática, ni medicina, ¿me entendés?" (Ariel, entrevista personal, 10 de enero de 2017).

Como señala Ariel, ese círculo virtuoso de ascenso parece detenerse en su generación. La apuesta, en todo caso, es permanecer, gozar de un estilo de vida en buena parte representado por ese ideal de clase. Pero la manera de *alcanzarlo* no se sigue de un modo unívoco, adquiere forma en una búsqueda biográfica particular: la consolidación en un oficio no convencional asociado a una vocación, para el caso de Ariel y los trabajadores del taller. En ese sentido, otro de los señalamientos sugerentes que plantea Semán es que, a partir de las nuevas reglas de juego, lo que define esa pertenencia es la búsqueda de los últimos trabajos que quedan, los trabajos que "valen", aquellos trabajados calificados que garantizan cierta estabilidad material y satisfacción personal. Como señala Sautu (2016: 171-172), las burocracias del Estado, aun cuando contienen en sí mismas personal sujeto a los cambios políticos de gestión, continúan caracterizándose por su estabilidad y por ser una fuente de recursos y garantías que consolidan posiciones intermedias en la estructura social. Esa descripción se traduce, a mi entender, en la larga espera que los trabajadores de escenografía han transitado por ocupar posiciones laborales en las que pudieran desarrollar plenamente el oficio. Digo larga espera porque, en su totalidad, todos ingresaron a través de contratos temporales de distinto tipo (o inscriptos como trabajadores autónomos) y debieron esperar varios años hasta final-

mente ser *"nombrados"*. Ser *"nombrado"* significa ingresar como trabajadores de planta permanente en el Estado. Ocurre lo mismo con aquellos que hoy dictan clases ad honorem en la universidad esperando algún día "tener cargo" estable.

Existe entonces la idea de una búsqueda en buena parte regulada por ese ideal de clase, pero que no sigue linealmente sus presupuestos comúnmente asociados. Para este caso se trata de un esfuerzo, de una perseverancia y espera:

> "…Sí sé que no me imagino fuera de acá, no me imagino abandonando esta ciudad, no me imagino cambiando de amigos… pienso que me encantaría, pero por otro lado no me imagino fuera de esto, porque el lazo que yo tengo con las relaciones humanas, con mis amigos, y con esto, con el trabajo, la continuidad y la rutina del día a día de lunes a sábado laburando, es algo que me tiene completamente alienado, de lo cual no tengo la menor intención de salir, voy a seguir cinchando10 hasta que me muera…" (Ariel, entrevista personal, 10 de enero de 2017).

Esta noción de esfuerzo establece un diálogo con otras investigaciones empíricas que han señalado la presencia de un conjunto de moralidades inscritas en relatos de origen de la clase media, en narrativas de ascenso y experiencias de descenso social (Sautu, 2001; Vargas, 2014; Visacovsky, 2012, 2014), como el sacrificio y la autonomía. Sin embargo, a diferencia de algunos trabajos que han señalado el carácter incontrovertible de estos valores, incluso en contextos sociales y económicos adversos (Sautu 2001; Visacovsky, 2012), mis interlocutores no siguen esa idea de esfuerzo acompañada de la creencia en la autonomía individual. La autonomía es actualizada, en todo caso, para ser colocada en tela de juicio frente a la gravitación de factores estructurales que indicen en sus destinos personales. Una situación muy ilustrativa sobre este aspecto sucedió una tarde en que fuimos con Paula a ver una obra de teatro de la escuela de oficios. Ella quería que conociera otras propuestas *"interesantes"* de distintos trabajadores del teatro. Fuimos con un grupo de amigos a quienes no había visto antes. Con uno de ellos entabló una discusión acalorada que se extendió incluso una vez ubicados todos en la sala, mientras yo, en medio de los dos, rogaba porque dejaran de pelearse. El motivo que suscitó la polémica fue un comentario inicial de su amigo, quien había quedado desempleado y pensaba que no existía una diferencia significativa entre las políticas públicas de la administración anterior y la actual. En esa larga discusión recuerdo que ella le dijo: *"Por más que te esfuerces, si una política de Estado no acompaña, te va a ir peor…"* (Paula, conversación informal, viernes 31 de agosto de 2018). Seguido de ello, relató en ese mismo registro la importancia que había tenido para ella la posibilidad de ingresar como trabajadora al teatro y ser posteriormente

10 Llamó mi atención que eligiera el término "cinchar", que significa "asegurar la silla o albarda a un animal" apretando la cincha, una faja que puede ser de lana, cuero, u otro material; palabra que coloquialmente expresa también el sentido de "trabajar empeñosamente para que algo se realice", según el diccionario de la Real Academia Española.

designada en la planta permanente.

El sacrificio personal, por otro lado, no se concibe de un modo aislado. Este valor tiende a converger con la búsqueda del deseo personal y la vocación entendida como autorrealización, donde los lazos afectivos se revelan también como parte de un proyecto de vida más amplio. Esa noción de sacrificio como modelo de éxito se relativiza en las condiciones objetivas actuales frente a otras opciones de vida. Dicha observación se articula con producciones recientes que han señalado la presencia de la realización personal en tanto valor como vía de prosperidad en colectivos identificados con las clases medias (Vargas y Viotti, 2013).

ESTATUS Y DISTINCIÓN EN TERRENO

Lo que la evidencia empírica arroja a lo largo de mi trabajo de campo etnográfico es que estos trabajadores ponen en tensión simultáneamente ese ideal de clase y algunos de sus presupuestos morales comúnmente asociados, adhieren a otras formas discursivas alternativas y mantienen una actitud distante, despreocupada, respecto del estatus social que emana de sus posiciones laborales, vinculadas a la producción de un objeto estético típico de las bellas artes.

Ejemplo de ello es la participación de los trabajadores del taller -en su mayoría los jóvenes que ingresaron a partir de 2007, pero también otros mayores- en variadas asambleas, marchas y protestas frente al teatro por la demanda gremial de "pase a planta". En esa serie de conflictos que presencié, los trabajadores de escenografía apelaron a un discurso colectivo de derechos laborales y utilizaron el prestigio social del Teatro en favor propio para conquistar posiciones estables. Tejieron alianzas con secciones técnicas, articularon con gremios combativos e intentaron "acercar" a los cuerpos artísticos del teatro[11]. La evolución del conflicto comenzó a integrar progresivamente a un repertorio clásico de protesta, basado en movilizaciones, reclamos frente a las autoridades y cese de actividades, una serie de intervenciones públicas en las cuales articularon el uso de sus oficios como herramientas de denuncia. Enunciándose junto a la totalidad de agrupamientos como "trabajadores del

11 Ese trabajo de articulación no estuvo exento de tensiones, la participación de los cuerpos estables artísticos en el conflicto fue muy baja ya que tienen una modalidad propia de reclamo frente a las autoridades. Han tramitado sus propios reclamos salariales y de pase a planta dejando afuera al resto de los agrupamientos. La modalidad consiste en dejar el telón bajo con la sala principal llena y negociar bajo amenaza de no comenzar la función. Lo mismo sucede con los maquinistas, a quienes también acusan de "corporativos". Tampoco la participación de los trabajadores jóvenes de escenografía ha sido siempre continua. Evalúan la evolución de los conflictos y sus ganas de participar, pudiendo optar por faltar a una asamblea para irse a sus casas, quedarse pintando en el taller o juntarse en grupo a ver un partido de la copa mundial de fútbol.

Teatro", pusieron a funcionar el prestigio social de diferentes objetos estéticos vinculados al teatro lírico destacando el carácter "patrimonial" de sus oficios.

Recuerdo dos conflictos públicos en especial durante el 2017. En uno de ellos, junto a coristas y músicos, las secciones técnicas realizaron una protesta en una de las veredas externas del teatro. Allí construyeron un "cráter" de baldosas que sobresalían de la vereda, dejando entrever que existía un elemento oculto debajo, asociado al teatro, y que salía a la superficie como declaración. En ese acto, disputaban la representación sobre el verdadero significado del patrimonio del teatro, los oficios de sus trabajadores, en oposición a la política de la administración provincial centrada en las reparaciones de las fachadas externas, jardines y luminarias del edificio. Meses después, en la noche de estreno de una de las óperas más esperadas del año, los técnicos del cuarto subsuelo exhibieron una figura macabra gigante -que hacía sentido con el título de la obra en cartelera- en la cual emularon el rostro de la máxima autoridad provincial, repartieron volantes, se manifestaron en el escenario antes de comenzar el espectáculo y realizaron entrevistas para diferentes medios de comunicación locales.

En el primer semestre de 2018, la administración provincial presentó un plan de incorporación a la planta permanente en tres tramos. Una mañana del mes de septiembre, presencié la noticia de los últimos incorporados en el taller. Bajó Ignacio sonriente con unos papeles y comenzó a mostrárselos a todos, solo restaba Jerónimo, que ingresaría en el último tramo. Rumbo al cuarto de descanso para compartir el festejo -con unas botellas de whisky que abrieron para la ocasión-, me encuentro con Paula que estaba trazando un boceto con regla. Compartiendo la novedad me dice: *"Qué loco, ¿no? En este contexto… y bueno, es así, te bajan el ministerio, pero acá invierten porque es alta cultura..."* (Paula, conversación informal, jueves 13 de septiembre de 2018). Al analizar cómo las relaciones entre objetos estéticos, estatus y clase social cobran forma en la vida de estos actores resulta inevitable la referencia a la etnografía sobre los fanáticos de la ópera de Claudio Benzecry (2012). En especial, su contribución al señalar las limitaciones de enfoques sociológicos que centran su atención en las posiciones estructurales de clase y las operaciones de distinción (Bourdieu, 1988), reduciendo las prácticas estéticas de los actores sociales como meros ejercicios de estatus. Como señala Benzecry, es necesario introducir mediaciones en el análisis que restituyan la relación de apego particular que los sujetos fundan con determinados objetos estéticos. Para este caso, al igual que los fanáticos de Benzecry[12], estos pintores construyen un vínculo singular

12 Al reconstruir las trayectorias sociales de los fanáticos de la ópera, Benzecry argumenta cómo todos ellos, más allá de sus heterogéneas posiciones sociales en términos de ingresos, educación y edad, adscriben su pertenencia a una extensa clase media urbana característica de un -imaginado- país socialmente homogéneo. En este sentido, su descripción corrobora la fuerte pregnancia de un relato de origen sobre la clase media argentina para ese universo empírico. Este trabajo, en diálogo con los aportes precedentes, ilustra que esos relatos e ideales de clase

con la pintura, como profesión afín a una vocación, en un extenso proceso de formación y creación con otros. En ese vínculo, la relación que establecen con el estatus como forma social que emana de su profesión no es mecánica ni uniforme, sino que emerge de formas diferentes, de acuerdo con cada biografía y situación de interacción. Así como Sergio recreaba un "capital cultural" adquirido en el reconocimiento de sus obras en muestras de arte, he descripto también cómo varios trabajadores han utilizado el prestigio social del Teatro -en articulación con un discurso de derechos laborales- como herramienta de denuncia pública para ganar posiciones estables en sus trabajos. Asimismo, si bien reconocen la circulación de sus producciones estéticas como objetos de alta cultura para públicos específicos, la evidencia empírica no refleja que por ello asuman regularmente una actitud distintiva frente a otros en la vida diaria.

En mi tránsito por la red de asociaciones que fui siguiendo, noté que predomina en mis interlocutores una actitud más bien despreocupada, antes que distintiva, respecto al estatus de sus oficios. Lo que organiza en todo caso la construcción de sus vínculos es un apego compartido por el arte, sobre unos modos comunes de crear y valorar producciones estéticas. En ese itinerario hacen afectos e interactúan con personas en un circuito social local amplio. No solo aquél que comprende el desplazamiento entre la facultad, el teatro y el universo de muestras y eventos culturales. Ese circuito gana mayor heterogeneidad social cuando la práctica del oficio recorre otras formas: en la enseñanza del oficio en escuelas secundarias públicas o en talleres propios, en la realización de trabajos privados a terceros, y en los diferentes proyectos colectivos de pintura, música y artes plásticas que traman con otros.

Uno de los espacios a los que pude acceder en el último tramo de mi trabajo de campo es el de las muestras. Las hubo variadas, algunas más formales, otras no tanto. Si bien el motivo principal que reúne a las personas es la muestra misma y el artista, para mis interlocutores más jóvenes representa principalmente una oportunidad para juntarse con amigos a conversar y tomar algo. Una de las primeras muestras a las que asistí fue en un centro cultural municipal, donde exponían Ariel, Joaquín y Paula. Los encontré, por momentos, cerca de la obra e intercambiando con el público visitante y, por otros, hablando con sus amigos y tomando cerveza artesanal de una botella en medio de un patio. En otra ocasión, en un centro universitario de arte, Ariel y Jerónimo vestían más formales y compartían a escondidas una petaca. En la muestra de Sergio, seguíamos sirviéndonos champagne con Paula y sus amigas, nos reíamos un poco de eso y ella argumentaba: *"Las muestras son para ponerse en pedo (reímos)…"* (Paula, conversación informal, viernes 31 de agosto). Esa actitud despreocupada es la que prefiere Jerónimo cuando toca con su septeto de música cubana en un bar de la Ciudad, localizado frente a una

se sitúan como objetos de una reflexión crítica por parte de mis interlocutores.

vieja estación de trenes: *"Me gusta mucho* [refiriéndose a esa zona urbana]… *es más relajado, no es como esos lugares chetos del centro que tienen esa onda yanqui…"* (Jerónimo, conversación informal, viernes 29 de junio).

Además de observar y participar, he tenido la oportunidad de profundizar varios temas de conversación en las entrevistas que realicé junto a mis interlocutores. Siempre dejaba para el final las preguntas sobre identificación de clase y estratificación social[13]. Intentaba realizar preguntas abiertas para que pudiesen describir, desde su punto de vista, cómo se conforma nuestro mundo social. Mi intención se centraba en que pudieran *dibujar esos contornos* en asociación libre y no inducir, de mi parte, sus respuestas en algún sentido:

> "Económicos, que me parece que acá pesan, de origen a veces, yo lo veo en algunos lugares de origen… no sé si étnico, pero sí, si vos sos inmigrante o no, y de qué país venís, me parece que nosotros nos creemos superficialmente muy abiertos y democráticos y no somos tan así… Nosotros, los argentinos, en general, ponele de clase media, nos consideramos ilustrados, nos consideramos en esa cosa europea o europeizante, y no reconocemos nuestros orígenes no tan... Ni que somos ni tan abiertos, ni tan educados como nos creemos que somos, ni nos miramos… Digo, porque tenemos la capacidad de analizarnos muy profundamente… para bien o para mal, [ser de clase media] tiene sus virtudes y sus defectos, supongo… Me parece que tenemos así, como clase, una pretensión, una pretensión de clase precisamente, que no es muy reconocida, somos pretenciosos, pero no lo aceptamos tampoco el ser pretenciosos, nos resulta difícil, digamos, ponernos en el lugar de otro, más bien pretendemos que todos se pongan en nuestro lugar o mirar la vida y mirar todo desde un lugar de clase media, sin reconocer que es un lugar de clase media precisamente… Tenés que estar consciente de eso antes de evaluar o juzgar directamente lo que hace alguien de otra clase… Yo supongo que [las fronteras sociales] van cambiando a medida que uno va precisamente observando y conociendo a la gente, y el reconocimiento de otros pensamientos y de otras situaciones, otras formas de vida, y no considerar la propia ni como la mejor ni como la única, es una. Y entonces, ese es el ejercicio, digamos… De ver en los demás otras formas, y yo no si sirve para desarrollarse uno, me parece que sirve para sentirse más uno en armonía con el alrededor…" (Lisandro, entrevista personal, 19 de octubre de 2018).

Esta descripción que Lisandro compartió conmigo es una de las tantas definiciones de la clase que mis interlocutores elaboran, dialogando con modos alternativos de pertenencia y tensionando los supuestos de un ideal de clase media. En esas definiciones, observo un posicionamiento crítico y tendiente al igualitarismo respecto de un mundo social que se concibe como desigual y heterogéneo. Con ello me refiero a que estos pintores escenógrafos, al igual

13 El análisis integrado de la formación de identificaciones de clase con las descripciones que los actores realizan sobre la composición de la estructura social y el lugar que ocupan en ella es una perspectiva escasamente problematizada (Jorrat, 2014; Grimson, 2015).

que la bibliografía del campo de estudios, desarrollan una reflexividad crítica que identifica la presencia de un ideal de clase media extendido en la sociedad argentina, suelen definir la desigualad desde una perspectiva que considera la interseccionalidad entre clase y etnia, y dan cuenta de la mutabilidad de las fronteras sociales que construyen.

Otro de los aspectos que registré en variadas entrevistas y conversaciones informales, mordiéndome la boca para no intervenir, es que las formas de distinción moral que estos actores construyen respecto a un "otro" social en términos de clase se producen la mayoría de las veces respecto a fracciones del mismo sector social. Manuela, repasaba el diario una mañana parada frente a la mesa del cuarto de descanso. Pasando algunas páginas no pudo evitar su enojo y preocupación frente a la situación económica: "¡No los soporto más! ¡Quiero que se vayan! Yo porque soy una ratona, pero… ¿Y el resto? ¿Los que tienen las tarjetas explotadas" (Mariana, conversación informal, 31 de agosto)? Esas *otras* clases medias han sido motivo de reflexión cotidiana en torno a otras noticias mal recibidas. El día que se enteraron de las condiciones del nuevo acuerdo paritario para los trabajadores estatales provinciales, en mayo de 2018, Jerónimo y Lisandro se molestaban por el lenguaje *"eufemístico"* utilizado en el inciso de pago por presentismo. Sentados en la mesa del medio del taller y tomando mate, Jerónimo dibujaba y decía*: "Ahí te das cuenta la cuestión de clase, en ese eufemismo que usan… Porque hay una matriz cultural de la clase media, con la meritocracia, el éxito, de sentirte especial, de que alguien va a venir en algún momento y te va a recompensar…"* (Jerónimo, conversación informal, viernes 23 de mayo). Lisandro comparte: *"Es como una marca de agua de nosotros, de la clase media"*. Manuela, que se había acercado y escuchaba la conversación, agrega: *"Hay familias que tienen como un método, y que si les va bien no lo ponen en juego por nada, y cuando esas cosas se ponen en crisis se les da vuela el tablero…"*. Jerónimo le responde: *"Pero ¿sabés qué? Lo sufren… porque todo va cambiando rápido y no reaccionan… Mi vieja sigue yendo a comprar al mismo almacén y yo le digo 'vayamos al mayorista mamá", y ella no quiere… No les entra una bala"*.

Hasta aquí la evidencia empírica informa que, en este mundo del arte habitado principalmente por estratos intermedios, las interacciones y los "temas" de conversación con otros en la vida cotidiana se desarrollan sobre la base de una clase media que reflexiona consigo misma. Es a partir de la apelación a unas "otras" clases medias que estos actores dibujan sus propios contornos y se distinguen en términos morales.

Conclusiones

A partir de mi trabajo de campo, propuse en este artículo describir modos alternativos de pertenencia emergentes a la luz de las transformaciones es-

tructurales en las clases medias argentinas contemporáneas. En ese sentido, intenté reconstruir las conexiones entre oficios artísticos y formas de adscripción de clase en las trayectorias sociales sobre el oficio de la pintura de trabajadores de escenografía de un prestigioso teatro de gestión estatal. Pretendí describir la dimensión social de la práctica de pintar y sus diferentes recorridos (morales) para llegar o estar en el taller. Al reponer las acusaciones cotidianas que esos trabajadores establecen entre sí sobre las formas legítimas de practicar el oficio, argumenté que mis interlocutores hacen foco en sus méritos personales para poner en valor sus propias biografías y sus narrativas de ascenso y permanencia social. Sin embargo, ese discurso basado en el mérito que funciona dentro del espacio laboral del taller, no se traslada automáticamente a otras esferas de interacción por las que circulé junto a ellos. Más aún, ese discurso convive con otros discursos y moralidades que complejizan el modo en que estos actores interpretan su propia condición social y el mundo que los rodea. A través de búsquedas vocacionales y prácticas de pertenencia que se orientan en buena parte por un ideal de clase media fuertemente arraigado en las capas medias, estos pintores escenógrafos ponen simultáneamente en tensión ese mismo ideal y cuestionan algunos de sus presupuestos morales comúnmente asociados, en particular aquellos ligados a la autonomía individual y el sacrificio como vías indiscutidas de prosperidad.

Este argumento puede resultar un aporte novedoso para el campo de estudios que contribuya a relativizar el peso atribuido al componente meritocrático en la formación de identidades de clase media, dando cuenta de la creciente heterogeneidad estructural de los estratos intermedios y la existencia de una pluralidad de sensibilidades e imaginarios que se actualizan en la producción de fronteras simbólicas de clase. Dialogando con investigaciones sociológicas recientes que analizan las transformaciones objetivas de los estratos intermedios, señalo que en el actual proceso sociohistórico caracterizado por una reestructuración regresiva del tejido social, la clase media como categoría de identificación social emerge en vinculación con ciertas moralidades que ya no pueden ser analizadas únicamente en relación al mérito, la autonomía y el sacrificio, moralidades gestadas en la estructura de clases anterior y propias de la sociedad salarial.

Asimismo, al analizar las relaciones entre objetos estéticos, estatus y clase social, me aboqué a describir las mediaciones que es necesario restituir entre los actores sociales y la relación que fundan con un objeto estético para realizar una contribución empírica hacia los enfoques críticos de las perspectivas legitimistas ya señaladas. Lejos de observarse una conducta uniforme basada en la mímesis con una cultura de élites o en el mero ejercicio de distinción, esa descripción evidencia una relación con el estatus -como forma social- que asume diferentes modos de acuerdo con cada biografía y situación de interacción particular.

Por último, al referir a las conceptualizaciones sobre la clase y el mundo social que estos actores esbozan, noté la presencia de un posicionamiento igualitarista y crítico respecto de la desigualdad social. La reflexividad de estos pintores escenógrafos concentra su atención cotidiana sobre una "otra" clase media a partir de la cual dibuja sus propios contornos y se distingue en términos morales. Este aspecto podría significar un aporte al campo respecto a otros trabajos que se han concentrado en la recreación de fronteras simbólicas de clase, raza y moralidad en la formación de identidades "vecinales" (Fava, 2014; Lobo, 2010) y locales (Baeza y Grimson, 2011; Lawson *et al*, 2015) sobre una otredad "pobre".

Bibliografía

Adamosvky, E. (2009). *Historia de la clase media Argentina: Apogeo y decadencia de una ilusión, 1919–2003*. Buenos Aires: Planeta.

Adamovsky, E. (2013). "Clase media": reflexiones sobre los (malos) usos académicos de una categoría. *Nueva Sociedad, 247*(1), 38-49.

Arizaga, M. (2000). Murallas y barrios cerrados. La morfología espacial del ajuste en Buenos Aires. *Nueva Sociedad, 166*(1), 22-32.

Baeza, B. y Grimson, A. (2011). Desacoples entre nivel de ingresos y jerarquías simbólicas en Comodoro Rivadavia. Acerca de las legitimidades de la desigualdad social. *Revista Maná: Estudios de Antropología Social.* PPGAS Museo Nacional.

Becker, H. (2008). *Los mundos del arte. Sociología del trabajo artístico*. Buenos Aires: Universidad Nacional de Quilmes Editorial.

Benza, G. (2012). Estructura de clases y movilidad intergeneracional en Buenos Aires: ¿el fin de una sociedad de "amplias clases medias" (*Tesis de doctorado*). *Centro de Estudios Sociológicos de El Colegio de México.*

Benzecry, C. (2012). *El fanático de la ópera. Etnografía de una obsesión*. Buenos Aires: Siglo XXI.

Boix, O. y Welschinger, N. (2018). "¿Un pase de magia? Ejercicios de reflexividad a través de dos procesos de análisis etnográficos". En J. Piovani y L. Muñiz Terra (comps.), *¿Condenados a la reflexividad? Apuntes para repensar el proceso de investigación social*. Buenos Aires: CLACSO/ BIBLOS.

Bourdieu, P. (1988) [1979]. *La distinción. Criterio y bases sociales del gusto.* Madrid: Taurus.

Brubaker, R. y Cooper, F. (2001). Más allá de 'identidad'. *Apuntes de Investigación del CECYP, 7*(1), 30-67.

Calmet, H. *Escenografía (escenotecnia-iluminación).* Buenos Aires: Ediciones de la Flor.

Elias, N. (1994). Introduction: a theoretical essay on established and outsider relations. *The Established and the Outsiders, xv–lii*. London: Sage.

Garguin, E. (2007). "Los Argentinos Descendemos de los Barcos": The Racial Articulation of Middle-Class Identity in Argentina (1920–1960). *Latin American and Caribbean ethnic studies, 2*(2), 161-184.

Fava, R. (2014). La clase media como clave interpretativa. Modos de entender la participación de "vecinos" en el conflicto por la toma del Parque Indoamericano en diciembre de 2010. En E. Adamovsky, S. Visacovsky y P. Vargas (Comps.), *Clases medias. Nuevos enfoques desde la sociología, la historia y la antropología*. Buenos Aires: Editorial Ariel.

Furbank, P. (2005): *Un placer inconfesable o la idea de clase social*. Buenos Aires: Paidós.

Guber, R. (2014) [2001]. *La etnografía: Método, campo y reflexividad*. Buenos Aires: Siglo Veintiuno Editores.

González Bombal, I. (2002). Sociabilidad en clases medias en descenso: experiencias en el trueque. En L. Beccaria, S. Feldman, I. González Bombal, G. Kessler, M. Muráis y M. Svampa (comps.), *Sociedad y Sociabilidad en la Argentina de los 90* (pp. 97-136). Buenos Aires: Biblos.

Grignon, C. y Passeron, J. C. (1989). *Le savant et le populaire: misérabilisme et populisme en sociologie et en littérature*. Gallimard: Le Seuil.

Grimson, A. (2015). Percepciones sociales de la desigualdad, la distribución y la redistribución de ingresos. *Lavboratorio*, 26(1), 197-224.

Hall, S. (2003). Introducción: ¿quién necesita 'identidad'? En S. Hall y P. Du Gay (comps.), *Cuestiones de identidad cultural*. Buenos Aires: Amorrortu.

Jauretche, A. (1982). *El medio pelo en la sociedad argentina*. Buenos Aires: Peña Lillo.

Jorrat, J. R. (2014). Percepción clase de y percepción de desigualdad en la Argentina en un contexto internacional, con especial referencia a las clases medias. En E. Adamovsky, S. Visacovsky y P. Vargas (comps.), *Clases medias. Nuevos enfoques desde la sociología, la historia y la antropología.* Buenos Aires: Editorial Ariel.

Lamont, M. y Molnár, V. (2002). The study of boundaries in the social sciences. *Annual review of sociology*, *28*(1), 167-195.

Latour, B. (2008). *Reensamblar lo social: una introducción a la teoría del actor red.* Buenos Aires: Manantial.

Lawson, V., Elwood, S., Canevaro, S., y Viotti, N. (2015). "The poor are us": middle-class poverty politics in Buenos Aires and Seattle. *Environment and Planning A*, *47*(9), 1873-1891.

Lobo, A. L. (2010). Recursos identitarios, resignificación moral de la noción de "clase media" y delimitación de fronteras de orden social: el caso de los comerciantes del Puente Pueyrredón (Buenos Aires, 2002-2008). *Documentos de Jóvenes Investigadores, 21(1)*. Instituto de Investigaciones Gino Germani, Facultad de Ciencias Sociales, UBA.

Lvovich, D. (2000). Colgados de la soga. La experiencia del tránsito desde la clase media a la nueva pobreza en la ciudad de Buenos Aires. En M. Svampa (comp.), *Desde abajo. La transformación de las identidades sociales* (pp. 51-79). Buenos Aires: Biblos.

Maceira, V. (2018). Clases y diferenciación social. En J. Piovani y A. Salvia (comps.), *La Argentina en el siglo XXI. Cómo somos, vivimos y convivimos en una sociedad desigual* (pp. 49-86). Buenos Aires: Siglo XXI.

Minujin, A. y Anguita, E. (2004). *La clase media, seducida y abandonada.* Buenos Aires: Edhasa.

Minujin, A. y Kessler, G. (1995). *La nueva pobreza en la Argentina.* Buenos Aires: Editorial Planeta.

Sautu, R. (2001). *La Gente Sabe. Interpretaciones de la clase media acerca de la libertad, la igualdad, el éxito y la justicia*. Buenos Aires: Ediciones Lumiere.

Sautu, R. (2016). La formación y la actualidad de la clase media argentina. En G. Kessler (comp.), *La sociedad argentina hoy. Radiografía de una nueva estructura* (pp. 163-183). Buenos Aires: Siglo XXI.

Semán, P. (2016). Las clases medias y la imposibilidad de parar de sufrir. En H. Vanoli, P. Semán y J. Trímboli, ¿Qué quiere la clase media? (pp. 65-87). Buenos Aires: Capital intelectual.

Svampa, M. (2001). *Los que ganaron: la vida en los countries y barrios privados.* Buenos Aires: Biblos.

Svampa, M. (2005). La fragmentación de las clases medias. *La sociedad excluyente: la Argentina bajo el signo del neoliberalismo*. Buenos Aires: Taurus.

Visacovsky, S. E. (2012). Experiencias de descenso social: percepción de fronteras sociales e identidad de clase media en la Argentina post-crisis. *Pensamiento iberoamericano, 10*(1), 133-168.

Visacovsky, S. (2014). Inmigración, virtudes genealógicas y los relatos de origen de la clase media argentina. En E. Adamovsky, S. Visacovsky y P. Vargas (comps.), *Clases medias. Nuevos enfoques desde la sociología, la historia y la antropología.* Buenos Aires: Editorial Ariel.

Visacovsky, S. y Garguin, E. (2009). Introducción. En S. Visacovsky y E. Garguin (comps.), *Moralidades, economías e identidades de clase media: estudios históricos y etnográficos* (pp. 11-59). Buenos Aires: Antropofagia.

Vargas, P. (2013). *Diseñadores y emprendedores: una etnografía sobre la producción y el consumo de diseño en Buenos Aires.* Buenos Aires: Al Margen.

Vargas, P. (2014). La hormiguita burguesa. Narrativas de ascenso social y actualizaciones de clase (media) entre los diseñadores porteños. En E. Adamovsky, S. Visacovsky y P. Vargas (comps.), *Clases medias. Nuevos enfoques desde la sociología, la historia y la antropología*. Buenos Aires: Editorial Ariel.

Vargas, P. y Viotti, N. (2013). Prosperidad y espiritualismo para todos. Un análisis sobre la noción de emprendedor en eventos masivos de Buenos Aires. *Horizontes Antropológicos, 40* (1), 343-364.

ARTÍCULOS

La movilidad cotidiana en ciudades argentinas

Un análisis comparado con enfoque de género

Andrea Inés Gutiérrez
Universidad de Buenos Aires, Facultad de Filosofía y Letras, Instituto de Geografía "Romualdo Ardissone", Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas, Ciudad Autónoma de Buenos Aires, Argentina.
angut2@gmail.com

Leda Paula Mariel Pereyra
Universidad de Buenos Aires, Facultad de Filosofía y Letras, Instituto de Geografía "Romualdo Ardissone", Ciudad Autónoma de Buenos Aires, Argentina.
ledapereyra@hotmail.com

Resumen

Argentina tiene escasa tradición en la realización de encuestas de movilidad domiciliaria. Sin embargo, entre 2008 y 2013 se efectuaron de manera oficial en 10 áreas metropolitanas del país, generándose bases de datos estadísticos sobre transporte y movilidad de acceso público que, llamativamente, aún permanecen subutilizadas tanto por los estudios técnicos como académicos. En este marco, el trabajo realiza un análisis comparado y con enfoque de género de las encuestas disponibles, con el objetivo de aportar evidencia a escala nacional sobre la movilidad cotidiana de las mujeres, y por su intermedio, sobre la persistencia de desigualdades no obstante su creciente inserción en el mercado de trabajo. El cotejo busca asimismo aportar a una reflexión sobre las generalidades y las singularidades que hacen a identificar un patrón de género en las ciudades de la globalización, en tanto contexto histórico y territorial de los cambios sociales, culturales y tecnológicos de la humanidad, en curso.

Palabras claves: movilidad cotidiana – género – aglomerados urbanos – en-

cuestas

Summary

Argentina does not have a long tradition in performing household mobility surveys. However, between 2008 and 2013, they were officially carried out in 10 metropolitan areas of the country, creating transport and mobility quantitative databases which counts with public access but remain underused by both technical and academic studies. Considering this, this paper will present a comparative and gender-sensitive analysis of the available surveys, with the aim of providing federal-level evidence on the daily mobility of women, and through it, on the persistence of inequalities despite the progressive insertion of women in the labor market. The comparison also seeks to contribute to a reflection on the generalities and singularities that lead to the identification of a gender pattern in the cities of globalization, as a historical and territorial context of the social, cultural and technological changes of humanity, still in progress.

Keywords: daily mobility – gender – urban agglomerates – surveys

Recibido: 30 de abril de 2019
Aprobado: 9 de septiembre de 2019

Movilidad y género: rastreando el devenir de la cuestión

Cómo son los desplazamientos cotidianos de las mujeres en las ciudades, cómo son sus experiencias y significados de viaje y del uso del espacio público, son preguntas presentes en el panorama actual de los estudios urbanos y de movilidad así como de la agenda de políticas. Un panorama que busca visibilizar roles de género a través de la accesibilidad y del acceso (Gutiérrez, 2012) a las oportunidades para concretar los derechos ciudadanos de mujeres y varones.

La pregunta sobre la movilidad cotidiana de las mujeres no es novedosa a nivel internacional, pero en los últimos años fue recuperada y enriquecida de manera interdisciplinar, vitalizándose la integración del enfoque de género en el estudio de patrones de movilidad (Jirón et al, 2017). Si bien aún no hay consenso sobre la constitución de un campo de investigación específico, uniforme o claramente delimitado (Breengaard et al, 2007; Hanson, 2010)

se evidencia un interés que ha tomado relevancia a nivel global, y también en América Latina. Aunque son pocos los trabajos latinoamericanos en fase de diagnóstico, es visible una fase exploratoria con profundidad en la indagación, así como la incipiente emergencia de la movilidad de las mujeres como una cuestión en la agenda de las políticas públicas de la región (Jirón, 2017; Gutiérrez, 2015; Banco Mundial, 2014, entre otros).

Esta recuperación actual del interés sobre la movilidad cotidiana de las mujeres habilita a repensar los vínculos que unen conceptualmente a la movilidad cotidiana y el género. Dicha vinculación comenzó a estudiarse en los años 60 y 70 del siglo XX, e inicialmente en los países del norte global, recuperando en parte la crítica feminista a la neutralidad de los estudios de transporte con respecto a las implicancias de género en la movilidad de mujeres y varones (Breengaard et al, 2007, Sheller, 2017). Hanson (2010) clasifica dos líneas principales de trabajo: una aborda cómo la movilidad cotidiana influye sobre el género, y otra aborda cómo el género influye sobre la movilidad. La primera hace foco en el género, y enfatiza dimensiones como el poder, la agencia, la identidad, la subjetividad, dando relativamente menor atención a la movilidad. La segunda hace foco en la movilidad, ocupándose de describirla y medirla con atención en la dimensión transporte, mediante variables tales como las distancias y tiempos de viaje, los modos de transporte utilizados, los motivos del desplazamiento y los viajes multipropósito.

Esta vinculación originaria entre movilidad cotidiana y género tiene eco en la planificación del transporte de la época, en coincidencia con la importancia dada conceptualmente por los estudios urbanos a la producción y reproducción del espacio (Lefebvre, 1974) y la estructura urbana (Castells, 1974). Los estudios pioneros reconocen la "interacción con" y la "importancia de" la estructura social como condicionantes históricos de los procesos que dan forma a las ciudades. En esta línea aportaron evidencia sobre las necesidades y usos diferenciados de varones y mujeres (Rosenbloom, 1978; Giuliano, 1979 en Breengaard et al, 2007), enfocando en la movilidad por motivos laborales y distinguiendo el trabajo en ocupaciones remuneradas (producción) y aquel dedicado a las tareas de reproducción de la unidad familiar, como parte de un análisis predominantemente económico y sustentado en el rol potencialmente emancipador de la movilidad por motivos laborales (Hanson, 1980). Este rol era analizado en función del contexto familiar y del estado civil (solteras, casadas) en especial, identificando las relaciones sociales de género dadas al interior de los hogares y en el lugar de trabajo, como claves explicativas de la posición subordinada de las mujeres.

El énfasis dado a la dimensión económica como predominante (o determinante) de la subordinación de las mujeres, fue progresivamente puesto en cuestión desde distintas perspectivas, entre ellas, desde la Geografía del Gé-

nero (Karsten et al, 1992), destacando principalmente el riesgo de un enfoque unidimensional de análisis. Pero recién hacia principios del siglo XXI se hace visible esta mencionada recuperación del interés por estudiar la vinculación entre movilidad y género, con una incipiente pero progresiva exploración sobre la participación de otros factores -sociodemográficos, socioculturales, urbanísticos, espacio - temporales, entre ellos- en la comprensión de la movilidad de las mujeres (Law, 1999; Díaz Muñoz, 2002, Hernández, 2018, entre otros). No obstante, el rol de la mujer como trabajadora y su inserción en el mercado laboral, fue y sigue siendo un eje atenta y mundialmente estudiado en cuanto al género. Por esta razón se lo revisa seguidamente en particular, apuntando a su vez a una puesta en contexto del análisis subsecuente del patrón de movilidad emergente de las encuestas nacionales de movilidad.

Las mujeres como trabajadoras, dentro y fuera del hogar

El análisis histórico del rol de las mujeres como trabajadoras hecho por Silvia Federici (2015), rastrea la importancia que la gestación de una nueva división sexual del trabajo -entendida como relación de poder- tuvo en el desarrollo del capitalismo. División que no solo diferenció las tareas de mujeres y hombres, su relación con el capital y con otros sectores de la clase trabajadora, sino también sus vidas y sus experiencias.

En esta línea, Joan Scott (1993) sostiene que la inserción de la mujer en el mercado laboral no es un resultado específico de la revolución industrial, pero sí que a partir de entonces se problematiza su participación en el empleo asalariado. La autora remarca cómo el proceso discursivo iniciado en el siglo XIX aporta y da forma a la división sexual del trabajo a través de la legitimización de las diferencias biológicas y funcionales entre varones y mujeres. Con la institucionalización de la "ideología de la domesticidad", la división sexual del trabajo se constituyó en un eje organizador de la sociedad, contraponiendo de manera enfática la producción en el ámbito público asociada a los varones, y la reproducción en el ámbito doméstico asociada a las mujeres.

Es desde el feminismo que se comienza a cuestionar la artificialidad de esta división de roles entre mujeres y varones, visibilizando cómo aquellas tareas asociadas al cuidado, bienestar y supervivencia de los miembros del hogar también son un trabajo (Federici, 2013) (y un derecho) (Pautassi, 2017), reconocido como la base del propio trabajo "productivo" (remunerado) aun cuando no genera ingresos económicos de manera directa.

D'Alessandro (2017) sostiene que el arreglo económico al interior de las familias -que identifica a las mujeres con el hogar, el cuidado y lo privado- operó sin mayores cuestionamientos hasta mediados del siglo XX, momento a partir del cual las mujeres aceleraron su participación en el mundo "productivo".

El proceso es analizado para América Latina por un trabajo de Ruth Sautu realizado en 1980, el cual compara la situación en Argentina, Paraguay, Bolivia, y verifica la participación incremental de las mujeres en mercado laboral hacia fines de la II Guerra Mundial y durante los años 50 y 60 del siglo XX. Asumiendo esta situación como emancipadora, la autora indaga en los factores que influyen en la búsqueda activa de las mujeres por incorporarse al mercado laboral, y destaca especialmente el rol jugado por el nivel educativo, a la vez que señala la importancia de la composición familiar, en particular la presencia de un compañero varón en el hogar y la cantidad de hijos.

Lo dicho deja entrever la relevancia de considerar la inserción laboral de las mujeres a la hora de analizar la movilidad cotidiana actual, tanto en el mercado de trabajo como dentro del hogar, de manera relativamente independiente y en mutua interacción. A continuación se ofrece un panorama nacional al respecto, conforme al análisis de estadísticas oficiales.

LA SITUACIÓN EN ARGENTINA

La situación actual en Argentina revela observaciones interesantes sobre la inserción laboral, la calificación educativa, y la emancipación de los roles de género.

Según la Encuesta Permanente de Hogares (EPH) del Instituto Nacional de Estadísticas y Censos (INDEC) realizada en 31 aglomerados urbanos, la tasa de actividad[1] de la población durante el IV trimestre de 2018 fue del 58,4%. Es decir que 6 de cada 10 personas mayores de 14 años (mujeres y varones) están insertas en el mercado de trabajo o busca activamente empleo. Pero entre los varones la tasa de actividad es del 69,5%, mientras que entre las mujeres alcanza el 48,6%. No obstante, la participación las mujeres argentinas en el mercado de trabajo se incrementó alrededor de 10 puntos en los últimos 25 años, manteniéndose relativamente estable entre los varones: en 1990 las tasas de actividad eran del 36,8% y 72,6% para mujeres y varones, respectivamente.

La creciente pero menor tasa de actividad de las mujeres tiene correlato en la tasa de empleo[2] para el total de los 31 aglomerados urbanos: alcanza el 43,6% entre las mujeres, mientras es del 63,8% entre los varones. En contraste, la tasa de desempleo es mayor entre las mujeres que entre los varones (10,2% y 8,2% respectivamente) (Tabla 1). Se observa asimismo que en los aglomerados urbanos de menor tamaño (hasta 500.000 habitantes) la tasa de actividad de las mujeres es del

1 Tasa de actividad: calculada como porcentaje entre la población económicamente activa y la población total de referencia (de 14 años y más). https://www.indec.gob.ar/uploads/informesdeprensa/mercado_trabajo_eph_4trim18.pdf

2 Tasa de empleo: calculada como porcentaje entre la población ocupada y la población total de referencia (de 14 años y más). https://www.indec.gob.ar/uploads/informesdeprensa/mercado_trabajo_eph_4trim18.pdf

44%, mientras que en los de más de 500.000 habitantes asciende hasta un 49,7%. Se recoge de este modo que las mujeres mayores de 14 años buscan insertarse en el mercado de trabajo en menor proporción que los varones. Que cuando lo hacen, experimentan mayores niveles de desocupación. Y que son más proclives a buscar unirse al mercado de trabajo en ciudades de mayor tamaño.

Tabla 1. Trabajo remunerado y no remunerado según sexo y aglomerado urbano (en %)

Aglomerado (*)	Participación de las mujeres en el mercado de trabajo (**)			Participación en el trabajo doméstico no remunerado de quienes están ocupados/as en el mercado de trabajo (***)	
	Tasa de actividad	Tasa de empleo	Tasa de desocupación	Mujeres	Varones
Gran Rosario	47,8	40,1	16	89,2	54,7
Gran Córdoba	51,8	43	11,2	89,5	54,4
Ciudad Autónoma de Buenos Aires	55,6	51,9	8	87,4	62,4
Partidos del Gran Buenos Aires	48,4	42,2	12,7	85	55,9
Gran Mendoza	47,9	44,3	7,4	90,8	68
Posadas	48,8	47,6	2,6	93,8	71,9
Gran Tucumán-Tafí Viejo	47,7	43,1	9,5	95,5	63,4
Salta	53,2	47,7	10,3	84	52,8
Neuquén-Plottier	45,5	43,4	4,5	96,4	60,5
Cipolleti	s/d	s/d	s/d	s/d	s/d
Gran Paraná	41,5	39	6,1	93,4	73,1
Gran Santa Fe	42,1	40,8	2,9	98,2	57,1
Corrientes	43,6	40,7	6,7	87,5	66
Gran Resistencia	36	35,4	1,4	89,1	64,9

Nota: s/d: sin datos disponibles

(*) Denominación según la EPH. Las áreas geográficas de los aglomerados urbanos

de la EPH-INDEC coinciden de manera general con las áreas de estudio de las EMD. Fuente: INDEC - Encuesta sobre Trabajo No Remunerado y Uso del Tiempo, 2013 (**), e INDEC, EPH 4ºtrim 2018 (***).

Las mujeres participan en el mercado de trabajo principalmente en actividades vinculadas con los servicios, concentrándose allí el 73% de las asalariadas. Entre los servicios se incluyen ocupaciones vinculadas con la docencia, la salud y el servicio doméstico, expresando la vigencia de la división sexual del trabajo (Vozzi et al, 2017). A la par, la escasa presencia de mujeres en cargos y puestos jerárquicos -incluso a igual o mejor formación profesional que los varones- contrasta con el hecho de que son mujeres el 54% de la población argentina mayor de 20 años que finalizó el nivel universitario (INDEC, 2010). Esto constata la vigencia del "techo de cristal" que experimentan las asalariadas, que asimismo se refuerza con una mayor precariedad en la relación laboral entre las mujeres

Como también se observa en la Tabla 1, la situación descripta con respecto a la participación en el mercado de trabajo tiene correlato con una desigual distribución de las tareas domésticas y de cuidado no remuneradas. Según la última Encuesta sobre Trabajo No Remunerado y Uso del Tiempo realizada por el INDEC en 2013[3] el 89% las mujeres argentinas mayores de 18 años, con independencia de la edad, participan en mayor medida en los quehaceres domésticos[4] (86,7%), las actividades de cuidado de niños, enfermos o adultos mayores miembros del hogar (31,3%) y el apoyo escolar (19,3%). Entre los varones, esta participación alcanza a 5 de cada 10. El tiempo promedio diario dedicado a estas tareas, es el doble entre las mujeres que entre los varones (6,4 versus 3,4 horas, respectivamente). La mayor dedicación horaria entre las mujeres se da entre los 30 y 59 años, momento de la vida adulta que resulta clave en el desarrollo del proyecto personal.

No se observan variaciones importantes al analizar la participación de las mujeres en las tareas domésticas según su condición de ocupación en el mercado laboral remunerado. Mantienen un papel predominante en el trabajo en el ámbito doméstico aun estando insertas en el mercado laboral: dedican un promedio de 5,9 horas diarias a estas tareas. Esto evidencia que las dificultades inherentes a la conciliación de las tareas de cuidado y laborales, pesan diferencialmente sobre las mujeres, condicionando (o determinando) su inserción en

3 Fue implementada por el INDEC, como módulo de la Encuesta Anual de Hogares Urbanos (EAHU), durante el III trimestre de 2013. Sus áreas temáticas de indagación son las mismas que aborda la Encuesta Permanente de Hogares (EPH), aunque es es más extensiva en cuanto a la población que abarca ya que, además de los 31 aglomerados urbanos que releva la EPH continua, incorpora a la muestra viviendas particulares pertenecientes a localidades de 2.000 y más habitantes.

4 Incluye las tareas de limpieza de la casa, aseo y arreglo de ropa; preparación y cocción de alimentos, compras para el hogar; reparación y mantenimiento de bienes de uso doméstico.

el mercado de trabajo.

Este diagnóstico indica que en Argentina existe una cuestión de género, que es de escala nacional, y que perdura como tal en el presente, no obstante los cambios culturales del contexto epocal, que marcan diferencias.

Entendiendo a la movilidad cotidiana como una práctica social de desplazamiento en el territorio -esto es, conforme a las condiciones medias de un contexto socio-históricamente definido- que expresa y contiene las posibilidades diferenciales de las personas y grupos sociales de satisfacer sus deseos y necesidades de conexión a lugares (o accesibilidad) y de acceso a personas, actividades o servicios, (Gutiérrez, 2012), el trabajo propone conocer la movilidad cotidiana de las mujeres argentinas haciendo un análisis comparado y con enfoque de género sobre 10 aglomerados urbanos, aplicando como un eje organizador su relación con el trabajo remunerado y no remunerado.

Las encuestas de movilidad domiciliaria en argentina: aspectos metodológicos

En sintonía con lo planteado por Sheller (2017) en relación al sur global, en Argentina la recolección de datos sobre movilidad y transporte es (y ha sido) discontinua. Esto refiere en particular a la recolección de datos primarios cuantitativos efectuados a escala metropolitana y con criterios de representación estadística, útil para el diseño y dimensionamiento de proyectos de infraestructura y la evaluación y/o formulación de políticas públicas. Las Encuestas de Movilidad Domiciliaria (EMD) - también llamadas Encuestas de origen y destino- son las herramientas tipo.

Por su envergadura, tienen altos costos de ejecución. Implican relevar un gran volumen de información sobre los hogares y las personas (quienes deben ser encuestadas de manera personal sobre sus viajes y etapas), contratar y gestionar equipos de trabajo numerosos, altamente entrenados y por períodos que suelen extenderse entre 6 y 12 meses (Anapolsky, 2017). También su sistematización y procesamiento son complejos, y requieren solidez de conocimientos a fin de asegurar la calidad y confiabilidad de los resultados. Estos requisitos suelen utilizarse para argumentar su carencia o discontinuidad en la falta de presupuesto y/o del equipo técnico necesario, y en Argentina son argumentos compartidos tanto a nivel político como técnico.

Sin embargo, entre 2008 y 2013, la Unidad Ejecutora del Proyecto de Transporte Urbano para Áreas Metropolitanas de Argentina (PTUMA) -bajo la órbita del actual Ministerio de Transporte y mediante un crédito internacional- llevó adelante EMD en 10 aglomerados urbanos de Argentina (Tabla 2).

Esta experiencia marcó un hito histórico dado que hasta entonces solo

se habían realizado dos encuestas oficiales capaces de describir los desplazamientos urbanos cotidianos contemplando todos los modos y servicios de transporte existentes: una en 1973, para el Área Metropolitana de Buenos Aires (AMBA); y otra en 2002, para el Área Metropolitana de Rosario.

Las 10 encuestas realizadas cuentan con acceso público, y generaron bases de datos estadísticos con gran cantidad de información sobre transporte y movilidad cotidiana. Llamativamente, aún permanecen subutilizadas tanto por los estudios técnicos y académicos así como para informar políticas públicas.

Tabla 2. Encuestas de Movilidad Domiciliaria (EMD) en Argentina

Aglomerado urbano	Año de realización	Población total	Viajes diarios	
			Mujeres	Varones
Rosario	2008	1.305.380	961.795	922.547
Córdoba	2009	1.581.113	1.369.186	1.335.852
Buenos Aires (*)	2009-2010	12.985.885	10.268.833	9.499.150
Mendoza	2010	900.290	791.109	739.322
Posadas	2010	334.059	290.261	277.359
Tucumán	2011	1.069.656	679.783	760.262
Salta	2012	599.011	601.906	535.512
Neuquén-Cipolletti	2012	447.575	301.578	328.384
Santa Fe-Paraná	2012-2013	800.304	1.143.347	1.078.089
Corrientes-Resistencia	2012-2013	678.182	445.355	469.681

(*) La población expandida de las EMD guarda relación con la población total de referencia de cada aglomerado utilizada por la EPH

Fuente: Elaboración propia en base a UEC Movilidad, Ministerio de Transporte

Las EMD se realizaron en ciudades capitales (principales aglomerados provinciales), considerando sus áreas conurbadas. En Santa Fe - Paraná y Co-

rrientes - Resistencia, cuyas áreas conurbadas pertenecen a diferentes provincias, los relevamientos se hicieron de manera unificada, considerando la posibilidad de flujos diarios interjurisdiccionales. El mismo criterio aplicó a Neuquén - Cipolletti, aunque sólo Neuquén es capital provincial (no Cipolleti).

Se relevó información de manera modular, acerca de hogares y viviendas, personas, viajes y etapas5. La metodología general fue similar en los 10 aglomerados, habilitando la generación de información comparable, aunque se identifican ciertas limitaciones vinculadas con el diseño de las muestras, la definición de los conceptos clave y los instrumentos de recolección (formularios).

En cuanto al diseño de las muestras, hay variaciones en la metodología para establecer los dominios de inferencia que permiten la expansión de los datos muestrales al total de la población del aglomerado definido como área geográfica de estudio, y para la cual resulta estadísticamente representativa la información. Este aspecto plantea un reto para el análisis espacial comparado (Gutiérrez, 2017). Buscando favorecer la comparabilidad, los últimos 4 relevamientos, emplearon un criterio unificado para la definición del marco muestral.

En cuanto a los conceptos clave, la definición de viaje -unidad de medida sobre la que indagan las EMD- fue entendida como el desplazamiento en un sentido, entre un punto de origen y otro de destino, a lo largo de un recorrido y por un determinado motivo, dado generalmente por la actividad a realizar en el destino. En general se estableció una cantidad mínima de cuadras (en general 400 y más metros) aunque no la misma en todos los casos, y se consideraron etapas a los viajes a pie, cuando eran de más de 400 metros. En los últimos cuatro relevamientos realizados- este criterio no aplicó siendo registrados todos los desplazamientos, con independencia de la distancia física del trayecto. En el caso de los viajes cortos -menores a 400 metros- por motivos Trabajo y Estudio (también llamados "ocupacionales"), se registra la totalidad de la información. En los viajes cortos por el resto de motivos (llamados "personales") se registra solo el origen y destino y los horarios de inicio y finalización del viaje. Esto converge con el foco tradicional de las EMD, puesto en la movilidad entendida como "obligada", colocando en segundo plano a la movilidad del cuidado y los viajes más cortos, desatendidos en el detalle del relevamiento.

En cuanto al instrumento de recolección (formularios), todas las EMD cuentan con la variable "sexo", lo cual hace posible distinguir mujeres y varones de manera dicotómica, pero ningún formulario previó una categoría de respuesta para registrar aquellas personas cuya identidad auto percibida fuese

5 Se define como etapa de viaje a cada cambio de modo de transporte (o línea de colectivo) a lo largo de un viaje.

distinta al binarismo masculino-hombre y femenino-mujer.

También todos los formularios incluyen una variable sobre la condición de actividad de las personas, aunque con diferentes fórmulas de indagación. En las encuestas realizadas a partir de 2012, al relevar sobre empleo, se pregunta sobre "la actividad que [la persona encuestada] realiza durante la mayor parte del tiempo la semana pasada", En las encuestas previas se utiliza la referencia temporal (la semana pasada) sin hacer foco en la intensidad de la dedicación (la mayor parte del tiempo) o sin un período de referencia temporal específico o bien se indaga en la ocupación "principal".

Tabla 3. Forma de indagación sobre la condición de ocupación en las EMD de Argentina

Aglomerado urbano	Concepto utilizado	Período temporal de referencia	Intensidad de la dedicación	Categoría ama de casa	Categorías formuladas de manera inclusiva
Rosario	actividad principal	-	-	si	si
Córdoba	ocupación	-	-	no	no
Buenos Aires	ocupación principal	-	-	si	no
Mendoza	ocupación	-	-	no	no
Posadas	actividad principal	semana pasada	-	si	no
Tucumán	qué hizo	semana pasada	-	si	no
Salta	actividad	semana pasada	la mayor parte del tiempo	si	no
Neuquén-Cipolleti	actividad	semana pasada	la mayor parte del tiempo	si	no
Santa Fe-Paraná	actividad	semana pasada	la mayor parte del tiempo	si	no
Corrientes-Resistencia	actividad	semana pasada	la mayor parte del tiempo	si	no

Fuente: Elaboración propia

Como se observa en la Tabla 3, hay asimismo variaciones en las catego-

rías de respuesta: dos de los diez formularios no poseen la categoría "ama de casa", y solo uno las expresa de manera inclusiva: Jubilada/o, Pensionada/o, Desocupada/o, no utilizando el masculino en un sentido genérico.

Por último, también hay variaciones en cuanto a la indagación (o no) sobre los motivos por los cuales no se viaja. Las EMD preguntan sobre el viaje realizado el día anterior al relevamiento. En 2 de los 10 aglomerados estudiados (Córdoba y Mendoza) no se pregunta por los motivos a las personas que responden no haber viajado.

Las EMD son una herramienta clásica, la más convencional en el campo de los estudios sobre transporte y movilidad. Esta decisión metodológica expresa una tendencia característica de la herramienta -y del campo de estudio en general- tradicionalmente enfocada en el viaje realizado (Gutiérrez, 2009), que impide realizar un primer acercamiento diagnóstico de carácter cuantitativo y estadísticamente representativo a escala metropolitana sobre las causas de los viajes no realizados, insumo de alta utilidad para la evaluación o formulación de políticas así como para el dimensionamiento de la movilidad no efectivizada (Gutiérrez, 2012).

Del mismo modo, identificar la participación activa o no de las personas en el mercado de trabajo, fue y sigue siendo un eje central de las EMD. Destacar las diferencias en la forma de indagación es interesante de por sí, ya que da pistas sobre un esfuerzo por acotar el factor subjetivo de la auto-definición y por captar la información con mayor detalle, lo cual facilitaría la detección de patrones y necesidades de desplazamientos diferenciales. No obstante, esto también deja ver la relevancia otorgada a la indagación sobre el trabajo productivo en desmedro de iluminar otras esferas de la vida cotidiana, asociadas al trabajo no remunerado, y en las que las mujeres participan en mayor proporción y con necesidades de movilidad diferenciales.

En cuanto al género, como se vio, éste es una construcción social. Las formas en la que mujeres y varones fueron y son socializados y se relacionan entre sí, transforman las diferencias de "sexo" (varón/mujer) en categorías sociales: femenino/masculino, con posiciones distintas (y desiguales) a nivel de la estructura social.

Aunque las recientes EMD disponibles en Argentina no están formuladas previendo considerar la perspectiva de género, sí relevan datos según sexo que este trabajo considera valiosos para analizar patrones de género a través de la movilidad cotidiana, a escala nacional. Para ello se analizan comparativamente las bases de datos de los 10 aglomerados urbanos estudiados: se seleccionan las variables sexo (varones, mujeres) y ocupación (trabaja, amas de casa), y se diferencia la situación de roles observando la movilidad/inmovilidad mediante la variable realización de viajes (o no) el día anterior a la encuesta, el tipo de actividades mediante la variable

motivo de viaje, y la flexibilidad y autonomía de movimiento mediante la variable modo de transporte.

Análisis comparado de las ciudades argentinas: ¿patrón de género en la movilidad cotidiana?

Una primera observación saliente que arroja la comparación nacional, es que en todos los aglomerados estudiados más de la mitad de quienes no realizaron viajes el día anterior a la encuesta, son mujeres (Tabla 4). Este dato contrasta con la composición poblacional de Argentina según el último censo (2010) (51% de mujeres y 49% de varones), reflejada también por las EMD. En tanto que en 3 de los 4 aglomerados en los que más de la mitad de los viajes son protagonizados por varones (AMBA, Corrientes-Resistencia y Tucumán) la proporción de mujeres que no viajaron es de las más elevadas (Tabla 4). Esto indica que, al menos en estos términos, las mujeres argentinas son menos "móviles" que sus pares varones (permanecen más en el hogar o en su proximidad inmediata).

Cabe observar asimismo que en 6 de los 10 aglomerados estudiados, la proporción de mujeres que no viaja es alta pero aquellas que lo hacen generan un volumen de viajes superior al de los varones. Posadas (ciudad del noreste del país) aparece como un caso especial: 6 de cada 10 personas que no realizaron viajes, son mujeres. Y de los viajes realizados, más de la mitad corresponden a mujeres.

Tabla 4. Personas que no viajaron y viajes realizados, según sexo (en %)

		Aglomerado urbano									
	Sexo	Rosario	Córdoba	Buenos Aires	Mendoza	Posadas	Tucumán	Salta	Neuquén-Cipolletti	Santa Fe-Paraná	Corrientes-Resistencia
Personas que no realizaron viajes el día anterior	**Mujer**	54,8	56,1	56,2	53,9	60,2	58	52,7	54,7	54,8	57,4
	Varón	45,2	43,9	43,8	46,1	39,8	42	47,3	45,3	45,2	42,6

		Aglomerado urbano									
	Sexo	Rosario	Córdoba	Buenos Aires	Mendoza	Posadas	Tucumán	Salta	Neuquén-Cipolletti	Santa Fe-Paraná	Corrientes-Resistencia
Viajes realizados	**Mujer**	51	50,6	48,1	51,7	51,1	47,2	52,9	47,9	51,5	48,7
	Varón	49	49,4	51,9	48,3	48,9	52,8	47,1	52,1	48,5	51,3

Fuente: Elaboración propia en base a UEC Movilidad, Ministerio de Transporte

Al observar la distribución de las etapas de viaje según el medio de transporte usado, emerge que la movilidad cotidiana de las mujeres se asocia con los viajes a pie en mayor proporción que entre los hombres: realizan alrededor del 60% de las etapas de viaje caminando, en todos y cada uno de los 10 aglomerados (Tabla 5).

La movilidad cotidiana de las mujeres argentinas se asocia también con los viajes en autotransporte público[6] (denominado localmente "colectivo"). En todos los aglomerados las mujeres representan entre el 55% y el 65% del total de usuarios.

Tabla 5. Participación de las mujeres en el total de etapas del modo de transporte (en %)

Aglomerado urbano	Rosario	Córdoba	Buenos Aires	Mendoza	Posadas	Tucumán	Salta	Neuquén-Cipolletti	Santa Fe-Paraná	Corrientes-Resistencia
Auto conductor	26	26	24	31	20	22	31	30	26	26
Auto acompañante	58	58	59	60	69	59	62	57	66	69

6 Es el único modo de transporte masivo disponible en todos los aglomerados estudiados. Solo el AMBA dispone de subterráneos y de una red de ferrocarriles de superficie de magnitud.

Aglomerado urbano	Rosario	Córdoba	Buenos Aires	Mendoza	Posadas	Tucumán	Salta	Neuquén-Cipolletti	Santa Fe-Paraná	Corrientes-Resistencia
Taxi	74	71	63	73	60	64	55	80	73	66
Remis	57	79	65		69		74	82	73	65
Colectivo	61	56	56	59	58	58	58	65	63	61
Moto/ Ciclomotor	24	30	14	24	23	23	26	20	34	35
Bicicleta	42	36	34	19	13	19	33	31	42	25
A pie	61	62	61	58	58	57	60	61	59	59

Fuente: Elaboración propia en base a UEC Movilidad, Ministerio de Transporte

Se evidencia asimismo que en todos los aglomerados las mujeres representan más del 60% de quienes usan taxis o remises (automóviles de alquiler conducidos por un chofer) y de quienes viajan como acompañantes en autos particulares. En Posadas llegan al 69% frente al 31% de los varones que viajan en auto como acompañantes.

Complementariamente, en los 10 aglomerados estudiados las mujeres utilizan en menor proporción que los varones tanto el automóvil particular como conductoras, como la motocicleta y la bicicleta. Las mujeres argentinas representan entre el 20% y el 30% de los viajes hechos como conductor de automóviles; entre el 14% (AMBA) y el 34% (Santa Fe-Paraná) de los hechos como conductor de motocicletas; y entre el 13% (Posadas) y el 42% (Santa Fe-Paraná) de los hechos como conductor de bicicletas.

El uso predominante de la caminata y del autotransporte público y en menor medida de los medios de transporte del hogar (así como el viajar como acompañantes en automóviles) , convergen en perfilar un patrón de género, con una movilidad más lenta, con menor flexibilidad y/o autonomía para las mujeres, sea por razones de cobertura física, horaria o de dependencias. Dependencias de la disponibilidad del vehículo o de quien lo conduce, de los esquemas y calidades de la prestación de los servicios de transporte, o mismo de las condiciones del espacio público, su infraestructura y la percepción de inseguridad, etc., que en conjunto operan como restricciones o condicionantes a la movilidad.

Asimismo, el hecho de que entre el 55% y el 80% de quienes usan taxis, sean mujeres; y que en la mitad de los aglomerados estudiados sean más del 70% de quienes usan remises, puede interpretarse como una compensación, a fin de obtener en forma eventual las ventajas de movilidad que brinda el transporte motorizado particular, cubriendo rutas u horarios menos servidos por el transporte público, o resolviendo emergencias o situaciones que impactan en sus decisiones y estrategias de movilidad, tales como evitar caminatas o esperas en las paradas del transporte público en horarios nocturnos o ante la percepción de inseguridad en el espacio público (Allen et al, 2017, Pereyra et al, 2018).

También emerge un patrón de género al observar la distribución de los viajes según motivo. Alrededor de un 40% (o menos) del total de viajes realizados por trabajo (varones y mujeres), en todos y cada uno de los aglomerados encuestados, corresponde a mujeres. Aquellos por estudio se distribuyen en partes iguales entre varones y mujeres (alrededor del 50% o poco más). Y los viajes con motivos vinculados al cuidado (compras, salud, dejar y/o recoger o acompañar a miembro del hogar a centro educativo o a otro lugar) son realizados en más de un 60% por mujeres, en los todos los aglomerados comparados (Tabla 6).

Tabla 6. Participación de las mujeres en el total de viajes por cada motivo (en %)

Aglomerado urbano	Rosario	Córdoba	Buenos Aires	Mendoza	Posadas	Tucumán	Salta	Neuquén-Cipolletti	Santa Fe-Paraná	Corrientes-Resistencia
Trabajo	39	38	38	38	39	34	40	36	36	38
Estudio	52	51	52	52	52	51	53	52	50	53
Dejar / Buscar / Acompañar a miembro del hogar a centro educativo	70	69	78	79	74	67	69	63	67	77
Salud	70	68	69	73	70	70	71	69	70	66
Compras	66	70	68	67	62	62	75	57	63	62

Fuente: Elaboración propia en base a UEC Movilidad, Ministerio de Transporte

Como se observa en la Tabla 6, entre un 60% y un 70% de los viajes por compras son realizados por mujeres. En Salta esta participación alcanza el 75%. Alrededor del 70% de los viajes por motivos de salud, son viajes de mujeres en todos los aglomerados argentinos. Y 6 de cada 10 viajes realizados para dejar y/o recoger o acompañar a un miembro del hogar a un centro educativo u otro lugar, son realizados por mujeres. Corrientes-Resistencia, AMBA y Mendoza alcanzan máximos de hasta el 77%, 78% y 79%, respectivamente.

LA MOVILIDAD DE LAS MUJERES SEGÚN SU CONDICIÓN DE ACTIVIDAD.

El análisis de los 8 aglomerados que permiten discriminar la condición de actividad de las mujeres según su auto definición como amas de casa o como trabajadoras, muestra que más del 70% de las mujeres cuya ocupación principal es trabajar, realizó viajes el día anterior a la encuesta; mientras que más del 40% de las amas de casa no lo hizo, en 7 de los 8 aglomerados (Tabla 7). Y en 5 aglomerados este porcentaje fue mayor al 55%. Esta primera observación sugiere que las mujeres dedicadas principalmente al trabajo doméstico no remunerado mantienen una cotidianidad en el hogar o en entornos de proximidad menores a 400 metros, no considerados como viajes por las EMD.

Tabla 7. Mujeres que viajaron o no, según condición de actividad (en %)

Aglomerado urbano	Trabajan		Amas de casa	
	Realizaron viajes el día anterior	No realizaron viajes el día anterior	Realizaron viajes el día anterior	No realizaron viajes el día anterior
Buenos Aires	80	20	53	47
Corrientes-Resistencia	84	16	27	73
Neuquén-Cipolletti	78	23	44	57
Posadas	82	18	45	55
Rosario	72	28	43	57
Salta	90	10	57	43
Santa Fe-Paraná	91	9	73	27
Tucumán	71	29	34	66

Fuente: Elaboración propia en base a UEC Movilidad, Ministerio de Transporte

La Tabla 8 muestra que el motivo trabajo representa entre el 45% y el 80% del total de los viajes para aquellas mujeres que se auto definen como trabajadoras: en 6 de los 8 aglomerados estudiados rondan el 60% del total. Entre aquellas que se autodefinen como amas de casa, en cambio, los viajes asociados al cuidado (salud, compras, dejar, recoger o acompañar a miembro del hogar a centro educativo u otro lugar) son los que representan el mayor porcentaje (entre el 60 % y el 75%).

Tabla 8. Motivos de viaje según condición de actividad: mujeres que trabajan y mujeres amas de casa (en %).

Aglomerado urbano	Condición de actividad							
	Trabaja				Amas de casa			
	Motivo de viaje				Motivo de viaje			
	trabajo	estudio	cuidado	otros	trabajo	estudio	cuidado	otros
Rosario	58	4,7	20,6	16,7	1,3	1	59,5	38,3
Buenos Aires	61,5	4,1	22	12,4	1,6	2,2	70,4	25,7
Posadas	65	1,7	19,7	13,6	3,3	1,2	63,2	32,4
Tucumán	58,6	17,3	13,8	10,3	2	1,9	72,2	23,9
Salta	62,5	3,3	23	11,3	1,3	3	75	20,7
Neuquén-Cipolletti	69,5	3,7	15,2	11,7	1,4	2,8	67,7	28,1
Santa Fe-Paraná	44,6	2,1	35,3	18	1,7	1,5	72,8	24
Corrientes-Resistencia	80,9	2,3	13,6	3,2	2,3	2,4	80,2	15,1

Nota: En Mendoza y Córdoba los datos no permiten diferenciar estas categorías ocupacionales.

Fuente: Elaboración propia en base a UEC Movilidad, Ministerio de Transporte

En los 8 aglomerados considerados, los viajes por cuidado predominan por sobre el estudio y los otros motivos no laborales entre las mujeres *trabajadoras* (representan entre el 13% y el 35%). Entre las *amas de casa* es notable el crecimiento de los otros motivos distintos al trabajo, estudio y cuidado. Entre 2 y 3 de cada 10 viajes son por actividades que las EMD registran como sociales, familiares, trámites y recreación. Esto indica una movilidad más diversa en lugares y horarios.

Cabe destacar, asimismo, que las mujeres que se auto definen como *trabajadoras* realizan más viajes por cuidado que los varones que declaran la misma condición de actividad. Sólo en el caso de Neuquén-Cipolletti los viajes por cuidado tienen igual proporción en varones y en mujeres: 15,2% (Tablas 8 y 9).

Tabla 9. Motivos de viaje según condición de actividad: varones que trabajan (en %)

Aglomerado urbano	Motivo de viaje			
	trabajo	estudio	cuidado	otros
Rosario	69,4	8,5	5,5	16,6
Buenos Aires	75	2,8	11,9	10,3
Posadas	73,3	1,5	14,8	10,4
Tucumán	75,8	2,9	13,7	7,6
Salta	74	1,6	13,5	10,8
Neuquén-Cipolletti	74	1,4	15,2	9,4
Santa Fe-Paraná	57,2	1	25,4	16,5
Corrientes-Resistencia	86	1,9	8,5	3,7

Fuente: Elaboración propia en base a UEC Movilidad, Ministerio de Transport

En resumen, la movilidad cotidiana de las mujeres argentinas expresa y evidencia una mayor dedicación a la atención de las necesidades del cotidiano del hogar que aquella de los varones, independientemente de su condición de actividad. Y esto engloba una diversidad de actividades, dispersas en tiempo y espacio, además de las laborales o del estudio, realizadas en modos de transporte con menor rapidez, flexibilidad o autonomía.

A modo de conclusión

La evidencia analizada de manera comparada para 10 aglomerados urbanos de Argentina permite no sólo conocer un panorama nacional sobre la mo-

vilidad cotidiana de las mujeres sino también confirmar la vigencia de una regularidad no sólo histórica sino también global: que la movilidad cotidiana de las mujeres es diferente a la de los varones y que permanece una desigual distribución de las actividades cotidianas del hogar no obstante haber ganado participación en la esfera pública.

El trabajo rescata este hallazgo primeramente en términos metodológicos, en cuanto a la utilización de las EMD para dimensionar procesos que pueden resultar subestimados, como ser el rol aún presente de la división sexual del trabajo en Argentina, así como para observar tendencias a escala metropolitana y nacional.

En cuanto al aumento histórico de la inserción en el mercado de trabajo de las mujeres argentinas, con predominio en el sector terciario (más ubicuo y precario) -tendencia en línea con la evidencia internacional (Hanson et al, 1980; Breengaard et al, 2007;)- éste no parece favorecer una ruptura con la convencional división sexual del trabajo. La distribución de los motivos de viajes corrobora la cuestionada pero vigente identificación de roles "productivos" (realizados por varones) y "reproductivos" (realizados por mujeres). Estos roles socialmente construidos -dichos como "artificiales"- muestran sin embargo estar profundamente arraigados según esta simple pero reveladora lectura a través de la movilidad cotidiana de las mujeres, con datos comparados de cobertura nacional. Aun dejando por fuera otros factores explicativos de relevancia (como los sociodemográficos, culturales, espacio - temporales o los urbanísticos), el análisis de la (no) realización de viajes, los modos de transporte utilizados, y en especial, de los motivos de viaje, deja ver con claridad un patrón de género en la movilidad cotidiana de los aglomerados argentinos.

El uso del tiempo perpetúa roles de género en la estructura social que son sostenidos y reproducidos a través de las interacciones, conductas y relaciones de poder que tienen lugar al interior de los hogares y fuera de él. La movilidad cotidiana de las mujeres argentinas muestra una canasta diversa de actividades, social, espacial y temporalmente compleja, que es resuelta usando transportes que ofrecen menor cobertura, flexibilidad y autonomía de movimiento, como la caminata y el transporte público, lo cual converge en señalar la vigencia de una movilidad fuertemente condicionada en lo temporal (Sabaté, 1984) y que en lo territorial conlleva a una mayor proximidad física (Gutiérrez y Reyes, 2017) o a una menor realización de viajes, como se evidencia entre las amas de casa.

Esta desigualdad de género se refuerza en contextos territoriales monofuncionales (sean barrios precarios o residenciales de la expansión difusa) o periféricos a las redes troncales de transporte (Gutiérrez, 2012a), ambos presentes en los aglomerados argentinos (Argentina Urbana, 2011). Su interacción con la percepción de inseguridad en el espacio público (Figueroa et al, 2015) e incluso a bordo del transporte público (Allen et al, 2017), retroalimenta car-

gas extras a lo cotidiano (en tiempos, costos, esfuerzos de organización) que inciden en las decisiones de viaje, y aparejan diversas adaptaciones usualmente invisibilizadas, pero que sus estrategias de movilidad revelan (Pereyra et al, 2018), en la búsqueda de un balance entre las precauciones y el mantenimiento de sus actividades cotidianas (Kessler, 2009).

En síntesis, el uso del transporte evidencia diferencias de movilidad en varones y mujeres, a la vez que expresa, contiene y reproduce formas desiguales de satisfacer las necesidades del cotidiano. En conjunto impactan en la forma y el alcance con que las mujeres acceden a los bienes, servicios, relaciones sociales, familiares y laborales entre otras oportunidades que hacen a la inclusión y calidad de vida urbana en la globalización.

Bibliografía

Allen, H., Pereyra, L., Sagaris, L., Cárdenas, G. (2017). Ella se mueve segura. She moves safely. A study on women's personal security and public transport in three latin american cities. FIA Foundation Research Series, Paper 10 (en línea). https://www.fiafoundation.org/media/461162/ella-se-mueve-segura-she-moves-safely.pdf, acceso 23 de octubre de 2019.

Anapolsky, S. (2017). Encuestas de Origen y Destino. En A. Gutiérrez (Coord), *Manual sobre metodologías de estudio aplicables a la planificación y gestión del transporte y la movilidad: recomendaciones sobre el uso de herramientas cuali-cuantitativas de base territorial* (pp. 17-24). Buenos Aires: EUDEBA.

Argentina - Instituto Nacional de Estadísticas y Censos (INDEC). (2010). Censo Nacional de Población, Hogares y Viviendas (en línea). https://www.indec.gob.ar.

Argentina - Ministerio de Planificación Federal, Inversión Pública y Servicios (2011). Plan Estratégico Territorial Avance II: Argentina Urbana. Buenos Aires: Ministerio de Planificación Federal, Inversión Pública y Servicios.

Argentina - Ministerio de Transporte de la Nación. (2008-2013). Encuestas de Movilidad Domiciliaria para Áreas Metropolitanas (en línea). https://www.argentina.gob.ar/transporte/dgppse/publicaciones/encuestas, acceso 23 de octubre de 2019.

Argentina - Instituto Nacional de Estadísticas y Censos (INDEC). (2013). Encuesta sobre Trabajo No Remunerado y Uso del Tiempo (en línea). https://www.indec.gob.ar acceso 23 de octubre de 2019.

Argentina - Instituto Nacional de Estadísticas y Censos (INDEC). (2018). Encuesta Permanente de Hogares (en línea). https://www.indec.gob.ar, acceso 23 de octubre de 2019.

Banco Mundial (2014). Are women 'forced' to work closer to home due to other responsibilities? Does this contribute to gender wage differentials?. (en línea). https://blogs.worldbank.org/transport/are-women-forced-work-closer-home-due-other-responsibilities-does-contribute-gender-wage, acceso 23 de octubre de 2019.

Breengaard, M., Christensen, H., Oldrup, H., Poulsen, H.; Malthesen, T. (2007). TRANSGEN. Gender mainstreaming european transport research and policies: Building the knowledge base and mapping good practices. Copenhagen: University of Copenhagen, Co-ordination for Gender Studies.

Castells, M. (1974). La cuestión urbana. Madrid: Siglo XXI Editores.

D'Alessandro, M. (2017). Si hay futuro, es feminista. En: ¿El *futuro es feminista?* (pp. 43-74). Buenos Aires: Ediciones Le Monde Diplomatique, Serie La media distancia,.

Díaz Muñóz, M., Jiménez, F. (2007). Transportes y movilidad: ¿necesidades diferenciales según género?. *Terr@ Plural*, Vol 1, Num 1, 91-101.

Federici, S. (2015). Calibán y la bruja: mujeres, cuerpo y acumulación originaria. Buenos Aires, Tinta Limón Ediciones.

Federici, S. (2013). Revolución en punto cero. Trabajo doméstico, reproducción y luchas feministas. Madrid: Traficantes de Sueños.

Figueroa, C, y Waintrub, N. (2015). Movilidad femenina en Santiago de Chile: reproducción de inequidades en la metrópolis, el barrio y el espacio público. *Gestão Urbana* 7, 48-61.

Gutiérrez, A. (2012). ¿Qué es la movilidad?. Universidad Nacional de Colombia *Revista Bitácora* 21(2), 61-74.

Gutiérrez, A. (2012a). Movilidad y territorio. Herramientas para la integración sectorial del ordenamiento a escala barrial. Memorias del II Seminario Internacional Procesos Urbanos Informales, Universidad Nacional de Colombia – Sede Bogotá, pp. 1-19 (en línea). http://procesosurbanos2.blogspot.com.ar/p/informacion-hotelera-cerca-la.html, acceso 23 de octubre de 2019.

Gutiérrez, A. (2015). Movilidad cotidiana y metrópolis: desafíos de una dinámica contradictoria. En: M. Arroyo, y R. Cruz (Coord.) *Território e Circulação. A dinâmica contraditória da globalização* (pp. 313-341). São Paulo: AnnaBlume.

Gutiérrez, A. (coord.) (2017). Manual sobre metodologías de estudio aplicables a la planificación y gestión del transporte y la movilidad: recomendaciones sobre el uso de herramientas cuali-cuantitativas de base territorial. Buenos Aires: EUDEBA.

Gutiérrez, A., Reyes, M. (2017). Mujeres entre la libertad y la obligación. Prácticas de movilidad cotidiana en el Gran Buenos Aires, *Revista Transporte y Territorio* N°16, 147-166.

Hanson, S.; Hanson, P. (1980). Gender and urban activity patterns in Uppsala, Sweden. *Geographical Review*, vol. 70, N°3, 291-299.

Hanson, S. (2010). Gender and mobility: new approaches for informing sustainability. *Gender, Place & Culture: A Journal of Feminist Geography*, vol. 17, N°1, 5-23.

Hernández, D. (2018) Uneven mobilities, uneven opportunities: social distribution of public transport accesibility to Jobs and educaction in Montevideo. *Journal of Transport Geography* 67, 119-125.

Jirón, P.; Zunino, D. (2017). Dossier Movilidad urbana y género: experiencias latinoamericanas. *Revista Transporte y Territorio*, 16, 1-8.

Jirón, P. (2017). Planificación urbana y del transporte a partir de relaciones de interdependencia y movilidad del cuidado. En: M Rico, y O. Segovia (Eds.) *¿Quién cuida en la ciudad? Aportes para políticas urbanas de igualdad* (pp. 405-430). Santiago de Chile: Libros de la CEPAL, N° 150 (LC/PUB.2017/23-P).

Karsten, L., Meertens, D. (1992). La geografía del género: sobre visibilidad, identidad y relaciones de poder. *Documents d´analisi geográfica*, 19-20, 181-193.

Kessler, G. (2009). El sentimiento de inseguridad. Sociología del temor al delito. Buenos Aires: Siglo Veintiuno Editores.

Law, R. (1999). Beyond 'women and transport': towards new geographies of gender and daily mobility. *Progress in Human Geography* 23, N° 4, 567-88.

Lefebvre, H. (1974). La producción del espacio. *Papers*, N°3, 219-229.

Pautassi, L. (2017). Movilidades invisibles: recorridos escolares en la región metropolitana de Buenos Aires. En: M Rico, y O. Segovia (Eds.) *¿Quién cuida en la ciudad? Aportes para políticas urbanas de igualdad* (pp. 433-456). Santiago de Chile: Libros de la CEPAL, N° 150 (LC/PUB.2017/23-P).

Pereyra, L., Gutiérrez, A., Nerome, M. (2018). La inseguridad en el transporte público del Área Metropolitana de Buenos Aires. Experiencias y percepciones de mujeres y varones. *Territorios*, N°39, 71-95.

Sabaté, A. (1984). La mujer en la investigación geográfica. *Anales de geografía de la Universidad Complutense*, 4, 273-282.

Sautu, R. (1980). The female labor force in Argentina, Bolivia, and Paraguay. *Latin American Research Review*, Vol. 15, No. 2, 152-161.

Scheller, M. (2017). From spatial turn to mobilities turn. *Current Sociology,* Vol. 65, Nº. 4, 623-639.

Scott, Joan (1993). La mujer trabajadora en el siglo XIX. En G. Duby y M. Perrot (Dir). *Historia de las mujeres en Occidente* (405-436). Madrid: Taurus.

Vozzi, F., Lafuente Duarte, R. (2017). Desigualdad de género en el mercado laboral argentino actual. *Congreso Nacional de Estudios del Trabajo* (en línea). http://www.aset.org.ar/2017/ponencias/6_Vozzi_Lafuente.pdf, acceso 23 de octubre de 2019.

O papel da mulher na economia doméstica escravista

Almir El-Kareh
Universidade Federal Fluminense y Universidade do Estado do Rio de Janeiro, Río de Janeiro, Brasil.J
almirelkareh@gmail.com

Resumen

Proponho, neste ensaio, a construção de um conceito, o de modo de produção doméstico mercantil escravista, que seja capaz de dar sentido histórico ao papel da mulher como agente transformador. Nele, a dona de casa ocupa a posição primordial de organizadora da produção, subvertendo a imagem de mulher submissa e ociosa transmitida por viajantes e disseminada pela imprensa da época, ou aquela de trabalhadora doméstica explorada por seu marido, típica do modo de produção doméstico e tão grata às intelectuais feministas. O conceito de modo de produção doméstico mercantil escravista permite compreender melhor as relações de produção e de comercialização escravistas urbanas, bem como as afetivas, inclusive sexuais, entre os membros da família entre si e com a domesticidade, bem como a transição das relações domésticas escravistas para relações assalariadas. Em outras palavras, permite compreender como a casa escravista se transformou no lar burguês e como a escrava da casa deu lugar à "escrava" do lar, fosse ela a empregada doméstica livre ou a dona de casa pobre.

Palabras claves: modo de produção doméstico mercantil escravista – mercantilização do corpo da mulher – a mulher na organização e funcionamento da economia urbana – a transição para a economia doméstica assalariada

Summary

I propose, in this essay, the construction of a concept, the slave domestic commercial mode of production, that is capable of giving historical meaning

to the role of woman as transformative agent. In it, the housewife occupies the primordial position of organizing the production, subverting the image of a submissive and idle woman, transmitted by travelers and disseminated by the press of the time, or that of a domestic worker exploited by her husband, typical of the domestic mode of production. so grateful to feminist intellectuals. The concept of slave domestic commercial mode of production allows a better understanding of the urban slave relations of production and commertialization, as well as the affective, including sexual, relations of slave production and commercialization between family members and with domesticity, as well as the transition from slaveholding domestic relations to salaried relationships. In other words, it allows us to understand how the slave house became the bourgeois home and how the house slave gave way to the home 'slave', whether she was the free maid or the poor housewife.

Keywords: the slave domestic commercial mode of production – mercantilization of women´s bodies – women in the organization and functioning of the urban economy – the transition to the salaried domestic economy.

Recibido: 14 de mayo de 2019
Aprobado: 9 de septiembre de 2019

A historiografia da escravidão urbana no Rio de Janeiro

A falha principal dos excelentes trabalhos sobre a escravidão urbana na cidade do Rio de Janeiro no século XIX (Graham, 1992; Algranti, 1988; Silva, 1998; Karasch, 2000; Soares, 2007; Acerbi, 2017) reside no fato de não serem capazes de situar as relações sociais de trabalho urbano, como o escravo "ao ganho" e o "de aluguel", nem mesmo o escravo doméstico voltado para a produção mercantil, bem como certas formas de relações sociais, como as relações sexuais entre senhores e escravas, dentro de relações de produção e reprodução de uma estrutura econômica e social específica do escravismo urbano. Assim sendo, se o escravismo urbano é, de fato, claramente afirmado e definido como diferente do rural, esta diferença permanece apenas no nível da circulação das mercadorias, na descrição de algumas formas de trabalho escravo típicas das cidades e sua evolução, e não há, em nenhuma das obras, um esforço teórico em demonstrar que esta diferença estava ancorada na existência de uma estrutura econômica e social específica e própria da urbes, fundada na exploração compulsória da mão-de-obra escrava, ou mais precisamente, na existência de um ou mais modos de produção urbanos, ainda

que subordinados ao *modo de produção "colonial" escravista* (Cardoso, 1973) , tipicamente rural, como o *modo de produção artesana*l e o *modo de produção doméstico* que se interagiam, sendo este último, sem dúvida, um dos mais, senão o mais importante, e que será objeto deste ensaio.

Esta opção teórico-metodológica explica o desinteresse destes autores em esclarecer, por exemplo, porque as senhoras cariocas permaneciam "fechadas em casa", "ociosas" e escondidas do olhar estranho; ou porque preferiam entregar seus filhos recém-nascidos a amas de leite e babás escravas, próprias ou alugadas, ou colocá-los por longos anos em casa de famílias de adoção, pagas para isto; ou porque, eram mais severas e cruéis que os próprios senhores na punição dos seus escravos; e, mais grave ainda, esta insuficiência teórica ao tentar compreender, fora da produção, a partir apenas das circulação das mercadorias, sendo os próprios escravos a principal delas, como se organizou toda a vida econômica urbana e se operou a transformação das relações de produção, de escravistas para assalariadas, mesmo antes da abolição da escravidão.

Seria, pois, necessário recuperar o conceito de modo de produção doméstico e, a partir dele, na sua relação com o capital comercial, tentar entender como funcionava a economia escravista urbana e como é que a casa escravista se transformou, ao longo do século XIX, no lar burguês.

Com efeito, no caso da economia doméstica, seria necessário considerar não só que ela estava inserida numa sociedade predominantemente escravista, em que outros modos e formas de produção escravistas e não escravistas subsistiam, e que sobre a sociedade brasileira, como um todo, pesava a mão poderosa do capitalismo na busca inexorável de novos mercados para seus produtos; como também, seria necessário reconhecer que esta economia doméstica tinha uma estrutura própria com leis de funcionamento específicas, ou seja, se constituía num modo de produção particular que, ao mesmo tempo, interagia com o modo de produção dominante, o *"colonial" escravista*, e com as formas particulares de circulação do capital comercial urbano do qual era parte. Enfim, seria preciso inserir a economia doméstica tanto na história conturbada do século XIX, atravessado por revoluções econômicas, demográficas e políticas, além de guerras, que repercutiam no Brasil, e abrir as portas do *domus* para que as mulheres se libertassem da mudez que lhes foi imposta pelos viajantes e da clausura teórica a que foram submetidas pelos historiadores, e pudessem, enfim, se expressar livremente.

Os marcos históricos da economia doméstica escravista urbana

O mundo se transformava rapidamente sob o domínio do capitalismo e, inevitavelmente, a cidade do Rio de Janeiro, desde o início do século XIX,

foi arrastada nesse processo avassalador e impiedoso que não respeitava tradições, hábitos ou costumes, pois era preciso, custe o que custasse, encontrar, ou melhor, criar consumidores para os produtos europeus, o que não era óbvio. Forçoso é lembrar que, no início daquele século, os hábitos coloniais da população brasileira, muito particulares e muito simplórios, não correspondiam aos hábitos dos europeus, e muito menos aos dos fabricantes ingleses e franceses, de gosto burguês e refinado. Era preciso, pois, que a indústria europeia adaptasse a sua produção aos hábitos brasileiros, ou então lhes impusesse novos hábitos de vida e de consumo, o que não se fez sem resistências (El-Kareh, 2016).

Destarte, particularmente no Rio de Janeiro, a tradicional produção doméstica, escravista, voltada basicamente para as necessidades da casa, e secundariamente para o incipiente mercado urbano, se viu sacudida pela animação que tomava conta das ruas e pelo incremento do número de consumidores de maior poder aquisitivo surgidos com a nova situação política do Brasil. Pois não é que o país, num fechar de olhos, se havia despido de seus trajes coloniais e se tornara sede do governo português, tendo, então, seus portos e seu território abertos aos estrangeiros, e, fato inimaginável alguns anos antes, fora elevado à posição de vice-reino unido ao de Portugal e Algarves!

Estas novas condições políticas fomentaram um dinâmico comércio sustentado pela população do Rio de Janeiro enriquecida pela vinda da nobreza portuguesa e da imigração europeia. Estes imigrantes estavam constituídos de ricos negociantes entre os quais mais se destacavam os ingleses e os alemães, bem como de numerosos ativos pequenos comerciantes e artesãos entre os quais sobressaíam os franceses. Eles foram secundados por um enorme contingente de artífices e empregados do comércio, os caixeiros, em sua maioria jovens lusos cuja idade variava entre 10 e 12 anos. Em consequência destas transformações demográficas e econômicas, se desenvolveu uma próspera economia mercantil de consumo de produtos importados, principalmente industrializados, mas alimentícios também, através de uma rede de lojas importadoras, atacadistas e, o que era uma novidade, de inúmeras lojas de comércio varejista.

A provinciana cidade do Rio de Janeiro tornara-se, em pouco tempo, um dinâmico mercado capitalista. De fato, as forças produtivas brasileiras, até então contidas pelo exclusivo colonial português e agora estimuladas especialmente pelos capitais e forças produtivas europeias, produziram uma verdadeira explosão social expressa na formação de uma numerosa e rica burguesia comercial urbana cujos interesses e origens nacionais díspares se expressavam em associações e círculos culturais distintos, mas que de maneira geral discriminavam os artesãos, comerciantes e profissionais liberais mais humildes, qualquer que fosse a sua nacionalidade. Uma nova

sociedade de classes mais diversificada despontava e, com ela, brotavam as diferentes formas de segregação e de distinção social, como o surgimento de espaços, especialmente os de lazer, dos quais os pobres foram excluídos, e de elegantes bairros aristocráticos suburbanos afastados do centro portuário e comercial no qual proliferavam as moradias infectas dos mais pobres e miseráveis.

É bem verdade que a capital do novo Império americano, que se formara em 1822, necessitava de uma infraestrutura condizente com a nova aristocracia e a burguesia comercial estrangeira que acolhia. O muito rápido crescimento da população e da produção de produtos exportáveis e de subsistência exigiu melhoramentos não só na área do alojamento, mas muito especialmente na do aparelhamento urbano e portuário, e na dos meios de transporte. A demanda de escravos urbanos, domésticos ou não, deu um salto. A questão da moradia, especialmente para a multidão de estrangeiros pobres que crescia de maneira inusitada e inesperada, bem como a da sua alimentação, se colocou como um dos maiores desafios urbanos da época.

A solução encontrada para a moradia dos ricos foi relativamente simples e se fez pela urbanização da periferia da cidade, até então ocupada pelas chácaras que, além de residências de recreação de famílias ricas, eram unidades produtoras escravistas rurais que forneciam produtos alimentícios, agrícolas e animais (leite, galinhas, perus e porcos), para os moradores da cidade, bem como capim e milho para o gado equino e muar que constituía o principal meio de transporte urbano, individual ou de tração.

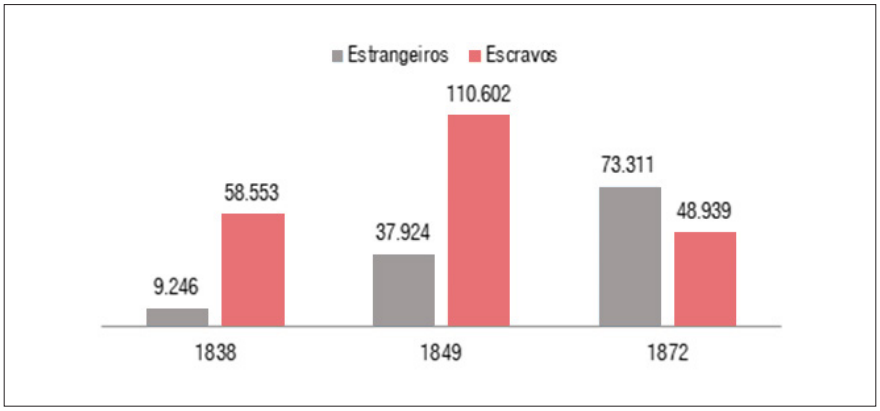
Quanto à moradia dos pobres, a solução encontrada foi mais simples ainda, pois não necessitou, como a criação dos novos bairros do subúrbio, de abertura de novas ruas, iluminação pública e criação de uma rede de água potável e outra de esgoto das águas pluviais e servidas, mas apenas de uma casa, de preferência no centro comercial e portuário, com um quintal suficientemente amplo, onde pudesse ser levantado, nos fundos dele, pelo preço mais módico possível, utilizando-se material reciclado, um conjunto de habitações minúsculas, baixas e coladas umas às outras, tendo um pátio comum onde havia uma bica d'água e uma latrina, ambas de uso coletivo: os cortiços, local de moradia e de trabalho, especialmente de lavadeiras, que proliferaram por todas as ruas do centro da cidade (El-Kareh, 2005-2007).

O aluguel de moradias nos cortiços foi um negócio muito lucrativo. De fato, era uma das mais rentáveis aplicações de capital urbano, apesar da forma inumana em que viviam seus inquilinos. Tanto assim, que atraiu grandes capitalistas, inclusive a Sua Alteza, o Conde d'Eu, genro do imperador e marido da futura herdeira do trono brasileiro, a Princesa Isabel, que o golpe de estado republicano de 15 de novembro de 1889 impediu que fosse um dia coroada.

Mas se os cortiços eram negócio dos mais afortunados, outros menos capitalizados tiraram, igualmente, proveito da falta crônica de habitação alugando aos imigrantes europeus e brasileiros livres pobres, em geral "de cor", cômodos nas grandes residências do centro da cidade, desocupadas pelas famílias que se haviam mudado para os novos e elegantes bairros dos subúrbios, que se tornavam, assim, miseráveis cabeças-de-porco, mas altamente lucrativas para seus proprietários. Quanto às famílias mais modestas, procuraram, à sua maneira, ficar com uma fatia deste mercado imobiliário e aumentar a renda familiar, subdividindo suas próprias casas e alugando quartos a jovens solteiros, especialmente os "moços do comércio", como eram chamados os comerciários, bem como a jovens casais sem filhos e mulheres sós. Muitas destas famílias ofereciam, além de alojamento, roupa lavada e passada e refeições e se tornaram pensões de família. As que não tinham espaço suficiente para dividir com inquilinos, ofereciam apenas as refeições numa sala. Mas o grande negócio foi o de mandar levar as refeições, especialmente a principal, do meio dia, em caixas de papelão ou em marmitas de folhas de flandres, aos comerciantes e comerciários celibatários em seu próprio local de trabalho.

O gráfico abaixo dá uma ideia da pressão feita pela imigração europeia sobre o mercado de trabalho e de consumo no Município do Rio de Janeiro entre 1838 e 1872:

Gráfico 1. Relação entre estrangeiros e escravos no Município do Rio de Janeiro entre 1838 e 1872



Fonte: Elaboração a partir de dados fornecidos por Soares (2007, p. 364)

Ora, como a economia doméstica era uma atribuição feminina, a iniciativa de alugar quartos, lavar e passar roupa, preparar e servir comida partiu naturalmente das mulheres, estrangeiras e nacionais, muitas viúvas, que encontraram

neste negócio o meio de seu sustento e, algumas vezes, de seu enriquecimento. O seguinte anúncio, publicado em francês, no início da década de 1840, é uma boa amostra:

> "Comida caseira, Travessa da Barreira nº 3. Cafés da manhã e almoços. Duas senhoras francesas, boas donas de casa, têm a honra de informar ao público que se encarregam da comida de pessoas sós e de famílias, entregando em domicílio nas horas combinadas, ao preço de 15$000 por mês, por pessoa. Mediante uma pequena retribuição, elas fornecem igualmente os víveres aos escravos das pessoas a quem isto convier" (Jornal do Commercio [JC], 04/06/1841, Anúncios, p. 4).

Entretanto, este mercado de restauração não passou despercebido dos inúmeros restaurantes do centro comercial da cidade que passaram a disputá-lo acirradamente entre si e com as pensões de comida. Com efeito, se foram inúmeros os restaurantes que centraram suas atividades na oferta de refeições para os "moços do comércio", maior ainda foi o número das donas de casa que ofereciam "comidas para fora". Elas souberam muito eficazmente transformar seu saber-fazer doméstico na preparação de alimentos relativamente baratos e na administração da casa em conhecimentos "empresariais" para se inserirem neste novo mercado, aproveitando-se da falta de estrutura da cidade para receber, em tão pouco tempo, um contingente tão grande de imigrantes.

Porém, este saber-fazer feminino nunca foi oficialmente reconhecido e sua atividade empresarial, assim como a sua principal promotora, a dona de casa, ficou disfarçada na expressão "comer de pensão" que transferia o protagonismo da ação do produtor para o consumidor. O que não impediu, e é o que mais espanta, a capacidade destas mulheres, que pareciam viver "fechadas em suas casas", de se apropriarem do meio mais eficiente de comunicação da época, os jornais, ocupando diariamente suas colunas de anúncios, nada baratos, driblando seus altos preços com pequenos avisos anônimos do tipo *"dá-se comida para fora", "aluga-se quartos mobiliados e sem o ser"*, e outros mais. (El-Kareh, 2008).

Desta forma, sem fazer muito alarde, talvez para não incomodar o silêncio imposto secularmente pelos homens, elas ocuparam pouco a pouco uma grande fatia do mercado de locação de quartos e de fornecimento de alimentos preparados, vendidos em "pensões de família" ou por "pensões de comida", como também por vendedores ambulantes, escravos e livres, nas ruas. E, silenciosamente, resolveram em grande parte o cabeludo problema de como se alojar e se alimentar, sem muito dinheiro, na capital do Império.

Com efeito, por um esforço fundamentalmente feminino e seu saber-fazer doméstico, a produção caseira, colonial e escravista em sua origem, se adaptou às novas condições urbanas cariocas resultantes da inserção do Rio ao mercado mundial capitalista que caminhava no sentido da substituição do escravo

pelo trabalhador assalariado. E, assim, pelo menos desta vez, a "natureza feminina" prestou um bom serviço às mulheres.

O *domus* carioca: uma unidade produtiva

Vale a pena lembrar que o emprego de homens e mulheres como escravos domésticos caracterizou o espaço da casa escravista. A casa não era apenas um lugar de moradia e de reprodução da família, era, também, onde boa parte de tudo o que aí se consumia era produzido, especialmente o vestuário e a comida, e onde a escravidão se reproduzia simbólica e fisicamente. E era a senhora, a dona da casa, quem dirigia a casa, organizava o trabalho e a produção dos bens de consumo da família e de um excedente que era comercializado. Além de ser, juntamente com seu marido, responsável pela moralidade de seus escravos, sua vida sexual e seus casamentos.

A venda do excedente escravista doméstico, em trabalho ou em mercadoria, juntamente com a renda auferida na oficina ou no comércio do dono da casa, era a sua base econômica. Havia, no entanto, famílias que viviam apenas da renda obtida com o aluguel dos escravos para outras famílias ou com os escravos empregados "ao ganho", ou seja, em pequenos trabalhos na rua, como o comércio ambulante.

No âmbito da casa, havia algumas tarefas domésticas especificamente femininas, como a costura e o bordado e a de mucama e ama de leite; outras, especificamente masculinas (pajem, alfaiate, jardineiro, boleeiro, cocheiro). As demais tarefas domésticas, como lavar, passar, cozinhar e servir a mesa, eram realizadas por escravos de ambos os sexos, por serem os escravos do sexo masculino, de longe, os mais numerosos. Muitos destes escravos eram capazes de realizar bem várias destas tarefas, o que aumentava o seu preço de venda ou de locação. Daí a importância de sua formação profissional. E se a mucama era, de todos os trabalhadores domésticos, a mais qualificada e a mais cara, é porque era quem prestava mais serviços à sua senhora, inclusive os que tinham a ver com o seu trato pessoal. Sua valorização refletia a importância da senhora no âmbito da casa e dentro da sociedade.

Algumas destas tarefas domésticas podiam ser feitas, em troca de remuneração, para outras famílias, como lavar e passar roupa para fora, receber crianças para amamentar ou criar. A escrava que cozinhava para a família podia participar da confecção de guloseimas para serem vendidas na rua e, ela mesma, sair à rua com um tabuleiro para vendê-las, como escrava "ao ganho". Bem como o escravo cozinheiro da casa podia ser alugado a outra família apenas para ajudar na preparação de um banquete.

Aparentemente, as profissões propriamente artesanais, todas masculinas, como as de pedreiro, carpinteiro, marceneiro, correeiro, serrador, pescador,

mergulhador, remador, padeiro, sapateiro, calceteiro, cavouqueiro e muitas outras mais, eram realizadas nas oficinas, ateliês, embarcações e pedreiras de seus senhores, que também podiam alugá-los a outros senhores pelo tempo exigido pelas tarefas contratadas.

O caráter empresarial da mulher carioca, fora do alcance da percepção "masculina" dos viajantes estrangeiros, foi claramente enxergado por duas europeias, uma de passagem, em 1842, a outra, moradora no Rio durante quinze anos, a partir de 1850. A primeira, a austríaca Ida Pfeiffer, se espantou com *"este amor extraordinário pelo lucro"* da mulher brasileira e o costume generalizado, que favorecia a sua independência, de receber do marido *"um ou vários escravos, machos ou fêmeas"*, a quem ela ensinava, ou mandava ensinar, a cozinhar, costurar e bordar, além de outras artes, e depois alugava, por dia, por semana ou por mês, servindo-se desta renda à sua vontade (Pfeiffer, 1859, p. 45). A segunda, a francesa Adèle Toussaint-Samson, escarneceu daqueles que afirmavam que as mulheres cariocas passavam o dia a engordar sobre os canapês, quando na verdade empregavam o tempo produtivamente, desde manhã bem cedo, *"sem meias e de tamanco, e um penhoar de musseline como única vestimenta"*, a organizar o trabalho de confecção e venda ambulante de alimentos preparados por seus escravos (Toussaint-Samson, 1883, p. 157).

Se torna, portanto, evidente que a compreensão do *domus* escravista em sua totalidade, como lócus da família e unidade de produção e reprodução dela (como também dos escravos, pelas relações sexuais lícitas ou às escondidas entre eles, ou ilícitas, mas não proibidas, dos patrões e seus filhos com suas escravas), da sociedade e da economia urbana, só pode ser alcançada através de sua análise global como um *modo de produção doméstico mercantil escravista urbano*, subordinado ao capital comercial. Nele, sobretudo a dona de casa, a senhora, detinha o papel de organizadora e controladora da produção e da comercialização de bens e serviços; e o "escravo doméstico", um trabalhador com papel definido na economia mercantil urbana como produtor e/ou prestador de serviços.

Dentro desta perspectiva teórico-metodológica, onde é preciso levar-se em conta as transformações por que passava o mercado mundial, em que a sociedade do Rio de Janeiro estava inserida, o *modo de produção doméstico mercantil escravista* se metamorfoseia, adaptando-se às pressões e injunções do capitalismo em pleno vigor expansionista. O papel econômico, empresarial e produtivo da dona de casa escravista se acentua com a expansão do mercado consumidor interno. O *domus* como unidade de produção e prestação de serviços se especializa, o trabalho escravo se qualifica e se especializa. Mulheres formadoras de "escravas domésticas prendadas", as mucamas, oferecem ensino profissional em sistema de internato e externato a meninas escravas a partir dos sete anos de idade. Artesãos de todos os ramos da produção tomavam como aprendizes jovens escravos a quem formavam em suas artes específicas.

Assim, a economia doméstica não só reproduzia suas relações de trabalho escravistas como fornecia escravos para o modo de produção artesanal mercantil urbano. E, sem sair de casa, as senhoras invadiam a esfera pública e faziam girar os mecanismos da produção escravista urbana (El-Kareh, 2008).

O *Folhetim A Semana* do Jornal do Commercio de 28 de janeiro de 1855, ainda que num tom exageradamente alarmante, manifestava o temor das famílias cariocas diante da impossibilidade de renovação dos plantéis de escravos desde a proibição de sua importação da África em 1850 e a consequente elevação dos preços dos escravos existentes no Império. Ele dizia:

> "Sabe-se que muitas famílias, especialmente dentre as menos abastadas, vivem do aluguel, quer do jornal de seus escravos, quer das pequenas indústrias que por meio deles exercem. Quantas casas são aí sustentadas pelo que ganham duas ou três escravas em lavar, engomar, em fazer doces? Entretanto, a morte vai ceifando os escravos; essas famílias vão vendo rapidamente aniquilar-se o capital de cuja renda tiravam a sua subsistência. Qual a sorte a que ficarão reduzidas?" (JC, 28/01/1855, Folhetim, p. 1).

A previsível escassez de mão-de-obra escrava num momento de aceleração da produção agrícola de exportação e da economia urbana, coincidia com um grande movimento demográfico internacional, especialmente europeu, em demanda das novas nações americanas, do qual o Brasil se beneficiou. A cidade do Rio de Janeiro fazia parte do itinerário daqueles que queriam "fazer a América" e, em particular, dos que sonhavam em "fazer o Brasil".

Desde então, o crescimento do número de lojas voltadas para o comércio de produtos alimentícios e da restauração, o avanço das atividades exercidas principalmente por pequenos comerciantes estrangeiros, além do surgimento das modernas empresas de transporte de passageiros e cargas sobre trilhos e da navegação a vapor, e da inauguração de empresas de transporte, em carroças e em barris hermeticamente fechados, dos detritos caseiros e das "águas servidas", utilizando trabalhadores livres, tendem a substituir tanto os escravos domésticos, quanto os "de aluguel" e "ao ganho", cada vez mais escassos e caros. Desta sorte, a propriedade do escravo se tornou privilégio dos mais afortunados e um número cada vez maior de famílias teve que se contentar em alugá-los quando deles necessitavam. Por isso a locação de escravos para serviços domésticos se tornou uma das mais rentáveis fontes de ingresso urbano para seus proprietários e proprietárias.

O avanço das atividades capitalistas no âmbito do comércio e da produção fazia com que a base mercantil do *modo de produção doméstico escravista urbano se encolhesse*. O escritor e jornalista França Junior resumiu esta tendência numa frase: *"O que pertencia aos tabuleiros passou para o domínio das confeitarias"* (O Paiz, 16/11/1885, Ecos Fluminenses, p. 2).

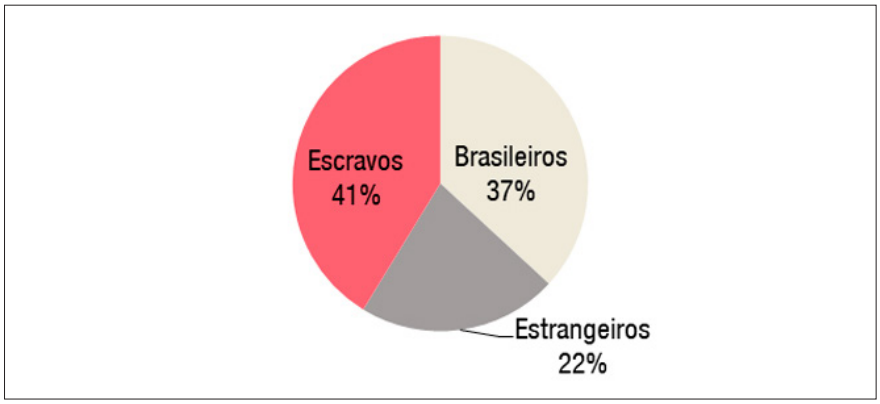
A economia doméstica tendeu a se acantonar no cada vez mais lucrativo

negócio do aluguel de escravos para as tarefas fundamentais de uma família, como cozinhar, lavar e passar, e, mais especialmente, das indispensáveis amas de leite escravas, bem como nos prósperos ramos da alimentação e da hotelaria, dando origem a economias domésticas híbridas onde atividades de tipo capitalista conviviam com outras tipicamente escravistas. A tendência, pois, apontava para o emprego cada vez maior de trabalhadores livres no mercado urbano e o surgimento de um *modo de produção doméstico mercantil assalariado* em que as relações de trabalho permaneciam desiguais, pendendo favoravelmente para o lado das patroas.

Este processo se dá, tendencialmente, também nos lares "de pouca família", onde a economia doméstica visava essencialmente o bem-estar de seus membros. Aí, passa-se a preferir apenas uma empregada, menos qualificada e mais barata, preferentemente livre e desprotegida, *"para todo o serviço"*.

De fato, com o fim do tráfico negreiro africano e o desvio dos escravos urbanos do sexo masculino para as plantações, a mão-de-obra doméstica não só ficou muito mais cara como se feminizou.

Gráfico 2: Trabalhadores domésticos de ambos os sexos do município do Rio de Janeiro em 1872



Fonte: Elaboração a partir de dados fornecidos por Soares (2007, p. 414)

Esta "feminização" da produção doméstica se acentuou com o afluxo de muitas imigrantes europeias, pobres e desprotegidas, logo, baratas. Entretanto, o emprego da mão-de-obra livre doméstica engendrou, tendencialmente, maior exploração da mulher por outras mulheres, pois, a escrava alugada era, apesar de tudo, protegida enquanto patrimônio, por seu proprietário ou proprietária que estabelecia o preço de seu aluguel e as condições de seu emprego e sua exploração; enquanto que a empregada livre, adulta ou criança de ambos os sexos, fosse ela imigrante ou forra, particularmente depois da abolição da

escravidão em 13 de maio de 1888, estava totalmente desamparada e à mercê de sua patroa. De fato, enquanto a senhora da escrava recebia por sua locação um aluguel, a preço de mercado, a empregada estrangeira livre, em geral desqualificada, recebia em troca de seu trabalho a remuneração que a patroa estabelecia a seu critério, muito frequentemente "proteção", ou seja, casa, alguma roupa e comida, ou um pequeno salário. O problema não era, pois, de gênero, mas de classe social.

De fato, na segunda metade do século XIX, o processo de substituição do trabalho doméstico escravo pelo livre ficou evidente com a oferta de grande número de mulheres imigrantes que desvalorizou o trabalho doméstico escravo, especialmente o não produtivo, ou seja, aquele voltado para o consumo e bem-estar da família. A renda aluguel obtida com a locação dos escravos domésticos cai, a não ser para as amas de leite e para as escravas "perfeitas" em suas artes, particularmente as cozinheiras, lavadeiras e passadeiras, muito requisitadas pelas pensões de família e de comida, bem como pela rede hoteleira. A escrava doméstica, em geral, se desvaloriza, sem que o trabalho doméstico livre se valorize, muito pelo contrário.

Enfim, nas últimas décadas do século XIX, as casas em que o *modo de produção doméstico mercantil escravista urbano*, já caduco, se submetia definitivamente à marcha do capitalismo, transformaram-se em prósperas casas de pensão de família ou de pensão de comida, ou simplesmente em casas de aluguel de cômodos, com ou sem serviço de quarto. Neste novo mercado que se abria, muito competitivo e cada vez mais baseado em relações assalariadas, o emprego de cozinheiras, lavadeiras e passadeiras qualificadas, livres e escravas, ainda que relativamente caras, era uma questão mais que tudo de qualidade e eficiência.

A mulher como motor da economia capitalista

Do ponto de vista do consumo burguês, as famílias ricas fluminenses, primeiramente as urbanas e em seguida as rurais, logo assimilaram o gosto europeu pelo luxo e pelo conforto inaugurado no Rio com a instalação da aristocracia trânsfuga portuguesa e dos ricos comerciantes europeus. Destarte, a rude e simples casa "colonial escravista" das camadas ricas se transformou rapidamente no requintado lar de gosto burguês.

Mas o espaço do lar não era organizado e administrado pelas mulheres? Logo, o que os cronistas e viajantes não dizem, e os historiadores omitem, é que eram as mulheres as responsáveis pela "economia doméstica", pelo conforto e beleza dos interiores das casas, pelo seu mobiliário e decoração, pela compra de gêneros alimentícios, nacionais e importados, e pelo grande consumo dito "de modas", ou seja, de joias, roupas, calçados, chapéus, perfumaria

em geral, além dos produtos de higiene do corpo e do lar. Enfim, eram as mulheres cariocas que ajudavam a mover as fábricas europeias de "sonhos de consumo", especialmente as francesas. E, como era nas senhoras cariocas em que se espelhavam as mulheres de todo o Império, elas se tornaram o alvo da cobiça dos industriais europeus e seus agentes comerciais.

Era preciso, portanto, conquistá-las. As cariocas educadas em colégios dirigidos por religiosas ou por leigas francesas, inglesas e brasileiras, educadas na Europa, adquiriam pouco a pouco os seus hábitos e as suas maneiras de ver. Liam romances europeus, se identificavam com suas personagens e queriam viver e consumir como elas. A literatura e a moda, bem como a etiqueta e as boas maneiras, se tornaram um instrumento da expansão industrial europeia e de irradiação de sua cultura, ou melhor, de difusão do consumo de sua civilização, especialmente de seus bens materiais. Para o capitalismo, a mulher romântica, improdutiva e consumista, era a mulher ideal (Campbell, 2001).

Só que, à medida que se aburguesavam, as ricas senhoras cariocas abandonavam seu papel de organizadoras da produção doméstica, que lhes havia garantido uma certa autonomia econômica e um grau elevado de poder doméstico, sujeitando-se cada vez mais ao domínio dos maridos, que lhes proviam os meios para a sua ostentação e seu consumismo.

Proposta de construção do conceito de *modo de produção doméstico mercantil escravista urbano*

Como não podia deixar de ser, partimos de alguns pressupostos teóricos. Um primeiro, é o de que o conceito de *modo de produção doméstico mercantil escravista urbano*, só pode ser concebido em sua *subordinação formal ao capital*. O que significa dizer que a propriedade de escravos representava a existência de um capital acumulado investido na sua compra e na necessidade de reproduzi-lo para a compra de novos escravos e a reprodução do sistema. Logo, as atividades mercantis da economia doméstica escravista não só lhe eram, por definição, inerentes como imprescindíveis, razão de sua própria existência. Um segundo, é o de que a economia doméstica era responsável pela produção dos meios de existência da família e de seus escravos e reprodução física e sexual de todos os seus membros, bem como de produção e reprodução de todo o sistema. Um terceiro, é que era na produção doméstica mercantil que eram, principalmente, investidas as energias intelectuais e físicas dos organizadores da produção e dos trabalhadores diretos. E os escravos podiam atuar produtivamente tanto no âmbito da casa, como empregados domésticos produtores de mercadorias, quanto fora dela, como escravos "ao ganho" ou "de aluguel", podendo acumular funções domésticas com outras fora de casa. E, finalmente, que a economia doméstica era apanágio da dona de casa que detinha não

só o saber-fazer doméstico, como também a propriedade e o controle, se não de todos, ao menos de parte dos escravos da casa, ainda que o marido, enquanto cabeça do casal, teórica e juridicamente administrasse legalmente o patrimônio da família, inclusive o dela. Lembrando, entretanto, que havia mulheres sós que herdavam o patrimônio de seus pais e mulheres viúvas que adquiriam todos os poderes legais de seu marido.

Estes pressupostos emprestam uma dimensão mais correta à importância da *economia doméstica escravista* no conjunto da economia urbana, pois ela se estendia além dos limites da casa. E se o emprego doméstico, segundo o censo de 1872 (Soares, 2007: 409), portanto, num momento de forte descenso da população escrava urbana, era de longe o de maior peso no mercado de trabalho escravo da cidade do Rio de Janeiro, ocupando 20.825 escravos, dos quais 8.098 homens e 12.727 mulheres, a ele haveria de se acrescentar, excluindo-se os 7.545 escravos sem profissão computados no mesmo censo, ao menos, as 1.217 costureiras escravas que se dividiam entre os afazeres propriamente domésticos e os do ateliê de suas senhoras.

Outro pressuposto, que no caso orienta nossa leitura das fontes e é de fundamental importância para este artigo, é o de que o preconceito contra o trabalho da mulher livre impedia a sua exposição pública enquanto "empreendedora", organizadora da produção e reprodutora do capital. E, com efeito, ao admiti-lo nos vemos forçados a reler as fontes do século XIX, tanto a literatura de viagens e os jornais, quanto as fontes oficiais, e a buscar nas lacunas, nas pequenas incoerências, e, principalmente, no não dito, a presença da mulher propositalmente eclipsada. É, pois, esta mulher invisível que procuramos nos periódicos da cidade, particularmente ali, onde a presença feminina certamente devia estar presente, como na produção caseira de alimentos para a venda ambulante, nos anúncios de quartos de pensão ou de comida "para fora", bem como no aluguel de amas de leite, que se tornara um dos mais prósperos negócios escravistas urbanos a partir da década de 1860. Ora, estes anúncios eram quase sempre anônimos, e quando saíam do anonimato, era para nomear, no caso da restauração, um agente masculino ou um restaurante. O que nos faz supor, a partir de nossas premissas, que eram em sua grande maioria mandados publicar por mulheres "empresárias" que deviam, ou que queriam, manter o anonimato.

Da mesma forma, enquanto os anúncios de aluguel e venda de escravos domésticos apareciam como sendo todos, supostamente, de autoria masculina, os reclamos de premiação pela restituição de escravos fugidos estampavam claramente o nome de seus senhores, quando homens. Entretanto, os nomes das senhoras reclamantes poucas vezes eram citados, sendo apenas identificadas pelo endereço em que o escravo ou escrava fugida deveria ser entregue, mediante recompensa. E é pelo endereço que se torna possível identificá-las. Do que se conclui que as fontes históricas, nestes casos particulares, tendem

a falsear a realidade, em detrimento da mulher, e nos obrigam a uma atenção redobrada.

Certas fontes, como os pedidos de licença para o emprego de escravos "ao ganho", apresentados à Câmara Municipal do Rio de Janeiro (Soares, 2007: 423-424), discriminavam o sexo de seus proprietários. Ali encontramos, entre 1851 e 1870, num total de 1.627 proprietários, a cifra significativa de 354 mulheres, portanto 21,63% deles. Entre as profissões declaradas pelas proprietárias de escravos "ao ganho", apenas duas, provavelmente viúvas, declararam possuir um comércio, enquanto as 352 outras, bem como 1.136 proprietários, que correspondiam a 89% deles, não declararam a profissão, porque ser rentista e viver exclusivamente da exploração dos escravos "ao ganho" e "de aluguel", não era uma profissão, mas apenas um meio de vida.

Os viajantes de ambos os sexos, com pouquíssimas exceções como a austríaca Ida Pfeiffer, o suíço Charles Pradez (1872) e a francesa Adèle Toussaint-Samson, também contribuíram para escamotear o papel produtivo da senhora. Foi o caso flagrante do francês Jean-Baptiste Debret que, ao relatar o sucesso espetacular da venda ambulante de pão-de-ló, o atribui a "uma numerosa família dedicada a esta ativa especulação" e "muitas outras pessoas" (Debret, 1835, tome II:130), sabendo perfeitamente que eram as senhoras que se encarregavam da produção caseira deles.

Esta atitude generalizada em apagar a presença econômica da senhora se encontra também no discurso oficial. Um bom exemplo disto está no Relatório do Chefe da Polícia da Corte para o ano de 1870, em que esta autoridade, ao condenar a prostituição das escravas por se entregarem a esta prática *"por ordem e consentimento de seus senhores"* que as obrigavam a se expor à janela, *"seminuas, e excitando por gestos, palavras e quase à força os transeuntes para fins libidinosos"*, admitia, no decorrer de seu relato, que a autoria deste crime, do qual *"auferiam exorbitante lucro", cabia, de fato, às senhoras: "A escrava, posta à janela, não é uma mulher, é uma máquina que se move ao aceno de sua senhora, que a faz rir para os transeuntes" sob ameaça do chicote, "pois tem obrigação de apresentar no fim do dia uma diária nunca inferior a dez mil réis; (…) e assim vão as senhoras, verdadeiras mercadoras ambulantes de torpezas, vendendo a troco de mil réis o veneno da sífilis e a saúde da escrava que, por mais robusta que seja, não pode resistir a tais excessos"* (Ministério da Justiça, 1870: Relatório do Chefe da Polícia [MJ RCP]. Anexo A. 21-22). Note-se que um escravo "ao ganho" não rendia, em média, senão mil réis diariamente.

Assim, uma vez alertados para o preconceito embutido nas fontes históricas contra as donas de casa "empresárias", e munidos não só dos pressupostos teóricos e metodológicos acima enunciados, mas também do quadro histórico anteriormente exposto, podemos, inspirados nos trabalhos dos antropólogos franceses Claude Meillassoux (1975) e Jean Copans (1987), a partir de casos africanos, formular quais seriam, hipoteticamente, as características do *modo*

de produção doméstico mercantil escravista e de sua transição para o *modo de produção doméstico mercantil assalariado*, que lhe seguiu.

Sem perder de vista, é claro, que este esforço teórico, partindo do aferimento de uma documentação densa e pertinente, pretende recuperar o papel da mulher, nacional e estrangeira, no Rio de Janeiro, no século XIX, como agente histórico da transformação por que passou a sociedade carioca.

Consequentemente, a partir de uma visão histórica global, nos propomos a avaliar a importância da mulher na construção dos *modos de produção doméstico mercantil urbano, escravista e assalariado*, bem como, secundariamente, nas novas relações de trabalho assalariadas que se instauraram na cidade, particularmente no comércio varejista da moda e nos ramos da hotelaria e da restauração, mas também na educação escolar de meninas, dos quais mais participava. O que nos leva, forçosamente, a definir, analisar e avaliar as principais estratégias femininas nos diferentes modos de produção que coexistiam e se confrontavam na cidade do Rio de Janeiro no século XIX, e o peso relativo de sua participação na economia e sociedade cariocas.

Ora, se a importância da inserção da mulher na estrutura econômica e social, como produtora, se explica por si só dentro de uma visão de tradição marxista, em que os parâmetros superestruturais, políticos e jurídicos, também definem sua posição de dominação ou de subordinação, inclusive de seu próprio corpo (o que é evidente no caso da escrava), é ainda no nível da superestrutura ideológica e cultural da época que é possível compreender os preconceitos e tabus a que estava sujeita e que deixaram marcas nas próprias fontes históricas.

O conceito de *modo de produção doméstico*, pelo importante papel da mulher que lhe é inerente, foi particularmente investido pelos já citados antropólogos franceses e estudiosas feministas, como a socióloga francesa Christine Delphy (2001). Esta última, desde uma perspectiva de inspiração marxista, analisa este sistema patriarcal como tendo uma base econômica em que homens e mulheres se acham constituídos enquanto classes, e o trabalho doméstico não pode ser definido pela *natureza* das tarefas efetuadas, já que todas elas – administração da casa, cozinha, cuidado das crianças etc. – podem ser também objeto de troca comercial. Deste ponto de vista, não sendo redutível a um conjunto de tarefas a priori delimitado, o trabalho no *modo de produção doméstico* deve ser mais adequadamente definido como sendo todo trabalho efetuado gratuitamente por outrem no quadro do casal ou da família. Em outras palavras, para Delphy, no *modo de produção doméstico*, a mulher fornece bens e serviços domésticos a seu marido em troca, não de uma remuneração, mas de sua manutenção, pois ele provém as suas necessidades.

É nossa intenção demonstrar que o conceito de *modo de produção doméstico mercantil escravista*, especialmente o urbano, foge completamente deste padrão. E ainda que se trate de uma tentativa de construção deste conceito a partir de uma quantidade razoável de dados históricos já coletados, os enun-

ciados que se seguirão são todos hipotéticos e constituem em si as hipóteses deste ensaio.

No que respeita às forças produtivas escravistas domésticas, podemos afirmar que a tecnologia conta ainda muito pouco, sendo o produto resultado sobretudo da capacidade do trabalhador. Daí a importância da qualificação dos escravos, de ambos os sexos, em diferentes especialidades ao mesmo tempo, de acordo com a demanda do mercado de trabalho, que podia até incluir a alfabetização e as quatro operações aritméticas.

Para as meninas escravas havia escolas dirigidas por mulheres em que aprendiam, em regime de internato ou semi-internato, a serem perfeitas mucamas, ou seja, exímias em diferentes artes domésticas. Os meninos escravos aprendiam e se aperfeiçoavam trabalhando, em troca de sua formação, em restaurantes, padarias, ateliês e oficinas escravistas como aprendizes de artífices estrangeiros e nacionais.

Mas não bastava reproduzir a mão-de-obra escrava, qualificando-a, era preciso, também, reproduzir a classe dos senhores e senhoras, organizadores da produção e detentores de escravos. O exercício, quase que diariamente repetido da punição, era uma aula prática de como exercer o controle pelo terror e pelo medo.

A senhora se encarregou diretamente, ou indiretamente através de preceptores, da educação e formação de seus filhos, especialmente de suas filhas. Mas a formação da jovem senhora na economia da casa, ou seja, na organização, supervisão, controle e contabilidade do trabalho dos escravos domésticos e dos que estavam alugados ou trabalhando nas ruas, bem como sua punição, era sua especialidade.

Depois, como reflexo da paulatina, mas rápida, subordinação da sociedade carioca ao capital industrial, e do aumento e complexidade das suas forças produtivas, a educação se profissionalizou com o surgimento de colégios para meninos e outros para meninas. Mas, nem por isso, a senhora perdeu o controle sobre a formação de suas filhas reproduzindo, senão organizadoras da produção, ao menos severas controladoras da força de trabalho escravo, ensinando-lhes a humilhá-los permanentemente e a manejar com destreza os instrumentos de tortura domésticos, especialmente o chicote e a palmatória.

Ainda seria necessário cuidar que, tratando-se de uma economia mercantil, a propaganda era um importante meio de compra, venda e aluguel de escravos domésticos e de escravos "ao ganho", e o anúncio em jornais era o principal veículo de difusão, mas não o único, podendo o produtor ou produtora se utilizar de tabuletas, dísticos ou da publicidade oral, de boca a boca.

Quanto às relações de produção domésticas mercantis escravistas, cabia sobretudo à dona da casa o controle do trabalho e da produção de homens e mulheres escravos, adultos e crianças, subvertendo a tradicional divisão sexual do trabalho no *modo de produção doméstico*: ela deixa de ser trabalhadora pas-

sando a organizadora e controladora da produção (ainda que possa realizar parte do trabalho, como no caso dos "trabalhos de agulha") e faz praticamente desaparecer a divisão sexual do trabalho entre os empregados domésticos. Havendo, portanto, uma clara *divisão sexual do controle da produção doméstica,* cabendo à dona de casa a direção dos trabalhos caseiros voltados para o consumo e reprodução da família (ela era a responsável por sua alimentação) e da escravaria, bem como daqueles voltados para o mercado e, ao menos, de uma parte dos escravos "ao ganho" e "de aluguel", e a sua punição. Quanto ao senhor, dono da casa, cabia a organização e controle do trabalho e da produção dos escravos em seu ateliê, fábrica ou comércio que podiam se confundir com o espaço da casa, bem como a sua punição; além dos seus escravos "ganhadores" e "de aluguel".

Quanto aos trabalhadores diretos, os escravos, eles podiam ser mais ou menos qualificados em determinadas especialidades, podendo exercer algumas delas ao mesmo tempo, como a escrava cozinheira que, com seu tabuleiro, também vendia alimentos na rua. Eles podiam, da mesma forma, ser diretamente explorados por seus proprietários como seus escravos domésticos ou como escravos "ao ganho", ou seja, como vendedores ambulantes, carregadores de objetos ou de sacas de café, transportadores de pessoas ou remadores de barcos e mil outros pequenos serviços urbanos.

Os escravos "ao ganho" estavam obrigados a entregar uma soma de dinheiro, previamente acordada, ao seu senhor fosse diariamente, semanalmente ou mensalmente. Se não o fizessem, estavam sujeitos a castigos severos, normalmente, chicotadas. Por isso, quando conseguiam obter uma soma superior à combinada, eles a guardavam para suprir os momentos de vacas magras.

Os escravos "ao ganho" que não viviam sob o mesmo teto de seus senhores, não lhes devendo prestações senão semanal ou mensalmente, eram responsáveis por sua própria existência, alimentando-se, vestindo-se e morando por sua própria conta. Era esta relativa liberdade dos escravos "ao ganho" que circulavam por toda a cidade vendendo, prestando serviços os mais variados, reunindo-se para comer e beber em botecos e quiosques, sujeitos apenas ao porte de uma licença de exercer o seu ofício e somente até às 10 horas da noite, que emprestava à escravidão urbana sua principal faceta, dando-lhe um colorido e uma sonoridade particulares, especialmente antes do fim do tráfico africano, com seus trajes típicos e seus dialetos.

Os escravos "de aluguel", por sua vez, não eram diretamente explorados por seus proprietários enquanto estavam alugados a outros senhores. Eram estes últimos que, em troca de um aluguel cujo preço e condições do trabalho do escravo eram contratualmente estipulados, os exploravam diretamente fosse nos trabalhos domésticos, fosse em obras públicas, em pedreiras, no transporte aquático urbano como remadores ou em qualquer outro tipo de trabalho temporário.

Contudo, enquanto trabalhadores produtivos, os escravos deviam render o suficiente para a reprodução do capital que eles representavam e para a compra de novos escravos, ou para a substituição dos que morriam, dos aleijados e dos mais idosos que eram descartados sendo vendidos mais baratos, ou seja, para a reprodução do capital mercantil escravista e das relações de produção escravistas urbanas.

Uma das formas que assumiu o trabalho no *modo de produção doméstico mercantil escravista urbano*, foi a prostituição da escrava por seus senhores que as exploravam diretamente ou as alugavam a outros para este fim. Este negócio prosperou sobretudo com a chegada de uma multidão de imigrantes do sexo masculino, jovens e celibatários. Com efeito, alguns senhores e senhoras, para aumentar seus lucros, exacerbaram a sensualidade de certas escravas. Isto pode ser comprovado pela documentação policial e, nos anúncios de aluguel e venda de escravas (e de também de escravos) pela exaltação de suas qualidades físicas ou inclinações sexuais, como a *"vistosa, moça e sadia"* que era vendida *"por ser mui inclinada ao gênero masculino"* (JC, 13/02/1828, Aluguel, p. 4) ou a *"bonita crioula da Bahia, de 17 anos, sublime para dar jornal"* (JC, 07/02/1878, Anúncios, p. 8) que era descaradamente posta à venda para ser prostituída na rua, "ao ganho", ou em prostíbulos, as "casas de escravas" entretidas por seus senhores e senhoras. A prostituição de escravas foi, de tal forma, um negócio lucrativo que sua expansão exagerada e "sem pudor" se tornou um problema de ordem pública, apesar de sua proibição a partir de 1870 (MJ RCP. Anexo A. 21-22).

É bem verdade que muitas escravas domésticas, que realizavam parte do trabalho como vendedoras ambulantes, "ao ganho", aproveitavam os momentos "fora de casa" para se prostituir e obter uma renda própria. Nestas circunstâncias, agiam como "proprietárias de seu próprio corpo", eram "livres" para comerciá-lo. Do mesmo jeito que a prostituição foi, também, uma das formas de trabalho de mulheres pobres e desamparadas que viram no comércio de seu próprio corpo um jeito de obter um pecúlio (quando não caíam nas garras de um cáften ou uma cafetina) e, quando grávidas não abortavam, se alugavam por bom preço como amas de leite.

Alguns traços culturais do modo de produção doméstico mercantil escravista

Poderíamos afirmar, portanto, que a escravidão doméstica liberou a dona de casa das tarefas ditas "femininas", inclusive a de amamentar e cuidar de seus filhos, dando-lhe a necessária autonomia para a organização da produção mercantil doméstica. A subordinação da senhora ao senhor havia deixado de ser econômica e era mais que tudo cultural, jurídica e

ideológica.

Logo, a senhora carioca vivia "fechada em casa" porque era ela quem controlava o trabalho e a produção escravista doméstica e era responsável por sua reprodução. A casa era o seu domínio. E, ocupada com a produção, não estava, normalmente, convenientemente arrumada nem disponível para receber visitas, o que explica porque preferia permanecer "escondida" dos olhares estranhos.

Pode-se mesmo supor que, por que pusesse em primeiro lugar a sua autonomia e independência econômica, ela fechasse os olhos para as relações sexuais ilícitas de seu marido e seus filhos com as escravas, porque isto não só a liberava desta "obrigação" para com seu marido e facilitava o aprendizado sexual de seus filhos, como ainda possibilitava a reprodução dos seus escravos, aumentando seu patrimônio. De qualquer forma, ela era responsável pelo enraizamento e disseminação da ideologia "machista" do direito ao estupro.

Com efeito, as relações sexuais entretidas pelos senhores e seus filhos com as escravas da casa, próprias ou alugadas, ainda que pudessem ser motivo de rivalidades e rixas entre pais e filhos, eram uma forma de reprodução da mão-de-obra escrava, pois todo filho de mulher escrava era escravo, e fonte de renda, e havia uma procura permanente por amas de leite, que eram muito bem alugadas. Por sua vez, as relações sexuais dos patrões e seus filhos com as empregadas livres da casa produziam crianças livres, bastardas, socialmente desqualificadas e estigmatizadas, reproduzindo pobreza e mão-de-obra barata necessárias ao desenvolvimento do capital.

No entanto, as relações sexuais das senhoras e suas filhas, as "senhoras moças", com escravos da casa, ainda que proibidas pela moral e alvo de todas as reprovações públicas, tinham lugar e com a mesma frequência dos inúmeros abortos e abandonos de crianças brancas e pardas. Estas relações se explicavam pela necessidade de satisfação sexual das solteiras e viúvas e das casadas insatisfeitas, mas também como manifestação do poder doméstico da mulher. Sem embargo, este poder podia ser ameaçado por algumas escravas que tentavam obter alguma parcela dele através das relações amorosas com seus senhores. E, de fato, algumas delas obtinham, assim, a liberdade para si e para os filhos nascidos destas relações, quando não o reconhecimento da paternidade.

E certos assassinatos de escravas por suas senhoras dão conta de um ódio e uma crueldade que não se explicariam senão pelo ciúme e pela ameaça ao seu poder. Como no caso daquela viúva que, certa de que seu escravo e amante estivesse mantendo relações sexuais com uma das escravas da casa, de quem estava grávida, a torturou com chicotadas por várias semanas, lhe dilacerou os lábios e lhe quebrou os dentes, e, enfim, a assassinou barbaramente lhe introduzindo, muito simbolicamente, *"o cabo da*

palmatória pela garganta, e depois pelas partes pudendas" (JC, 02/10/1833, Correspondências, p. 2).

Em todos os casos, a violência, inerente e fundamental à existência da escravidão, se comunicava a todas as formas de relações sociais, inclusive as afetivas e matrimoniais. Era, pois, natural que o senhor, por ser homem, espancasse sua mulher e seus filhos, da mesma forma que todos espancavam seus escravos. Paradoxalmente, as senhoras reagiam à violência conjugal redobrando a crueldade de seus castigos ou traindo seus maridos com os próprios escravos domésticos.

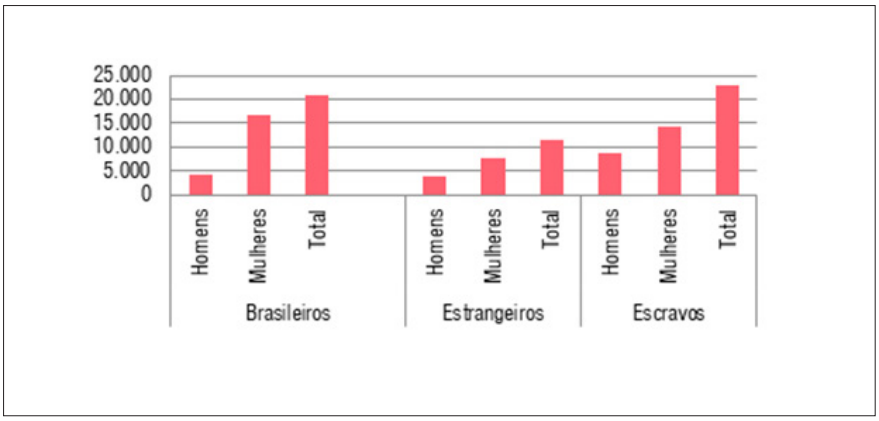
Assim, tanto no *modo de produção doméstico mercantil escravista urbano*, em que as escravas eram exploradas por suas senhoras, bem como no *modo de produção doméstico mercantil assalariado urbano*, no qual as empregadas domésticas eram sobre-exploradas por suas patroas, a questão do gênero perde em importância explicativa dando claramente lugar a relações de exploração econômica, de classe.

A crise do modo de produção doméstico mercantil escravista urbano e a expansão do modo de produção mercantil assalariado urbano, doméstico e fabril

Com o crescimento do mercado capitalista na cidade do Rio de Janeiro, o surgimento de oficinas e ateliês de artesãos e artífices livres, de fábricas com seus operários escravos e livres, a abertura de lojas de comércio a varejo de todo gênero empregando pessoal livre, a instalação em toda a cidade das redes subterrâneas de água potável e de esgoto das águas pluviais e servidas, e do sistema de iluminação a gás dos espaços públicos e das casas, além de um moderno e eficiente sistema de transportes urbanos sobre trilhos e de barcos a vapor, as famílias passaram a se abastecer cada vez mais fora de casa, a produção doméstica tendeu a se encolher e os seus serviços também.

A concorrência feita pelos trabalhadores livres, brasileiros (em geral forros, pardos e negros, designados pela expressão "de cor") e estrangeiros, aos escravos domésticos, prejudicando seus proprietários que viviam da renda de seu aluguel, fica evidente no censo da população de 1872, representado no gráfico seguinte:

Gráfico 3. Trabalhadores domésticos do município do Rio de Janeiro em 1872



Fonte: Elaboração a partir dos dados fornecidos por Soares (2007, p. 414)

Nas famílias menos abastadas, depois do fim do tráfico africano, era comum o emprego de escravos de meia-idade de ambos os sexos, e até mesmo defeituosos, ou então muito jovens, ainda crianças, por serem mais baratos. E, após a oferta em profusão de imigrantes europeias pobres e consequente barateamento da mão-de-obra doméstica, se tornou frequente entre as famílias de menos posses ou pouco numerosas o emprego de uma só empregada doméstica (que podia ser uma mulher adulta ou um menino ou menina) menos qualificada e mais barata, escrava ou livre, *"para todo o serviço"*. O trabalho doméstico se feminizava e se infantilizava.

A situação do trabalhador doméstico livre tendia a se degradar. Enquanto o escravo doméstico contava com a proteção de sua senhora, interessada na preservação deste bem que lhe prestava serviços ou lhe auferia renda, a empregada doméstica livre, especialmente a estrangeira, estava à mercê de seus patrões, que podiam abusar de seu desamparo.

Enfim, o barateamento da mão-de-obra livre, pelo seu excesso de oferta, desvalorizou todo o trabalho, inclusive o escravo. Com o fim da escravidão, em 1888, esta tendência se acentuou e o trabalho doméstico tendeu, cada vez mais, a se feminizar, se infantilizar e a se desmonetizar. Observa-se, então, uma queda no poder de barganha da empregada doméstica livre por mais direitos, como o de dormir fora do trabalho e de não trabalhar aos domingos, e uma agravação da sua subordinação e exploração por sua patroa.

Foram as costureiras estrangeiras que inauguraram este ramo produtivo montando ateliês em suas casas, inicialmente com a ajuda de escravas costureiras, algumas exímias, que também executavam as tarefas propriamente domésticas. Posteriormente, passaram a empregar ajudantes livres, em geral

brasileiras "de cor" e abriram lojas de modas, que também vendiam tecidos importados. Algumas dessas costureiras mandavam *"vender modas"* (vestidos, chapéus, mantilhas, flores, plumas, luvas, perfumes e *"tudo o que pertence ao toucador de senhoras"*) nas ruas por vendedores ambulantes (JC, 03/03/1843, Anúncios, p. 4).

Esta mesma tendência podia ser verificada no setor da confecção de roupas femininas, o melhor exemplo do sucesso do empreendedorismo feminino no século XIX. Esta especialidade era exercida na economia doméstica escravista pela escrava costureira que *"sabiam vestir e pregar uma senhora"*, mas só tomou a organização de um ateliê de costura com a chegada de imigrantes francesas com suas *"lojas de modas"* em que empregavam escravas costureiras que também executavam as tarefas propriamente domésticas. Algumas delas mandavam *"vender modas"* (vestidos, chapéus, mantilhas, flores, plumas, luvas, perfumes e *"tudo o que pertence ao toucador de senhoras"*) nas ruas por vendedores ambulantes (JC, 03/03/1843, Anúncios, p. 4). Depois, passaram a empregar cada vez mais costureiras livres e disseminaram a arte da costura que chegou a contabilizar no censo da população de 1872, para o município do Rio de Janeiro, um total de 11.529 entre livres e escravas. Deste total, 7.785 eram brasileiras, 2.423 estrangeiras e apenas 1.384 eram escravas (Soares, 2007, p. 436). Este setor se expandiu sobretudo com as encomendas do Arsenal de Guerra.

As chamadas *"costuras do Arsenal de Guerra"* deram margem a uma acerbada luta entre as costureiras do Rio de Janeiro. As mais humildes, mulheres pobres, muitas viúvas de militares e esposas de militares que estavam nos campos de batalha, que dependiam destas costuras para sobreviverem, tiveram que enfrentar a cobiça das costureiras ricas e bem estabelecidas que tudo fizeram para controlar este negócio tão lucrativo.

As "costuras do Arsenal" compreendiam tendas, colchões, lençóis, travesseiros e bornais, bem como todo o fardamento dos soldados, ou seja, calças, fardetas e fardas que eram atribuição dos alfaiates, e camisas e blusas para o trabalho, confeccionadas por costureiras, sem contar os tecidos para a confecção destas obras que eram fornecidos por atacadistas. Estas encomendas eram em tão grande volume que superavam de longe a capacidade dos ateliês de costura, mesmo dos maiores. O que ensejou o surgimento de fornecedores que contratavam o serviço de pequenas costureiras às quais distribuíam os tecidos e as respectivas encomendas e estabeleciam os prazos de entrega das obras contratadas.

Um anúncio, anterior à Guerra do Paraguai (1864-1870) que deu ainda maior vigor a este setor, dá uma ideia do seu dinamismo e do papel das *"costuras do Arsenal"* no seu crescimento, chegando a criar um mercado específico para *"costureiras acostumadas a coser costuras do Arsenal"* e para costureiras *"maquinistas"*, ou seja, que sabiam usar a máquina de coser. Ele avisava que o setor de Costuras do Arsenal de Guerra da Corte estava aceitando propostas para a

execução de *"6.100 calças de brim branco, 6.000 camisas de algodão e 2.000 bornais de brim para o Exército"* (JC, 26/08/1862, Declarações, p. 2).

A disputa pelas maiores e melhores fatias na distribuição das encomendas deu logo margem à corrupção dos responsáveis pelo setor que se deixavam subornar pelas costureiras mais ricas, em detrimento das mais pobres e necessitadas que se contavam aos milhares. Este fato, denunciado pela imprensa e sabido de todos, se arrastou durante as quatro últimas décadas do século XIX.

Ainda uma vez, as mulheres se excediam em sua capacidade de organizadoras da produção fazendo uso de seu poder, não só de sedução (eram chamadas de *"lindas moças"*), mas também financeiro, para obter proteção e vantagens na distribuição das *"costuras do Arsenal"*. Elas participavam, e com muito desembaraço, das novas e modernas relações mercantis baseadas no suborno introduzidas pelo capitalismo.

Foram elas, também, que inovaram as técnicas de venda do comércio varejista da cidade com suas lojas bem arrumadas, mercadorias bem expostas, vitrines iluminadas, vendedoras bem apresentadas e amáveis, enfim, com o seu saber-fazer comercial europeu, capitalista. E foram, sem dúvida, as primeiras empresárias capitalistas da cidade. E, diferentemente das "empresárias domésticas", elas se anunciavam em grandes espaços dos jornais em que, vitoriosas, ostentavam orgulhosamente seus sobrenomes, sempre acompanhados do pronome de tratamento "madame". Muitas delas prosperaram e se enriqueceram. Então, era comum voltarem aos seus países de origem de onde haviam saído pobres, e aos quais retornavam ricas e triunfantes, instalando-se nos melhores pontos comerciais. Foi o caso da fabricante de espartilhos Henriette Charavel que, desde 1860, anunciava sua fábrica "Ao Colete Nacional" anexa à sua loja de modas em que aprontava toda a sorte de vestidos, chapéus, manteletes etc. (JC, 13/09/1860, Anúncios, p. 4). Em 1877, Mme. Charavel, *"coleteira de S. M. Imperial e Suas Altezas Imperiais"*, depois de vinte anos, regressou a Paris, se estabeleceu no mesmo ramo de negócios e continuou a receber encomendas de suas clientes cariocas, diretamente ou através de seu correspondente no Rio de Janeiro (JC, 29/10/1877, p. 1).

Algumas considerações finais

Trocando em miúdos, vimos, por tudo o que foi exposto até aqui, que tanto o *modo de produção doméstico mercantil escravista urbano*, quanto o *modo de produção doméstico mercantil assalariado urbano*, estimularam o surgimento de mulheres "empresárias" com atividades votadas ao mercado. A base de seu saber-fazer, inclusive o controle e punição dos escravos, era a sua experiência doméstica enquanto mulheres e enquanto donas de casa. Por isso, suas atividades mercantis se centraram na formação, aluguel e venda de escravos, especial-

mente empregados domésticos qualificados e com certas especialidades (sem serem especializados, pois exerciam diferentes ocupações, às vezes ao mesmo tempo), na produção de alimentos preparados para a venda ambulante nas ruas ou em pensões de "comida para fora", e na locação de cômodos, com comida (as pensões de família) ou sem. E, em todas estas atividades, se fizeram secundar por trabalhadores, primeiramente escravos e depois, concomitantemente, livres. Mas, com a alta do preço dos escravos e a grande oferta de imigrantes baratos, foram, sem dúvida alguma, as donas de casa dos setores médios mais baixos da população as que mais empregaram trabalhadores assalariados, de ambos os sexos, na economia doméstica mercantil.

Nas famílias burguesas de pequenos e médios comerciantes, as senhoras, liberadas das atividades propriamente domésticas, realizadas por escravas ou criadas livres, ajudavam seus maridos em seus negócios e, quando viúvas, ficavam à frente deles. Estas mulheres passaram a ocupar papéis de empresárias capitalistas, algumas muito bem-sucedidas, até então privilégio masculino ou de estrangeiras.

Da mesma forma, as *"casas de pouca família"*, em geral de casais dos setores médios com poucos filhos ou sem filhos, bem como de mulheres que viviam sós ou com suas companheiras, puderam dispor de uma empregada livre, barata, *"para todo o serviço"*, que podia até *"dormir fora"* (não ocupando espaço nas casas), e ficaram livres para trabalhar "produtivamente", em casa ou mesmo na rua, aproveitando as oportunidades apresentadas pelo novo mercado de trabalho urbano que se abria. Ou, então, ociosas, empregavam seu tempo livre para passear pelas ruas, olhar as vitrines, flertar e (por que não?) enganar os seus maridos. Logo, a libertação da mulher no âmbito da casa foi possível pela exploração do trabalho de outras mulheres, ou mesmo crianças.

Entretanto, se as conquistas obtidas pelas mulheres – fossem elas empresárias, profissionais liberais autônomas ou assalariadas – contribuíram para diminuir o preconceito contra o trabalho feminino fora de casa, não o superaram. Assim, dele seguiram sendo vítimas, percebidas como mulheres "fáceis", quando não eram assimiladas às prostitutas por circularem pelas ruas, como as professoras, as parteiras e as costureiras, ou por cuidarem de corpos masculinos, como as enfermeiras e suas auxiliares. O preconceito contra a mulher livre que trabalhava, especialmente fora do lar, era cultural.

Ao contrário, nas famílias ricas, as senhoras escravistas, ao se liberarem das tarefas domésticas – sobretudo do aleitamento e cuidado de seus filhos, que transferiam a outras famílias em troca de remuneração, e, depois, já maiores, a colégios internos – passaram a se dedicar cada vez mais ao lar, ao marido e a atividades sociais e de lazer, perdendo em independência e autonomia. Em consequência, o domus, mesmo nos setores médios não escravistas da população, vê se esvanecer aos poucos sua função de lócus do *modo de produção doméstico mercantil urbano* e tende a se tornar um "lar burguês", escravista ou

assalariado, em que a senhora, "improdutiva" e "consumista", segundo o modelo europeu, estava economicamente submetida a seu marido.

Quanto ao preconceito contra o trabalho doméstico, ele também se transformou acompanhando a evolução da economia doméstica de escrava para assalariada. A depreciação do trabalho doméstico *no modo de produção doméstico mercantil escravista* era social e não econômica, uma vez que o escravo era uma mercadoria cara e seu valor aumentava na proporção direta dos investimentos feitos na sua formação profissional, na sua qualificação. Ou seja, era um trabalho economicamente valorizado na medida em que era uma mercadoria cara e a propriedade de muitos escravos era apanágio dos ricos e motivo de prestígio social, e a sua venda ou seu aluguel era uma das principais fontes de renda da população livre carioca. Em outras palavras, se o trabalho escravo era economicamente valorizado, o trabalhador escravo era humilhado e desprezado.

A desvalorização econômica do trabalho doméstico se deu a partir do momento em que a escravo doméstico deixou de ser um emprego produtivo do capital (renda-aluguel), quando o mercado de trabalho foi investido por trabalhadores livres, nacionais e estrangeiros, especialmente mulheres, mais baratos. De fato, já em 1872, os empregados domésticos livres constituíam 59% de toda a domesticidade, que se feminizava rapidamente. Esta feminização, que naquele mesmo ano atingia 61% do pessoal doméstico da cidade, se acentuou e se acelerou com o fim da escravidão, em 1888, com a chegada de ex-escravas que abandonavam o campo em busca de um emprego na capital do Império. Ou seja, uma abundante oferta de mulheres desprotegidas e desamparadas, obrigadas a viver no próprio local do emprego, onde as relações de trabalho se confundiam com relações extraeconômicas, inclusive afetivas. Assim, sujeitas à exploração indiscriminada de suas patroas, que lhes impunham as condições de trabalho e seu preço, e ao assédio sexual dos homens da casa, esta categoria profissional que já era socialmente desvalorizada, se depreciou economicamente e se viu completamente aviltada.

Este fato demonstra que a passagem do *modo de produção doméstico escravista para o modo de produção doméstico assalariado* se fez pela mudança nas relações de produção, ou seja, pela substituição da mão-de-obra escrava pela livre (às vezes, era o mesmo trabalhador que mudava de status social), sem que as forças produtivas se transformassem e, poderíamos mesmo afirmar que, em certas situações, como no caso da empregada *"para todo o serviço"*, com um declínio da qualidade do trabalhador. Do que se poderia depreender que, no século XIX, à medida que as relações assalariadas e mais produtivas, tipicamente capitalistas, invadiam os setores comerciais, industriais e financeiros da economia urbana carioca, houve um retrocesso nas relações de trabalho assalariadas no âmbito doméstico que se mesclavam com relações extraeconômicas.

As condições do trabalho doméstico ao longo do século XIX permaneceram praticamente imutáveis. As poucas inovações ocorridas, quase todas

na segunda metade do século – como a introdução de novos utensílios de cozinha, livros de receitas (Cozinheiro Imperial, 1840; Doceiro Nacional e Cozinheiro Nacional, 1882) e, especialmente, o "fogão econômico" (de ferro, móvel e que economizava lenha), além da introdução da iluminação a gás, água potável e esgoto no interior das casas – provavelmente melhoraram as condições de trabalho e aumentaram a sua produtividade, bem como a qualidade do produto, mas não foram suficientemente profundas para modificar as relações domésticas de trabalho e de produção que continuaram muito pessoais e, quando deixaram de ser escravistas, deram lugar a novas relações de trabalho extraeconômicas com forte tendência à desmonetização.

Concluindo, poder-se-ia afirmar que o *modo de produção doméstico*, no Rio de Janeiro, ainda durante a colônia, ao se subordinar ao *modo de produção "colonial" escravista*, por sua vez submetido ao capital comercial, tomou a forma escravista e mercantil. Tratava-se, pois, de uma subordinação "formal" do trabalho ao capital. No entanto, com o fim da escravidão, sua subordinação ao capital industrial não tomou sua forma "real", assalariada, de exploração puramente econômica, mas tendeu para formas de exploração não-econômicas como a "proteção" e a retribuição não monetária, ainda que parcial, dos serviços prestados, como casa, roupa e comida, mantendo-se, portanto, a sua subordinação "formal" ao capital.

Poderíamos dizer, também, que a mulher, no *modo de produção doméstico mercantil*, fosse ele escravista ou assalariado, detinha uma importância econômica e um poder doméstico inusitados que contrastavam de maneira berrante com o papel submisso que oficialmente lhe era atribuído pela sociedade carregadamente machista da época. Sociedade que lhe negava toda visibilidade enquanto organizadora da produção e responsável pelo movimento de parte significativa do mercado da restauração e da moradia, bem como da confecção. Sociedade que, na medida em que se aburguesava, procurava moldá-la e prendê-la à figura importada da mulher romântica, consumista, improdutiva e submissa a seu marido, seu senhor e provedor.

Por este motivo, foi preciso dissimular a presença da dona de casa empresária, forte e dinâmica, nos anúncios comerciais, nas fontes oficiais e nos relatos dos viajantes, bem como nos artigos de jornais que lhe eram dedicados e nos romances e peças de teatro da época que privilegiavam a mulher romântica e ridicularizavam a mulher-homem, fanchona, como eram vistas todas as mulheres que, por seu trabalho e seu empreendedorismo, se rebelavam contra a ordem estabelecida. Fazia-se necessário calá-las e apagá-las.

As reflexões contidas neste artigo são uma tentativa teórico-metodológica de dar visibilidade e restituir a palavra à mulher na cidade do Rio de Janeiro no século XIX, especialmente a dona de casa.

Bibliografia e fontes.

Acerbi, P. (2017). *Street Occupations: Urban Vending in Rio de Janeiro*, 1850-1925. Austin: University of Texas Press.

Algranti, L. (1988). *O feitor ausente. Estudo sobre a escravidão urbana no Rio de Janeiro*. Petrópolis: Vozes.

Campbell, C. (2001). *A ética romântica e o espírito do novo consumismo moderno.* Rio de Janeiro: Editora Rocco.

Cardoso, C. (1973). Observações sobre o dossiê preparatório da discussão sobre o modo de produção colonial. In Parain, C. [et al.]. *Sobre o feudalismo.* Lisboa: Editorial Estampa.

Copans, J. (1987). Des modes domestiques aux modes salariés : cycles de prolétarisation et proto-prolétarisation féminine. Réflexions à partir d'exemples africains. *Cahiers Sciences Humaines* : 23(1), 75-87.

Debret, J.-B. (1835). *Voyage Pittoresque et Historique au Brésil*, tome II. Paris : Firmin Didot Frères. De: http://gallica.bnf.fr/ark:/12148/bpt6k5570716d.r=Debret%2C%20Jean-Baptiste

Delphy, C. (2001). *Penser le genre. L'ennemi principal*. Collection "Nouvelles Questions Féministes". Paris : Éditions Syllepse.

El-Kareh, A. (2004). Famílias adotivas, amas-de-leite e amas-secas e o comércio de leite materno e de carinho na Corte do Rio de Janeiro. *Gênero*, 4 (2), 9-30.

El-Kareh, A. (2005). Meninos vagabundos e meninas prostitutas: o trabalho livre e compulsório na Corte do Império do Brasil, *XXV Reunião Anual da Sociedade Brasileira de Pesquisa Histórica/SBPH*, Rio de Janeiro: SBPH.

El-Kareh, A. (2005-2007). A pobreza pertinho do céu: moradia e alimentação dos pobres no Rio de Janeiro (1850-1889). *Revista Maracanan*, 3 (1), 76-96.

El-Kareh, A. (2008). Comida quente, mulher ausente: produção doméstica e comercialização de alimentos preparados no Rio de Janeiro no século XIX. *Caderno Espaço Feminino,* 19(1), 89-115.

EL-Kareh, A. (2016). As artimanhas do Braguinha e a invenção do cafezinho.

In Prado, S. et al. (Orgs.). *Estudos Socioculturais em Alimentação e Saúde: Saberes em Rede*, pp. 125-160. Rio de Janeiro: Eduerj.

Graham, S. (1992). P*roteção e obediência: criadas e seus patrões no Rio de Janeiro*, 1860-1910. Viviana Bosi (Trad.). São Paulo: Companhia das Letras.

Karasch, M. (2000). *A vida dos escravos no Rio de Janeiro* (1808-1850). Pedro Maia Soares (Trad.). São Paulo: Companhia das Letras.

Jornal do Commercio (1833). Rio de Janeiro, RJ. De: http://bndigital.bn.br/acervo-digital/jornal-do-commercio/758248

Meillassoux, C. (1975). *Femmes, greniers et capitaux*, Paris: Maspero.

Ministério da Justiça (1870): Relatório do Chefe da Polícia. Anexo A. 21-22. De: http://brazil.crl.edu/bsd/bsd/u1863/000040.html

O Paiz (1884-1934). Rio de Janeiro, RJ. De: http://bndigital.bn.br/acervo-digital/paiz/178691

Pfeiffer, I. (1859). *Voyage d'une femme autour du monde*. W. de Suckau, (Trad.). Paris: Imprimerie de Ch. Lahure et Cie. De: http://gallica.bnf.fr/ark:/12148/bpt6k6544120v.r=Pfeiffer%2C%20Ida

Pradez, C. (1872). *Nouvelles études sur le Brésil*. Paris : Ernest Thorin. De: https://archive.org/details/nouvellesetudess00prad

Silva, M. R. (1988). N*egro na rua. A nova face da escravidão*. São Paulo: Hucitec.

Soares, L. C. (2007). O *"Povo de Cam" na capital do Brasil: A escravidão urbana no Rio Rio de Janeiro do século* XIX. Rio de Janeiro: Faperj.

Toussaint-Samson, A. (1883). *Une Parisienne au Brésil*, Paris: Paul Ollendorff éditeur. De:http://gallica.bnf.fr/ark:/12148/bpt6k5747774p.r=Adele%20Toussaint-Samson

COMUNICACIONES

Las caras de la desigualdad

Apuntes preliminares sobre un abordaje multidimensional y multimedial de la desigualdad social

Ingrid Bleynat
King´s College London, Londres, Reino Unido.
ingrid.bleynat@kcl.ac.uk

Paul Segal
King´s College London, Londres, Reino Unido.
paul.segal@kcl.ac.uk

Traducción: Silvana Galeano Alfonso
Universidad de Buenos Aires, Facultad de Ciencias Sociales, Instituto Gino Germani, Ciudad Autónoma de Buenos Aires, Argentina.

La desigualdad social es uno de los grandes desafíos de nuestro tiempo, y en los últimos años ha habido un incremento substancial tanto en el trabajo académico sobre el tema como en el reconocimiento público de su importancia. Sin embargo, a pesar de que la desigualdad es actualmente estudiada por un amplio rango de las ciencias sociales — incluyendo a economistas, sociólogos, historiadores, cientistas políticos, entre otros — existen pocos estudios interdisciplinarios sustantivos que articulen las diferentes perspectivas. Podemos decir que las colaboraciones multidisciplinarias directas son escasas, y aún no han conducido a investigaciones profundas sobre las formas en que las desigualdades específicas estudiadas por las diferentes ciencias sociales interactúan entre sí. Además, tenemos pocos estudios enfocados en revelar cómo la desigualdad afecta las experiencias de vida de las personas y cómo es la vida en diferentes puntos de la distribución del ingreso — especialmente en regiones con niveles elevados de desigualdad como Latinoamérica, que tiene una larga historia de desigualdad institucionalizada (Frankema 2010, Bleynat, Challú and Segal 2017). Estas deficiencias comprometen la capacidad de

desarrollo del debate público informado y restringen la implementación de políticas públicas para combatir la desigualdad.

Nuestro proyecto en curso, *Faces of inequality*, una colaboración entre la Universidad *King's College* de Londres, Oxfam México, Periodismo CIDE y la revista mexicana Chilango, pretende llenar algunos de esos vacíos. Estos apuntes describen la nueva metodología que desarrollamos, algunos de los resultados preliminares, y el camino que esperamos seguir en adelante. Nuestro abordaje, al combinar datos cuantitativos y cualitativos sobre los hogares a lo largo de la distribución de ingresos, y utilizar representaciones visuales de las vidas cotidianas de los sujetos obtenidas por medio de fotografías y videos, habilita una exploración multidimensional y multimedial de la desigualdad. El punto de partida es el reconocimiento de que los datos estadísticos solos brindan poca información sobre el efecto que tiene la desigualdad en las experiencias de vida de las personas (Pla 2017, Bayon and Saravi 2017), mientras que la etnografía y los estudios cualitativos rara vez exploran la distribución de ingresos completa ya que por el contrario suelen profundizar en un pequeño subconjunto de ella (Flemmen and Savage 2017). En consecuencia, nosotros combinamos la representatividad de los estudios cuantitativos con la profundidad y matices de los estudios cualitativos y etnográficos que analizan las experiencias de vida, el *hábitus* y las relaciones sociales.

En 2018 implementamos un estudio piloto en la Ciudad de México en el cual se recopilaron datos a través de una encuesta, imágenes y videos en 50 hogares que son representativos de todo el rango de ingresos. Nuestro objetivo fue combinar estos nuevos datos con los datos provenientes de encuestas existentes, como la Encuesta Nacional de Ingresos y Gastos, y el Censo Nacional, con el fin de retratar la desigualdad con mayor profundidad que con cualquier otro método empírico y *explicar* cómo las interacciones entre diferentes dimensiones de la desigualdad contribuyen a su reproducción. Hemos producido un micrositio web con parte de nuestro material, https://desigualdad.chilango.com y produciremos más trabajos académicos para presentar nuestros hallazgos.

El marco de trabajo

El marco teórico que subyace al proyecto es un abordaje multidimensional de la desigualdad económica que combina el enfoque basado en las capacidades de Amartya Sen (Sen, 1999; Alkire 2005) y las perspectivas sociológicas ancladas en la obra de Bourdieu que reconocen las dimensiones interseccionales y culturales de las desigualdades sociales (Bourdieu 1984, 1990, Savage and Devine, 2005; Sayer, 2005; Lamont et al., 2014; Crenshaw, 1989). Ambos autores exploran la relación entre la agencia y las estructuras socio-económicas

para explicar las desigualdades. Sen destaca la importancia de los derechos económicos, prestándole especial atención a las restricciones legales y económicas que los individuos enfrentan a la hora de realizar elecciones, mientras Bourdieu entiende que la agencia (*hábitus*) es en parte construida por lo social y las prácticas son desarrolladas dentro de estructuras sociales (campos) que también restringen la agencia y reproducen las desigualdades.

Siguiendo a Sen, cualquier estudio sobre desigualdad debe empezar con dos preguntas: ¿Desigualdad de qué? ¿Desigualdad entre quiénes? Con respecto a la primera pregunta, nuestro abordaje multidimensional indaga cómo las desigualdades de ingresos y riqueza se relacionan con las desigualdades en salud, en educación, en acceso al trabajo formal, a los servicios públicos, las redes sociales y en las aspiraciones. Muchas de esas dimensiones también tienen un componente espacial, ya que la distancia y la proximidad afectan tanto los recursos públicos disponibles para los hogares como a los contextos en los que interactúan las clases sociales. Siguiendo a Bourdieu, comprendemos que la desigualdad es construida socialmente, y puede tener implicaciones importantes en la manera en que las personas se relacionan, lo que a su vez puede desempeñar un papel clave en la forma en la que la desigualdad es reproducida. Esos patrones de sociabilidad pueden implicar reconocimiento, respeto, empatía y solidaridad, pero también desprecio, vergüenza, miedo y distanciamiento. Además, las desigualdades de ingreso, educación, salud y otros aspectos materiales se relacionan con las desigualdades espaciales y simbólicas, que son reflejadas y reforzadas por las instituciones sociales.

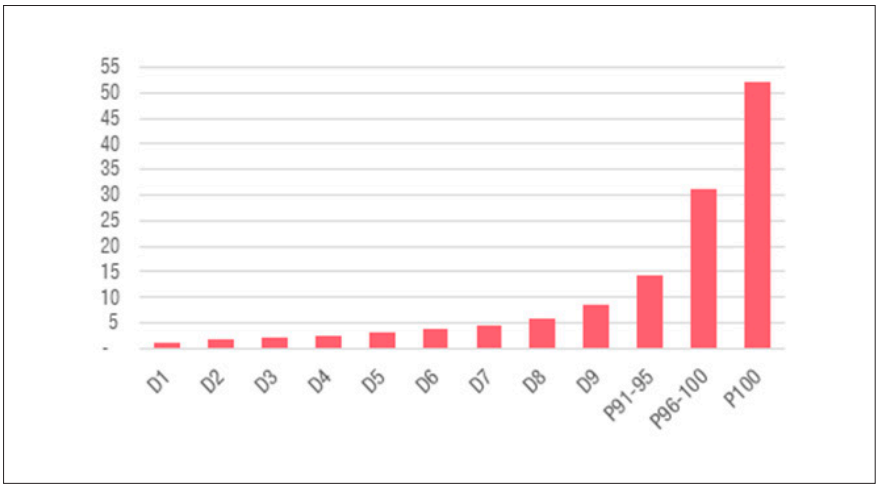
En cuanto a la segunda pregunta, las desigualdades existen tanto entre individuos — como es el caso cuando medimos el coeficiente de Gini por medio de la distribución del ingreso —como entre categorías o grupos definidos por clase, género, etnicidad, geografía y otras características sobresalientes. Las desigualdades entre grupos, a su vez, interactúan con las desigualdades individuales, y las desigualdades interseccionales ocurren cuando las desigualdades entre grupos se relacionan y combinan entre sí (Crenshaw 1989, Segal and Savage 2019). En este sentido, las interacciones entre género, etnicidad y geografía ayudan a explicar las desigualdades de ingresos, el acceso a los servicios públicos, el estatus social y la exclusión política.

El proyecto

Partimos de utilizar los datos cuantitativos existentes para establecer la distribución del ingreso y construir gradientes de ingresos en otras dimensiones. En nuestra prueba piloto en La Ciudad de México, usamos la Encuesta Nacional de Ingresos y Gastos de Hogares (ENIGH) para construir, por ejem-

plo, la distribución de ingresos y el gradiente de ingresos por educación y por el porcentaje de hogares registrados como indígenas, tal como está ilustrado en la Figura 1 y Tabla 1. Como esperábamos, los hogares en los deciles más pobres tienen, en promedio, menos años de educación y son más propensos a ser indígenas.

Figura 1: Promedio de ingresos mensuales del hogar por adulto equivalente, Ciudad de México, P $ 1,000.



Fuente: Cálculos de los autores basados en la Encuesta Nacional de Ingresos y Gastos de Hogares (ENIGH) 2016. Nota: D representa deciles, P representa percentiles. También tener en cuenta que esperamos que se subestime el P100, debido al bajo reporte y muestreo de lo más ricos.

Tabla 1: Ingresos, educación y hogares registrados como indígenas por decil, Ciudad de México, 2016.

Decil	Media de ingresos mensuales del hogar por adulto equivalente, M$	Media de años de educación	% de hogares registrados como indígenas
1	1,067	7.3	14.6
2	1,654	8.2	8.2
3	2,141	8.6	5.3
4	2,576	9.1	3.5
5	3,082	9.7	2.7
6	3,721	10.3	2.1
7	4,476	11.4	1.5

Decil	Media de ingresos mensuales del hogar por adulto equivalente, M$	Media de años de educación	% de hogares registrados como indígenas
8	5,800	12.5	0.8
9	8,510	13.4	0.6
10	22,765	13.7	0.0

Fuente: Cálculos de los autores basados en la Encuesta nacional de ingresos y gastos de los hogares (ENIGH), 2016.

Luego, produjimos un mapa de la Ciudad de México que predice los ingresos promedio de los hogares a nivel del área geoestadística básica (AGEB), que se muestra en la figura 2.1 Para este propósito combinamos los datos de las encuestas de hogares, donde la muestra no es lo suficientemente grande como para ser representativa a nivel geográfico local, con datos del censo, que son representativos pero no recolectan datos sobre ingresos. Lo realizado nos permitió identificar una serie de hogares en cada decil de ingresos, con el objetivo de establecer una muestra económicamente representativa. Seleccionamos 5 hogares por decil de ingreso, bajo el supuesto de que cada hogar tenía el nivel de ingreso estimado de su AGEB. Además, debido a que el decil superior es mucho más heterogéneo que los otros deciles, lo estratificamos aún más para asegurarnos la cobertura de los percentiles 90-95, 96-99 y el percentil superior. La ubicación geográfica de los hogares puede verse en la figura 3. El proceso de selección de hogares significó que algunos de ellos al final no pertenecían al decil estimado, pero aun así nos aseguró cubrir la extensión de toda la distribución.

Nuestras entrevistas semiestructuradas en profundidad indagaron sobre las variables socioeconómicas cualitativas, las experiencias y la comprensión que se tienen de la desigualdad. Las categorías de preguntas fueron las siguientes: experiencias de trabajo; toma de decisiones dentro del hogar; redes comunitarias y de contención; redes sociales; movilidad social y percepciones de oportunidades; desigualdad espacial; discriminación y estigmas; uso de los servicios públicos; seguridad alimentaria; educación; Ingresos y experiencias con el dinero. Como fue una prueba piloto, las preguntas cubrieron una amplia gama de temas relacionados con la desigualdad, tanto en términos de experiencias individuales como de interacciones sociales, para ayudarnos a determinar cuáles son los temas más destacados que debemos continuar profundizando en un trabajo futuro.

La información cualitativa complementa la cuantitativa en tres aspectos.

1 Hay 2,366 AGEBs en la Ciudad de México, con una población promedio de 3,700 cada uno, pero son variables espacialmente y pueden abarcar entre 1 y 50 cuadras.

Primero, da profundidad adicional a los temas medidos por el análisis cuantitativo. Por ejemplo, los datos cuantitativos sobre el acceso a los servicios públicos nos permiten conocer qué grupos están cubiertos por la seguridad social y cuáles no, pero nos dicen poco sobre las experiencias en relación a estos servicios, su calidad o accesibilidad, y es entonces allí donde el análisis cualitativo puede esclarecer. De manera similar, los datos cuantitativos nos hablan de las ocupaciones que tienen las personas, pero el análisis cualitativo puede explorar el trato y las relaciones personales en el trabajo, sus condiciones y cuán estable se lo percibe.

En segundo lugar, las entrevistas abordan temas que los datos cuantitativos existentes descuidan, como las experiencias de estigma o discriminación (debido a la raza, el género, los niveles de ingresos, el lugar de residencia u otras características), o los grados de agencia dentro del hogar. Por ello, incluimos preguntas relativas a las percepciones sobre la movilidad social en diferentes generaciones, la posición en la que se ven a sí mismas las personas en la distribución de ingresos y sus propias explicaciones de por qué están en esa posición. También preguntamos acerca de las experiencias de eventos traumáticos (enfermedad, muerte, pérdida de empleo) para ayudarnos a comprender tanto la vulnerabilidad como los recursos y redes sociales que las personas movilizan cuando enfrentan alguna necesidad.

Figura 2: Mapa de la Ciudad de México por niveles de ingresos estimados, por decil

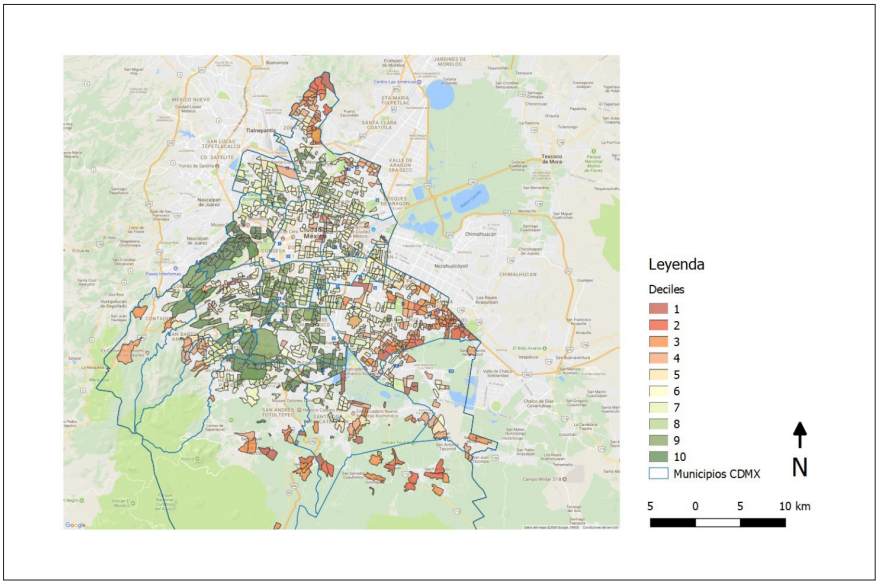
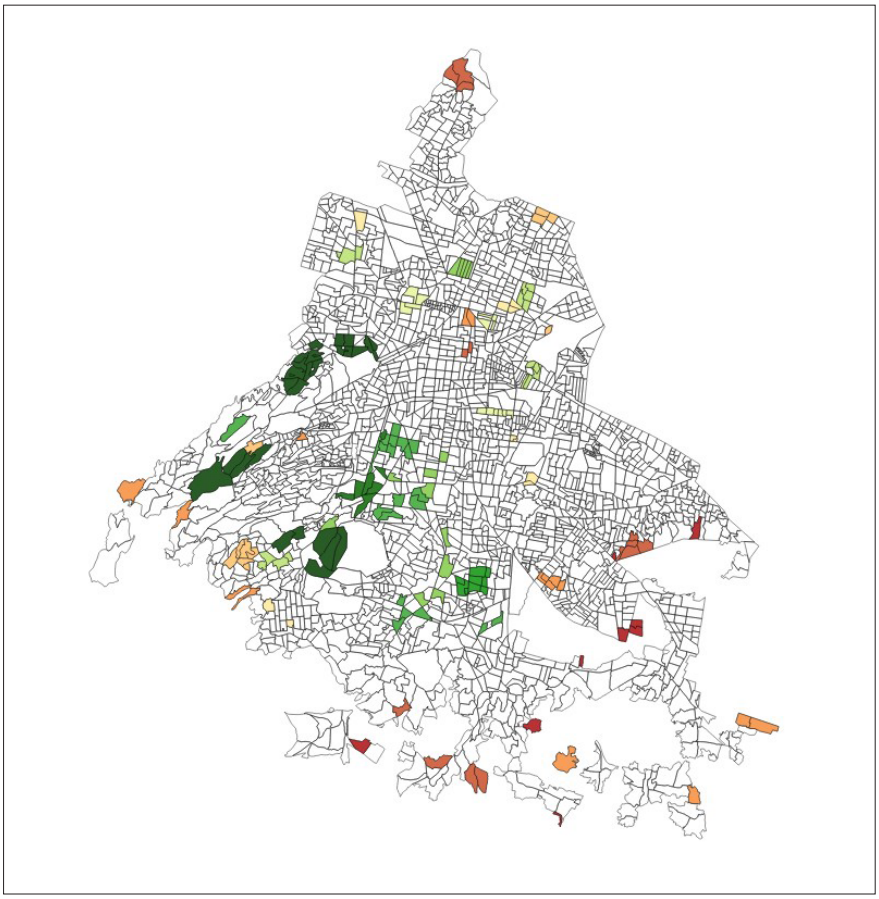


Figura 3: Áreas (AGEBS) donde se realizaron entrevistas



En tercer lugar, el análisis cualitativo aborda las dimensiones relacionales para explorar las dinámicas socioeconómicas y los patrones de sociabilidad en los deciles de ingresos o diferentes grupos. Nos interesan las comunidades y las redes sociales, incluidas las redes de seguridad informales; y explorar en qué medida la empatía, el respeto, el miedo, el distanciamiento, el desprecio o la vergüenza están presentes en las interacciones personales en diferentes puntos de la distribución del ingresos y en grupos definidos por etnias, género, clase u otra categoría.

Por su parte, el utilizamos fotografías y videos como componete visual para capturar un conjunto de imágenes de cada hogar y realizar una comparación con la distribución de ingresos. Las fotografías incluyeron imágenes de cada hogar, incluido el frente, una comida típica, la heladera (Figuras 4-6), la calle y barrio, entre otros aspectos. Este tipo de recolección de información contribuye a nuestra comprensión sobre cómo es la vida en diferentes puntos

de la distribución de ingresos, ilustrando las narraciones y descripciones de las experiencias diarias proporcionadas en las entrevistas.

Figura 4: Refrigerador de un hogar del decil 10, Lomas de Chapultepec, Miguel Hidalgo

Figura 5: Refrigerador de un hogar del decil 5, Aragón Inguarán, Xocotitlán, Gustavo A Madero

Figura 6: Refrigerador de un hogar del decil 1, Nueva Tototitla (Colorines), Santa Cecilia, Xochimilco

Chilango: *No Somos Iguales*

Los periodistas de la revista Chilango tomaron las entrevistas, grabaron el material audiovisual y luego produjeron un número especial y un micrositio titulado "No somos iguales" utilizando el material. El micrositio, https://desigualdad.chilango.com, es el tema más visto que Chilango haya producido, y presenta artículos basados en las entrevistas junto con un conjunto de fotografías y videos que expresan los modos de vida a lo largo de la distribución de ingresos en la Ciudad de México. Estos videos y artículos resaltan una multiplicidad de desigualdades, desde el acceso a los parques, las experiencias de salud, educación pública, el transporte en toda la ciudad y las experiencias de discriminación. En las redes sociales de la revista pudimos observar, en algunos casos, respuestas alarmantes del público: a muchos les resultó difícil creer dónde se encontraban los entrevistados de acuerdo a la distribución del ingreso, y algunos de ellos expresaron prejuicios contra los pobres y sus estilos de vida.

Próximos pasos

Para los siguientes pasos del proyecto, estamos trabajando en la identificación de temas específicos que podríamos cubrir en otra ronda de entrevistas y en el desarrollo de un protocolo para expandir el proyecto en otras ciudades. El trabajo seguirá dos líneas: el análisis académico y un trabajo de recomendaciones y planeamiento de políticas públicas para abordar la desigualdad.

Para el análisis académico, combinaremos las entrevistas con los datos cuantitativos existentes, identificando las asociaciones entre desigualdades de ingresos, educación y otras variables cuantitativas, por un lado, y las experiencias sobre los servicios públicos, la discriminación y nuestras otras dimensiones cualitativas, por el otro. Por ejemplo, en nuestras entrevistas encontramos que tanto los ricos como los pobres pueden quedar excluidos de los servicios públicos, pero por razones radicalmente diferentes. Los pobres a veces carecen de infraestructura pública básica como de agua corriente o electricidad, y se enfrentan cotidianamente a la inseguridad, debido a la negligencia de los servicios policiales. Para los residentes de las partes más pobres y aisladas de la ciudad, la falta de infraestructura pública y de transporte vuelve difícil el acceso a las escuelas; los hogares en la mitad inferior de la distribución del ingreso generalmente se quejan del ausentismo de los maestros y las malas instalaciones. Alrededor del sexto decil de ingresos, los hogares disfrutan de una mejor escolarización pública, mientras que los hogares más ricos, desde el octavo decil para arriba, tienden a utilizar la educación privada. Los hogares más pobres utilizan los servicios de salud pública pero, enfrentan largas esperas, reciben poca atención y experimentan discriminación. Nuevamente, alrededor del octavo decil, los hogares más ricos utilizan predominantemente los servicios privados de salud — aunque siguen utilizando los servicios de salud pública, a menudo con mejores instalaciones, cuando parece conveniente. Por lo tanto, las desigualdades en los servicios públicos se combinan con las desigualdades de ingresos y se relacionan con desigualdades categóricas cuando la raza, la clase y el género afectan la forma en que una persona es tratada cuando accede a los servicios públicos.

El trabajo de recomendaciones y planeamiento de políticas públicas coordinará *Faces of Inequality* con el marco de trabajo sobre desigualdad de Oxfam International (McKnight and Oxfam, 2018). Este marco organiza datos preexistentes sobre una serie de dimensiones de bienestar en siete "dominios de la vida", basándose en un enfoque de capacidades y desigualdad. Nuestros datos y análisis ayudarán a profundizar estos dominios y resaltar las relaciones entre ellos. Luego, junto con OXFAM México desarrollaremos un espacio de trabajo sobre desigualdad en el que los académicos, la sociedad civil, el sector privado y el sector público puedan colaborar para generar políticas para la reducción de la desigualdad y promover la inclusión. Nuestra intención es

construir nuevas narrativas sobre la desigualdad urbana para amplificar las voces de los grupos que sufren las consecuencias de la desigualdad e influir en el debate público y sobre el desarrollo de políticas públicas.

Si bien la desigualdad es una problemática que se encuentra instalada más que nunca en la agenda pública, todavía siguen existiendo brechas sustanciales en la comprensión de sus significados y consecuencias. La ex Presidenta de la Asociación Americana de Sociología Cecilia Ridgeway (2013, pág. 2) ha pedido a los investigadores que "cuestionen más a fondo la naturaleza de la desigualdad en sí misma para tener en cuenta su complejidad multidimensional", mientras que el ex Presidente de la Asociación Económica Americana y el ganador del Premio Nobel Angus Deaton (2019) ha señalado que "no sabemos exactamente qué es lo que más le preocupa a la gente sobre la desigualdad... o incluso qué tipo de desigualdad importa". Al reunir perspectivas de desigualdad de múltiples disciplinas académicas, periodismo y activismo social, este proyecto tiene como objetivo desarrollar y promover una comprensión más profunda sobre qué es la desigualdad, por qué importa y cómo reducirla.

Bibliografía

Alkire, S. (2005). *Valuing Freedoms*. Oxford University Press.

Bayón, MC and GA Saraví (2017). Place, Class Interaction, and Urban Segregation: Experiencing Inequality in Mexico City. *Space and Culture*, vol. 21, 3: pp. 291-305.

Bourdieu, P. (1984). *Distinction: a social critique of the judgement of taste*. London: Routledge.

Bourdieu, P. (1993). Some Properties of Fields, in *Sociology in Question*. London: Sage, pp. 72-77.

Bleynat, I., Challú, A. and Segal, P. (2017). *Inequality, Living Standards and Growth: Two Centuries of Economic Development in Mexico*, Department of International Development Working Paper 2017-02, King's College London.

Crenshaw, K. (1989). Demarginalizing the Intersection of Race and Sex: A Black Feminist Critique of Antidiscrimination Doctrine, Feminist Theory and Antiracist Politics, *University of Chicago Legal Forum*, Vol. 1989, Iss. 1, Article 8, pp. 139-167.

Deaton, A. (2019). *Inequality in America has lessons for Britain*, FT.com, 14

May 2019, https://www.ft.com/content/4bb86682-756c-11e9-b0ec-7dff-87b9a4a2?emailId=5cda53e326053100044e06cc&segmentId=7d033110-c776-45bf-e9f2-7c3a03d2dd26

Flemmen, M. and Savage M. (2017). The politics of nationalism and white racism in the UK, *The British Journal of Sociology*, Vol 68, Iss. S1, pp. S233-S264.

Frankema, E. (2010). Reconstructing Labor Income Shares in Argentina, Brazil and Mexico, 1870-2000. *Revista de Historia Económica, Journal of Iberian and Latin American Economic History*, Vol. 28, No. 2, pp. 343-374.

Lamont, M., Beljean S. and Clair M. (2014). What is missing? Cultural processes and causal pathways to inequality. *Socioeconomic Review*, pp.1-36

McKnight, Abigail and Oxfam (2018). Multidimensional Inequality Framework, https://www.un.org/development/desa/dspd/wp-content/uploads/sites/22/2018/09/Final-Multidimensional-Inequality-Framework-110918.pdf

Plá, J. (2017) Trayectorias de clase y percepciones temporales sobre la posición ocupada en la estructura social. Un abordaje mutildimensional de las clases sociales. Argentina 2003-2015 en *Revista Internacional de Sociologia* Vol. 75, No. 3

Savage, M. and Devine F. (2005). The Cultural Turn, Sociology and Class Analysis in *Rethinking Class, Cultures, Identities and Lifestyles*. Basingstoke, UK: Palgrave; 2005. p. 1-23.

Ridgeway, Cecilia L. (2014), Why Status Matters for Inequality, *American Sociological Review*, Vol. 79(1) pp. 1-16

Sayer, A. (2005) Class, Moral Worth and Recognition, *Sociology 39*(5): 947-963.

Segal, P. (2012), Fiscal Policy and Natural Resource Entitlements: Who Benefits from Mexican Oil?. *Oxford Institute for Energy Studies, Working Paper* WPM 46.

Segal, P. and Savage M. (2019), Inequality Interactions, *International Inequalities Institute, London School of Economics, Working Paper* 27

Sen, A. (1999) *Development as Freedom*. Oxford University Press.

La red INCASI para la investigación comparada de las desigualdades sociales entre Europa y América Latina[1]

Pedro López Roldán
Universidad Autónoma de Barcelona, Departament de Sociologia, Institut d'Estudis del Treball, Centre d'Estudis Sociològics sobre la Vida Quotidiana i el Treball, Bellaterra, Cataluña, España.
pedro.lopez.roldan@uab.es

Sandra Fachelli
Universidad Pablo de Olavide, Departamento de Sociología y Universidad Autónoma de Barcelona, Grup de Recerca en Eduació i Treball, Bellaterra, Cataluña, España.
sfachelli@upo.es

Características generales del proyecto INCASI

En enero de 2016 se puso en marcha el proyecto de la red INCASI: *International Network for Comparative Analysis of Social Inequalities* con el título de *Global trends in social inequalities in Europe and Latin America and exploring innovative ways to reduce them through life, Occupational and educational trajectories research to face uncertainty*. El proyecto recibió la financiación de la Comisión Europea en la convocatoria del programa marco *Horizon 2020*, sección de Ciencia de Excelencia: programa *Marie Skłodowska-Curie Actions*, subprograma *Research and Innovation Staff Exchange de 2015 (RISE, GA-691004),* para el periodo 2016-2019, por un importe de 2,3 millones de

1 Este artículo se ha elaborado en el contexto de la Red INCASI, un proyecto europeo que ha recibido fondos del programa de investigación e innovación Horizonte 2020 de la Unión Europea en el marco del programa Marie Skłodowska-Curie, GA No 691004, y coordinado por el Dr. Pedro López-Roldán. Este artículo refleja solo la opinión del autor y la Agencia no es responsable del uso que pueda hacerse de la información que contiene.

euros.[2]

El principal objetivo del proyecto es crear y consolidar una red de investigación y de formación de postgrado entre Europa y América Latina en relación al análisis de las desigualdades sociales en una perspectiva comparada y derivar elementos de reflexión, de innovación social y recomendaciones para las políticas sociales. A través de esta red, esperamos fomentar un espacio para la reflexión colectiva y el desarrollo de sinergias entre los socios participantes que nos permitan emprender estudios innovadores cuyos resultados tengan un impacto en los debates académicos y de políticas sobre el tema, con el objetivo último de reducir las desigualdades sociales y promover la justicia social. Este planteamiento está en línea con los objetivos de propio programa Horizon 2020 que establecen que *"current trends at play in European societies bring with them opportunities for a more united Europe but also risks and challenges. These opportunities, risks and challenges need to be understood and anticipated in order for Europe to evolve with adequate solidarity and cooperation at social, economic, political, educational and cultural levels, taking into account an increasingly interconnected and interdependent world"* (Official Journal of the European Union, 2013).

Desde esta perspectiva, el proyecto está estructurado en base a cuatro pilares:

1. Teórico, para recoger los antecedentes sustantivos y modelos explicativos de desigualdades sociales que comprende ocho ejes temáticos integrados en un modelo de análisis que denominamos AMOSIT (Modelo Analítico de Desigualdades Sociales y Trayectorias).

2. Metodológico para orientar el análisis empírico de las desigualdades sociales en una perspectiva comparativa y de análisis dinámico.

3. Políticas sociales, para elaborar reflexiones, diagnósticos y orientar las acciones destinadas a contrarrestar las desigualdades sociales.

4. Centralidad de la perspectiva transversal de las desigualdades de género.

El proyecto se caracteriza por la movilidad de personal investigador predoctoral y postdoctoral a través de estancias de investigación con el objetivo de que los intercambios entre Europa y América Latina generen un consorcio de centros de investigación universitarios. Inicialmente la red se constituye con 10 universidades europeas y 10 latinoamericanas, la integran más de 140 investigadores/as que realizan estancias de investigación y es liderada por la

2 Se puede consultar la web del proyecto en la dirección http://incasi.uab.es y la información de la web de la Comisión Europea, en el Servicio de Información Comunitario sobre Investigación y Desarrollo (CORDIS): http://cordis.europa.eu/project/rcn/200034_es.html

Universidad Autónoma de Barcelona a través del Instituto de Estudios del Trabajo (IET) y el Grupo de Investigación de Educación y Trabajo (GRET). En la Tabla 1 se recogen las distintas universidades que participan y los investigadores/as responsables principales de cada una.

Tabla 1. Universidades, Centros e Investigadores Responsables Principales

Europe	Latin America
1. Universitat Autónoma de Barcelona (UAB) – *Institut d'Estudis del Treball (QUIT-IET) Pedro López-Roldán* – *Grup de Recerca en Educació i Treball (GRET) Rafael Merino y Sandra Fachelli (Task Manager)* **2. Universitat de Barcelona (UB)** *Bienestar, comunidad y control social (COPOLIS) Màrius Domínguez* **3. Universidad de Sevilla (US)** *Departamento de Sociología (DS) Ildefonso Marqués* **4. Universidade da A Coruña (UDC)** *Equipo de Sociología de las Migraciones Internacionales (ESOMI) Laura Oso* **5. Universidad de La Laguna (ULL)** *Departamento de Sociología y Antropología (DSA) José Saturnino Martínez* **6. Middlesex University (MDX)** *Centre for Enterprise and Economic Development Research (CEEDR) Leandro Sepúlveda* **7. Tampereen Yliopisto (UTA)** *The Institute for Advanced Social Research (IASR) Eriikka Oinonen* **8. Università da Milano (UNIMIL)** *Dipartimento di Scienze Sociali e Politiche (DSSP) Renata Semenza* **9. Università di Calabria (UNICAL)** *Dipartimento di Scienze Politiche e Sociali (DSPS) Vincenzo Fortunato* **10. Université de Toulouse Jean Jaurès (TLSE2)** *Centre d'Etude et de Recherche Travail Organisation Pouvoir (CERTOP) Julie Jarty*	**1. Universidad de Buenos Aires (UBA)** *Instituto de Investigaciones Gino Germani (IIGG) Eduardo Chávez* **2. Pontificia Universidad Católica Argentina (UCA)** *Observatorio de la Deuda Social Argentina (ODSA) Agustín Salvia* **3. Universidad Nacional de La Plata (UNLP)** *Centro Interdisciplinario de Metodología de las Ciencias Sociales (CIMeCS- IdIHCS) Leticia Muñiz* **4. Universidad Nacional de Córdoba (UNC)** *Centro de Estudios Avanzados (CEA) Patricia Scarponetti* **5. Universidad de la República (UdelaR)** *Grupo Transición, Educación, Trabajo del Departamento de Sociología (TET) Marcelo Boado* **6. Pontificia Universidad Católica de Chile (UC)** *Escuela de Trabajo Social (ETS) Gabriela Rubilar* **7. Universidad de Concepción (UdeC)** *Departamento de Trabajo Social (DTS) Paulina Benítez* **8. Universidad de Chile (UChile)** *Centro de Estudios de Conflicto y Cohesión Social (COES) Emmnanuelle Barozet* **9. Universidade da São Paulo (USP)** *Escuela de Artes, Ciencias y Humanidades (EACH) Graziela Perosa* **10. El Colegio de México (COLMEX)** *Centro de Estudios Sociológicos (CES) Patricio Solís*

Objetivos generales

Los objetivos generales del proyecto se resumen en ocho puntos principales:

1. Desarrollar un marco general para la colaboración para la creación y consolidación de una red de investigación y formación entre centros de investigación de las universidades de Europa y América Latina.

2. Analizar las trayectorias que los ciudadanos han seguido en el mercado de trabajo, identificando sus resultados en términos de movilidad y la desigualdad social. Con este conocimiento, el objetivo es desarrollar un modelo que explique estas trayectorias en términos comparativos entre América Latina y Europa.

3. Identificar y comprender las diferentes estrategias que se desarrollan y

cómo se han movilizado recursos y capacidades para identificar, clasificar y comparar los patrones de comportamiento social adoptados para hacer frente a las incertidumbres en cada región.

4. Estudiar específicamente estas trayectorias y estrategias mediante el análisis de la relación entre el trabajo, la formación y el empleo, y la conexión entre las trayectorias de vida de los ciudadanos, incluyendo las esferas productiva y reproductiva.

5. Examinar las políticas sociales que han tratado de abordar las desigualdades en distintos ámbitos, centrando el interés en los países participantes y más en general abordadas en un contexto comparativo entre Europa y América Latina.

6. Desarrollar modelos de análisis macro y micro y metodologías comparativas adoptando perspectivas dinámicas y longitudinales. Se propone la adopción de un enfoque de métodos mixtos combinando técnicas cualitativas y cuantitativas.

7. Extraer conclusiones prácticas que ayuden a fundamentar el diseño de políticas públicas innovadoras destinadas a hacer frente a las situaciones de desigualdad social, en particular, en relación con el empleo y las políticas educativas.

8. Proyectar la red INCASI estableciendo las bases conceptuales y metodológicas para, por un lado, el desarrollo de un programa de investigación comparativa internacional a más largo plazo, y, por otro, diseñar un programa de máster internacional que analice las desigualdades sociales en una perspectiva comparada.

Ejes de investigación

El panorama social europeo durante la segunda mitad del siglo XX se caracterizó por cambios sociales, políticos y económicos fundamentales que condujeron a altos niveles de provisión de bienestar socioeconómico y cohesión social. Este panorama se ha transformado más recientemente como resultado de la crisis económica de 2008 en Europa que ha llevado a la aparición de una serie de problemas sociales y económicos. Esto ha resultado en realidades sociales más desiguales que han tendido a persistir entre las economías de mercado cada vez más globalizadas y abiertas. La crisis ha contribuido a la aparición de nuevas formas de organización social que responden a con-

textos sociales y económicos volátiles y menos predecibles. Dentro del nuevo contexto, las personas tienden a adoptar estrategias para hacer frente a estos tiempos menos estables y predecibles en comparación con los de sus pasados más seguros. La presencia de la red de seguridad del Estado actualmente es menos frecuente y está constantemente bajo el escrutinio político de formas que no se han presenciado con anterioridad. Incertidumbre y precariedad aparecen como nuevas realidades que plantean preguntas sobre la vulnerabilidad a la que se enfrentan ciertos grupos junto con las crecientes desigualdades sociales que se observan en la sociedad europea contemporánea.

En contraste, algunos países latinoamericanos que se han caracterizado históricamente por la inestabilidad económica y el declive a largo plazo han comenzado a implementar políticas públicas más inclusivas y proactivas. Estas se basan en la asignación de los derechos de ciudadanía y la provisión de recursos a diferentes actores sociales que previamente fueron ignorados por el Estado. En particular, esto ocurrió en los primeros 15 años del siglo XXI, luego de un período dominado por la hegemonía de las ideas neoliberales en buena parte de los países de la región. Si bien cabe reconocer que el proceso está lejos de ser universal, dichas políticas han tratado de superar las desigualdades sociales estructuralmente arraigadas que han sido ignoradas durante mucho tiempo y que, desde nuestra perspectiva, han influido positivamente en el desarrollo de la región en su conjunto. También es importante reconocer que los períodos recurrentes de crisis e incertidumbre en América Latina han dotado a su gente de ciertos mecanismos de supervivencia que les han permitido sobrevivir en contextos tan adversos y que son dignos de investigación. De esta manera, se puede obtener una comprensión de su experiencia que es útil para los ciudadanos/as europeos ahora crecientemente expuestos a esas situaciones de incertidumbre y desigualdad.

Reconocer y comprender los nuevos modelos sociales que se están desarrollando en el Norte global y el Sur global, particularmente en Europa occidental y América Latina, es relevante para la investigación científica y para los responsables de formular políticas públicas. Esto debe llevarse a cabo dentro de los respectivos contextos políticos, económicos y sociales en los que han surgido. Por lo tanto, este proyecto busca comprender tanto las especificidades como los elementos comunes del comportamiento social que son observables en los individuos y grupos. Este análisis es sensible a los diferentes modelos de Estados de Bienestar, así como a los antecedentes socioeconómicos y al contexto cultural donde viven las personas. Presta atención a los recursos sociales diferenciados y las estrategias de acción que los individuos y los grupos implementan a través de su ciclo de vida y en diferentes contextos nacionales.

La complejidad de los diferentes problemas que conciernen a las condiciones estructurales y relacionales de la desigualdad social sugiere la adopción de enfoques multidimensionales, interdisciplinarios y comparativos. El consorcio

universitario de la red combina diversos intereses y perspectivas de investigación que nos permiten estudiar las nuevas formas de las desigualdades sociales para profundizar nuestro conocimiento, especialmente en lo referido a las estrategias y las trayectorias de vida, trabajo y educación que las personas y los grupos han adoptado para hacer frente a la incertidumbre y la pobreza.

INCASI es un proyecto interdisciplinario en el ámbito de las ciencias sociales, incorpora aportaciones de diversas disciplinas para estudiar las mismas problemáticas: sociología, economía, antropología, geografía social, ciencias políticas, trabajo social, relaciones laborales, lingüística y derecho.

El proyecto está diseñado diferenciando ocho ejes temáticos específicos que orientan las líneas de investigación prioritarias de la red y que enmarcamos dentro del modelo AMOSIT para el análisis de las desigualdades sociales y las trayectorias:

1. Desigualdades en el mercado de trabajo y trayectorias laborales

2. Asimetrías entre la formación y el empleo.

3. Desigualdades en el trabajo y la vida familiar.

4. Desigualdades educativas.

5. Desigualdades sociales y geográficas: la etnia y la lengua.

6. Desigualdades sociales, migración y espacio.

7. Incertidumbre, estrategias, recursos y capacidades.

8. Desigualdad de oportunidades: la movilidad social intergeneracional.

Estos ejes temáticos se cruzan con otros tres de carácter transversal a todos los anteriores:

1. Metodología para el análisis de las desigualdades sociales

2. Políticas sociales para contrarrestar las desigualdades sociales

3. Desigualdades de género

Etapas del proyecto

El proyecto se organiza en cuatro Work Packages secuenciales durante todo

el período de realización, entre enero de 2016 y diciembre de 2019, más otro continuo de gestión:

1. Compilación: etapa inicial destinada a revisar el capital científico acumulado que existe entre los miembros de la red.

2. Construcción: elaboración del modelo de análisis común AMOSIT para el estudio comparativo de las desigualdades sociales.

3. Innovación: para proponer elementos de innovación social tratando de aportar nuevos aspectos desde una perspectiva teórica y metodológica en el estudio de las desigualdades sociales.

4. Proyección: para planificar la sostenibilidad de la red a través de dos líneas de acción específicas en investigación y enseñanza, y para difundir y comunicar los resultados del proyecto.

5. Gestión: organización y coordinación de las actividades de la red INCASI.

Tabla 2. Etapas del proyecto INCASI

En la página web de INCASI (http://incasi.uab.es) se pueden seguir las distintas actividades realizadas en el proyecto y, en particular, las publicaciones científicas generadas en el marco de la red.

Finalmente, el proyecto de la red INCASI planifica la sostenibilidad de

la misma a través de dos líneas de acción específicas en investigación y en formación. Con respecto a la primera, se propondrá un programa internacional de investigación para el avance y desarrollo del análisis comparativo de las desigualdades sociales a partir de nuevos proyectos comunes y dominios específicos en el seno de la red. En relación a la formación el proyecto se materializará mediante la creación de un Máster Internacional en Análisis de Desigualdades Sociales Comparadas.

Convocatoria *Dossier* Lavboratorio N°30

La relación trabajo - capital y los sistemas de protección social en la encrucijada de la globalización

Desde sus comienzos *Lavboratorio* ha tenido como objetivo articular el análisis de los procesos de cambio estructural y las desigualdades en el mundo del trabajo. En su número 30, retomamos esa tradición convocando a nuestro *dossier* centrado en los nuevos y viejos clivajes que enfrenta el trabajo en medio de cambios a nivel mundial de la forma de organización capitalista, y los desafíos que esto comporta para los sistemas regulatorios y de protección social. La institucionalidad laboral y el conjunto de normativas que regulan las relaciones de trabajo y empleo, junto con el tipo y alcance de los sistemas de protección social, son elementos cruciales para comprender cómo las dinámicas del capitalismo global se traducen en desigualdades sociales de vieja y nueva caracterización.

Los mercados de trabajo de Argentina y América Latina se siguen caracterizando por contrastes estructurales. Los trabajadores y las trabajadoras de la economía social y popular, en el sector informal urbano, y amplias capas de ocupadas y ocupados en situación de pobreza conviven con trabajadores y trabajadoras de sectores cada vez más informatizados y automatizados y con trabajadores de las economías de plataformas y de la llamada "industria 4.0". Se suman así nuevas piezas al mosaico de la heterogeneidad estructural característica de nuestra región. Asimismo, desde el comienzo de siglo se ha asistido en los países de la región a una serie de reformas y contra-reformas en el ámbito de las políticas sociales que coadyuvan a esos fenómenos.

En esta línea, retomando la tradición que considera la organización social capitalista a partir de la articulación de diferentes esferas de bienestar – desigualdad, el *dossier* de Lavboratorio N°30 espera reunir contribuciones que, desde diversas perspectivas teórico-metodológicas, reflexionen sobre los siguientes interrogantes: ¿Qué características presentan las condiciones de trabajo y empleo de distintos colectivos de trabajadores y trabajadoras ligados a nuevas expresiones de la economía social, popular y de plataformas? ¿Cómo se vinculan estas características con viejos y nuevos clivajes del mercado de trabajo? ¿Y cómo lo hacen con otros factores de desigualdad social como la

clase social, el género, la condición migratoria o la etnia? ¿Qué capacidades y obstáculos tienen los sistemas de regulación y de protección social para abarcar estos escenarios? ¿Qué reclamos y estrategias de acción plantean los actores involucrados en cuanto a las necesidades de protección social y regulación laboral?

Fecha de cierre: 1 de marzo de 2020.

Información para publicar en Lavboratorio:
http://publicaciones.sociales.uba.ar/index.php/lavboratorio/information/authors

ISSN en línea 1852-4435
http://publicaciones.sociales.uba.ar/index.php/lavboratorio/index